

La abeja y el economista

Yann Moulier Boutang

traficantes de sueños

mapas



Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una donación

(si estás fuera de España a través de PayPal),

suscribirte a la editorial

o escribirnos un mail

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas 31

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

Edición original: *L'Abeille et l'economiste.* Carnets Nord, París, 2010

Primera edición: 1000 ejemplares, abril de 2012
Título:
La abeja y el economista
Autor:
Yann Moulier Boutang
Traducción:
Samuel Simón Pulido: introducción, capítulos 1 y 2.
Marisa Pérez Colina: prólogo, capítulos 3, 4 y conclusiones.
Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños [taller@traficantes.net]
Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Embajadores 35, local 6. C.P. 28012 Madrid.
Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]
Impresión:
Gráficas Lizarra
Carretera Tafalla, Km. 1
31292 Villatuerta
Tlf: 9480556410
ISBN 13: 978-84-96453-69-2
Depósito legal: M-8737-2012

La abeja y el economista

Yann Moulier Boutang

Traducción:
Marisa Pérez Colina
y
Samuel Simón Pulido

traficantes de sueños
mapas

Índice

Prólogo a la edición en castellano

De los movimientos a la política

De la revuelta de las *banlieues* francesas, en otoño de 2005, a las olas estudiantiles, la italiana primero *(la onda anómala)* y la griega después, de los indignados españoles del 15M a la agitación en el Magreb y Oriente Medio, de los disturbios de Londres en agosto de 2011 a la insurrección de Atenas en diciembre, es evidente para todos que hemos dejado a nuestras espaldas los años de plomo, los años del hundimiento definitivo del socialismo real, de la represión de Tian'anmen. Aquellos «años de invierno», como los denominó Félix Guattari. También Mayo de 1995 en Francia y el movimiento antiglobalización en Seattle y Génova. A partir de la contestación nacida contra la guerra de Vietnam, del Mayo francés y del Otoño Caliente, la globalización y su neoliberalismo triunfante han dejado de ser rechazados desde fuera, desde el, para algunos, viejo movimiento obrero comunista. No, ahora es el propio producto de treinta años de globalización, de unificación europea, el que se levanta desde dentro. Contra, pero desde dentro. Desde decididamente dentro. Global, es decir, universalista. Y esto debería despertar en nosotros un optimismo inmenso frente al tono catastrofista tan

en boga en estos momentos, incluso entre algunos amigos cercanos. ¡Indignaos, levantaos frente a lo peor aún por venir! ¡Ciertamente! Pero ¿acaso es preciso repetir esto en forma de exhortación? El cuanto peor mejor nunca ha sido un buen consejero en política. La historia nos juzgará, como dijeron tanto Lenin como Keynes, por los márgenes de acción que dejemos a nuestros nietos.

No se trata de incitar a una revuelta legítima. La insurrección, la indignación, el hastío son tan connaturales a esta rica y abigarrada muestra de humillados y ofendidos, como la fuga a los esclavos de las plantaciones, la quema de los permisos sudafricanos a las mujeres de los guetos de Soweto en 1960, la huelga a los mineros británicos en el ciclo precedente, el cóctel molotov en las calles al precariado de las metrópolis o los 250.000 incidentes de masas en la inmensa China. Quienes todavía pretenden «concienciar» a las masas en pos de la lucha de clases, ¿no son acaso tan ridículos como la sociología, que pretendía haberla conjurado con las clases medias y enterrado con la caída del Muro de Berlín?

El movimiento está tan extendido como las redes sociales. Los problemas, hoy, son directamente los de la política *a secas*. A menos que uno se refugie en una vaga confianza en el advenimiento del acontecimiento «revolución», es preciso reconocer que esta riqueza de los movimientos minoritarios de todo tipo contrasta crudamente tanto con la pobreza conceptual y la vulgaridad concreta de la «gran» política en general y de su marco institucional, como, igualmente, con la de la micropolítica de «proximidad», incapaz de servirnos de alfa y omega. Entre el retorno infatigable de los profesionales de la política y de los «gurús que hacen de tribunos del pueblo», podríamos estar mejor provistos pues nuestra carencia de política, de política nueva (en la forma, en el fondo, en los contornos,

en el ying y en el yang, en caso de que ya no creamos ni en el fondo ni en la forma y pensemos que la gran política ni tiene forma ni se anuncia) es cruel.

Para decirlo en toda su crudeza con las palabras de la cultura en la que hemos aprendido a leer (de *Imperio* a *Commonwealth*, pasando por *Multitud)* no hemos sabido resolver el problema. La primera obra de Michael Hardt y Antonio Negri nos ha permitido comprender las instituciones del capitalismo y las vicisitudes de la soberanía y la política que padecemos, sin necesitad de transformarnos en esos altos funcionarios del Estado en los que a veces cierta lucidez cínica y desengañada nos recuerda a Max Weber. Pero en relación a la política de las multitudes que habíamos creído poder extraer de la trilogía *Imperio/Multitud/Commonwealth*, de Cochabamba a la Revolución de los Jazmines, es preciso reconocer una impresión de estancamiento. Como una Larga Marcha perdiéndose en las arenas del Taklamaklan al Xinjiang, entre la pista sur y la pista norte en dirección a Samarkanda.

La revuelta de las *banlieues* francesas, los disturbios ingleses, la increíble movilización española son nuestras luces de Bengala: iluminan nuestra noche de la política con un resplandor intenso pero tan cegador como efímero. Es duro admitir que la continuidad, el crecimiento, la vitalidad de los movimientos no vienen dadas. Ni para nosotros ni, frente a nosotros, para el apetito de los informáticos o de los académicos de la ciencia electoral. La capitalización del anticapitalismo espontáneo es algo excepcional, un milagro casi tan inusual como las distintas revoluciones. La fronda de David convertida en piedra de Sísifo. Aquí es donde vemos lo que la política debería hacer: bloquear el boomerang para enviarlo un poco más arriba sobre la montaña. Para hacerlo resurgir con efecto de trinquete, de umbrales «adquiridos para siempre».

Deducir que los movimientos generan la política que necesitan para sostenerse en el tiempo y que semejante autómata es capaz de dar vida al proyecto de cambiar el mundo es una idea demasiado simple. Por el contrario, el simulacro que producen los movimientos cuando duran suele terminar volviéndose contra ellos. Su institucionalización se convierte en su prisión, una prisión con barrotes de oro al principio, pero cada vez más hostil si sus réplicas se prolongan en el tiempo.

En busca de la política, ahí estamos todos. Pero no de una política *otra*, como si todo lo que cubriésemos con la toga de la política pudiese aspirar a serlo. Ni como el Mariscal de Soubise, que buscaba a su ejército con una vela después de la batalla. Estamos, más bien, como aquéllos que se lanzaron a los océanos. Más que teorías y ejemplos, necesitamos carabelas y cartas de navegación. En todo caso, esto es a lo que podrían dedicarse aquéllos que se denominan a sí mismos intelectuales si no quieren caer en la pretensión, en otro tiempo insoportable, hoy cómica, de las vanguardias, ni tampoco traicionarse refugiándose en la perpetua coartada de la generación espontánea de movimientos. Así, pues, ¿cuál es la relación entre este libro, los movimientos actuales y la política?

Del capitalismo a la acumulación primitiva de la clase obrera

Para los lectores españoles que sólo conozcan del autor de este libro la tesis *De la esclavitud al trabajo asalariado,*[1] las temáticas abordadas tanto en la presente obra como en mi trabajo *El capitalismo cognitivo*[2] podrían dar la im-

1 *De la esclavitud al trabajo asalariado*, Madrid, Akal, 2005.

2 Le capitalisme cognitif. *La nouvelle grande transformation*, París, Éditions Amsterdam, 2007.

presión de alejarse de la historia de la acumulación primitiva del proletariado, del trabajo asalariado y de la clase obrera que intenté llevar a cabo en aquella tesis a la vez desde dentro del marxismo y desbordando ampliamente el marco ortodoxo. Aquella obra trataba de llevar hasta sus últimas consecuencias la vía magistral abierta por Mario Tronti en 1966 y 1970. Este último demostró el carácter *histórico* de la acumulación del capital postulando que la historia de las transformaciones del capitalismo sólo es comprensible a través de su articulación obrera, negando toda autonomía, incluso relativa, a la economía del capital, esto es, a un supuesto mecanismo natural de acumulación del beneficio. La formidable intuición de la denominada escuela operaísta consistía en afirmar que el empuje de la acumulación de beneficio por parte del capitalista individual primero y posteriormente del capital social como sistema global (nada que ver con el capital social de Bourdieu) depende de su necesidad vital de controlar la insubordinación permanente de los trabajadores asalariados dependientes. La clase obrera es la *única* anarquía del capital, lo que no es anárquico ni contradictorio en sí mismo. El hecho de que esta razón pueda confundirse asimismo con el interés y la codicia explica la plasticidad de la relación de capital que atañe a los mercaderes con sus pobres, a los pequeños patronos artesanos con su proletariado o a los plantadores de las colonias con sus esclavos; pero no autoriza, sin embargo, ni las tautologías básicas del tipo «si los capitalistas acumulan beneficios en vez de consumirlos en gastos suntuosos y en renta es porque siempre quieren más» (el *greed* redescubierto por los J. Stiglitz), ni las sabias tautologías de los marxistas tartamudos que repiten, como los médicos de Molière, «la acumulación», como dijo el maestro, «es la ley y los profetas». *Ergo propter hoc*, en virtud soporífera de lo cual, el capital tendría tendencia a acumularse por sí solo.

El segundo descubrimiento genial del operaísmo ha sido mostrar la forma en que, una etapa tras otra, en el seno de la relación de antagonismo, el proletariado primero, la clase obrera después y el trabajo asalariado moderno por último han sacado siempre una ventaja de socialización al hombre del dinero, al patrón, al Estado de los capitalitas. Y que esta asimetría de *potencia* ha forzado a la clase de los capitalistas, siempre a la zaga, a dos cosas:

1. A ajustar los mecanismos de constitución de su *poder* en clase social, es decir, su poder específico, a los de la clase obrera, incluso, lo cual raya lo absurdo, cuando ella misma se constituye en sindicato patronal y apoya fuertemente la institucionalización de las clases medias y, más adelante, de las «clases» consumistas.

2. A usar el dinero, rápidamente transformado en medios de producción, en máquinas primero y después en tecnología, en mecanismo de desocialización (de descomposición), para combatir el mecanismo de socialización y de comunización que el trabajo asalariado conlleva. Así, pues, la historia de la tecnología, de las finanzas, de la acumulación de dinero no como renta sino como *poder* (mantener el trabajo dependiente en una relación de producción bajo mando) recupera a la vez todo su sentido y una unidad mucho más interesante que la historia académica que, en su reivindicación de «autonomía», disuelve la determinación solar y cruel de los contornos de la historia en una cómoda noche en la que poder y potencia, autoridad legítima y hecho establecido se encuentran felizmente mezclados.

Estas hipótesis de trabajo, aplicadas a la época fordista del socialismo realizado, separaron definitivamente el procedimiento marxista (a la vez arte y ciencia sobre el terreno de la política de transformación radical de la sociedad) del marxismo leninismo occidental y oriental, antes de que la caída del socialismo terminara dando la razón, veinte años más tarde, al juicio lúcido que los operaístas emitieron (y fueron de los primeros en hacerlo) sobre el socialismo, sobre la experiencia soviética y sus variantes subalternas.

Y como cabía prever, el marxismo como ideología institucional cientificista, arrogante, religiosa (pero sin las amenidades de la religión), limitado a las veleidades de la voluntad revolucionaria y una vez perdido su fundamento en la razón, su interés devorador por las transformaciones más actuales que animaban al «viejo» Marx, fue jubilado de oficio con los crujidos y posterior hundimiento de la «patria del socialismo en un solo país».

Ciertamente, la contundente agudeza de la revista *Quaderni Rossi* (1961-1964) y del periódico operaísta *Classe Operaia* (1964-1973) habían sacado de su sueño dogmático a los partidos comunistas dormidos sobre los laureles de la insurrección bolchevique y la industrialización estalinista, y permitido comprender las insurrecciones del obrero masa (lo que en Francia se denominará movimiento de los obreros no cualificados procedentes del campo). Pero es preciso señalar que, como la lechuza de Minerva que no emprende el vuelo hasta la caída de la noche, este magnífico análisis capaz de haber cambiado radicalmente el curso de la confrontación en el seno de la III Internacional en la década de 1920 entre Bordiga, Lenin y Gorter, y evitado la derrota del movimiento comunista frente al mundo campesino primero y a los obreros llegados del campo después, en el enfrentamiento con el fascismo y el nazismo, ya se encontraba en su momento crepuscular

en 1969. En efecto, la contraofensiva de la estrategia de la tensión comenzó ya en 1971, con la implicación en Italia de los servicios secretos del Estado. Y en unos pocos años produjo una escalada extrema de la lucha armada que repetía mecánicamente la epopeya de 1917 o la acción de las guerrillas del Tercer Mundo, para terminar con el apogeo de 1977, la caída del escaparate del socialismo real en Italia y la aniquilación de toda una generación de 1978 a 1980. Todavía en 1971, el fin de los acuerdos de Bretton Woods y de la convertibilidad del dólar con el oro inauguró un desplazamiento de las relaciones de fuerza al terreno de las finanzas y de la política monetaria. Los obreros habían asaltado y sobredeterminado la política presupuestaria keynesiana de acantonamiento de las luchas sindicales; la inmigración interna de masas del Sur al Norte había vaciado de eficacia el uso capitalista de la movilidad como forma de división de la clase obrera. ¡Qué importa! Las fluctuaciones de la lira volvieron a arrebatarles de golpe buena parte del poder conquistado.

Para sustraer a los bancos centrales de la presión obrera y asalariada (también la de los jubilados), la teoría monetarista de la independencia del Banco Central y del objetivo único de control de la inflación pusieron en marcha los instrumentos del gobierno real, de la verdadera soberanía, en todos los rincones de los países desarrollados. La incipiente financiarización de la economía acompañada de la desregulación (liberalización de los movimientos de capital) fraguó la huelga de inversiones en los países del Norte. Las deslocalizaciones hacia el Sur y las tasas de desempleo alcanzaron niveles nunca vistos desde la década de 1930. Más sutil, en tanto apoyada en las formas masivas de absentismo de las grandes fábricas, se desarrolló la externalización mediante la subcontratación estructural (y ya no simplemente coyuntural durante los periodos punta de trabajo).

El mapa del avance del modelo de fábricas difusas comenzó a reproducir fielmente la conflictualidad del norte de Italia. Esta característica es más convincente que la aventurada hipótesis del *Small is beautiful* de Schumacher o la de la reinversión de las formas del trabajo artesano en los distritos industriales de Bagnasco, de Piore y Sabel, o la de los *clusters* y los sistemas de producción locales. Estos elementos supuestamente explicativos no eran más que la causa ocasional o decorativa de una decisiva descomposición de la fuerza recompuesta del obrero masa de la gran fábrica, cuyo centro había sido la Fiat-Mirafiori.

Mientras Mario Tronti se fijaba en la decidida autonomía de las luchas políticas y proponía, frente al economicismo objetivista del marxismo estalinista, la autonomía de lo político, Antonio Negri elaboraba en 1976 la hipótesis del *obrero social* como base de la teoría de la autonomía obrera (cuyos ecos cabe encontrar, bajo otras premisas teóricas, en el interés de Sergio Bologna por el trabajo autónomo independiente o en el de Alberto Magnaghi por el de la *fabbrica diffusa)*. Este corte ya se había producido antes de 1967 cuando habiendo dejado de creer en la posibilidad de reformar el PCI desde dentro, Negri abandonó la revista *Contropiano* a partir de su segundo número.

Así, pues, cabe decir que la única rama verde del viejo tronco del marxismo occidental largamente debilitado por el socialismo soviético y el reformismo keynesiano se dividía a su vez en dos ramos. Recuperando la tesis polanyiana de la economía encastrada por la sociedad política y tomando de Carl Schmitt la teoría de la decisión y del antagonismo específicamente políticos, una de estas ramas, la de la autonomía de lo político, se convertía en una teoría objetiva de la subjetividad cristalizada en las instituciones. La otra rama, recusando la posibilidad de un uso obrero de las instituciones políticas del capitalismo, se orientaba hacia la teoría y práctica subjetivas de

un antagonismo obrero en su nueva composición. El optimismo casi hegeliano y bersteiniano del operaísmo (el movimiento es todo, el fin no es nada) hibridaba, en el primer caso, con el reformismo de la socialdemocracia, aunque sin duda demasiado tarde. En el segundo caso, el optimismo tendía a exasperar la subjetividad revolucionaria «leninista» pero se combinaba con un pesimismo completamente frankfurtiano respecto a la integración del movimiento obrero en el aparato de control global del capitalismo.

Cabría preguntarse de hecho, retrospectivamente (lo cual es fácil, lo admito), si esta escisión no comprometió en gran medida las posibilidades del operaísmo de proporcionar la verdadera puerta de salida del laberinto paralizante del marxismo y del socialismo. En efecto, por un lado obtuvimos la política en teoría (las formulaciones de la autonomía de lo político tienen cierto aire retórico) pero perdimos tanto al poderoso Partido Comunista histórico (reducido sucesivamente a PDS y a PD) como a la Revolución: el PCI no se salvó del naufragio general de los partidos comunistas occidentales y se encontró en una posición tan poco envidiable como la del PCF, que nunca tuvo teóricos del calado de un Mario Tronti, o del PCE, que perdió la fabulosa oportunidad brindada por el fin del Franquismo. Por otro lado tuvimos unos movimientos sociales e, incluso, insurrecciones, sin partido ni revolución, y una severa derrota para miles de militantes. En definitiva, una discontinuidad que llevó a la Italia de la «anomalía salvaje» a la cruel vulgaridad del craxismo socialista seguido del berlusconismo del Partido de la Libertad, es decir, a una regresión absoluta de lo político, cuya repugnante ilustración es la Liga Norte: reaccionaria, racista, pequeño burguesa, rentista.

A mi juicio, y no soy el único en pensar así, algo fallaba en ambos lados. ¿Era posible regresar a la raíz de la cuestión, volver al lugar de constitución de la fuerza de trabajo, del proletariado, de la clase obrera, por retomar el título

del ensayo central *Operai e Capitale* de Tronti? ¿De dónde surgía la estratificación de clase, la separación entre el pobre, el proletario, el lumpenproletariado? Al comienzo de mis investigaciones, a la vez militantes y teóricas, sobre los migrantes, sobre la clase obrera multinacional,[3] me había llamado la atención la infravaloración, en el esquema de Tronti, de la cuestión de la movilidad internacional. Si la historia del capital se explicaba por los movimientos de la clase obrera en proceso de formación, el primero de estos movimientos había sido la automovilidad. Al igual que para el capital, cuya acumulación esconde su secreto en la violencia de la acumulación primitiva (el corsario Drake y el Tesoro de Isabel I de Inglaterra, el robo, la rapiña, la esclavitud), hacía falta una *historia de la acumulación primitiva de la clase obrera*. Para volver a poner en marcha el motor de la política revolucionaria era preciso sacar a la clase obrera de su amnesia respecto a su acumulación primitiva. En definitiva, lo contrario de lo sostenido por Louis Althusser, quien, preocupado por desmarcarse de los discursos, a menudo dudosos, es cierto, sobre el «origen» seguido de una teleología bastante hegeliana retomada por el Diamat,[4] había propuesto el «corte epistemológico» y preconizado un comienzo sin origen, el de la historia. En este caso, lo propio de la prehistoria sería su falta de historia.[5]

Parece evidente que con el fragmento, magnífico por otra parte, del hombre del dinero y el proletario, Marx no había hecho más que evocar furtivamente *el verdadero relato del encuentro*. En este episodio, empujado por un hambre devoradora de mano de obra para valorizar su dinero como capital,

3 Me remito a mi primer trabajo acerca de la clase obrera en Francia, en *L'Operaio multinazzionale* (Milán, Feltrinelli, 1974), publicado bajo la dirección de Luciano Ferrari Bravo.

4 Abreviatura de «materialismo dialéctico». [N. de E.]

5 En el primer tomo de mi biografía de Louis Althusser (Grasset, 1992, reedición en Poche, 2012) expliqué lo que el concepto de corte decía del propio Althusser.

el hombre del dinero sale en busca del proletario a quien una expropiación ha dejado oportunamente receptivo al canto de sirena del trabajo dependiente. Pero ¿qué pasaba en realidad? Para empezar, que el hombre del dinero no encontraba en Europa al pobre, un proletariado harapiento y semidelincuente, ese vagabundo que exasperaba prodigiosamente a Marx, pese a haberlo intuido claramente en su artículo sobre el robo de madera en la *Gazeta Renana*. Por otra parte, en esta historia de encuentro, de flechazo, al igual que en la demasiado famosa lucha «del amo y del esclavo», o más bien del criado, del sirviente, el proletario estaba inerte, inmóvil. El movimiento, la agilidad, quedaba en la parte del magnate comerciante, del empresario. Demasiado teleológica, esta historia olvidaba, por último, que el capitalista ganaba siempre, que el pobre sólo era un origen inerte al que el proletario saludaba con un ligero toque de sombrero, apresurándose a olvidar, así como la clase obrera borraría de su memoria al proletariado harapiento, el fuego campesino (verdadero actor, sin embargo, de la Revolución Francesa durante el gran miedo y la noche del 4 de agosto).[6]

Ahora bien, la historia de las leyes de los pobres demostraba cuatro cosas: que los pobres habían sido capaces de resistir a su incorporación al trabajo dependiente de 1300 a 1700 (hecho que recuerda curiosamente la resistencia del Sur al desarrollo capitalista bajo y tras el colonialismo); que esa incorporación sólo había podido hacerse bajo la forma del trabajo dependiente no libre, la esclavitud moderna con africanos y aborígenes constreñidos por la guerra y la amenaza del genocidio. Las venas de América Latina, África y Asia tuvieron que desangrarse para dar vida al capitalismo.

6 Véase el bello libro de Daniel Guérin, *La lutte de classes sous la Première République, 1793-1797*, París, Gallimard, 2 vols., 1946; edición abreviada: *Bourgeois et bras nus, 1793-1795*, 1968. [ed. cast.: *Lucha de clases bajo la Primera República*, trad. Carlos Manzano de Frutos, Madrid, Alianza Editorial, 1974].

En tercer lugar, que, asombrosamente, la relación del trabajo asalariado libre no se dedujo de un capitalismo que hubiera dado la libertad como un manzano sus manzanas.

Y el cuarto elemento, aún más escandalosamente herético respecto a las doxas tanto liberales como marxistas, es que el propio mercado sólo consiguió funcionar como paso hacia la libertad de los esclavos: el mercado fue «inventado» por los esclavos en su lucha por la libertad, así como la fuerza de los pobres del Antiguo Régimen fue el resultado de la liberación medieval de la servidumbre.[7]

Podríamos empezar a prescindir de estas descripciones raquíticas y falsas del nacimiento del mercado, el Estado y el capitalismo, generalmente sazonadas con un toque de romanticismo de la subjetividad pirata.

El carácter político de la constitución de la clase obrera, *The Making of the English Working Class* de E. P. Thompson, comprendía la historia mundo, y no simplemente la economía mundo, con sus luchas campesinas, capitales en la constitución de la feudalidad, con sus mujeres expulsadas de la producción y de la ciudad, con sus africanos deportados, sus esclavos, sus semiesclavos móviles, su Atlántico con sus *engagés* fugados, sus bandidos, sus cazadores furtivos, sus recaudadores de gabelas. Pero este *making* había sido un *Unmaking of the Poor*, *the Aborigenous*, *the Women*, un deshacer el mundo, el *Umwelt*, el medio ambiente humano (que también era el medio ambiente ecológico) sin los cuales es imposible comprender nada en política, ni sobre la resistencia, ni sobre el asalto a los cielos.

7 Véase el magnífico libro de Pierre Dockès, *La libération médiévale*, París, Champs, Flammarion, 1980.

Una historia prodigiosa, en suma, mucho más interesante y rica en expedientes y lecciones que la pobre historia que se nos ha enseñado y sobre la que siempre tendemos a fundar nuestra política. Pobre, porque pone de manifiesto un doble menoscabo operado por Europa desde el Renacimiento: presentarse y situarse como centro del mundo y después, tomándose realmente por ese centro, eliminar de su memoria su propio interior y, por ende, su propia y verdadera historia, expulsando toda esa acumulación primitiva de la historia a una prehistoria reducida al silencio *ad aeternum*. Olvidando de esta suerte que su motor interno y central latía en la denominada periferia.[8] Ahora bien, esta idea es precisamente la tesis crucial del pensamiento *postcolonial* defendido con especial claridad por Aníbal Quijano y Walter D. Mignolo. Un pensamiento con el que el operaísmo debía haberse confrontado de manera fecunda y no sólo desde absurdas trifulcas de prerrogativas.[9]

El segundo menoscabo, más directamente práctico y, sobre todo, más inmediato en la historia y no entre sus historiadores *post festum*, es el olvido por parte del naciente movimiento obrero (es decir, entre aquéllos que van

---

8 Un ejemplo sencillo para entender esto. La exacción de la Quinta, el impuesto sobre las ventas de esclavos que la Corona portuguesa fue la primera en instaurar y al que más tarde se añadiría el Asiento, el arriendo del privilegio de la trata, representaba desde mediados del siglo XVI más del 30 % de las percepciones tributarias totales de Portugal.

9 Las primeras confrontaciones comenzaron cuando los defensores de la «colonialidad del poder» reprocharon a *Imperio* su página ausente (véase el dossier de *Multitudes*, núm. 26, otoño 2006, en particular, Castro-Gómez/Grosfoguel: «Imperio y "colonialidad del poder"» y la respuesta de Negri). El libro de Giuseppe Cocco y Antonio Negri, *Global: Biopoder y luchas en una América latina globalizada* (Buenos Aires, Paidós, 2006), intentó responder, algo que logró sobre todo el último libro de Giuseppe Cocco, *MundoBraz o devir Brasil do mundo e o devir mundo Brasil*, Río de Janeiro, Record, 2009 [ed. cast.: *MundoBraz*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2012].

a constituir el imaginario político, los valores de la clase obrera) de su madre campesina, de su padre el pobre, de su hermano el esclavo de ultramar, de su mujer, de su porvenir, para plagiar a Aragon.

Estos terribles menoscabos explican, a mi juicio, la prolongada impotencia del movimiento obrero frente a un capitalismo que ha cambiado tres veces de forma a lo largo de su historia: ahora, tras el mercantilismo esclavista e industrial, nos enfrentamos a su forma cognitiva y, sobre todo, a su fulgurante desaparición como cultura sofisticada. Mientras la sociología de los nuevos movimientos ha confundido los contenidos y las formas obreras, el mercado, desde abajo, ha pulverizado su política.

Pero ¿a dónde nos lleva esta constatación tan poco jubilosa? Aquí es donde, a mi modo de ver, entra en escena la problemática abordada en *La abeja y el economista*.

Del obrero social a la polinización

Cuando el obrero cualificado de la fábrica estandarizada metalúrgica fue aniquilado y vencido políticamente por el desarrollo del fordismo (tras la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos, veinte años más tarde en Europa), que absorbió a los campesinos, a los negros, a las mujeres, en las cadenas de montaje de la producción en masa, los referentes culturales y materiales cambiaron profundamente. Pero un marxista ortodoxo seguía viendo a sus hijos en estas cadenas. El obrero masa era el obrero de la gran fábrica; el corazón de la industria había cambiado pero estábamos más que nunca en la fortaleza obrera. Cualquiera que fuera la forma del régimen, liberal, fascista o nazi, la cadena de montaje de la fábrica gigante reinaba de Detroit a Mirafiori, de Billancourt a Wolfsburg y rápidamente también en Togliattigrado (Volgogrado)

o Toyota Shi (Aichi); y el obrero masa compartía con el obrero cualificado e incluso con la aristocracia obrera tanto una condición común, la del cuello azul, como la fábrica tal y cómo ésta había sido establecida desde la Gran Fábrica y la empresa descrita por A. Chandler.[10] Ciertamente, algunas escorias extrañas rondaban por ahí (el trabajo infantil, el *entretien*, las subcontratas, las ciudades obreras, las clases peligrosas, esos *outcasts* marginales que no estaban solamente en Londres pues también había unos cuantos millones de obreros sin domicilio fijo en las Indias). Pero esto no era más que *lumpen*proletariado, un proletariado no ya harapiento, sino embrionario. Prehistoria, en suma. ¡No merecía la pena prestarle tanta atención! Sí alguna, en cualquier caso, pues los encuentros del obrero comunista de la III Internacional con el obrero masa o el obrero especializado no fueron muy bien, sobre todo cuando este último procedía de un medio rural alejado o de otros países. Parece que había algo en la cultura de los inmigrantes que ya no se ajustaba demasiado bien con la forma de organización basada en la fábrica, en el establecimiento fabril.

Pero en fin, si los sindicatos, los delegados italianos o el *shop-steward* ponían de su parte, podía hablarse de *una* clase obrera, porque la base económica de la explotación, la relación de subordinación a un patrón, debía ser capaz de explicar el desarrollo desigual de los niveles de conciencia de clase. La economía y el capitalismo estaban cavando su propia fosa. De la composición económica de clase, de la encuesta obrera a la composición política de la clase obrera. Era el camino perfecto.

10 Alfred D. Chandler, *The visible Hand: The Managerial Revolution in American Business* (1977) [ed. cast.: *La mano visible: la revolución de la gestión en la empresa norteamericana*, tr. María de los Ángeles Conde, Barcelona, Ediciones de Belloch, 2008].

Que jamás haya sido así en la historia real de la clase obrera, que esto haya sido un «cuento para niños», como hubiera ironizado Tronti, un mito cuasi soreliano, es otra historia o, mejor dicho, el mismo problema que la historia del trabajo asalariado y su prolongada relación de parentesco con la esclavitud (su lado oculto) me habían desvelado.

Pero después de Mayo del ‘68 y del Otoño Caliente, cuando el trabajo precario, el trabajo social, se propaga paralelamente a la crisis de los obreros especializados, del trabajo en serie de la fábrica y, de una forma aún más fuerte en tanto esta transformación productiva no ha sido ni percibida ni analizada, cuando el obrero social aparece en el vocabulario visionario de Negri, se produce el fin de esa cómoda «comunidad». Pero ¿qué significa obrero social? ¿Se trata de un obrero masa al cuadrado? No, porque descompone rápidamente la figura política del obrero masa apenas conquistada desde hace una década. La fábrica ya no está en la fábrica y el obrero ya no es obrero, sino que está en la sociedad, en el territorio difuso, en los centros sociales, en los comités de lucha de los barrios. Se vuelve híbrido, más cualificado que el obrero cualificado de la gran industria, más móvil y precario que el héroe de *Vogliamo tutto*,[11] de la novela de Nanni Balestrini, pero sobre todo más inaprensible, más efímero en sus apariciones. ¡Se acabó la salida fácil de poder ligarlo a la producción material, pesada, tangible de esa querida vieja industria cuyas fábricas estaban empezando a quedarse baldías! Pero ¿al menos produce algo, alguna cosa a la que agarrarse a falta de una dirección donde encontrarlo? ¡Ni siquiera!

Es preciso decir que en el terreno más práctico tiene lugar una terrible batalla teórica. ¿Qué produce este obrero que no es ni de cuello azul, ni de cuello blanco, ni estudiante, ni obrero, ni asalariado, ni independiente, ni

11 Ed. cast: *Lo queremos todo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006.

está totalmente fuera de la fábrica, ni completamente dentro? ¿Es productivo? El sentido común nos lleva a todos a pensar que sí lo es, claro está. Que poner en tela de juicio su carácter productivo es ponerse una venda en los ojos además de tener el efecto perverso de aislarlo, de excluirlo de la pertenencia al mundo del trabajo, de arrojarlo al incierto ejército industrial de reserva, tanto más amenazante cuanto ya no es ni siquiera «industrial».

El operaísmo ya había armado un buen escándalo en los medios socialistas y comunistas defendiendo el valor del rechazo al trabajo en vez del valor del trabajo. Pero pese a su «no» cercano a la «chienlit»[12] anarquista, el rechazo obrero era al menos obrero. ¿Qué significa aquí la pérdida del criterio discriminatorio de la pertenencia al mundo del trabajo productivo en el sentido breve y preciso del término (asalariado primero, cuello azul después)? ¿Cabría salir del paso invocando su carácter productivo indirecto en vez de directo? Anda mira, ¡como el trabajo doméstico de la mujer del proletario! Los defensores del viejo lenguaje preferían seguir aferrados a él, aunque ya no permitiera comprender nada, y se burlaban de esa dilatación, de esa exaltación hasta el infinito del carácter productivo del conjunto de la sociedad explotada como un todo. Habíamos dejado el terreno de la ciencia del Diamat para entrar en el reino de la fantasía peligrosa y aventurada.

12 El término «chienlit», que con el tiempo fue adquiriendo connotaciones despectivas, designaba inicialmente un personaje típico del Carnaval de París. Este personaje está en el origen del sustantivo femenino «la chienlit», que significa molestia, agitación, desorden. En este sentido lo habría empleado y vuelto a poner de moda De Gaulle con su frase «La réforme oui, la chienlit non» [Sí a la reforma, pero no al desmadre], pronunciada durante el Mayo francés, a la que la calle y cientos de carteles y octavillas respondieron con un «La chien-lit c'est lui» [el desmadre es él]. [N. de la T.]

Sin embargo, sin embargo... Con el crecimiento espectacular del trabajo inmaterial en la globalización y con la deslocalización de las fábricas a Shangái, a Chongqing (nuestra nueva Manchester en las fábricas de Foxcon), ¿había que tratar a los ingenieros del Ipod, del Iphone como rentistas de la propiedad intelectual?

¿Cómo refundar una teoría del trabajo productivo de la explotación que fuera coherente y adecuada a la nueva Gran Transformación?

En mi tesis sobre el trabajo asalariado, en la década de 1990, lo que había llamado mi atención era la inconsistencia de la explicación de la génesis del mercado laboral que «nacía en las coles»[13] del intercambio económico de productos. Para que naciera un «mercado» laboral donde intercambiar dinero por trabajo dependiente era preciso fijar al pobre en un lugar: ésta era la primera disciplina, la acumulación originaria. Y para que la ruptura de contrato por parte de un trabajador dependiente no destruyera toda posibilidad de acumulación económica, era preciso que el pobre «fugado» permaneciera en la misma zona. El mercader del dinero tenía dos opciones: a) o bien marcar al vagabundo, al fugitivo, con hierro candente y esclavizarlo; b) o bien retenerlo gracias a la ayuda administrada por la Iglesia (las leyes de los pobres, esa historia de la lucha de clases bajo el Antiguo Régimen).

Por lo tanto, el mercado sólo adquirió la capacidad de indicar un precio del trabajo cuando el poder público puso en marcha potentes recursos colectivos. El Estado precedió la relación «de mercado», como demuestra la primera legislación después de la gran peste en Europa. Lo que quedaba fuera del mercado conformaba la propia

13 En Francia es usual decir que los niños nacen en las coles, de forma semejante a la expresión española «los niños vienen de París». [N. de E.]

posibilidad de la supuesta «mano invisible». En lo externo a las relaciones mercantiles se escondía la posibilidad del funcionamiento a secas del «mercado». Es más: el riesgo de ruptura de la relación de trabajo dependiente y las fugas efectivas constituían el envite principal de los dispositivos que regulaban el intercambio económico, aunque no aparecieran en la misma esfera económica. Estos elementos explican la prolongada confusión entre el trabajo libre y la esclavitud moderna.

Para entender las formas sucesivas, las metamorfosis del intercambio dinero/trabajo dependiente, era preciso poner en el centro del análisis lo que los economistas denominan «externalidades»: esto es, las consecuencias, no incluidas en el intercambio monetario, de las transacciones globales entre agentes económicos (no sólo las transacciones comerciales).

Mi intuición era que las externalidades sólo representaban la punta del iceberg. Y, por lo tanto, que la relación entre esfera mercantil y esfera no mercantil era de 25 / 100 %. Pero esto era muy vago, demasiado vago. Hasta que en 2004 comencé a prestar mayor atención a un animal de culto en la economía, no la hormiga ni la cigarra, sino la abeja. Esa abeja que el señor Mandeville había inmortalizado en su fábula fundacional de la economía política y con la que todo estudiante de economía debía toparse durante su carrera. Mandeville recurrió a las abejas para demostrar que algunos vicios privados (egoísmos, desvíos) podían llevar a una armonía pública, fundando así el mito de la «mano invisible» al que Adam Smith dio forma pero nunca explicó. Yo andaba buscando algo completamente distinto. Me preguntaba qué valor tenía la abeja desde el punto de vista de la economía real.

Y la respuesta fue tanto más instructiva cuanto que la catástrofe del síndrome del despoblamiento de las colmenas (una sobremortalidad muy inquietante que surge en Estados Unidos y se generaliza después) iba a arrojar unas cifras irrefutables a partir de diciembre de 2006.

El lector podrá conocer los detalles en el libro que tiene entre sus manos. Pero en esta introducción nos ceñiremos a tratar un resultado lacerante para los apólogos de todo signo, así como algunas aplicaciones para nuestro problema del obrero social y la política.

El valor económico de las abejas no reside principalmente en la miel y la cera que «producen» con sus diminutas manos, sino en la polinización que permite la supervivencia de la biosfera del planeta. El valor de esta última no tiene precio directo. Si nuestros principales alimentos vegetales pierden la capacidad de reproducirse, seguidos de nuestros alimentos cárnicos, del conjunto de la fauna y de la flora y, por último, de nosotros mismos, no tendremos planeta de recambio. Pero en términos aproximativos respecto al PIB anual del planeta (total de las actividades comerciales del orden de 60 billones de dólares), la polinización de las abejas representa la tercera parte del PIB agrícola. Lo interesante es que la polinización representa anualmente entre 790 y 5.000 veces el valor comercial de la miel y de la cera que producen. La esfera mercantil es aún más minúscula que la punta del iceberg.

Volvamos ahora a nuestro problema. Supongamos por un instante que la actividad humana estuviera gobernada por las mismas leyes. Sustituyamos la polinización de las abejas por la interacción y el vínculo social. La teoría marxista de la explotación de las «abejas humanas» se corresponde admirablemente con el arte *improbus* [ímprobo] del apicultor, quien, retirando los panales de miel de la colmena, obliga a las abejas a producir más miel de la que

harían si sólo tuvieran que reservar su propio alimento y el de su progenitura. La explotación o plustrabajo está ahí. Para obtener este excedente absoluto, el apicultor puede nutrir y alojar a sus abejas de forma insuficiente pero esa depredación se volverá contra él si pone en riesgo su supervivencia. A cambio de cuidarlas, principalmente frente a la enfermedad y la intemperie, obtendrá una plusvalía relativa.

Bien. Pero todo esto deja de tener interés cuando la producción que nos importa es la de la vida del medio humano en su conjunto y cuando tenemos miel de sobra. La cuestión crucial ya no es sólo aumentar la producción de miel y de cera, sino reproducir la biosfera en su complejidad (que, en el caso de los seres humanos, comprende el lenguaje, la cultura).

Productivo es aquel trabajo que engrandece la vida, su potencia y su perdurabilidad; improductivo, nocivo (aun en el caso de extraer un excedente de miel y de cera), todo aquel que destruye la polinización humana.

Esto nos lleva inmediatamente a una conclusión. Hoy para el obrero social, ayer para la acumulación histórica del proletariado, la clase obrera y el trabajo asalariado.

La polinización humana, el único trabajo a la vez sin precio y fundamental, constituye el punto ciego del análisis de la economía política clásica (incluido el marxismo ortodoxo). El reduccionismo europeo que surge con los albores del capitalismo puede ser merecidamente tachado por los aborígenes como una forma de barbarie particularmente primitiva, y no sólo respecto a los seres humanos, sino a todos los seres vivos del planeta.

Esta verdad cruel descalifica el humanismo que pretende asentar sus buenas intenciones en una economía estándar (ya sea capitalista o socialista). La utilidad de las actividades humanas y la producción de riqueza real para la sociedad en su conjunto debe partir de ahí y sólo desde ahí.

Entonces comprenderemos que el trabajo invisible de los expulsados de la historia de la acumulación primitiva, de la clase obrera y del trabajo asalariado era el de la indispensable polinización. Comprenderemos el significado de las alianzas. Releeremos una y otra vez las tesis del obrero social desde un horizonte de liberación.

Bienes comunes, economía pública, actividad de polinización del vínculo social, cuidado de la vida del conjunto de los seres vivos: éstas son las verdaderas brújulas y cartas de navegación de las que hablábamos al principio de este prólogo. Ésta es la fábrica social, el sol alrededor del cual gira la tierra de la política. Ésta es la revolución copernicana que nuestra política debe acometer. ¡Trabajo con método!

La fábula de la abeja y el economista

Un campesino y sus hijos
Vivían felices en Normandía,
Vergeles y vacas en sus campos,
Les procuraban con qué poderse ganar
Una honesta y apacible vida.
En medio, una colina
Albergaba desde siempre el colmenar
De una propiedad vecina.
Al extraño enclave no le faltaba nada,
Su casa estaba a lo lejos instalada
Y los cuarenta enjambres
Daban vueltas en torno a la esparceta,
Los manzanos y los girasoles,
Sin que nadie pudiera ver su vuelo.
En septiembre, el amo de las abejas
No faltaba nunca a su visita
Para ofrecer a su vecino
Gofres salidos de panales
Y un bote de jalea real.
Recibía sin que estuviera obligado
Calvados envejecidos en roble
Cestas a rebosar de frambuesas
Y especialmente en la cena se marcaba con lápiz
Para dar al año sus estrellas.
El campesino murió demasiado pronto.
Demasiado pronto no es pura cortesía
Todavía no había preparado su jubilación.
Fue necesario encontrar alguien que le igualara
Su viuda faltaba a los trabajos del campo.

¿El hijo menor y la hija? Ninguno era entusiasta.
Recordaron que el hijo mayor
Diplomado en economía
No detestaba el campo.
En poco tiempo fue nombrado
Gerente de la explo-ta-ción,
La diéresis os suplico,
Pues es realmente en el paraíso
Que se requiere la majestad
Que nuestro joven gestor
Recién desembarcado de la ciudad
Pretende realizar la revolución
En los métodos y de civil.
Inmerso allí está
En los humildes libros de cuentas
De su difunto padre. Multiplica las consultas
Convoca a sus proveedores,
Como acreedor les va a acosar
las deudas no deja de cicatear,
Madre y hermana se avergüenzan un poco.
Pero, ¿cómo resistirse a este sanador
Que verifica cada parcela?
¿Y se ríe de los cuentos de hadas?
Descubre por fin las colmenas
Él que en la granja
Nunca fue más lejos de su nariz.
«Mi hermana, este enclave ¿desde cuándo y por qué?
¿No hay que acabar con él?
A menos que se pueda amortizar.
Veamos, ¿cómo hacerle entrar
En un balance sin que vaya de soslayo?»
Su familia le intenta recordar
Que el apicultor colindante
Hoy como ayer es útil y leal.
Pero el recuerdo del padre le importa poco.
Nuestro nuevo empresario
Esgrime una tabla de insumos,

Y argumenta con mucho orgullo.
«Pago todo lo que en mis productos
Entra, semillas, abono,
Maíz, y para mi leche gránulos
O bien lo saco de mis campos.
Puedes decirme por favor
¿De dónde viene la miel que estos insectos
Fabrican en sus colmenares? No de su cueva.
No de esta pequeña hectárea donde se aloja su secta.
Sino de mis campos, de mis flores.
Debe pagarme una renta
Sobre el néctar que colectan.
Y si un tercio no le sirve
Nosotros elegiremos la aparcería.»
Nuestro astuto, tras haber convencido a sus allegados
Con este argumento contundente
Al apicultor hizo llamar.
Un preludio jovial aunque inquieto
Pronto le condujo
Allí donde quería ir a parar.
En el papel que preparó
Añade su comentario
«Buenas cuentas hacen buenos amigos.
Para prevenirnos contra la mala fortuna
Pongamos la forma de un contrato
Debidamente firmado por ambas partes.
Sus abejas podrán libar en mis campos
Tranquilamente pero también en exclusiva.
No habrá indemnización
Cada año me entregará
Una parte de sus ganancias. Lo que mostrará
Que sabemos mantener nuestras cuentas
Y que el alimento de sus abejas se podrá garantizar.»
El maestro de las abejas no dejó entrever nada
Guardándose bien de protestar.
Simplemente quiere el contrato
Para poderlo mejor examinar.

Cita a partir de mañana se fijó.
Nuestro industrioso campesino
Se frota ya las manos
Con este casi cierto beneficio.
«A mi padre le faltaba viveza
¡Apenas comprendía
Las reglas de la economía!»
Piensa sin percibir
La sonrisa de su vecino.
Tras consultarlo con la almohada y hacer su camino
Está de acuerdo en firmar un contrato.
«Pero para que ambas partes,
tanto usted como yo, no se decepcionen
¿No será mejor si medimos todo?»
«De acuerdo», responde sorprendido
Esperándose un litigio
Centrado en la agrimensura.
«Muy bien ha razonado
Contando a su favor
Árboles, flores y prados
De cuyos tallos el néctar
Alimenta mis insectos alados.
Yo pagaré todo su precio neto
Sin regatear vuestros cálculos.
Pero una cuenta más justa exige
Que el trabajo de mis abejas
Que polinizan sin parar
Se añada a la cesta.
Sin estos pequeños animálculos
Adiós a la esparceta, a la alfalfa, al tornasol
Manzanos, perales, tilos y mil cosas.
Vacas, leche, mantequilla y otras causas
Deberían figurar en la lista
¿No le beneficia la brújula?
El vagabundeo de mis abejas no tiene precio
Pero no quiero querellas
De su ingreso total un buen tercio

Saldará bien las cuentas
Le perdono los pétalos
De esencias salvajes. ¿Firmamos
Este nuevo contrato? Estoy dispuesto.
Puedo pagarle en líquido
En cuanto a usted, no sea tímido
Con mucho gusto aceptaré
Una hipoteca sobre los terrenos.
Brindemos por estos prolegómenos.»
¿Pueden creer que en la biblioteca
uno de los dos contratos fue concluso?
«Reflexionando, dijo el aprendiz,
Avergonzado, pánfilo y confuso
Volvamos a nuestro aguardiente
Y a sus pequeñas vasijas rituales.
— *No pongamos precio*
A todo lo que no tiene precio»
Dijo el apicultor espiritual.
Desde entonces su vecindad
No conoció más nubarrones.
En la sociedad de los humanos
Las hormigas y las cigarras
Hacen sombra a las abejas
Y a sus pequeñas manos.
Para las fábulas de la economía
Sólo las hormigas trabajan.
Ven a las cigarras como reinas de los hambrientos
Sirven como espantapájaros
Y modelos de nuestros deseos.
Su moraleja nos dice que no podemos consumir
A menos que hayamos ahorrado primero.
Las abejas solo valdrían su miel y su cera
En cuanto al polen que al alimentarse siembran
Solo producirían deyecciones desde el cielo.
Lo hemos visto, a seguir esta lección
Fue obligado nuestro campesino
¿Cuántos doctos anzuelos

Han destrozado así el enjambre de la vida
Vertiendo sobre estos nómadas semejante maldición?
La fábula de un tal Mandeville
No disipó esta confusión
Confundió la siembra del polen
Con una mano invisible.
Mucho ruido y pocas nueces.
Bastará con devolver a las abejas
Lo que en nuestras cabezas hurtaron cigarras y hormigas,
Para que volvamos a encontrar las maravillas
Del mundo y su sutil actividad.

Introducción. Siete ideas iconoclastas

La historia nunca se repite, pese a lo que suponen los economistas, tan ávidos de modelos que permitan predecir de manera infalible las leyes de los comportamientos de los hombres.[1] La sacudida que estremece la economía mundial desde 2007 es poderosa y grave en sus consecuencias.[2] Por

[1] Esta nota es para quienes *odiaman* la historia del pensamiento económico (odian y aman a la vez, porque cuanto más se afina nuestro conocimiento del pasado de la disciplina, más aumenta nuestra capacidad para apreciar lo que el presente contiene de irreductible en la variación de la vida): en la querella de los métodos (*Methoden Streit*) que opuso violentamente a la escuela histórica alemana que se preocupaba por el derecho y la historia (de Friedrich List a Werner Sombart) frente a los marginalistas como Leon Walras y Stanley Jevons, podría ser que fueran los primeros, contra toda previsión, los que hayan tenido razón en el muy largo plazo. Los segundos eran partidarios de atraer la economía a las ciencias físicas y puras, y por lo tanto de aplicar las ciencias matemáticas, modelizando a partir de leyes matemáticas. Tras un siglo de cientifismo positivista, la complejidad de las sociedades históricas «calientes» ha podido con un reduccionismo racionalista que pretende dotar a los fenómenos económicos de propiedades análogas a los de los sistemas físicos, en particular hidráulicos. Los últimos estragos de estas ingenuidades se pagaron con la crisis abierta en 2007.

[2] Habría que inventar una escala de Richter para lo económico. Lo cual vendría bien, porque la disciplina adora las curvas logarítmicas y los movimientos de crecimiento exponencial.

su importancia, nos recuerda a la de los años treinta. Pero ahora la especificidad del presente cobra más relieve que la repetición. Con la crisis de las *subprimes*, se pensó enseguida en un riesgo de crisis financiera sistémica. Con el fin de evitar la destrucción de los bancos, las autoridades monetarias inyectaron liquidez en la economía mundial, garantizando más dinero en dos años que en los diez de la Gran Crisis (1929-1939) y el Plan Marshall juntos. Si tales medidas impidieron la bancarrota fue para evitar la repetición de lo que habíamos conocido sesenta y ocho años antes, un hundimiento económico masivo. ¿Pero hemos controlado el curso de los acontecimientos? Hay motivos para dudarlo: todos los argumentos con los que contábamos han acabado por ser desmentidos. Los que esperaban una crisis de crecimiento pasajera, los que predecían un hundimiento global del capitalismo, los que proyectaban reformas estructurales profundas, los que nos conducían a un estancamiento de los BRIC (Brasil, Rusia, India, China: los grandes países emergentes). Paul Krugman[3] habla desde entonces de Gran Recesión, para distinguir la situación actual de la Gran Depresión del último siglo (o del largo estancamiento de la economía mundial en la década de 1887-1899). También podemos evocar un estancamiento rampante e interminable, como los diez años que siguieron al estallido de la burbuja inmobiliaria y bancaria japonesa durante los años noventa.

El paralelismo parece tentador. Cuántas inquietantes semejanzas formales, acentuadas por la contaminación del vocabulario con nuestra manía «histórica»: brutalidad del acontecimiento, potencia devastadora de las finanzas sobre el conjunto de la economía, una acumulación de señales a las que se les ha prestado tan poca consideración

3 Premio Nobel 2008 de Economía y cronista regular de *The New York Times*.

como a «los gritos de Casandra».[4] Quien haya visto quemar el café en las locomotoras brasileñas no se asombraría hoy si viera las grandes obras de la arrogante Dubai sobre el desierto. Mejor aún, puesto que a mismos males, mismos remedios, ¿acaso no nos hemos armado esta vez para salvar del hundimiento al sistema financiero y escapar al abismo de la depresión? ¿No debería el conocimiento del pasado permitirnos identificar los problemas y afrontarlos? Pero si nada se repite de manera idéntica, ni en el ámbito de lo vivo ni en el de la historia, la respuesta inteligente nunca ha estado tampoco preprogramada. Y el paralelismo con el pasado podría revelarse como caballo perdedor. Peor, como un caballo de Troya. Evitemos comportarnos como el Estado Mayor francés, siempre con una guerra de retraso. O como los modelos probabilistas, por más sofisticados que sean.

Ilustración: ¿deberíamos aplicar al pie de la letra la reglamentación de las finanzas implantada por la administración estadounidense del New Deal para impedir los préstamos y la especulación bursátil, relanzar la economía de manera keynesiana, volver a un gravamen fiscal progresivo, aportando como único correctivo una coordinación de los Estados a escala mundial para evitar la cacofonía de los años treinta? *Como si*, expresión favorita de los económetras y estadísticos, pudiéramos razonar «siempre que las demás condiciones no varíen». A sus ojos infantiles, la historia no permite este tipo de subterfugios. ¿Qué pasaría si el capitalismo de este comienzo del siglo XXI no tuviera ya mucho que ver con lo que era hace setenta años, una eternidad en la era de la informática? Probablemente esto: la simple adopción de las mismas medidas que se tomaron para resolver la crisis de 1929, en nombre de un diagnóstico de similitud de las situaciones,

4 Expresión de J. M. Keynes, quien predicó en el desierto de 1922 a 1933, en los *Ensayos de persuasión*.

bien podría, conducirnos de manera aún más directa a la catástrofe, como las predicciones de los oráculos que abusan aún más de quienes creen, engañándose, poder interpretarlos. En este caso, cuanto más hagamos «como en 1932», tranquilizándonos con la elección de Obama, nuestro nuevo Roosevelt, mayor será nuestra ceguera. Ya no se trata de «la prosperidad que está a la vuelta de la esquina» (consigna desgraciada del presidente de Estados Unidos después de 1929, desmentida con crueldad), sino de la «recuperación» que los periódicos ven todos los días. La caída de Dubai, que había parecido el símbolo de la «globalización feliz»,[5] el inicio de una seria crisis de endeudamiento por parte de los Estados, el cuestionamiento del dólar como moneda única de pago internacional[6] hizo justicia a tales ingenuidades, con pociones anestésicas e interesadas. ¡Elemental, mi querido Watson! Dubai era el prototipo de la economía de casino, leemos retrospectivamente mientras se forman nuevas burbujas con la ávida credulidad de los mismos analistas que juran por sus dioses que después de Dubai no les volverán a pillar desprevenidos.

Se nos dirá que aún no estamos en esa situación. Los fundamentalistas de la aplicación mecánica de las «recetas» de los años treinta asustan a los gobiernos tanto como los inmovilistas que no ven razón para cambiar la financiarización de la economía por un modelo de regulación. Sea cuales fueren los factores de inestabilidad en

---

5 Véase el pequeño libro de Mike Davis *Le Stade Dubai du capitalisme* (París, Les Prairies ordinaires, 2008) para los aspectos más ostentosos de la burbuja inmobiliaria en la que los bancos ingleses comprometieron hasta un montante de 55 mil millones de dólares (*Le Monde*, 28 de noviembre de 2009).

6 Como atestiguan la crisis de la deuda griega y los riesgos que afectan a España y Portugal; como el incremento continuo del oro, refugio de valor especulativo, que siguió a la aparición en *The Independent*, periódico anglófono de los países del Golfo, de un artículo que anunciaba el acuerdo que alcanzaron aquéllos para hacerse pagar el petróleo en una canasta de divisas que no incluyera dólares.

Oriente Medio o en Pakistán, sería estúpido comparar el ánimo de los gobiernos de las principales economías del mundo al de preguerra. La crisis actual ha estallado con una rara violencia. Hubiéramos podido esperar que los remedios de caballo que se aplicaron para impedir una crisis financiera sistémica abrieran la vía, una vez pasada la urgencia, a reformas estructurales profundas. En lugar de una revolución, lo que se diseña es un *aggiornamento* de las finanzas.

Por qué los mercados financieros siempre están ahí y por qué nuestros nuevos *fermiers généraux*[7] tienen todavía hermosos días por delante

A pesar de las transformaciones reales de la gobernanza mundial (ampliación del G8 a otros 12 países),[8] de la reglamentación financiera (menor laxitud en materia de paraísos fiscales, aumento de los fondos propios exigidos en relación con los créditos que pueden otorgar los bancos), muy pocas cosas han cambiado. Desde las columnas del *Financial Times* antes que en *Le Monde*, Martin Wolf desveló pronto los peligros de un retorno al *business as usual*. Da igual, la facultad de olvido parece infinita. Hasta la próxima catástrofe. Hasta el punto de que la preocupación del patrón del FMI consiste, desde entonces, en prevenir que en caso de recaída, los poderes públicos no puedan volver a rescatar el sistema financiero tal y como hicieron.

7 Durante el Antiguo Régimen, este término hacía referencia a los titulares de una cesión gubernamental para la recaudación de impuestos. Eran grupos de financieros que compraban al monarca francés el privilegio de la percepción de determinados impuestos por todo el país. Recuperaban su inversión más un beneficio con lo que recaudaban en concepto de impuestos y, si conseguían recaudar más de lo que habían pagado al rey, podían quedarse con el excedente. [N. del T.]

8 Léase por ejemplo el número de noviembre de 2009 de *Alternatives Économiques*, núm. 285.

Por otro lado, la regulación de los mercados financieros, contrariamente a lo que esperaban sus críticos más virulentos, no significa de ninguna manera su desaparición.

Los que creían que poniendo en vereda a los mercados financieros lograrían su erradicación se han quedado con las ganas. Desde luego, la imposición fiscal del 50 % sobre las primas de los agentes de bolsa superiores a los 270.000 euros de ganancias anuales, anunciada a bombo y platillo por Gordon Brown, y seguida rápidamente por Nicolas Sarkozy, produjo un hermoso efecto publicitario. Complace a una opinión pública exasperada. Pero algunos se han apresurado a señalar que la medida era excepcional, es decir, limitada a un año, y que tasar un 10 % las primas de los agentes en lugar de los beneficios de los bancos equivaldría a una modesta exacción del 1 % de estos últimos. Angela Merkel, con seriedad germánica, ha dicho algo que revela muy bien cómo es el intercambio entre los «amos del mundo», al calificar esta medida de «encantadora», o «amable», si queremos traducir mejor su pensamiento. La especulación ha vuelto a los parqués, las primas de los agentes de bolsa han vuelto a aprovisionarse. Las burbujas renacen como en la marmita de los volcanes de Hawai. Algunos habían deseado la crisis con toda su alma, como el gran escobazo «moral» que nos liberaría de los «espíritus animales» de la codicia. O, de manera cínica, como la indispensable puesta a cero de los contadores. ¡Acaso no es Nicole El Karaoui, profesor de matemáticas financieras en las universidades de París VI y de Dauphine, el que llama ahora al sentido común![9] Estamos obligados a preguntar con ironía: «Crisis, ¿dónde está tu victoria?»

9 Nicole El karaoui: «La vraie cause de la crise est la disparition du bon sens», *La Tribune*, 20 de octubre de 2009.

¡Violencia excepcional, elefantiásica de la crisis, mucho ruido y pocas nueces en las reuniones del G20, esas cumbres de jefes de Estado del planeta! ¿Cómo explicar esta paradoja? ¿Cómo explicarla de manera simple, sin caer en los lugares comunes con los que la prensa nos satura? Más de una vez hemos tenido la tentación de hacer de abogado del diablo de los mercados financieros, tanto exaspera el alarde de buenos sentimientos y de resoluciones virtuosas a los que sigue la recuperación de viejos hábitos. Si bien algunos se indignan con sinceridad, muchos critican las finanzas como ayer buscaron en el desarrollo sostenible o en las intenciones verdes una forma de legitimación suplementaria del mismo vino adulterado presentado en nuevos envases.

En las páginas de economía del *Libération des philosophes* de noviembre de 2007, habíamos comentado la crisis de las *subprime*.[10] Vianne Delourme quería encontrarse con nosotros y discutimos durante un buen rato. Al cabo de varias horas de entrevista relajada con Frédéric Laurent, y para olvidar el estilo formateado de las entrevistas breves de los periódicos, de las transcripciones densas, recortadas, decidimos hacer este libro. Surgieron cuatro puntos fuertes, que formaron con toda naturalidad la sustancia de los capítulos. Todos parten de un principio de constatación y de una escandalosa apuesta: no sólo los mercados financieros van a retomar su camino, apenas arañados por una reglamentación cosmética, sino que los Estados del siglo XXI les van a emular pronto al reclutar en ellos una parte de sus nuevos *fermiers généraux* de deuda pública. El gobierno chino, con gran perspicacia, ha comenzado a buscar financieros capaces de crear liquidez a la escala que reclama la transformación de su economía, reclutando agentes que se han quedado sin empleo en Londres o en Nueva York para poner en pie la Bolsa de Shanghai y,

10 *Libération*, 13 de noviembre de 2007.

sobre todo, para gestionar la cartera de alto riesgo de las reservas de su Banco Central. Esto no tiene nada de sorprendente: el Estado monárquico de Felipe el Hermoso siguió los consejos de sus banqueros florentinos y limó las piezas de moneda, del mismo modo los bancos centrales reclutan a los falsificadores para producir billetes más difíciles de falsificar. Hoy China comienza a emular a los mercados financieros. En efecto, debe gestionar los excedentes gigantescos de su balanza comercial. Los expertos del Tesoro Público que emiten bonos de deuda pública deben ser también finos conocedores de las salas de contratación. Jean-Pierre Jouyet, nombrado cabeza de la nueva autoridad francesa de supervisión de los mercados, sólo ha podido observar el renacimiento de la especulación. Para poner obstáculos a los movimientos especulativos que se producen en unos pocos microsegundos, apostaba por reclutar matemáticos de las finanzas y orfebres de las salas de contratación, mientras señalaba que no tenía dinero suficiente como para traerlos del sector privado.[11]

Esta idea va contra los gritos desatados de Casandra que solemos escuchar a propósito del crecimiento de la deuda, tanto privada como pública. Puede parecer cínica. Sin embargo, el rescate de los bancos, ejecutado en tiempos recientes, significa técnicamente una transferencia de la deuda privada de los hogares a la deuda pública, cuando ésta ya es de por sí considerable.

¿Nos dirigimos, pues, hacia la catástrofe? ¿Va a producir la carga de la deuda una formidable crisis política cuando se hayan librado todas las letras de cambio y cuando haya que devaluar drásticamente la moneda o esquilmar una parte de las diversas rentas (del petróleo, de las inversiones inmobiliarias, de los fondos de pensión, otra manera de referirse a las jubilaciones de los países del

11 *Le Monde*, 17 de noviembre de 2009.

Norte) para devolver al Sur y a los jóvenes otra cosa que no sea un asiento plegable en el «banquete» del planeta? ¿O más bien se tratará de lograr una mezcla hábil entre ambas soluciones?

Algunas ideas iconoclastas para un tiempo que necesita superar su torpeza

Como hay que poner las cartas sobre la mesa, este libro va a poner varias veces el dedo en la llaga sin ningún miramiento. Sostendrá las siguientes tesis:

Los mercados financieros tienen hermosos días por delante. Este primer punto pretende explicar la paradoja, tan difícil de comprender, hoy como ayer, para quienes no son especialistas en economía, del carácter inevitable de las finanzas y de sus instituciones, sean privadas o públicas. Estas finanzas, responsables a primera vista de los males de la crisis que nos golpea, ¿acaso no renacen de sus cenizas con una insolencia o una impunidad asombrosas? No es la primera vez. No podemos imputar a la «naturaleza humana» el olvido casi instantáneo que afecta a los especuladores profesionales, a los acróbatas financieros, a los estafadores de pequeños o altos vuelos, al público eternamente ingenuo de accionistas estafados con regularidad, a los funcionarios íntegros, lívidos y furiosos que comprenden pero que ya no pueden más. Tras esta comedia de los errores, se encuentra una verdad más simple y desconocida. El corazón del capitalismo desde su cuna genovesa, su adolescencia esclavista en Liverpool, su madurez industrial ayer en Londres, su tercera edad postindustrial en Nueva York o Los Ángeles, no está hecho de fábricas ni de muelles de contenedores, es financiero. En ocasiones parece que deja de latir. Pero nunca por mucho tiempo. Esta amenaza, que enseguida se blande, tuvo más efecto, tras la quiebra de Lehman Brothers, que el tamaño de

los establecimientos financieros, demasiado grandes para caer sin arrastrar al resto. ¡Comprendamos las finanzas en el largo plazo para no morir como idiotas!

No existe ninguna fatalidad en el funcionamiento de las finanzas que las conduzcan necesariamente hacia el caos. Nunca ha habido un *Zusammenbruch* [hundimiento total] de las finanzas, así como tampoco se ha producido un hundimiento del capitalismo.[12] Se trata de un hecho histórico que puede desagradar a todos los que buscan una alternativa. Razón de más para tenerlo en cuenta en futuros proyectos. No se puede recusar como falsa la tesis neoliberal (y neoclásica) de un reajuste automático por el mecanismo exclusivo de los mercados, lo que parece sensato, y sostener al mismo tiempo que los mercados financieros (tal y como son en la actualidad, o tal y como podrían ser el día de mañana) conducen necesariamente al hundimiento apocalíptico del capitalismo. El sistema global de la economía mundo no salta entre estos dos extremos sin intermediarios, porque no es binario. Esta idea no excluye, de ninguna manera, una transformación de otro tipo, una bifurcación que el sistema capitalista debería sufrir pero por razones que tienen más que ver con el imperativo económico y social que con el exceso de liquidez que crean las finanzas.

¿La muda de la serpiente? Resulta más clarividente y más fecundo pensar la crisis crónica de los mercados financieros como una crisis de crecimiento.[13] Así pues, debemos explicar en el

12 El debate sobre el hundimiento total o no del capitalismo enfrentó, dentro del Movimiento Obrero, a Eduard Bernstein y a Karl Kautsky a principios del siglo XX. El primero tenía razón en términos globales (el capitalismo resistió como sistema a la crisis de finales del siglo XIX, así como a la crisis política de la Segunda Guerra Mundial) pero se equivocó en términos locales (por la Revolución Rusa de 1917).

13 La sucesión de crisis que hemos conocido desde 1981-1982, desde la crisis mexicana hasta la crisis LTCM en 1998, de la crisis de las *startup* (puntocom) hasta la de las *subprimes*.

tiempo largo, siguiendo el ejemplo de la escuela histórica de los Annales y de la escuela del capitalismo histórico de Immanuel Wallerstein, por qué y cómo se constituyeron los mercados financieros desde la suspensión de la convertibilidad del dólar en oro (1971), que marca verdaderamente el fin del sistema monetario internacional de Bretton Woods y la agonía *desde arriba* del fordismo. La lenta marcha desde abajo había comenzado, por su parte, mucho antes, con la crisis provocada por los obreros especializados en las fábricas durante los años 1960-1975, para confluir después de medio siglo con la quiebra financiera de General Motors en Detroit en la primavera de 2009. Esta mezcla o estos lazos entre las finanzas, siempre tan abstractas, tan elevadas, y el sucio lubricante de las relaciones de producción más «concretas», como en los viejos tiempos de 1860-1880, constituye una clave de comprensión indispensable. No basta con recurrir a brillantes recordatorios de Marx, aunque provengan de la esfera ortodoxa de los economistas radicales como Robert P. Brenner,[14] o de «provocadores» elegantes como Jacques Attali o Alain Minc, para producir la inteligibilidad de nuestro mundo. Hay que hacerse cargo de la nueva gran transformación, de la que la monstruosidad de los mercados financieros representa la otra cara.

El enorme crecimiento de la liquidez no constituye por sí mismo una huida hacia delante que conduzca a dar mortales bandazos. Este crecimiento vino generado por los mercados financieros gracias a una serie de innovaciones financieras que van desde la titulización de la deuda pública a la titulización de la deuda de las familias más pobres, pasando por los productos derivados o los mecanismos de aseguración contra los riesgos de fluctuación entre las monedas. En sí mismas, no son el diablo cuando se vinculan a objetivos creíbles. El árbol de la

14 R. P. Brenner, «The Economics of Global Turbulence», *New Left Review* I-229, mayo-junio de 1998 [ed. cast: «La economía de la turbulencia global», *New Left Review* (edición en español)].

codicia de los individuos no debe esconder el bosque macroeconómico de las necesidades de financiación del conjunto del sistema mundo, *a fortiori* cuando este bosque está en crecimiento, como en Macbeth. El ingenio mágico de los mercados financieros hinchó la deuda ya gigantesca de los Estados, pero el carácter sostenible o insostenible de una deuda se mide siempre en relación con lo que se debe hacer con su contraparte.

Con la polinización y el capitalismo cognitivo, el «mundo cambia de base».[15] La contrapartida actual de la deuda mundial ya no es el capitalismo industrial. El cambio de denominador de la economía mundo, lo que llamamos el pasaje al capitalismo cognitivo, transforma de tal modo las escalas que antes servían para contabilizar el valor económico, que el patinazo de los mercados financieros es lógico y perfectamente soportable. Consideraremos este punto central como el pasaje a una economía de polinización.

La crisis no es económica, es una crisis de la economía, de sus categorías. Aquí no nos situamos en Karl Marx sino simplemente entre Vauban (la crítica de la gran miseria del planeta y las reprimendas a los Luis XVI contemporáneos) y François Quesnay (una representación correcta del conjunto de la vida económica a escala planetaria, con los pensadores ecologistas en el papel de nuevos fisiócratas del valor). Esto es, en el punto preciso en el que Mandeville introdujo la economía política con su célebre «Fábula de las abejas: o vicios privados, beneficios públicos», a principios del siglo XVIII. Ésta es la razón por la que nos hemos arriesgado con este paradigma de la polinización, por oposición al viejo paradigma de la producción sobre

15 La Internacional decía «El mundo cambiará de base»; principio que el capitalismo hizo suyo cambiando de base constantemente para continuar siendo el mismo, como en *El Gatopardo*.

el modelo *input/output*,[16] para componer una fábula al estilo de La Fontaine, que sirva de preámbulo a este libro. Un preámbulo para entrar más fácilmente en una materia a veces ardua y para no ceder a la intimidación, que supone el primer paso hacia la renuncia cívica y la abdicación de la libertad pura y simple.

Plantear la crisis en su verdadero nivel y pensar la bifurcación del sistema mundo. En este punto, nuestro libro entra en el campo de las conjeturas. De la verdadera incertidumbre, de la que hablaba Keynes, que nunca puede reducirse a un cálculo de riesgos. Ninguna artimaña en los parqués financieros penetrará en el secreto. La crisis no es de las finanzas, sino de las políticas, de sus contrapartes, del denominador de la deuda del planeta. La primera forma de

16 Un modelo *input/output*, tal y como lo formuló y generalizó el economista Wassily Leontief, consiste en pensar toda producción de riqueza como la combinación de una serie de componentes que extraemos de un medio natural (hombres, materias primas, fuentes de energía) en función de un sistema técnico (una máquina transformadora que funciona con un gasto de energía) para obtener como salida un producto (*output*). Todo se organiza (se compra, se pone en práctica, se realiza y se valoriza) con dinero que se gasta en la producción y no como ingreso, lo que vale a este dinero la denominación de «capital». De este modo, si razonamos en el nivel agregado de los diferentes sectores de la economía, todos los componentes de la producción pueden representarse en una matriz. De esta representación matricial de la producción sacamos la regla de oro de la economía: maximizar el valor del producto final (*output*) y minimizar el coste de los insumos en la producción (*input*). La teoría microeconómica de la empresa es un caso particular: el empresario busca maximizar el ingreso que extrae de la producción del coste de los recursos que utiliza (hombres, materias primas, capital inmovilizado material, incluyendo las máquinas) en función de los condicionantes que a corto plazo le impone el estado de las técnicas de que dispone. En el largo plazo lo puede modificar por medio de la inversión, las máquinas y la cualificación de su mano de obra. Este modelo olvida dos cosas: contabiliza los recursos naturales sin tener que pagar por ellos; de manera más sutil, contabiliza los costes de exacción de «recursos», a partir de los sistemas vivos complejos, sin ninguna consideración de los daños colaterales que dicha exacción, ya sea gratuita o no, opera sobre los recursos naturales no renovables.

endeudamiento, más fundamental que todas las demás, es la de los créditos que hemos contraído con la biosfera. Esta última, como quiera que «no hay planeta B», como proclamaban los manifestantes de Climate Justice Now y de Climate Justice Action en la Cumbre de Copenhague en diciembre de 2009, es la única que no puede reducirse a las jugarretas de una convención contable. Todas las demás formas de endeudamiento (incluidas las de los bancos centrales) pueden saldarse por medio de la inflación, que es también otra manera de provocar «la eutanasia del rentista», volviendo a Keynes.

He aquí lo que marca la primacía de la ecología y del carácter subordinado de los demás objetivos que el mundo humano puede perseguir. El desarrollo económico ya no es sino un objetivo intermedio. «Acumulen, acumulen, es la ley y los profetas»: así caracterizaba Marx al capitalismo. Pues bien, ahí estamos: la acumulación de beneficios se acerca al momento en el que ya no tiene sentido ni legitimidad, salvo en la medida en que reembolse los créditos obtenidos a cuenta del planeta. La nueva gran transformación construye un nuevo encaje [*embeddedness*], el del mercado en la ecología y su nueva medida. Es cierto que lo social y lo político siguen siendo los engranajes indispensables de este delicado mecanismo, pero constituyen instrumentos, no fines en sí mismos. Hasta ese punto se está produciendo la bifurcación con respecto al capitalismo que ha conquistado el planeta desde el siglo XIV. Extraño vuelco del que apenas podemos percibir sus dimensiones. En la cultura del siglo XIX, eso se llamaba una revolución.

1. Una pequeña historia de las finanzas

Napoleón, derrotado por las finanzas

Las finanzas no han caído del cielo en este momento de la historia del capitalismo así como la hiperfinanciarización no es su estadio supremo. Desde el alba del capitalismo industrial nos damos cuenta de la importancia de las finanzas, lo que corrobora el análisis de Fernand Braudel para quien representaban el corazón del capitalismo, aún más que el capital inmovilizado y acumulado. Precisamente lo que cuenta es un capital en movimiento, no el capital patrimonializado, sino el que se invierte en proyectos. La organización de los flujos financieros es consustancial al flujo de las mercancías. Lo sabemos porque el nacimiento del capitalismo es la letra de cambio. La letra de cambio, la contabilidad por partida doble (el balance con el activo y el pasivo) son invenciones fundadoras del capitalismo que nacieron en Italia, en ciudades-Estado como la Génova del siglo XIV. Todavía predomina la esfera privada.

Pero desde finales del siglo XVIII, observamos la emergencia de una considerable función financiera que se vincula directamente con los poderes públicos. Permite que soberanos más o menos expropiados por

Napoleón, y que caían en cada una de sus campañas militares como en un juego de bolos, salvaran sus fortunas. Aparecen banqueros que proponen soluciones para valorizar sus capitales. A los monarcas, que ahora ya no están bajo el abrigo de sus propios castillos, los banqueros les ofrecen un servicio que consiste en poder retirar dinero en cualquier parte de Europa. Esta situación hará ricos a los hermanos Rothschild que, desde el gueto de Frankfurt, se apoyan en una red familiar que cubre toda Europa con una malla muy interesante, ya que conjuga estrechamente la función bancaria con una red de informaciones. Esta red implantada por los Rothschild permitirá que la noticia de la victoria de Wellington sobre Napoleón en Waterloo llegue a Londres ¡un día antes que el correo oficial! En materia financiera, no hay transferencia de dinero sin transferencia de información, y en particular de información política que permita evaluar el riesgo y por lo tanto fijar el coste del dinero que se toma prestado o que se presta.

Así fue como los hermanos Rothschild consiguieron financiar a Wellington, estableciendo letras de cambio y sistemas de compensación por todo el continente, mientras deshacían el control francés de la circulación monetaria. Hay que decir que si bien Napoleón había comprendido el principio del banco central que asegura la estabilidad monetaria, no ocurría lo mismo con las transferencias financieras y el nacimiento de las finanzas creadoras de moneda privada. Así pues, nunca entendió que durante quince años había financiado indirectamente a los ingleses, contra los que hacía la guerra, al tomar préstamos en el continente que eran gestionados por banqueros privados que a su vez financiaban al Tesoro británico. Este mal dominio, por parte del Emperador, de los sistemas financieros acabaría por revelarse como una catástrofe política para él.

El desarrollo del capitalismo mercantil en el siglo XIX

De manera general, en el caso del capitalismo industrial vemos perfectamente que la circulación de los beneficios del comercio mundial (que se originan, en un primer momento, en la economía esclavista de la plantación), la innovación de los bancos comerciales, la financiación de la guerra a una escala inédita, son concomitantes con el nacimiento de la gran fábrica. Por lo demás, tomemos a Balzac, que en su obra presenta un corte instantáneo de la sociedad francesa de mediados del siglo XIX. Es sorprendente que, en *La comedia humana,* la figura del banquero sea más importante que la figura del patrón de empresa, reducido más bien a un buen comerciante.

Si miramos en profundidad a Francia, que algunos consideraban muy retrasada en relación con Inglaterra, nos percataremos de que el país posee también estos dos pedazos del puzzle de la acumulación. Observamos no sólo el encuentro entre el proletario y el poseedor del dinero, propio de Marx, sino también el encuentro entre el poseedor del dinero y el hombre que hace circular dicho dinero. En otras palabras, el contacto entre los discípulos de Saint-Simon, que exaltan el trabajo productivo de los ingenieros y de la industria, con los banqueros. Y son estos banqueros los que van a organizar las grandes operaciones en el exterior (las expediciones coloniales, pero también, por ejemplo, la construcción de una red ferroviaria en Cuba en un tiempo récord, entre 1830 y 1860), y que harán que la valorización de un capital dado aproveche todas las ocasiones que ofrece la globalización naciente.

Con el tratado de libre comercio entre Inglaterra y Francia bajo el Segundo Imperio, encontramos ya un empleo conjunto del espacio europeo así como una expansión del comercio. Ahora bien, esta función financiera que

mezcla información, transferencias inmateriales, es decir, cuentas y valores, servirá de amplificador, de trampolín al desarrollo industrial.

Banking School *versus* Currency School

En todas partes, la expansión productiva, la valorización de los capitales y del crédito van de la mano. Pero lo que resulta muy interesante son las primeras grandes crisis financieras. En el siglo XVIII y a principios del siglo XIX, encontramos crisis monetarias conjugadas con inflación. Este fenómeno se explica por la práctica de un mercantilismo brutal, como lo describe David Hume, que no es solamente un filósofo que «despertó a Immanuel Kant de su sueño dogmático», sino también un prudente economista: los excedentes comerciales provocan una afluencia de oro que genera inflación (al venderse la misma cantidad de bienes por una cantidad de oro mayor). Este tipo de crisis da lugar a la famosa querella doctrinal entre los partidarios de la *Banking School* y los de la *Currency School*. ¿Cómo llegó Inglaterra a financiar la guerra contra la Revolución y luego contra Napoleón? ¿Era necesario que la creación de moneda estuviera vinculada de manera estricta a reservas de oro que se conseguían mediante el excedente de su comercio internacional, como sostenía con bastante rigidez la doctrina mercantilista? ¿Podía el banco central beneficiarse de la emisión de billetes bancarios (moneda fiduciaria, no moneda metálica) para poder hacer funcionar la máquina de hacer dinero y multiplicar la liquidez aún a riesgo de la inflación, mientras se apostaba por la derrota del orden continental napoleónico? Los partidarios de una creación monetaria articulada estrictamente en torno a los lingotes de oro que detentaba el banco central perdieron la partida; ya entonces (en evidente paralelismo con el periodo de entreguerras y el periodo actual) las necesidades de financiación reventaron la base

de referencia fundada en el oro, siempre demasiado débil, debido a las necesidades de financiación de la economía. La *Banking School* terminó por imponerse.

E Inglaterra se volcó definitivamente en la red de los billetes de banco; de ese modo la libra esterlina acabó por convertirse en la moneda general, en la unidad de cuenta y también en la moneda circulante. Pronto asentó la dominación del Imperio británico: la libra esterlina sustituyó rápidamente al oro como medio de pago en el comercio entre las naciones. Pero a partir de 1857 se observa que las crisis ya no revisten la forma de crisis monetarias, ni son simplemente crisis de realización (la venta de las mercancías producidas), sino crisis de crédito. Ya no son las crisis de convertibilidad de una moneda a otra, de la eventual bancarrota de un Estado, de la quiebra de un establecimiento ordinario, de la pequeña o gran producción. Desde entonces observamos la quiebra de grandes bancos y particularmente de los bancos comerciales:[1] como el famoso crack de los hermanos Pereire durante el Segundo Imperio.[2] Entre 1857 y 1873 se suceden en toda Europa los brutales hundimientos de

1 El desarrollo económico durante el Segundo Imperio, que los contemporáneos vivieron como el advenimiento de Francia al estatuto de gran potencia industrial (aunque sus bases se remonten a la Restauración), reclamaba inversiones enormes y la asunción de un riesgo a la altura de los beneficios potenciales. Las finanzas privadas, entendiendo por tales, sobre todo, los bancos comerciales, se desarrollan en paralelo con los grandes almacenes y constituyen la pieza clave de este poderoso apoyo de la inversión (el Estado interviene todavía poco). Pero su capacidad de absorber el ahorro de las familias es todavía limitado (le falta una red como la que construyeron el Crédit Lyonnais y el Crédit Agricole después de grandes quiebras como la del Crédit Mobilier en 1867). El Crédit Agricole se convertirá en el primer banco de depósito del mundo en 1900.

2 Los hermanos Pereire juegan un papel crucial en el desarrollo económico del Segundo Imperio francés, en particular en la financiación del ferrocarril, los seguros y un sector inmobiliario estimulado por los planes de Haussmann en París.

estos establecimientos, en tanto sólo funcionan mediante el crédito, la emisión de moneda. Pues si bien esta creación de nueva moneda aumenta los medios de transacción, a partir de crédito que funciona como una apuesta sobre el futuro, la fuerza de los movimientos financieros amplifica también los desórdenes. Evidentemente, este poder multiplicador hace que las crisis que Marx denominaba crisis de sobreproducción momentáneas, o incluso estructurales, se amplifiquen extraordinariamente, al no saber las finanzas controlar el conjunto del circuito ni separar sus oficios; más cuando hablamos de un espacio económico inestable, no basado todavía en las reglas del libre cambio, esto es, cuando las reglas fundamentales de las finanzas eran mercantilistas. Sin embargo, las finanzas atraviesan las fronteras.

Desde entonces las crisis financieras que se manifiestan en el capitalismo son crisis en las que el poder de emitir crédito ya no viene validado en la confianza de los agentes económicos (incluido el Estado). En definitiva, las crisis son la contrapartida económica de este crédito. Frente a la expansión económica y frente a una sucesión de fases de expansión, de digestión y de relanzamiento de la actividad económica, el crédito especula sobre cualquier cosa: el sector inmobiliario, los programas de equipamiento, etc. Por otro lado, cuando cambia la coyuntura, los mecanismos de amplificación de las finanzas se ponen a jugar en sentido inverso, acentuando las crisis. No hay que olvidar que *El Capital* de Marx estuvo precedido de un célebre «borrador», los *Grundrisse,* escrito durante el periodo en el que el profeta contemplaba la crisis financiera de 1857-1858. Estamos entonces frente a secuencias de inestabilidad económica, pero también política, como las guerras del final del Segundo Imperio (Crimea, Italia, México y Prusia). Podemos decir que las finanzas modernas, que nacen de los bancos comerciales, solo aprendieron a dominar estas inestabilidades muy lentamente, y que el

Estado no aprendió a actuar de manera contracíclica —es decir, a ayudar a la actividad económica provocando un déficit presupuestario en periodo de recesión— hasta después de la Gran Depresión de 1929.

¿Cómo pueden utilizarse las finanzas de manera contracíclica? El descubrimiento de la palanca financiera

Las finanzas van a convertirse en una herramienta de acción contracíclica gracias a la movilización del ahorro financiero, el ahorro popular que recolectan los bancos de depósito. Es decir, se intenta estabilizar la función financiera de la anticipación aumentando la masa de los depósitos, a condición por supuesto de que la población no entre en pánico. Porque el problema de un banco de depósito con respecto a un banco comercial es que aquél es un objetivo más fácil de los pánicos irracionales. Esto no sucede con los inversores profesionales que, por lo general, mantienen la cabeza fría y saben que, por ejemplo, una bajada de la Bolsa no es una catástrofe cuando se sabe gestionar y no se tienen que liquidar las propias posiciones.

Todo pasa como si de 1857 a 1914 el capitalismo financiero en el sector privado hubiera progresivamente adquirido la inteligencia de actuar de manera contracíclica, apoyándose en una globalización parcial, en tanto compartimentada en imperios coloniales. Cada potencia imperialista fabrica espacios de dimensión mundial, pero compartimentados, que constituyen mercados a una escala más amplia que el continente europeo. Para Francia es evidente, para Inglaterra aún más, pero no tanto para Alemania, su restringido espacio colonial será una de las causas del primer conflicto mundial. Y el problema permanecerá, como comprendió perfectamente Jean Monnet: ¡Alemania se estabilizó en un espacio que se llama Unión

Europea! Durante este periodo, las finanzas aprendieron el poder contracíclico que son capaces de ejercer. Así, en 1907 el banquero John Pierpont Morgan lo descubrió durante el pánico de los banqueros norteamericanos ante el riesgo de quiebra de la Bolsa de Nueva York, que él interrumpió a petición del presidente Roosevelt.

En cuanto a los Estados, no aprendieron a actuar de manera contracíclica hasta la crisis de 1929, tras la irrupción de un consumo de masas inventado en Estados Unidos, que sólo puede funcionar con el desarrollo del crédito. Se trata del extraordinario *boom* de 1918-1929 del otro lado del Atlántico. En esos tiempos, Europa asiste a su reconstrucción. Pero este crecimiento cayó terriblemente durante los años treinta. Porque si en Estados Unidos reinaba la estabilidad, en Europa dominaba la inestabilidad política: allí se arrastraban los grilletes de las reparaciones de guerra de 1914-1918, como había previsto lúcidamente Keynes desde 1922 en *Las consecuencias económicas de la paz.* Así es, como nada más terminar la Primera Guerra Mundial, las finanzas se pusieron al servicio de este consumo demencial lanzando el crédito al consumo.

Ford, la gran empresa

El sistema funciona en el marco de un capitalismo industrial triunfante que se apoya en la gran empresa, en la que domina una división taylorista del trabajo. Se trata de un modelo que se basa esencialmente en la gran fábrica de automóviles, que constituye su núcleo y por lo que recibe el nombre de modelo «fordista». La sociedad se organiza, en el fondo, según los mismos principios que la gran fábrica, basada en una salarización creciente y rápida de la población. Es en este marco en el que las finanzas van a lanzar crédito en un plano global. Cuando Ford percibe que sus obreros son también consumidores y que puede

venderles automóviles, acepta un alza substancial de los salarios, el *Five Dollars Day*. De este modo puede producir más vehículos.

Pero si esta recuperación mediante el aumento del poder de compra de las familias permite una recuperación del consumo es porque éste, en lo sucesivo, se va a apoyar en el crédito, que ahora afecta a la compra de bienes de consumo de masas. Sin embargo, todo ello funciona sin que se encuentren otros apoyos en el Estado salvo cierta laxitud en las condiciones de obtención de los préstamos (en particular, préstamos a tasas variables y el reembolso del capital de una vez al final). Se trata de una época en la que el Estado es todavía muy liberal, excepto en el plano monetario, donde ya se muestra muy intervencionista (restablecimiento de la paridad-oro por Churchill en 1925 y el famoso franco Poincaré en 1927).

Mientras tanto, las finanzas deben encontrar lo que habían buscado primero en los bancos de depósito, esto es, liquidez, gracias al desarrollo de la Bolsa y a su «democratización». El crecimiento bursátil, la misma exuberancia que se produjo entre 1925 y 1929, representa para las finanzas lo que había sido su carrera hacia el depósito, hacia las redes de depósitos durante los años 1890-1914. La contrapartida de todo ello es que la Bolsa es algo muy cíclico. También amplifica mecanismos de formación de una oferta excedentaria y una demanda a la vez de crédito y de mercancías en tanto ambos están vinculados. Pero la crisis de 1929 no fue de superproducción, como la crisis clásica de 1857, que se había manifestado por una superproducción industrial e inmobiliaria. Esta crisis que vino a purgar el organismo capitalista dio lugar entonces al hundimiento de los bancos comerciales.

1929

En 1929 nos encontramos frente a una crisis del propio mecanismo financiero, del crédito, multiplicado por diez debido a la incomprensión del papel fundamental de las finanzas y del sistema financiero por parte de unos gobiernos y unos Estados que continúan con la vista puesta en la política monetaria con la paridad-oro como principio fundamental, y sin una visión procíclica. Hasta entonces los Estados soltaban las riendas durante los periodos de expansión y acentuaban las restricciones (de las condiciones de obtención del crédito tanto para los particulares como para la empresa, de la emisión de moneda) en periodos de recesión. Tenemos también una incomprensión del papel substancial de las finanzas. Así, las autoridades dejaron que las finanzas se hundieran durante los años treinta, porque no habían comprendido todavía la extensión de la dependencia de la economía no financiera con respecto al crédito y al valor de los activos financieros. Lo que condujo a un periodo de contracción generalizada del comercio mundial.

A comienzos de la Gran Depresión de los años treinta, hay un desequilibrio global en el mundo: aparece un corazón fordista, con un consumo de masas, pero que se ralentiza de manera muy rápida debido a la falta de generalización del modelo estadounidense al conjunto del planeta. Tenemos además una Europa políticamente caótica que comienza a encontrar dificultades en las colonias (los dos países que carecían o que perdieron sus colonias, Alemania e Italia, cayeron en el fascismo) y por lo tanto con una gran inestabilidad. Entramos en un periodo, primero de contracción del crédito, luego de contracción de la actividad industrial seguido de una deflación,[3] de contracción

[3] La deflación es un descenso de los precios motivado por una atonía de la demanda y un exceso de las capacidades productivas.

del comercio mundial para desembocar en la interrupción casi completa del crecimiento durante una década. La gran cuestión es: ¿cómo gestionan las finanzas todo esto? ¿Cómo las finanzas, colocadas en el corazón del mecanismo productivo entran primero en crisis y después acentúan las crisis y conquistan *ex post,* después de la fiesta, una capacidad de regulación curativa? Porque durante los años treinta carecen de capacidad de autorregulación y, por lo tanto, de capacidad de regulación preventiva de las crisis.

Después de 1929, los Estados comprenden que deben concebir una política anticíclica, generar déficit presupuestario en el momento de las depresiones y llevar una política menos expansionista, es decir, calmar el juego, en los periodos de *boom* económico. Para regular todo esto (sin tener que recurrir a la máquina de hacer billetes, que puede suscitar un hundimiento de la moneda, como se vio en la Alemania de 1923), es preciso conceder a las finanzas una nueva función, ya que son ellas las capaces de movilizar el dinero que necesita el Estado a largo plazo. ¿Y quién puede, en los periodos en los que el Estado se encuentra en dificultades, anticipar las futuras recaudaciones de impuestos, su poder fiscal, y crear liquidez, solvencia? ¿Quién dice: «Yo salvo a mi sistema financiero porque sé que va a asegurar mi tesorería»? Evidentemente, un Estado que ha comprendido el papel vital de las finanzas. Por otro lado, en 1929, vemos perfectamente que las crisis nacen de la socialización que muestra la propia expansión financiera. Por socialización debemos entender una amplificación exacerbada de todas las manifestaciones económicas (crecimiento, expansión, contracción del ciclo, inflación), con consecuencias que no tienen por qué estar bajo control.

La Segunda Guerra Mundial, la recuperación keynesiana y el Estado del Bienestar

En realidad, la crisis de 1929 no fue fácil de controlar, como lo demuestran los trabajos recientes sobre el New Deal. El primer New Deal no fue un éxito. Es después de su reelección en 1936, con el lanzamiento de un segundo New Deal, cuando Roosevelt acentúa los rasgos característicos que tomó prestados de las ideas del economista británico Keynes. El primer New Deal es más bien institucional y monetario: el dólar se desvincula del oro, de la libra esterlina en realidad. Se crean instituciones que van a convertirse en el instrumento de salida del precipicio, como las agencias federales que se encargan de ejecutar los programas de recuperación económica. Se confiere a los sindicatos un estatuto cuasi constitucional. Lo cual constituye la base del relanzamiento contractual aunque la economía gire todavía al ralentí, sobre todo porque si bien la economía estadounidense remonta poco a poco la pendiente, en cambio el comercio mundial sigue tocado de muerte. Su retracción es asombrosa pues será necesario esperar a 1985 para que vuelva a recuperar el nivel de 1928 en lo que se refiere a la exposición de su economía al exterior. Y es a partir de 1937 cuando Roosevelt relanza realmente la economía estadounidense, concretamente con grandes obras públicas como las presas.

Pero lo que va a salvar y a relanzar de verdad la economía del país, convirtiéndolo en una formidable máquina capaz de impulsar la expansión que tirará del crecimiento mundial, es evidentemente la Segunda Guerra Mundial. Es para y por la guerra que la máquina industrial estadounidense se reorganiza. Y es también la guerra la que lleva a la patronal estadounidense a aceptar niveles salariales elevados, porque la producción es gigantesca y porque el Estado la financia con un déficit astronómico (algo que vuelve a repetirse en la actualidad).

Conviene saber que a partir de 1941-1942, Estados Unidos construye un portaaviones y dos acorazados al mes. Y durante los cuatro años de guerra salen de los talleres estadounidenses decenas de miles de aviones, vehículos blindados, centenares de miles de cañones. La máquina industrial funciona al 100 %, lo que normalmente no sucede nunca.

El keynesianismo de Roosevelt es también un compromiso social. Si miramos bien lo que supuso el New Deal, lo importante es que en el fondo el dúo fordismo-keynesianismo aceptaba la idea de que el Estado debía, en periodo de recesión, generar déficit presupuestario, que es el precio del compromiso con las clases trabajadoras. El Estado debía actuar de manera contracíclica. Pero al alcanzar el pleno empleo, renunciaba al arma que había empleado el liberalismo. A saber, la contención de los salarios por la presión del desempleo.

Podemos resumir este periodo diciendo que Roosevelt hizo keynesianismo directo, mientras que el fordismo inspiraba el sistema de producción en masa. Pero lo que faltaba entonces a Estados Unidos era el Estado del Bienestar, la gran innovación de los años cuarenta. El *Welfare State*, que inventó William Beveridge en Inglaterra, se basa en el siguiente principio: en lugar de proteger sólo al obrero o al asalariado frente a sus enfermedades, el problema de su jubilación, etc., se protege también a los dependientes, al cónyuge y a sus hijos. Es decir, se cubre a la familia. De hecho, si la guerra ofreció un reposo a la economía estadounidense, la del Reino Unido tocó fondo. La británica era la más globalizada de todas las economías y conoció entonces un declive asombroso. Después de que el Congreso estadounidense aprobara la *Ley Cash and Carry* en noviembre de 1939 —que exigía el pago inmediato de los suministros de guerra—, Keynes, entonces consejero del gobierno británico, decidió no recurrir al crédito para

financiar la guerra. El país estableció el racionamiento y la población sobrevivió de manera espartana, al contrario que la población de Estados Unidos.

Por su parte, Estados Unidos salió de la crisis gracias al relanzamiento del Estado y a la guerra, lo que le permitió ahorrarse un *Welfare* universal. La idea era que si el sector privado funcionaba bien con pleno empleo, el Estado del Bienestar ya no era necesario. No se necesita un sistema general que cubra a la población. Así pues, no hay un seguro de salud generalizado, lo cual se convertirá en el problema por excelencia de Estados Unidos —y lo ha sido hasta que Barack Obama hizo del mismo la punta de lanza de su programa. Pero es un problema que Estados Unidos sólo descubrirá con motivo de la crisis del petróleo y la estagnación, y aún así, la buena coyuntura de los ocho años de la presidencia Clinton frenó el inicio de esta toma de conciencia. La administración Obama solo podrá considerarse heredera del New Deal de Roosevelt, más allá de la retórica, en la estricta medida en que consiga realizar un seguro sanitario médico generalizado, una cobertura social equivalente a la cobertura universal del riesgo de enfermedad que existe en Francia.

Europa, el fordismo y el keynesianismo

Si el *Welfare* constituye el anti-*Warfare* (estado de guerra) y su contrapartida, tras la Segunda Guerra Mundial se convirtió en una reivindicación natural de los pueblos de Europa occidental. Éste fue la otra vertiente del keynesianismo. Francia siguió este principio al día siguiente de que finalizara la guerra con el programa del Consejo Nacional de la Resistencia (CNR). Alemania retomó lo que había empezado ya con Bismarck, es decir, la contribución social.

El Estado social se implanta en toda Europa occidental después del conflicto. Es, por otro lado, un elemento fundamental de la rápida reconstrucción de Europa.

Pero la economía europea se levanta gracias también a la adopción de un nuevo modelo industrial fordista. Un modelo que se basa siempre en el desarrollo del consumo de masas y de un importante aumento de los salarios nominales por parte de las empresas más productivas, que van desde las multinacionales estadounidenses a algunas multinacionales europeas y japonesas. Estas empresas obtienen ganancias de productividad importantes y producen bienes de consumo de masas que se intercambian a una escala muy grande y que además van a intensificarse en Europa gracias a la formación del Mercado Común y más tarde de la Unión Europea. Es un modelo que en Francia se llamó el de los Treinta Gloriosos, para hablar como Fourastié. Estamos entonces ante una economía de pleno empleo en la que el *Welfare State* es un poderoso regulador así como un estabilizador automático.

De 1945 a 1965, el sistema funciona en Europa bastante bien en la medida en que se trata de reconstruir los países. En Francia asistimos a una intensa migración rural. Todavía en 1945 había cerca de diez millones de campesinos, es decir, el 40 % de los trabajadores activos del país. ¡Hoy no representan más que el 4 %! Los nuevos asalariados provienen también de la inmigración internacional que se desarrolla por todas partes. Francia logra su gran recuperación industrial en los años cincuenta y sesenta. Sin embargo, no alcanzó el nivel de Inglaterra donde, en los años sesenta, los obreros representaban el 44 % de la fuerza de trabajo de la población activa. Alemania mantiene cifras idénticas a las de Inglaterra, mientras que en Francia los obreros nunca sobrepasarán un tercio de los activos.

La economía funciona, por lo tanto, con un ritmo de crecimiento del PIB de 5 % anual. ¡Lo nunca visto! En las economías del siglo XIX, gobernadas por los principios de la economía política de Ricardo, más o menos desde la Revolución Industrial hasta 1900, el crecimiento se situaba entre el 0,5 y el 1,5 % de media anual. Era un crecimiento lento. La aceleración de los Treinta Gloriosos es una novedad en la historia del capitalismo. Así, el PIB francés se multiplicó por dos en quince años, y por cuatro en treinta años.

La alianza del Estado y el capital

Con la Gran Depresión, el capitalismo industrial vio nacer en su seno los fermentos de otra cosa, lo que desde los años treinta los regulacionistas[4] llaman la aparición de un capitalismo que ya no es estrictamente competitivo. Según esta escuela, el capitalismo que nace de los escombros de las dos guerras mundiales y de las grandes depresiones (la de finales del siglo XIX y la de los años treinta) es un capitalismo en el que el Estado desempeña un papel directo y central.

Estado y capitalismo consumaron su unión. Para algunos círculos de izquierda, que utilizan en particular las tesis de Karl Polanyi,[5] en la medida en que el capitalismo es una especie de pequeño motor económico devastador, que conduce a la anarquía y al caos social, esta unión es

4 La escuela francesa de la regulación cuenta entre sus principales teóricos con Michel Aglietta, Robert Boyer, Alain Lipietz, Pascal Petit, Benjamin Coriat, Frédéric Lordon.

5 Karl Polanyi, *The Great Transformation*, 1944 [ed. cast.: *La Gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003]. Se trata de un estudio completo de la historia del capitalismo, desde el siglo XVIII hasta la Primera Guerra Mundial.

feliz porque «encaja» la economía en lo político y en lo social. Esta teoría sólo posee una relación muy lejana con Marx, aunque en apariencia se reclame marxista. En efecto, no tiene en cuenta el hecho de que este último se interesaba por las formas más desarrolladas del capitalismo, entre las que destacan las sociedades por acciones, pero igualmente por el papel del Estado. Dicho de otro modo, Marx no creía en los mercados puros. Pensaba, ya sea con respecto al mercado de trabajo o con respecto al mercado financiero, que los dados siempre están trucados porque el Estado está impregnado de capitalismo hasta la médula, al igual que la sociedad denominada «civil».

Después de la crisis de los años treinta, el Estado se convierte formalmente en el representante del interés del capitalismo colectivo, diría del capitalismo sistémico, lo que confiere una gran solidez a dicho capitalismo, de este modo puede superar sus «pequeñas crisis», para hablar como los regulacionistas. Es exactamente la idea de Schumpeter, que estima que el Estado, al asegurar la continuidad, puede pagarse una sucesión de olas de crecimiento seguidas de depresiones, pues la totalidad se contiene dentro de límites tolerables. El Estado se convierte en la base misma del sistema capitalista. En este sentido, no hay que olvidar que los keynesianos son capitalistas. Keynes tenía la misma obsesión que numerosos políticos y economistas de su tiempo que fueron testigos de la sacudida bolchevique: salvar el capitalismo protegiéndolo del modelo comunista. Y tuvo éxito. ¿Cómo? Introduciendo una dosis de socialización, de «comunismo» de Estado, lo que hace que el interés general del capitalismo como sistema prevalezca sobre las actuaciones desordenadas de los grupos de interés, de las fracciones del capitalismo que, como crean demasiados problemas en el mismo, arriesgan con amenazar definitivamente su equilibrio y su reproducción ampliada.

Así es como desde finales de los años treinta nos hemos deslizado lentamente desde un capitalismo competitivo industrial manchesteriano hacia sistemas en los cuales la explotación se ha socializado enormemente, al tiempo que se creaban sistemas de *Welfare* que incluían otras capas sociales más allá de los pobres. En el Estado beveridgiano así constituido, el gasto público y la redistribución son elementos estabilizadores del sistema.

A todo ello se añade que a partir de su entrada en la guerra en 1941, Estados Unidos debió impulsar una movilización productiva en la que el Estado ya no era sólo el gendarme y el garante del orden liberal. Junto con las tradicionales competencias estatales, como la defensa, la educación, o todo aquello de lo que el capital privado no puede ocuparse, el Estado mismo se convirtió en planificador industrial. En Estados Unidos esto sucedió durante el segundo New Deal, con las grandes obras públicas. Hay que entender bien que el Estado federal no se impone en Estados Unidos hasta ese momento. Durante la Gran Depresión, la administración demócrata introdujo una profunda ruptura. El Estado federal se convirtió en el actor principal de una fiscalidad, hasta entonces dominada por los estados de la Unión (Roosevelt llegó incluso a tasar los ingresos muy altos al 90 %) y condujo directamente una política de grandes equipamientos industriales (de presas en particular). El Estado tampoco era un actor industrial; ahora bien, al término de la guerra se convirtió en el empleador directo del 15 % de la fuerza de trabajo; particularmente en los astilleros navales y en la industria aeronáutica. E incluso aunque después de la guerra estos sectores volvieron formalmente al sector privado, permanecieron en total dependencia de las compras públicas. De esta manera, el Estado, con el Ministerio de Defensa y a través de grandes agencias como la NASA continuó siendo en los hechos un Estado planificador industrial, y ello a pesar del disfraz liberal.

El gaullismo fue aún más lejos, asumiendo abiertamente la herencia de la experiencia del capitalismo de guerra (al igual que se había hablado de un comunismo de guerra entre 1917 y 1923). Y con un disfraz más «soviético» que rooseveltiano, asumió todo el discurso ideológico de la planificación. Mientras que, por su lado, y bajo la cobertura de una economía social de mercado, Alemania practicó una política industrial que incluía a los sindicatos en una especie de compromiso social directo orgánico, que pasaba particularmente por la cogestión, Francia llevó a cabo una política industrial que no incluía directamente a los sindicatos, demasiado débiles, sino que los neutralizaba en el marco de un compromiso histórico en torno a la independencia nacional. Existía un compromiso histórico con el Partido Comunista, un compromiso histórico directo a partir del cual las fuerzas sindicales iban a hacer que el gaullismo se beneficiara de un *bene neglect*. Es decir, nunca se opondrían a las decisiones gaullistas de independencia nacional mientras el gaullismo sacara a Francia de la estructura militar de la OTAN en 1966 y la colocara de manera equidistante entre los Estados Unidos y la Rusia soviética, y mientras todo ello favoreciera el empleo de técnicos e ingenieros (lo cual no impidió que Francia, en situaciones de crisis seria, como la de los misiles de Cuba, se situara en el campo occidental).

La encendida obligación del plan combinaba la realidad económica capitalista y un filosovietismo implícito en dos familias perfectamente heterodoxas con respecto a la tradición demócrata-cristiana como son el Partido Comunista y los gaullistas, ambos jacobinos. El Estado planificador daba impulso y llevaba a cabo una política industrial con objetivos independientes de la economía de mercado o de la exigencia de una tasa de beneficio, al tiempo que conseguía realizar una elevada tasa de crecimiento de la acumulación (5 % anual). Pero no vayamos a imaginar que esto es algo exclusivo de Francia. En el caso

estadounidense, el imperativo de la confrontación Este-Oeste hizo que la NASA pudiera llevar a cabo proyectos cuya rentabilidad impedía que ésta pudiera ser asegurada por inversores privados. Estamos ante un capitalismo extremadamente socializado. Lo que se traduce en proyectos industriales pesados, que adoptan la forma de la gran empresa estatal. La producción industrial se dirige hacia el futuro realizando inversiones a largo plazo que no reportan gran cosa en el corto, pero que tienen un efecto benéfico porque consumen mucha investigación y variados servicios. En Francia, esto se ve en el sector nuclear. Otro ejemplo, en Estados Unidos, serían los equipamientos realizados bajo la administración Reagan: las autopistas de la información que después permitieron el despliegue de Internet.

De los Treinta Gloriosos a los Treinta Penosos: la fractura del '68

A partir de los años sesenta, los obreros, en particular los que en Italia se llaman «obreros masa», los obreros especializados (OS en Francia), que representan desde entonces una fuerza dominante en la «gran fábrica», comienzan a estar inquietos. Ya no aceptan los ritmos de trabajo, la parcelación agotadora de las tareas. Y como están mucho menos sindicados que los obreros cualificados, provocan huelgas al margen de los sindicatos, que se llamarán salvajes, fenómenos de absentismo masivo. Estos problemas agitan los ambientes de la sociología del trabajo, tanto más cuanto que la talla de estas grandes fábricas es a menudo gigantesca: a veces cuentan hasta con ciento cincuenta mil obreros. Son las dimensiones de la FIAT en Turín, de Renault Billancourt, de Ford en Colonia o en Dagenham. A mediados de los años sesenta, estas gigantescas fábricas comienzan a toser y el resto de la sociedad se resfría, como

decía Sartre a propósito de la Renault Billancourt. La insubordinación obrera pasa a ser endémica. El fordismo se ve cuestionado.

Un segundo factor entra también en juego: la utilización, durante la industrialización, del flujo de intensa movilidad proveniente del campo se agota. La población, urbanizada, descubre las viviendas colectivas. Pero estas urbanizaciones, que debían representar un punto de pasaje antes de acceder al estatuto de periferia, acaban por convertirse progresivamente en el hábitat permanente de los nuevos espacios urbanos. Eso es lo que va a crear los guetos de los suburbios debido al agotamiento de la movilidad social ascendente, particularmente entre los hijos de los inmigrantes.

Para completar este cuadro, el Tercer Mundo comienza a despertarse. El modelo fordista se basaba también en el bajo coste de las materias primas y en un coste de la energía aún menor. Dicho de otro modo, durante los Treinta Gloriosos el Tercer Mundo vivió la degradación de los términos de intercambio —para comprar la misma cantidad de bienes industriales a los países desarrollados hacía falta producir cada vez más materias primas, que se pagaban cada vez peor en relación con la evolución de los precios de los productos manufacturados. Como resultado de este proceso, asistimos a un Tercer Mundo endeudado y a Estados postcoloniales que se hunden de modo lento pero seguro en lo que llamaremos la ausencia de desarrollo, el mal desarrollo o el subdesarrollo. Desde los inicios de la descolonización, los Estados del Sur se enfrentaron a tales dificultades que en todas partes observamos un proceso de radicalización muy fuerte, como en Argelia después de la fase Ben Bella, en Cuba, en América Latina. Resumiendo, asistimos a una aceleración global. En 1960 el cisma chino-soviético contribuye igualmente a una radicalización del Tercer Mundo.

Existía un compromiso histórico entre la izquierda y la derecha, un compromiso industrialista, productivista y consumista. Se basaba en la idea consensual de que nos encontrábamos en una sociedad con una fuerte movilidad social ascendente. Este hecho tenía una importancia considerable en un país como Francia, donde la condición obrera nunca fue valorada, a diferencia de Inglaterra. En el fondo lo que este fordismo garantizaba a los obreros de las fábricas era que sus hijos ya no serían obreros, sino que llegarían a ser empleados. En cuanto a los agricultores, se les prometía que saltarían la casilla «fábrica» para convertirse directamente en empleados, directivos, etc. Este tipo de acuerdo (en el sentido de una promesa) sólo pudo ser aceptado por el fordismo con un recurso masivo a la inmigración internacional.

También se produce una masificación de la escuela, que vemos aparecer de 1965 a 1968. No se trata simplemente de la llegada de numerosas franjas de edad del *baby-boom* a los bancos de la universidad, sino ante todo del nuevo lugar que ocupa la escolarización masiva y la democratización de la enseñanza superior. Esto último cambia completamente cuando comenzamos a ver anfiteatros llenos a rebosar. Es lo que da lugar a la explosión de 1968, cuando los disturbios estudiantiles coinciden con la crisis de los obreros especializados que se había venido incubando hasta ese momento. Es el fin del modelo de la reconstrucción de la postguerra; antes no se hacían muchas preguntas, se trabajaba duro y no había problemas de salidas. Pero ahora el modelo había entrado en crisis: crisis de los obreros especializados, pero también crisis de la educación, crisis de los valores burgueses. Todo ello conduce a Mayo del ‘68.

Sin embargo, Mayo del ‘68 no es solo un fenómeno francés: está la insurrección estudiantil de la universidad de México, el movimiento del SDS en Alemania y en

Italia, el Otoño Caliente de 1969, un «Mayo del ‘68» que durará seis meses. Además, desde principios de 1968 se producen toda una serie de movilizaciones sociales ininterrumpidas que traerán consigo un incremento continuado de los precios y un alza generalizada de los salarios. Vemos muy bien que a partir de los años setenta los informes patronales señalan como un problema grave una inflación de dos cifras; simplemente porque los obreros arrancan concesiones salariales mayores que las ganancias en productividad. Las negociaciones salariales con los sindicatos se articulaban en torno a la recuperación del poder de compra pero dejaban seis meses de adelanto a las ganancias de productividad sobre los salarios. A propósito de los aumentos salariales del 10 % obtenidos en los acuerdos de Grenelle, De Gaulle llegó a decir: «¡De todas formas es lo que habrían obtenido a lo largo del año!» (lo cual solo era cierto en el caso de los sectores más avanzados de la industria).[6] Pero este mecanismo no se encalla solamente en Francia, sino en todos los países de la OCDE. Los salarios no se contentan con evolucionar más rápido, aumentan a un ritmo que desorganiza el retraso funcional de seis meses de los incrementos de las remuneraciones sobre las ganancias de productividad. Se abre entonces un periodo de inflación que escapa al control capitalista.

6 El descontento obrero que condujo a la mayor huelga general, convocada sin esperar a un movimiento estudiantil que tenía otras raíces, se debió probablemente a un retraso en la indexación del salario mínimo interprofesional garantizado (SMIG) sobre el incremento de los precios, pero también al incremento de la productividad. Por esta razón el gobierno Chaban-Delmas, que sucedió a la caída de De Gaulle en 1969 lo reemplazó por el SMIC (Salario Mínimo Interprofesional de Crecimiento) que tenía en cuenta las ganancias globales de la economía a la hora de activar su incremento. Los contratos de progreso en las grandes empresas públicas adoptaron un sistema análogo; la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT) señaló que un componente del salario ya no reflejaba simplemente la remuneración más una prima individual, sino igualmente una prima de productividad de la empresa o del sector industrial.

La reducción de la inflación nominal y real de los salarios se convierte entonces en la consigna de la OCDE y de todas las políticas públicas.

El choque petrolero acentúa la crisis del fordismo

En 1974 llega el primer choque petrolero. Pero también el bloqueo de la inmigración, primero en Alemania, luego en toda Europa occidental. Toda esta masa de trabajadores inmigrantes que se introdujo como *Gastarbeiter* [trabajadores huéspedes] no resultaba muy cara siempre que fuera tratada únicamente como fuerza de trabajo extranjera, gracias al ahorro que se realizaba sobre los gastos sociales en relación con el empleo de obreros «nacionales». ¡Pero hete aquí que se instalan! Su instalación duradera (contrariamente a la ficción de que son «huéspedes de paso», «golondrinas», como se decía en el periodo de entreguerras) conlleva un serio aumento de los costes unitarios. Se acabó la hermosa flexibilidad… En el periodo de prosperidad económica, los trabajadores extranjeros tenían un coeficiente fuerte de rotación. Las empresas podían emplearlos sin hacer las inversiones que debían para una población destinada a quedarse. Pero la crisis de 1974 tuvo por efecto ralentizar al mismo tiempo tanto las entradas como las salidas, en particular porque las poblaciones extranjeras tenían miedo de que no se les permitiera volver a Occidente.

Este tipo de recurso a las migraciones internacionales «temporales» («con tiempo y objetivo definidos», según la terminología de la OCDE) toca a su fin antes en Francia que en Alemania. En Alemania, en la medida en que los salarios eran más elevados que en Francia, la organización de la inmigración sobre una base (en términos oficiales) estrictamente temporal no planteaba demasiados problemas entre los migrantes. Pero Francia, que tenía que

competir con Alemania, Bélgica, Holanda, y luego con España, era incapaz de ofrecer salarios tan atractivos. Así que tuvo que aceptar un régimen mucho más flexible de naturalización y de reagrupamiento familiar.

En 1974, Alemania detiene la inmigración, le sigue Francia poco tiempo después. Más tarde los demás países europeos, uno tras otro, detienen la inmigración. Esta decisión va a tener consecuencias muy fuertes no tanto sobre los países de llegada, que también, como sobre los países de origen de los migrantes. Con la interrupción de la inmigración yugoslava, comienza la implosión de Yugoslavia. La interrupción de la emigración griega y turca —hasta entonces verdaderas válvulas de escape para estos países con dificultades crónicas— conduce a la guerra de Chipre y a la partición de la isla.

En un contexto, por lo tanto, de fordismo en crisis y de cuestionamiento de Keynes y del *Welfare* irrumpe el primer choque petrolero. La cuestión petrolera no sólo va a poner fin al régimen de materias primas de bajo coste, sino que también traerá consigo una inversión de la tendencia a la baja de las materias primas. La respuesta capitalista a este choque no tardará, sin embargo, en llegar. El choque se percibe como la ocasión de revisar el viejo fordismo, al mismo tiempo que desaparecen sus fundamentos (bajo coste de las materias primas, bajo coste de la mano de obra, bajo coste del transporte). Al mismo tiempo, por su lado, el Informe del Club de Roma deja entrever los límites del crecimiento. La globalización será la respuesta a este desmenuzamiento del fordismo.

¿Qué es lo que hacen los capitalistas en un primer momento? Trocear las grandes fábricas en pedazos. Se empieza por anunciar que una fábrica de más de ciento cincuenta mil obreros es inmanejable; y lo es, efectivamente, porque políticamente las fábricas gigantescas se han vuelto

incontrolables. Además, ya no resulta necesario mantener estas fortalezas obreras, como las de Turín, donde se concentran ciento veinte mil obreros en la ciudad, a menos de un kilómetro del equivalente a los Campos Elíseos.

La automatización llega como respuesta a esta situación, en la que el obrero especializado, que durante largo tiempo estuvo subordinado a merced en la cadena de montaje, comienza a insubordinarse. Así pues se deshacen de él, porque en términos globales sale más caro y sobre todo porque sus huelgas-trombosis resultan aún más caras. Desde entonces, en la cadena de montaje de una industria automovilística tan pujante como la Renault Billancourt surgen puntos problemáticos desde donde parten todas las huelgas, pues allí las condiciones de trabajo son cada vez más lamentables. Es el caso de los pintores de pistola de las carrocerías de los coches. ¿Por qué? Primero, porque es un cuello de botella, es decir, porque toda la producción, cuando acaba, debe pasar por el taller de pintura. Segundo, porque es un lugar en el que las condiciones de trabajo son penosas y peligrosas (con numerosos casos de cáncer de pulmón). La tasa de rotación [*turn over*] es allí muy elevada.

Precisamente es en el sector del automóvil donde comienza la automatización. La reorganización de la producción, como en Malmö, Suecia, se dirige a evitar los cuellos de botella y los bloqueos en la continuidad de la cadena de montaje. La producción flexible con stocks de reserva sustituye a la cadena de producción de flujo continuo.

Aparece también otro mecanismo: el de la calidad de la producción (cero fallos). ¿Obedece esto a que los consumidores se hayan quejado ruidosamente de la mala calidad de los productos? En absoluto. Se debe a que los actos de sabotaje se multiplican y multiplican los fallos. En los tiempos de la Renault Billancourt, la

temperatura social se medía en el porcentaje de vehículos que salían de la cadena y que debían volver a pasar para ser reparados en la fábrica de Meudon. Así se introdujo la calidad. Por ella se comenzó a reflexionar sobre la manera en que se organizaban los japoneses; es el momento de la penetración de la industria japonesa del automóvil. Y los japoneses no se habían organizado sobre un modelo fordista, sino sobre un modelo «toyotista», de la mano de Ohno. Ohno es un ingeniero tan importante como Taylor, pero que organiza la producción de tal manera que revoluciona el sistema de stocks, es decir en lugar de producir, tener existencias y venderlas, sólo se produce lo que ya se ha vendido. Lo cual implica *feedback* de la información. Implica también una muy buena calidad porque se debe ser capaz de responder en tiempo real a una demanda muy diferenciada. Se pide un automóvil de un color determinado, con una determinada calidad, y por lo tanto producido en series pequeñas. En definitiva, esto es la producción flexible.[7] Ésta permite construir establecimientos mucho más pequeños: en Occidente se comienza por dividir por dos o por tres las inmensas unidades. Ésta permite también hacer pequeñas series y por lo tanto evita tener que pasar por un mal trago. Finalmente, ésta permite reorganizar la producción con una trazabilidad de la calidad, eliminando de hecho el sabotaje, porque la organización del trabajo es capaz de remontarse hasta el origen del fallo. Este sistema no sólo afecta a la producción de automóviles; la producción de electrodomésticos y de televisores seguirá el mismo camino.

7 Para tener un cuadro preciso del modelo japonés véase Benjamin Coriat, *Penser à l'envers: travail et organisation dans l'entreprise japonaise*, París, Christian Bourgois, 1991 [ed. cast.: *Pensar al revés. Trabajo y organización en la empresa japonesa*, Madrid, Siglo XXI, 1993].

Como la producción de calidad ya no requiere del obrero especializado fordista, se deshacen de él. Es un proceso lento pero definitivo; se empieza por externalizar la producción mediante el recurso a la subcontratación, se organiza una producción flexible que va a contar cada vez más con la logística de una caravana de camiones que transportan las materias primas y las piezas producidas por subcontratistas a menudo muy alejados. En definitiva, se atomiza el colectivo de trabajo, se atomizan los establecimientos compactos y se desarrolla la fábrica difusa.

Es también el tiempo del fin del pleno empleo. Aparece el desempleo crónico. Las formas de empleo cambian con el desarrollo de la precariedad. Los sindicatos retroceden y pronto son mermados, no tanto por una guerra ideológica sino simplemente porque su base obrera desaparece. Esta base se disuelve. Se disuelve también porque se comienza a deslocalizar. Porque se desmantelan las fábricas, y se transfieren al Sur, al sur de Europa, a Asia y luego al este de Europa.

El modelo de desarrollo ha cambiado por el de una economía globalizada, interdependiente, que implica deslocalizaciones masivas. Nos encontramos ante una economía que ya no garantiza el pleno empleo en los países del Norte, porque las tasas de empleo comienzan a crecer en los países del Sur. Si consideramos las cosas a escala mundial, el pleno empleo se limitaba a los países del Norte, a un «pequeño club de amigos». Las otras naciones sufrían un subempleo crónico. Con la emergencia de lo que se llamarán los Nuevos Países Industriales (NPI), el empleo asalariado crecerá primero de manera vertiginosa en estos países, mientras comienza a estancarse en Occidente, para bajar después. El empleo disminuye en torno a un 4 o un 5 %, pero como había subido hasta el 85 % de la población activa, de hecho volverá a situarse en torno al 80 %.

Comenzamos a acostumbrarnos a un régimen en el que la energía se vuelve más cara, en el que el coste de las materias primas se incrementa. No es todavía enorme, pero crece con fuerza. La mano de obra ya no tiene asegurada el pleno empleo, y la deslocalización se hace posible porque con las negociaciones del GATT, y luego con la creación de la OMC (1995), se acentúa la apertura al comercio internacional. Pero la exposición de las economías nacionales a la competencia mundial solo comienza a ser verdaderamente fuerte a partir de 1979, cuando Margaret Thatcher y luego Ronald Reagan llegan al poder. La revolución neoliberal, o más bien la contrarrevolución, está en marcha. Es entonces cuando se introducen elementos que volveremos a encontrar en el corazón de la crisis de las *subprimes*.

La Bolsa para todos, todo por la Bolsa

Todos los sistemas que se edificaron tras la guerra a partir del modelo implantado por Beveridge en el Reino Unido se basaban en la hipótesis keynesiana del pleno empleo, y en el hecho de que el asalariado contribuye al equilibrio global de los regímenes de jubilación. Cuando una gran mayoría pasaba toda su vida asalariado, y esto sucedía en un pequeño número de empresas que cotizaban siempre de manera continua, el sistema de reparto funcionaba muy bien. Pero desde que el mercado de trabajo comenzó a llenarse de agujeros, se generalizó la condición de interinidad, el paro masivo se hizo estructural y el sistema se fue minando de manera progresiva. El problema de los sistemas de jubilación comenzó así a manifestarse poco a poco (1988-1995).

Pero entonces, ¿por qué no hubo explosión social? Todos los ingredientes estaban presentes. Ya no se podía garantizar el compromiso keynesiano y el paro y la

precariedad afectaban mortalmente al compromiso social de promoción intra e intergeneracional; comenzamos a percatarnos de que los estudios —ahora masificados— ya no aseguran un empleo estable y duradero, aunque constituyan cada vez más una condición de acceso *sine qua non* al empleo.

En fin, el otro aspecto del compromiso social de los Treinta Gloriosos, el poder de compra (alzas moderadas de los salarios pero, «a cambio», amortiguación del endeudamiento de los hogares gracias a una tasa de inflación importante) se pone igualmente en cuestión, primero por la indexación de los préstamos inmobiliarios sobre un valor fijo (el oro) bajo el gobierno de Barre, y luego claramente por la introducción de tipos de interés revisables (tipos variables). Así pues, el conjunto de las piezas del puzzle del compromiso fordista queda desarticulado de manera irreversible. No obstante, no puede echarse por tierra un compromiso sin encontrar otro. ¿Cuál es la naturaleza de este nuevo compromiso? Diremos a la gente: «¡Enriquézcanse colocando sus ahorros en Bolsa!». «Conviértanse en empresarios de su vida o más bien de su dinero». La propuesta de Raymond Barre, entonces primer ministro, de que los parados se convirtieran en «empresarios de sí mismos» provocó un escándalo. Quince años de «blairismo» cambiaron la situación. Esta afirmación se volvió aceptable vía fórceps para una gran parte de la población.

La conminación al ahorro mediante productos financieros encaja perfectamente en la promoción, a todos los niveles, de un sistema de capitalización y aseguración. Se introduce la idea de que si el asalariado corre a menudo el riesgo de salir temporalmente del empleo, es necesario que haya un ahorro preventivo, pero también que financie su propia protección social (en todo caso, la parte cada vez más importante que depende de las mutuas).

Es necesario que tenga una cartera de acciones y de obligaciones. De este modo ganará más. Incluso gracias a esto ganará una cantidad mayor de dinero, y ya no únicamente gracias a su salario.

Desde luego, las bancarrotas de Law en el siglo XVIII, la de la Compañía de Panamá a finales del siglo XIX o la expoliación de los préstamos rusos después de 1917 dejaron un mal recuerdo a los franceses; aunque tradicionalmente invertían sobre todo en ladrillo y poco en las acciones y en la Bolsa. Ahora bien, si solo había un 9 % de la población que poseía acciones a finales del siglo XX, la situación evolucionó rápidamente. El número de propietarios de valores mobiliarios (acciones, obligaciones) pasó en Francia de un millón en 1978 a doce millones en 2007.[8] Evidentemente, el volumen de la capitalización bursátil progresó del mismo modo, alcanzando el 100 % del PIB, lo que en absoluto era el caso quince años antes (40 %). La importancia de la Bolsa progresó en paralelo.

Hace mucho tiempo, la posesión de activos mobiliarios era cosa de personas muy ricas o de edad avanzada. Ahora contamos con ejecutivos, capas medias y superiores que también han entrado en este modelo. Evidentemente, su importancia es mucho menor que en Estados Unidos donde el 57 % de las familias están directamente concernidas por el valor de la Bolsa en su vida cotidiana (en particular, por su capacidad de endeudamiento), pero el cambio no deja de ser profundo.

---

8 *Le Monde*, 17 de marzo de 2009.

¿Cómo continuar financiando el Estado del Bienestar?

¿Qué otro aspecto puede permitir mantener el compromiso social y tres millones de parados? En los inicios de la crisis de 1973, la renta disponible de las familias obreras estaba constituida en más de un tercio por transferencias (exenciones de impuestos, diversas formas de prestaciones sociales). Al término de la crisis, esto es, en 2005, ya que es entonces cuando podemos decir que salimos de los Treinta Penosos —expresión de Nicolas Baverez— que duraron de 1975 a 2005, la renta disponible de *todos* los franceses dependía en torno a un 30 % de la redistribución. Es decir, que en la crisis, a pesar de todos los discursos ideológicos, a pesar de la liquidación ideológica del Estado del Bienestar, vilipendiado por los neoliberales, la presión fiscal subió inexorablemente bajo los presidentes Mitterrand, Chirac, Sarkozy. Se aproximó al simbólico umbral del 50 % del PIB (en el mismo momento, sin embargo, Suecia se situaba alegremente en el 55 %, Finlandia en el 57 %). En efecto, hemos vuelto a descender un poco desde entonces, entre el 43 y el 46 %,[9] pero parece que éste es un nivel mínimo que tiene todos los visos de aumentar a consecuencia de la crisis financiera. Cada crisis consolida este nivel de presión fiscal.

Lo más instructivo es que los países más neoliberales, los Estados Unidos de Ronald Reagan y la Inglaterra de Thatcher, que partían de niveles de presión fiscal inferiores al 30 %, subieron al 35 %, y los últimos desarrollos de la crisis financiera han sido testigos de cómo se disparaba la dependencia de los hogares respecto de la redistribución social. Y eso que bajo la administración Obama, los niveles americanos debían aproximarse a los niveles europeos. Tal es la realidad de una socialización rampante,

9 En España la presión fiscal era del 33 % en 2010. Fuente: Eurostat. [N. del T.]

que parece normal en un periodo de crisis; si no se quiere afrontar una revolución, es necesario que el Estado eche mano de su cartera. Claro que algunas categorías se ven más afectadas que otras. Por supuesto, el sistema cambia en todo momento. Indudablemente, cuanto más dinero se distribuye, más quiere el Estado «activar» este gasto, en la medida en que supone una partida gigantesca. Pero la realidad es la que es. En Francia, el presupuesto de la seguridad social representaba más de 402 mil millones de euros en 2007 para el conjunto de los regímenes obligatorios de base, mientras que los gastos totales del Estado alcanzaron los 266 mil millones de euros.

La explosión de la deuda de los Estados alimenta las finanzas. Y viceversa

A los pobres en Francia se les dice lo siguiente: nos haremos cargo de un cierto número de partes de vuestro presupuesto, concretamente de la vivienda mediante el acceso a las viviendas de protección oficial y a las ayudas personalizadas para la vivienda; mecanismos similares existen en todas partes de Europa, incluido Reino Unido. En Estados Unidos se prefirió fomentar el sistema privado («apáñenselas para sustituir el sistema público porque serán más eficaces»), lo que servía en paralelo al proyecto político y electoral consistente en crear una clase de propietarios (estos últimos son generalmente más conservadores que los inquilinos). Los poderes públicos ordenaron entonces al sector bancario que financiara el acceso de los pobres a la propiedad: que financiara su endeudamiento.

Las recetas fiscales iban a perder eficacia, ya no estábamos en un periodo de crecimiento intensivo al 5 o al 6 %, que era lo que permitía endeudarse a buen precio. También quedaba excluido el recurso a la máquina de hacer billetes para financiar todo aquello debido a la liberalización

de los mercados financieros, a la fijación de los tipos de interés por los mercados financieros mundiales y a la existencia de tipos de cambio mundiales (los europeos llegaron aún más lejos abdicando de su soberanía nacional en favor del euro). La ecuación del equilibrio se volvía difícil: cada vez menos impuestos, pero con gastos sociales que no bajan o no lo suficiente, primero porque los niveles de desempleo son elevados, pero también porque la sociedad progresa de todas formas y hacen falta cada vez más infraestructuras; en particular, hace falta poner en marcha las infraestructuras digitales, sin contar con los gastos crecientes en materia de «calidad de la población», como dicen los economistas (calidad que se produce justamente por los gastos en salud y educación).

Como no hay vuelta de hoja, nos financiamos por medio del endeudamiento. El endeudamiento adopta la forma de bonos del Tesoro y estos últimos son suscritos por las finanzas privadas internacionales. Los Estados van a buscar financiación en el mercado internacional de capitales, con tipos de interés mundiales y con agencias especializadas que les otorgan calificaciones, lo que se traduce en primas de riesgo suplementarias cuando tienen malas calificaciones (por ejemplo, la Grecia de otoño de 2009). Lo que nos conduce, a principios de 2007, a la extraordinaria suma de veintinueve billones de dólares que los Estados debían buscar cada año en los mercados para poder financiarse.

Flotación del dólar, financiarización y globalización

El acta fundacional de las finanzas contemporáneas es el espectacular ascenso de lo inmaterial en la economía. Para explicar este punto —capital, porque existe una relación directa con la financiarización de la economía y la inestabilidad—, demos un paso atrás.

En 1971, Europa ha remontado la pendiente, se refuerza al mismo tiempo que se unifica; Japón asciende con gran fuerza, mientras que Estados Unidos pierde hegemonía tanto política (guerra de Vietnam) como económica. En aquel momento, Estados Unidos toma una decisión perfectamente conforme con la idea de Keynes o de Roosevelt, a saber, que la potencia estadounidense sólo puede estar ligada a la potencia del dólar si el dólar se arrima a algo como el oro, un bien que Estados Unidos ya no produce aunque llegase a detentar el 75 % de su stock mundial. En efecto, Estados Unidos exporta masivamente sus capitales al extranjero, que se instalan por todo el mundo y en particular en Europa, aunque su balanza de pagos fuera entonces muy deficitaria. Se decidió así la desvinculación del dólar con respecto al oro. Con el resultado inmediato de que el descenso relativo del dólar en relación con otras monedas y su mantenimiento como moneda internacional de pago de las materias primas, trajo consigo el descenso de los ingresos reales de los países petroleros, lo que desencadenó el primer choque petrolero.

Esta desvinculación con el oro tuvo también consecuencias evidentes en la financiarización de la economía. Concretamente, en la creación de productos financieros que protegen del riesgo de cambio y de las variaciones de los tipos de interés.

Es muy importante comprender que la globalización se produjo porque los principales actores se vieron obligados a ello; Estados Unidos, por razón de un déficit de la balanza de pagos que les obligaba a tomar prestado en el mercado mundial de capitales (por lo que suprimieron la vinculación del dólar al oro). Los actores financieros privados, aprovechando la ocasión, se convirtieron en los campeones de la desregulación, animando la supresión de la separación de los mercados nacionales en beneficio de un mercado mundial del dinero, que debía poder

circular libremente, a cualquier hora del día y de la noche (lo que pronto la informática hizo posible). Y si se quiere que el dinero circule libremente, éste debe tomar la forma de un producto estándar. Es decir, es necesario que el tipo de interés del dinero ya no esté regulado principalmente por el tipo de descuento que decida cada banco central, sino por la oferta y la demanda de capitales a corto y largo plazo. Se llega así a la idea, que va a imponerse de manera progresiva, de que el mercado del dinero es como el mercado de un bien cualquiera, regulado por la oferta y la demanda. Si la demanda es fuerte, tendremos tipos de interés elevados, en caso contrario, el dinero será barato.

De una economía predominantemente bancaria a la preeminencia financiera

Los Estados adoptan progresivamente este sistema, pasando de una economía predominantemente bancaria a una economía predominantemente financiera. Con un corolario muy importante: las empresas ya no van a buscar sus capitales en los bancos, sometidos a una reglamentación nacional de los tipos de interés, sino primero en la Bolsa y muy pronto en los mercados financieros internacionales. Esto es coherente, porque estas empresas que tienen necesidad de dinero son empresas cada vez más internacionales. En efecto, desde los años sesenta asistimos a una internacionalización de la producción. Cada vez más empresas tienen implantaciones multinacionales (son las EMN, las firmas multinacionales) y éstas van a tener un único referente: el mercado mundial de capitales. ¿Por qué las empresas y los Estados se vuelven al mercado internacional para encontrar los recursos necesarios? Porque es allí donde se concentra una liquidez sobreabundante: los excedentes de los países productores de petróleo.

Examinemos en efecto lo que pasó durante el choque petrolero de 1974. Cuando el precio del petróleo se cuadruplicó, de pronto se detrajeron sumas importantes de las economías de los países desarrollados. Esto dio como resultado acumulaciones masivas de dólares en las monarquías del Golfo y en los países petroleros. Pero estos últimos tienen una capacidad de absorción (es así como los economistas llaman al hecho de que estos ingresos en dólares se consuman en productos importados, es decir, pagados en dólares a los países del Norte) muy limitada. Están muy poco poblados y su consumo interno es limitado, mientras que sus infraestructuras son todavía débiles. Así es como esta acumulación enorme de petrodólares amenazó al sistema con un paro cardíaco. Para evitar esta trombosis de dólares, Estados Unidos promovió de manera masiva una fluidificación general, con el propósito de que los dólares volvieran, tanto más cuanto necesitaba financiar su déficit. ¿Qué había que hacer para lograr esto? Desregular, financiarizar, crear un mercado monetario para que, en el mundo entero, estos petrodólares pudieran invertirse, circular e intercambiarse en función de las necesidades de liquidez y no en función de los tipos de cambio que fijan los países.

En este plano, fue todo un éxito. Los petrodólares se reciclaron de modo notable. Esto evitó que las economías occidentales se hundieran en una depresión al estilo de los años treinta, los capitales en petrodólares volvieron a reinvertirse en el Centro, donde contribuyeron enormemente a la reestructuración productiva, es decir, al deslizamiento hacia el sector terciario. Baste pensar, por ejemplo, lo que compraron los soberanos del Golfo Pérsico colmados de petrodólares: Harrod's, cadenas hoteleras de lujo, servicios de alta gama. Comenzaron a posicionarse también en las compañías aéreas. El choque petrolero entrañaba una terciarización de la economía y acentuaba las deslocalizaciones, en tanto la industria se basaba en

materias primas y energía baratas. Las empresas trataron de ahorrar en salarios a través de la deslocalización. Lo que explica también que disminuyera su hambre de inmigrantes internacionales.

De golpe, los petrodólares remontan hacia el Norte, se invierten y allí comienzan a «patrimonializarse», es decir, se transforman en activos inmobiliarios. Esto constituye el factor esencial de la explosión especulativa inmobiliaria en los centros urbanos. Todo ello llega en un buen momento: el nuevo compromiso social pone a la defensiva al movimiento obrero tradicional y asfixia al laborismo, a los demócratas americanos y a la socialdemocracia. Volvemos a Guizot y a su famoso «enriqueceos», nos convertimos en propietarios, creamos un patrimonio de acciones y de obligaciones, pero también de propiedades inmobiliarias, un capital inmobiliario que se adquiere para su uso o el de los hijos, pero también un capital inmobiliario especulativo que acaba formando parte de la renta. Se generan rentas comprando apartamentos y percibiendo alquileres que suben con regularidad, especialmente en el centro de las ciudades. Y, como estos rentistas, que son los jubilados, son cada vez más numerosos, se les dice: «Protéjanse porque sus cotizaciones sociales van a ser cada vez peores, porque ya no las vamos a indexar en función del incremento de los precios. El incremento de los precios será limitado, por lo tanto ya no hay necesidad de indexarlo. Compren entonces ladrillo.»

Esto va a generar un *boom* inmobiliario en todas las ciudades del mundo, lo que se conocerá con el nombre de *gentrification*. En todas las ciudades se recuperan las fábricas, los muelles que ocupaban una porción destacada del espacio urbano. Basta mirar lo que sustituyó las fábricas Citröen de Balard en el muelle de Javel: edificios, el hospital Pompidou, las oficinas de France Télévisions. Es el

negocio inmobiliario lo que va a estar en el candelero y lo que va a atraer a una clientela internacional. Para este sistema, el enemigo número uno es sobre todo la inflación. Una inflación que, como vimos durante los años setenta, beneficiaba a los arrendatarios, a los asalariados, a las empresas industriales.

El segundo imperativo de los pensadores neoliberales es restringir la intervención del Estado, obtener reducciones de impuestos, sobre todo para los ricos. En efecto, la localización de todas estas actividades terciarias que sustituyen a las fábricas depende del régimen fiscal, y éstas pueden mudarse fácilmente de una metrópolis a otra. Para retener a la *creative class* de Richard Florida (los cerebros que van de los gabinetes de estudios de todo tipo a las oficinas de abogados, pasando por los promotores inmobiliarios y los servicios financieros) hace falta procurarle alojamiento en el centro de las ciudades, aligerar las imposiciones fiscales, y esto se hará de manera lenta pero segura, inexorable. Todo ello provoca que los recursos del Estado disminuyan mientras aumentan sus compromisos: es lo que Michel Rocard denominó con lucidez la nueva crisis de las tijeras, para la cual inventó el remedio de la «contribución social generalizada» (CSG), que consiste en hacer pagar no sólo por las rentas del trabajo y del capital directamente invertido, sino por las rentas de las rentas. Máxime cuando la calidad de la educación se degrada, al igual que el pacto social. La financiarización, excelente medio de reciclar los petrodólares, modifica la situación social de los países del Centro.

Todavía quedaba, a fin de perfeccionar esta financiarización, liberalizar, poner fin al control de cambios, autorizar las salidas y entradas de capitales, no ser demasiado exigentes para que los capitales pudieran invertirse con facilidad. Cada vez más, la entrada en Bolsa se convierte, para las empresas, en la condición de acceso a

capitales frescos con los que poder financiar sus actividades, y después a capitales destinados a otras inversiones financieras. Hemos subrayado ya el grado relativamente débil de la difusión en Francia de la posesión de activos financieros. Por otro lado, lo esencial de las transacciones en Bolsa no es obra de pequeños accionistas ni de grandes fortunas, sino de los «ZinZin», los inversores institucionales (compañías de seguros, bancos, a los que pronto se unen los fondos de inversión y luego los fondos de pensiones). Se trata por lo tanto de un sistema perfectamente coherente y cerrado. Así, por ejemplo, los fondos de pensiones se invierten en Bolsa, e incluso compran fábricas, pero no al azar. Seleccionan sobre el aparato productivo al imponerle un nivel determinado de rentabilidad al que le da por completo igual las condiciones técnicas del lugar, pues lo que cuenta es la rentabilidad del capital financiero que debe ser líquido, y liquidable, en todo momento. La cuestión es que de una situación en la que el tipo de interés es del 5,6 %, cuando la tasa de inflación se acerca al 2,5 % y la tasa de beneficio ordinaria de una empresa clásica es del 6 %, se pasa a otra en la que se exige un 15 % de rentabilidad, ya que hace falta deducir las cascadas de comisiones de los intermediarios financieros. Es así como la rentabilidad del capital al 15 % se convierte en la regla para todo el mundo. En cuanto a la producción, se le pide que se pliegue a esta nueva norma. Ahora bien, ¿qué ocurre? Antes se consideraban las necesidades de la demanda, nos dirigíamos a los ingenieros, se hacía un producto que debía corresponder a aquellas necesidades, se lanzaba, se vendía, se pagaban sus costes, se realizaban los beneficios y reembolsábamos al banquero. ¡Hoy se parte de lo que reclaman las finanzas!

El financiero se apodera del poder del gerente

Desde entonces, cuando se tiene capital para invertir, se determina de entrada la tasa de beneficio que se espera, y después se busca, por medio de los agentes de finanzas o de marketing, aquello que pueda reportar la tasa convenida. Una vez que se satisface esta exigencia, nos dirigimos a los ingenieros diciéndoles: «Anda, búsquense la vida para hacernos el producto que se corresponde con este nivel de rentabilidad». Esto quiere decir que la cultura tradicional del ingeniero se hunde, al igual que su función y su posición dominante. Antes, en la fábrica, el ingeniero del departamento de métodos era el rey. Ahora ya no lo es. Es la revancha de los comerciales, de los publicitarios y de los juristas que cierran contratos a todos los niveles con los asalariados, los proveedores, los clientes. Es también la revancha de los consumidores, que obtienen una mejora de la calidad. Este aspecto ha sido ampliamente subrayado, pero el reverso de la moneda es que se trata sobre todo de la revancha de los *stockholders* o *shareholders*, es decir, de quienes detentan las acciones, los propietarios, por oposición a los *stakeholders,* los que están en juego, los asalariados, los gerentes de la empresa [*managers*].

En los años treinta, tras la Gran Depresión, los propietarios fueron expulsados de los centros de decisión por los gerentes.[10] Esto es, a la cabeza de las fábricas se puso a gente competente. A los propietarios se les expulsó diciéndoles: «Conténtense con disfrutar de sus dividendos; considérense felices sabiendo que su fábrica no quebrará, y confíen en los gestores, que conocen todo acerca de la gestión.» Es lo que se llamó la revolución *managerial*. Desde los años setenta y con la llegada a raudales de petrodólares en búsqueda de la mejor inversión se abre otra

10 Adolf Augustus Berle Jr. y Gardiner Means, *The modern Corporation and Private Property*, Nueva York, Macmillan, 1932.

historia: la toma del poder por los financieros, que quieren *reporting*, la calificación continua, y cuando no son los propietarios directos, son los apoderados, los aseguradores, los reaseguradores, los fondos de pensiones. En la empresa, el gerente ha perdido el poder en beneficio del consejo de administración, que a su vez se encuentra bajo presión de los accionistas.

Y antes de invertir sus capitales en una empresa, quienes gestionan las finanzas de los propietarios o los tenedores de acciones quieren saber: «¿Quién me dice que esta empresa es buena?» «Yo pongo mi dinero, pero ¿cuáles son las garantías?». Es ahí cuando comienza a emplearse el término gobernanza.

La gobernanza de una empresa es la verificación de cómo la estructura de la propiedad jurídica se traduce efectivamente en la dirección de la misma, esto es, cómo los accionistas de referencia, que en general son los inversores institucionales, aseguran su control. Las grandes familias francesas ya no son los sujetos activos. Aunque en ocasiones hayan creado fondos de inversión, como el que dirigió Ernest-Antoine Seillière. Estos fondos pudieron constituirse tras la operación de saneamiento de la empresa siderúrgica de la familia que llevó a cabo Raymond Barre, después de que el Estado reagrupara todos los créditos dudosos de esta joya de la industria francesa. Mientras los contribuyentes enjuagaban la colosal deuda de la siderurgia, la parte vendible se dejó a los propietarios, que liquidaron sus bienes y se convirtieron en financieros. El señor Seillière, cuya actividad económica consistió en dirigir las inversiones financieras de Marine Wendel, hundió así a Swiss Air. Vemos de paso que las actuales operaciones de rescate de los bancos y de la industria del automóvil —nuestra nueva siderurgia, nuestros nuevos astilleros navales— fueron ensayadas mucho antes de que comenzara este siglo.

En la nueva situación, el gerente se ve atrapado: sus objetivos ya no son ni productivos ni salariales, han comenzado a decirle «nos reímos de los salarios»; éstos son fijos y está fuera de cuestión que puedan aumentar. Mejor aún, se le dice: «Te pagaremos más si logras reducirlos». ¿Y cómo se reduce la parte de los salarios? Pues bien, se despide, se deslocaliza, se mecaniza, se recurre a la temporalidad. Y así obtenemos el mismo *output* productivo con menos gente. Incluso aunque esta menor cantidad de gente sea una ilusión. Lo que antes se contabilizaba como salarios aparece ahora como compra de servicios externalizados por medio de la subcontratación, donde la presión salarial es mucho más débil. Todo el mundo piensa que este tipo de lógica es exclusiva del sector privado y que el sector público está completamente rezagado. ¡Error! Con los «contratos de progreso» que instituyeron Simon Nora y Jacques Delors durante el gobierno Chaban-Delmas en 1969, se impuso a todas las grandes empresas públicas francesas (EDF, SNCF, etc.) un régimen de drástica mejora de la productividad. Sólo si la productividad de estas empresas excedía la productividad media de la economía, tenían posibilidades de redistribuir a los asalariados una parte de las ganancias obtenidas.

Por ejemplo, la SNCF contaba en 1970 con cuatrocientos cincuenta mil agentes, que transportan cada año sesenta millones de viajeros. Al término de un proceso de «modernización» realizado con éxito, contrariamente a lo que balbucean los fanáticos de una privatización furiosa que condujo al desastre de los ferrocarriles británicos, la SNCF cuenta hoy con solo ciento sesenta y cinco mil empleados directos. Naturalmente, solo una parte de este espectacular salto de productividad se debe a reorganizaciones eficaces y a un aumento de los horarios de trabajo de los asalariados; el resto se debe a una externalización (subcontratación), más arriba o más abajo, y a la transferencia de las actividades poco rentables a la Red Ferroviaria Francesa,

que recibió el regalo envenenado de tener que mantener una red con cada vez menos fondos, así como encontrar la financiación para las nuevas líneas, especialmente las dedicadas al tren de alta velocidad.

La carrera hacia la productividad pesa evidentemente en la calidad y en la naturaleza del empleo, pues la creación de empleo es a menudo precaria. No cabe sorprenderse de que, en estas condiciones, la calidad del trabajo se revise con frecuencia a la baja. Incluso en las centrales nucleares, lo que podría tener consecuencias serias en la seguridad. Todo ello termina por generar un impacto en la producción, a la que le cuesta mantener el objetivo de rentabilidad del 15 % del capital que generalmente exigen los inversores. Pero los capitales han adquirido la facultad de retirarse rápidamente; pueden irse cuando quieran.

Creación de valor. Un reñido partido entre la empresa, las finanzas y el Estado

En definitiva, la noción de valor evoluciona, se vuelve más compleja. A los gerentes se les pide: «Muéstrennos su profesionalidad, queremos *pure players*, es decir, hagan aquello en lo que son los mejores, del resto no queremos ni oír hablar». Esto implica el *outsourcing*, la externalización y el abandono de segmentos enteros de la producción. Y al mismo tiempo, aparece otra tendencia. Porque, ¿de qué forma una empresa adquiere valor? Asegurando una tasa de rentabilidad del 17, 18, 19 %. La empresa se convierte en un holding financiero en el que la base productiva, la especialidad, puede variar, pero cuyos capitales hacen alarde de una máxima rentabilidad. Vemos así conglomerados inverosímiles, a imagen de la sociedad Vivendi de Jean-Marie Messier, o la de Rupert Murdoch, que se convierten en empresas de comunicación orientadas a la Bolsa, a una multitud de accionistas, a los que se quiere

convencer del valor que pueden sacar de las adquisiciones, fusiones, reventas, recortes, que no cesan de lanzar los grupos transnacionales.

Al contrario que los contables, los medios financieros no evalúan simplemente los beneficios, sino el valor futuro de las empresas, sobre la base de su confianza en la creación de riqueza que prometen los Messier y los Murdoch. Los accionistas oponen el valor potencial al beneficio simplemente actualizado, es decir, a la suma de los beneficios pasados, actualizados y proyectados en el futuro. Consideran la plusvalía, el *goodwill*. Y van a considerar qué empresas se compran en Bolsa por sumas que exceden totalmente su valor contable. Apuestan sobre el futuro, apuestan sobre el valor, pero no se trata simplemente de una apuesta al azar. Hay que comprender bien que el corte y la singularidad que se atribuye a tal o cual empresa se hace sobre esta base. Cuando los accionistas mayoritarios dicen: «Queremos que seas un *pure player* porque esto es lo que tienes que hacer», también advierten: «No te interesa salir de este perímetro, porque si lo haces te expondrás a las iras de las agencias de calificación, y luego de la Bolsa. Si haces eso, liquidaremos al gerente y exigiremos que se aplique la estrategia que estimemos oportuna». Es lo que hacen las *private equity*, estos fondos de inversión privados que no se colocan en Bolsa y no están sometidos a esta evaluación permanente que realizan los LBO *(leverage buy out)*. A cambio de su aportación en dinero fresco, potentes accionistas privados logran obtener condiciones inauditas de remuneración. Warren Buffet llevó varios miles de millones a la General Electric, pero se aseguró un dividendo neto por año del 10 %, cualesquiera que fueran los resultados de explotación. General Electric defendió este pacto leonino asegurando que sus resultados sobrepasarían el 15 % y que por lo tanto ganaría un 5 % de lo que debía pagar a Warren Buffet.

La parte manufacturera propiamente dicha ya no tiene la misma importancia que antaño, salvo cuando puede causar sensación en términos de comunicación, cuando se presenta una innovación como las que ponía en escena Steve Jobs durante los shows anuales de Apple. Y esto en la medida en que está definida por ingenieros, pero no ingenieros de producción, sino expertos en gestión de subcontratistas chinos o indios. Son ellos los que redirigen las normas técnicas de los pliegos de condiciones, los que examinan las respuestas a las convocatorias y las licitaciones. No se ocupan de la producción propiamente dicha. Lo que se ha convertido, en cambio, en el corazón de la empresa es la propiedad intelectual de las patentes, con su jungla jurídica. Desde un cierto punto de vista, este corazón de la empresa es, en adelante, lo *inmaterial* de la empresa. Lo que se considera crucial ya no es la estructura material, no es el conocimiento de los obreros, es el conocimiento de los servicios jurídicos y de los mercados financieros. Y a fin de coronarlo todo, están los financieros, que manejan sumas gigantescas, juegan en diversos países con diferentes monedas y se ocupan de garantizar a la empresa contra el riesgo de los cambios. Ya en ningún caso, se puede perder de vista el 15 % de rentabilidad.

Así, cada empresa, gracias a su tesorería, desarrolla una actividad comercial que le permite especular y vender. Cada banco hace lo mismo, porque el banco debe conseguir un 20 % de rentabilidad, que en general trata de realizar en las salas de contratación. Los bancos de depósito hacen lo mismo que los bancos comerciales, y los bancos comerciales buscan recursos en los superbancos de negocios, que son las mesas de operaciones donde se especulan con los derivados y que hacen las veces de reaseguradores.

Este sistema financiero funciona porque se ajusta en función de la circulación global, y porque la clave de bóveda del conjunto del sistema se apoya en Estados Unidos,

que mantiene una relación especial con China. Es lo que el historiador económico Niall Ferguson llama *Chimérica* (China + América). Estados Unidos controla este sistema global porque detenta y emite la moneda internacional de reserva. Así se llama al privilegio de señoreaje (de emisión de moneda) que permite pagar sus propias deudas en su propia moneda. Ahora bien, este monopolio estatal se encuentra sometido a una fuerte competencia.

Este tablero estaría incompleto si no añadiéramos el papel de los capitales que circulan a escala mundial y que provienen de los emplazamientos *off shore*, de los falsos paraísos fiscales. Estos últimos juegan un papel estructural que no es de ningún modo marginal en el funcionamiento «normal» de los grandes bancos de inversión, que son también bancos de depósito.

El dinero no es un pez al que le apesta la cabeza

Por «dinero gris» entendemos aquel que proviene más bien del fraude fiscal, y por «dinero negro» el que está vinculado a actividades criminales, como la prostitución o la droga. Su valor se aproxima a varias decenas de miles de millones al año. La prostitución debe representar unos cinco mil millones de dólares al año, las drogas, de veinte a veinticinco mil millones. En total, debemos aproximarnos a los setenta mil millones, poca cosa al lado de las transacciones «grises» y las idas y venidas entre los paraísos fiscales y las «zonas blancas». La suma de dinero que alimenta los paraísos fiscales se evalúa en diez mil millones de dólares, lo que no está lejos del 75 % del PIB anual de Estados Unidos y de la quinta parte del PIB mundial. Este dinero proviene de los 3,6 billones de dólares que circulan a diario, y que son fruto de las transacciones sobre los productos derivados, los tipos de cambio y las transacciones bursátiles, o incluso los cinco mil millones

que provienen del comercio. Está claro que los *hedge funds* [fondos de alto riesgo] que trabajan desde estos lugares *off shore* desempeñan un papel muy importante. Se trata de un papel de tránsito, de intermediario. Estos fondos están, o bien almacenados, al abrigo, en cuentas «grises», o bien no hacen sino pasar por ahí, porque estos emplazamientos *off shore* son claves en la transformación del dinero, del «negro» o del «gris», al «blanco». Podemos comparar los emplazamientos *off shore* no con una central eléctrica que suministra la corriente, ni con su distribución, sino con los transformadores por los cuales pasa la corriente para regular el amperaje. Estos transformadores convierten una corriente de alta tensión en baja o media tensión política y social.

Son como parásitos. Hay un buen número de parásitos con los que vivimos y que son indispensables para el organismo en el que viven, pero hay parásitos que se desarrollan de tal manera que lo acaban matando. Por otra parte, la astucia del parásito es que vive sobre algo cuya vida mantiene porque sabe que de otra manera él mismo moriría. Si comparamos los *hedge funds*, toda esta categoría de fondos especulativos (incluidos los *private equities* y los fondos soberanos) con parásitos, se debe reconocer que el sistema convive con estos parásitos como nosotros convivimos con las bacterias.

Los fondos financieros compiten objetivamente en la financiación de la deuda de los Estados. No digamos que esto es deseable, como sostienen intrépidamente algunos financieros cínicos, digamos que *es*. Es por eso por lo que los Estados no pueden posicionarse simplemente como adversarios puros y simples, ni como soluciones alternativas a los *hedge funds*, porque al mismo tiempo que los vituperan o los califican de parásitos, recurren a ellos constantemente. Ahí reside toda la dificultad. Es como el banco. Muchos desearían librarse de los establecimientos

bancarios que actúan a veces como parásitos, aumentando la espiral de transacciones. ¿Cómo determinamos si un parásito es benéfico o no? Hoy las empresas obtienen de media un 6 % de beneficio, mientras que la *price earning ratio* (el rendimiento) de los capitales financieros es del 15 % y el de los bancos del orden del 20 o el 23 %. El problema es la remuneración excesiva de este parásito. Dicho de otro modo, el problema no es el parásito en sí, sino lograr la manera de canalizarlo y controlarlo, mientras los Estados sean incapaces de librarse de ellos y aparquen los problemas sociales y políticos en el futuro y en las finanzas.

Los fondos de los paraísos fiscales no son como el oro que se almacena en algún Fort Knox. Si así fuera, ¡hace un siglo que los Estados habrían enviado a los marines para apropiárselo! Aunque cayéramos sobre estos fondos, habría que torturar uno a uno a todos los que tienen el código electrónico para poder hacer las transacciones. Porque en estos paraísos fiscales, la moneda pasa por líneas de escritura, pero no se encuentra allí. Existen algunos pequeños gángsters de cuello blanco que traen maletas cargadas de billetes, pero la casi totalidad transita por cuentas electrónicas. Son transacciones encriptadas, difícilmente localizables, extremadamente volátiles. Todo el mundo recurre a ellas, en particular los grandes bancos pero también los Estados y sus emanaciones (servicios secretos, etc.), las EMN, las guerrillas, las mafias. *Pecunia non olet*, como decía el emperador Vespasiano: El dinero no tiene olor.

Y no sólo no tiene olor, sino que además no necesita pasar real, materialmente, por esos lugares, por eso la represión resulta tan complicada. Es cierto que una ocupación militar hundiría el gris en el negro. Eso es todo lo que podemos decir con certeza. Lo único que podemos hacer o intentar hacer, es circunscribir el fenómeno, hacer

pasar el negro al gris-negro, el gris-negro al gris medio, y el gris medio al gris claro, y luego el gris claro al blanco. A eso se reducen las estrategias menos ingenuas. ¡No hay que olvidar que el Banco de Francia, cuando financia sus bonos del Tesoro, no se ocupa de saber quién los compra! Cuando alguien acude al banco para hacer un depósito, aunque sea muy importante, es raro que el banquero le diga: «Demuéstreme que estos depósitos son frescos». El dinero no es un pez al que le apesta la cabeza.

El mito del dinero durmiente

Así es como el dinero sucio o gris financia la economía. Proviene primero de las empresas que intentan escapar de la imposición de los países más severos y se dirige así a los paraísos fiscales. Luego vienen las empresas que producen dinero ilegal (la droga, la prostitución, el juego); la industria bélica que genera —no hay más que pensar en el caso de las fragatas— comisiones, sobornos considerables. Y finalmente, las empresas que exportan, porque particularmente en los mercados emergentes el soborno es de rigor. Para conseguir un mercado, hay que tener una caja negra. Cuanto más puntillosa es una contabilidad bursátil que exige resultados en la exportación, menos se la puede hacer aparecer. ¡Ni hablar de mostrar a los accionistas que Thomson entregó doscientos cincuenta millones a fin de vender las famosas «fragatas de Taiwan»!

Estas sociedades se ven por ello obligadas a generar, a través de filiales o por medio de múltiples cortafuegos, actividades que producen o acumulan estas sumas que necesitan en líquido. Es por esta razón por la que ya no podemos creer en la economía real sin las finanzas, del mismo modo que no podemos acreditar una economía financiera limpia sin una economía financiera sucia, porque la economía financiera sucia funciona de manera

complementaria: es como el aceite indispensable para el motor económico. Imaginemos que tuviéramos un presidente de Estados Unidos que se vuelve súbitamente chavista y decidiera acabar (no es seguro que lo haga Chávez, ni siquiera Fidel Castro) por la fuerza, si fuera necesario, con la soberanía nacional de las islas de Granada, Caimán, Bermudas, y que cerrara todos los bancos en estos paraísos fiscales. La economía mundial se encontraría en dificultades tan graves como si hubiéramos retirado completamente los *hedge funds* de los fondos clásicos de los mercados financieros.

Cuando se dice que se van a separar los malos préstamos hipotecarios (los *subprime*) de los buenos, se trata de una ilusión. La estructura del sistema hace que no sea posible. ¡Qué gracioso el término que usa el G20 de «economía no cooperativa» para referirse a los paraísos fiscales! Sencillamente no se les puede aislar porque los Estados se refinancian continuamente a través de ellos. No son sólo los particulares, los gángsters. No solo hay piratas y Estados, hay corsarios que juegan un papel fundamental. Una gran cantidad de *hedge funds* sirven a los Estados como exploradores. Son nuestros modernos «recaudadores generales». También son antipáticos, pero indispensables para el régimen actual, como lo fueron los *fermiers généraux* para el Antiguo Régimen.

2. Una pequeña historia de la crisis

Todo comienza, durante los años setenta, cuando el thatcherismo-reaganismo quiso acabar con la progresión de los salarios y bloquear la inflación.

Un programa más fácil de enunciar que de realizar en una democracia. La solución consistió en proponer a las familias que cambiaran sus ingresos salariales por los beneficios de sus ahorros financieros. En el fondo, se les dijo: «Confíen su dinero a las instituciones financieras en lugar de arruinar su vida viéndose obligados a pelear, mediante una fuerte sindicación, por arrancar aumentos salariales del 2 o el 5 % que después serán corroídos por la inflación. Metan una parte de sus ahorros en inversiones financieras, que les aportarán mucho más que los aumentos de unos salarios precarios.» La lucha de clases se vio privada de alimento a medida que el ingreso efectivo de una porción creciente de la población, ya sea asalariada o jubilada, pasó a depender cada vez más de productos financieros.

En la víspera de la crisis, la mitad de los asalariados en Estados Unidos poseía una cartera de acciones. Desde un punto de vista capitalista, el sistema se mostró muy

eficaz: impidió que se constituyera una clase de asalariados unidos. Se procedió así a una patrimonialización de la economía. Todo poseedor de un patrimonio accedió a un ingreso financiero que le permitía compensar el estancamiento de su salario real. De ahí el enorme desarrollo de las instituciones financieras.

¿Todos propietarios, luego de derechas?

La crisis de 2007 llegó debido a la generalización de este mecanismo, por un exceso de democratización que quiso extender este modelo a los pobres en lo que se refiere a la posesión patrimonial clave: la propiedad de vivienda. En los años ochenta, el proyecto conservador en Estados Unidos y en Gran Bretaña derrotó definitivamente a toda la izquierda, cuando Margaret Thatcher puso de rodillas a los sindicatos y Ronald Reagan pulverizó a los demócratas. ¿Sobre qué programa? En el fondo, la consigna «todos propietarios» se refiere a una República de pequeños propietarios que poseen acciones y tienen acceso al crédito. Semejante programa puede funcionar cuando la Bolsa sube. Y es efectivamente lo que en principio pasa con una relativa democratización del acceso a la propiedad y un aumento del nivel de vida gracias al crecimiento. La desregulación y el endeudamiento impulsaron el crecimiento y el consumo. El 73 % del PIB de Estados Unidos se gasta en consumo interno. Esta enorme máquina de consumo doméstico tiene un peso colosal en el comercio mundial.

Los estadounidenses tienen una economía que funciona sobre la base de un consumo muy fuerte e, indudablemente, sobre el efecto riqueza creado. ¿Cuál es el problema? Que el sistema de crédito sólo funciona en una economía en expansión que se amplía sin cesar a nuevos prestamistas. En Estados Unidos, hemos acariciado así la idea de que el 80 % de la población se convierta en

propietaria. En Francia, estamos en el 57 %, esto es, en las tasas estadounidenses de hace veinte años. Pero el principal obstáculo al *boom* inmobiliario al estilo americano es el sector del alquiler público, con las viviendas de protección oficial (HLM) y la ayuda personalizada a la vivienda. En Francia, el 55 % del mercado de alquiler es un mercado de tipo semipúblico.

En Estados Unidos, salvo algunas excepciones, el mercado inmobiliario es completamente privado, y desde hace mucho tiempo existe lo que se llama un mercado hipotecario muy activo. En el país del Tío Sam, la proporción de propietarios se elevaba en vísperas de la crisis al 73 % (contando a la gente en vías de acceder a la propiedad). Ahora bien, el verdadero propietario, en términos jurídicos, hasta que se pague el último céntimo del préstamo, es el banco que mantiene la hipoteca. El acceso fácil a la propiedad se construye así sobre un enorme mercado de préstamos hipotecarios. Las aportaciones personales (entre el 10 y el 20 % del precio total de la vivienda) han desaparecido. Igualmente, se ha hecho desaparecer la obligación de reembolsar de entrada y a la vez los intereses y el capital de tal modo que, a la mitad de una hipoteca, el grueso de los intereses podía ser pagado de la misma manera que una parte notable del capital. Este simple mecanismo ha sido sustituido por fórmulas cada vez más complicadas, que pueden parecer seductoras al neófito o al desgraciado presionado por la necesidad. Como por ejemplo, no pagar nada más que los intereses y reembolsar el capital de golpe al final. También se proponen al prestatario mensualidades que no son fijas y que varían en función de sus ingresos. Si está en el paro o gana menos, paga menos. ¡Salvo que no se les dice que cuando paga menos y solo reembolsa los intereses, su deuda aumenta en proporción! Así es como numerosos compradores de estos productos financieros caen en el sobreendeudamiento. Estas soluciones

se agravan por el hecho de que los préstamos inmobiliarios en Estados Unidos se colocan exactamente como los seguros de vida en Francia: es decir, por agentes que recorren las zonas residenciales y proponen préstamos a sus habitantes. Remunerados en función del número de préstamos que venden al día, estos últimos están dispuestos a animar a sus clientes potenciales a mentir sobre el valor de sus bienes o sobre el montante de su salario. Por supuesto, nunca se deberían haber otorgado préstamos a personas que no eran solventes. Pero si sólo se prestase a los ricos, no se ampliaría la base material y financiera del neoliberalismo ni la de los partidarios de la economía de mercado, tal y como subrayó Alan Greenspan poco después del inicio de la crisis. Es entonces cuando interviene el «genio financiero». La deuda del conjunto de los prestatarios inmobiliarios es titulizada. Los préstamos se dividen según su grado de riesgo. Primero están las personas a las que se les presta con los ojos cerrados, los «séniors»; éstos evitarán los préstamos a tipo variable. Luego están las personas que presentan un buen perfil de reembolso. Pero estas dos categorías no bastaban para alcanzar el umbral del 80 % de propietarios. El acceso al crédito se amplió así a personas cuya solvencia era mucho más aleatoria. Para integrar esta innovación poco ortodoxa en el sistema financiero, se inventó el genial sistema que consiste en agregar los préstamos creando paquetes crediticios. El organismo prestamista asigna a sus créditos un coeficiente de riesgo de incidentes de reembolso. Éste es cero para los séniors. En cuanto a los que son poco fiables, se les hará pagar el préstamo más caro, porque el riesgo es más elevado. A fin de mutualizar los riesgos se crearán luego títulos que integran diferentes préstamos combinados, de manera que cada título comprenda una parte sénior (los más fiables), una parte *prime* (los «legales») y una parte *subprime* (los dudosos). Estos títulos son vendidos en el mercado hipotecario. Los bancos, que prestaron dinero de manera

arriesgada, disuelven las inversiones peligrosas con las buenas inversiones. Crean así un título que se vende en los mercados financieros y a partir del cual ganan dinero. Pero la ganancia que obtienen es doble: venden sus títulos, lo que les aporta dinero por su comisión y, lo más importante, de esta manera sacan de su balance estos créditos dudosos.

El arma de la titulización

Ésta no es sino la primera etapa de la titulización de esta gigantesca deuda de las familias americanas, parte de la cual es incierta. Interviene ahora una nueva invención: la titulización del conjunto del mercado hipotecario del sector inmobiliario estadounidense permite crear productos derivados, al jugar sobre el valor de estos títulos. Como estos títulos cotizan como acciones, su valor fluctúa en función, por un lado, de la opinión que nos hacemos del mercado inmobiliario y, por otro, de la capacidad de reembolso de las familias estadounidenses. Si se venden en Bolsa, podemos apostar y tomar posiciones en los mercados a largo plazo: jugar al alza o a la baja sobre estos títulos. Y como son «productos derivados», existe la posibilidad de protegerse a partir de las variaciones del dólar o de los tipos de cambio. A poco que se encuentren con tipos peligrosos, se hacen *swap*, es decir, se toman acuerdos cruzados de seguro sobre los tipos de cambio. Así el sector inmobiliario, de ser una simple especulación «a lo Balzac» sobre el precio de un terreno en Plaine-de-Monceaux, pasa a convertirse en una máquina de producir empleo, ingresos financieros, grandes costes, circulación de la información y de las evaluaciones. De este modo el negocio prospera y mejora. En Estados Unidos, los establecimientos financieros Fanny Mae y Freddy Mac, que no son organismos públicos como nuestra Caja de Depósitos pero que tienen garantía federal, fueron autorizados a comprar

estos créditos y estos títulos hipotecarios, o dicho de otro modo, fueron autorizados a garantizarlos. Con la garantía del Estado, su firma valía «triple A». Y se suponía que sólo compraban *prime*, «legal», «triple A». Por lo tanto, todo título comprado por Fanny Mae y Freddy Mac tenía esa etiqueta que significa: pagador impecable. Pero todo esto no era más que teoría, porque la «triple A» se mezcló rápidamente en operaciones de títulos mucho menos limpios: las famosas *subprimes*.

El efecto perverso del sistema es que sólo funciona si encuentra nuevos prestamistas que abastezcan al mercado. Había que fabricar, por lo tanto, nuevos títulos que ofrecieran altas rentabilidades. Con séniors y legales, la tasa de rentabilidad no era muy buena pues el riesgo es débil. Para impulsar los nuevos títulos, se emitieron más créditos de riesgo, *subprimes*, ya que éstos aportan mucho más. El único problema es que cuando la gente ya no puede pagar, ¡catapún!, el edificio se desmorona. Cuando ya no puede asegurarse el reembolso inicial por parte de los prestatarios, los títulos caen. Ahora bien, cuando se suma un pagador dudoso con un buen pagador y un muy buen pagador, basta que uno sólo falle para que el sistema se gripe. Se trata del problema de la vulnerabilidad. Se han mutualizado tanto que se han compartido las pérdidas; y desde que se produce una quiebra, las acciones se hunden. De repente, los bancos encuentran entre sus manos una enorme cantidad de viviendas de *subprimes*, de familias que ya no pueden pagar.

Si en el balance de los bancos los títulos daban confianza, desde el momento en que el mercado inmobiliario se hunde, los establecimientos financieros van a vérselas cada vez peor para valorizar los pisos hipotecados que recuperan. Además su venta solo puede acentuar la caída del sector inmobiliario. Es el reverso diabólico del negocio. Porque la magnífica puesta en común de la deuda de doce

millones de familias estadounidenses, que parecía muy equilibrada, se hunde y fragiliza a las cuatro millones de familias «dudosas», afectando de este modo a más de quince millones de personas. Y de estas cuatro millones de familias, desde 2007, y en poco más de un año, cerca de un millón son expulsadas de su vivienda. El efecto es desastroso: como el sector inmobiliario está a medio gas, la Bolsa comienza también a despeñarse, lo que supone un contragolpe para las familias *primes* que ven caer el valor de su cartera y de su patrimonio. Su capacidad de endeudamiento, en la que se basaba este valor, termina por verse cuestionada. Esto quiere decir que los banqueros comienzan a rechazar toda autorización de descubierto. ¿Qué ocurre entonces? Si las cuatro millones de familias que eran *subprimes* quiebran, a continuación todas las *primes* se van a convertir en *subprimes*. Y más tarde los séniors conocerán la misma suerte. Al cabo de un tiempo, doce millones de familias estadounidenses se ven afectadas. Si hacemos cálculos, cincuenta millones de estadounidenses corren el riesgo de quedarse en la calle. Pero en ese caso el sistema explotaría y con él la sociedad estadounidense. Ésta es la razón por la que la crisis de las *subprimes* se vuelve, de repente, imposible de desenredar y envenena al conjunto del sistema bancario estadounidense, y por extensión, al sistema bancario mundial. Porque el producto financiero incluye una temible interdependencia. Es entonces cuando interviene otro elemento: la internacionalización de la financiarización. Nótese que la viuda islandesa cobraba su pensión gracias al régimen de las *subprimes*. Y la economía mundial se hunde.

En las raíces de la crisis de 2007

En realidad, la esencia del dinero, más allá de un montón de monedas y billetes que no significan gran cosa, es el crédito, es decir, la posibilidad de «sacar» líneas de crédito

que permitan hacer algo. Es por lo tanto dinero virtual. Pero atención a la palabra virtual: no es lo posible, no es lo presente, no es lo actual. La división entre actual/real y posible/futuro es una distinción que todo el mundo comprende. Lo virtual es otra cosa. Es un modo de presencia del futuro en el presente que tiene un impacto sobre el presente. Lo posible no tiene impacto sobre el presente.

Lo virtual interviene en el presente; es un futuro que modifica el presente. Exactamente esto es lo que hace el crédito, si lo pensamos bien. Permite hacer algo inmediatamente. Un banquero te otorga un crédito de doscientos millones de euros y puedes empezar a gastarlos. Entonces, ¿en qué se basa este crédito? Este crédito no se basa en ningún depósito previo. Es creación monetaria. Esto es, el banquero hace la siguiente apuesta: cuando abre una línea de crédito de doscientos millones, usted puede gastar esos doscientos millones, y si es para un proyecto industrial, usted puede pagar un edificio, comprar a los proveedores y así el dinero tiene todas las posibilidades de ser devuelto al banco. La creación de moneda nunca es un problema. El escollo es el circuito de la moneda. El problema fundamental del banquero no es crear un instrumento de crédito para alguien en el que confía, porque sabe que tiene proyectos en cartera que van a funcionar o que tienen muchas posibilidades de que funcionen. El problema del banquero es que este dinero que crea no desaparezca en una lavadora o entre sus competidores. Si el banquero es el Estado, puede crear toda la moneda que quiera. Pero si el banquero de segundo rango otorga demasiados créditos y sus propios clientes son menos numerosos que los de los otros bancos, el dinero que creó tiene todas las papeletas de evaporarse en otros bancos. En ese caso, se verá obligado a pagar a los demás bancos las sumas que creó y que se encuentran en las cuentas de sus competidores. Si el banquero dispone de fondos propios, pagará la compensación; si no tiene,

no quebrará, a pesar de lo que la gente pueda pensar. Se dirigirá al Banco Central y le dirá que necesita moneda interbancaria para ponerse en regla con los demás bancos. Entonces es cuando el Banco Central crea billetes. Vemos de este modo que la emisión de billetes está en función del crédito y no a la inversa. El Banco Central no decide a priori cuántos miles de millones va a poner en circulación.

Cotidianamente, el Banco Central crea la moneda que denominamos moneda central, en función de las necesidades de tesorería de las empresas. Esta moneda central se distribuye a los bancos que la solicitan. A cambio, el Banco Central les pedirá como garantía una cesión temporal de los activos por tres, seis meses o un año. Con ellos obtendrá una remuneración. Dicho de otro modo, va a prestar a un banco las sumas que precisa durante un tiempo, en el que éste va a recuperar el crédito que ha puesto en circulación en forma de plusvalías o beneficios de todos aquéllos a quienes ha distribuido el dinero. Así es como obtiene los medios para recuperar los activos que dio en garantía al Banco Central, y pagar las compensaciones interbancarias.

Lo que es muy importante, es que en ambos casos, ya sea el banquero central de primer nivel o el banquero de segundo nivel, la creación es una anticipación sobre el futuro. Pero es una anticipación. He ahí por qué no es algo posible, sino virtual, y porque este virtual tiene un efecto inmediato en la economía. Este crédito que será validado sobre el futuro condiciona los resultados de la economía de manera inmediata: la tasa de crecimiento, la tasa de contratación. Esta creación monetaria que se proyecta hacia delante es de hecho un virtual en el sentido en que lo virtual es la potencia del futuro en el presente, en la actualidad. El momento en el que el Banco Central realiza una emisión monetaria, o un

banco comercial o de depósitos concede un crédito a sus clientes, es un momento de la vida económica que no puede ser sino real; lo que se crea es valor.

El crédito vuelve a la banca vulnerable; sigue siendo virtual, no es que los bancos tengan reservas de liquidez que pueden prestar por adelantado. Así pues, para verificar que los bancos no creen moneda a diestro y siniestro, se les pide que respeten una proporción entre el montante de los créditos en curso y sus recursos propios, el conjunto de sus activos (su patrimonio inmediatamente vendible, pero también sus créditos más líquidos, los más seguros). Es preciso que haya una parte del crédito concedido que esté disponible en forma de efectivo y de tesorería. Pero esta situación puede modificarse, y ello depende de muchas cosas, incluida la velocidad de circulación de la moneda. Cuanto más rápido circule la moneda, más podemos multiplicar los depósitos. Pero el poder multiplicador de los depósitos es un divisor del crédito. En realidad, la operación primaria es el crédito que se concede, y en función de este crédito, al dividirlo por un ratio que es la velocidad de circulación de la moneda y las reservas de fondos propios que exige el Banco Central, se pide solamente que una parte del crédito tenga una contrapartida en líquido exigible. Pero estos créditos se transforman inmediatamente en valor. Con estos créditos, se construyen fábricas, se desarrollan empresas. Se convierten en capital, en el sentido de capital invertido, aunque la plusvalía, por hablar en términos marxistas, no haya sido realizada todavía.

Hay otro elemento, que es justamente lo que el ingenio de los financieros ha desarrollado para sacar partido de las fuertes fluctuaciones de los tipos de cambio entre las monedas. Los bancos, llevados por cuenta de sus clientes a efectuar operaciones de compra de moneda extranjera, se dieron cuenta que especulando pura y simplemente

sobre el tipo de cambio de las monedas, podían conseguir en pocas horas, en pocos días, beneficios que les hubiera costado lograr de manera muy cansina dirigiendo empresas, por ejemplo. Cuando el dólar alcanza en dos años, frente al euro o el yen, una diferencia de valor de cerca del 40 %, no hay que ser muy experto para percibir que si se sabe colocar capitales en cantidad importante en la especulación de los tipos de cambio se puede ganar mucho dinero. Éste es un primer punto. Es un punto estructural ligado justamente al hecho de que se ha eliminado el régimen de cambios fijos. Se sabe que los bancos, por ejemplo, desestimaban esta fuente de ingresos cuando los Estados realizaban una devaluación, ya fuera con o sin éxito. Cuando la devaluación era exitosa y nadie sabía que iba a tener lugar, las primeras personas o instituciones de las que desconfiaban los Estados para conseguir que saliera bien la operación eran precisamente los bancos, a fin de evitar que ganaran dinero a cuenta de la moneda nacional. Hoy el nivel de los intercambios cotidianos en Bolsa, el montante de las transacciones de cambio objeto de especulación es del orden de cinco billones de dólares al día.

Transformar las deudas en productos financieros

Los bancos inventaron después la titulización de la deuda. Cogían todas las deudas que poseían, las reagrupaban y las mezclaban. Es decir, fabricaban títulos. Esto se ha hecho con todos los tipos de deuda. La idea es transformar las deudas en un producto financiero. Se confeccionan productos compuestos que mezclan elementos de orígenes diversos, se les aplica tipos de rentabilidad diferenciados en función del riesgo que contraen y se obtiene una rentabilidad global del producto financiero, que se convierte en una especie de obligación. Otra ventaja: los bancos venden estos títulos en el mercado, donde los intercambian como cualquier otro título. Por lo que no

sólo los bancos venden este título, y se aventuran a obtener un gran beneficio del mismo, sino que además este crédito (deuda de los particulares, por ejemplo) que figuraba en el balance como algo a percibir, y no como un activo, va a cambiar de lado en dicho balance (¡como en el caso de las *subprimes!)*. En definitiva, el banco saca estos créditos —incluidos los dudosos— del balance y los pone, además, en el activo como productos; si a esto añadimos las comisiones que ganan por la venta de estos títulos, el banco ve aumentar sus activos.

Hay que decir, en descargo de los bancos, que no han hecho otra cosa que imitar a los Estados. En particular al Estado italiano, cuyo Banco Central fue el primero en titulizar deuda durante los años setenta, cuando la situación de la península era catastrófica. Las fábricas estaban en crisis, la escala móvil de los salarios se había generalizado, los empresarios no tenían los medios de resistirse a las demandas de incremento salarial. ¿Cómo gobernar Italia entonces? ¿Cómo hacer operar la mediación en relación con lo que en la época se denominaba el Mercado Común? Sencillamente mediante la gestión de la moneda italiana, la lira. Es decir, el Banco de Italia, al regular el tipo de cambio de la lira, regulaba el salario de los obreros. De hecho, volvía a recurrir a todos los mecanismos de aumento automático de los salarios, a los que seguía la inflación de las pensiones de jubilación, bajando el valor de la lira. ¡Devaluaba con regularidad! Se trataba, por otro lado, de un medio, del mismo modo que la clásica inflación de la máquina de fabricar billetes es un medio para desvalorizar el valor de la deuda interna. La desvalorización de la lira tenía un efecto global, afectaba a todo el mundo y al mismo tiempo era aparentemente indolora en el espacio doméstico. La gente sólo se daba cuenta cuando viajaba al extranjero.

La invención de los productos derivados

Ésta es la tercera gran innovación. Primero, la especulación sobre los tipos de cambio; después, la titulización de los productos financieros. El último fragmento son los productos derivados. Los «derivados» son posiciones que tomamos en Bolsa. Se toman posiciones cuando se compromete la compra de estos famosos productos financieros, en particular las *subprimes* pero también deuda estatal, productos agrícolas, petróleo, etc., en una fecha determinada, especulando sobre el hecho de que el precio del producto en cuestión va a aumentar o va a reducirse. Un vendedor y un comprador se ponen de acuerdo, y ponen en común el riesgo en relación con una evolución de la cotización. Más tarde se duplica la operación por medio de garantías [*warrant*] entre los bancos.

La consecuencia de todos estos mecanismos es que el mercado de derivados explota. Nos encontramos ante una situación de verdadera especulación, la situación cambia todo el tiempo, hay enormes riesgos de cambio, riesgos sobre el propio crecimiento económico. Los movimientos de tesorería son colosales. Los operadores se cubren así sistemáticamente y en cada etapa se establecen operaciones cruzadas. Supongamos un edificio en construcción. Notamos que cabecea, por lo que construimos un andamio, luego nos damos cuenta de que tampoco es estable; para reforzarlo, construimos otro andamio, luego otro más. Al final, tenemos un encaje de andamios que se asemeja a los arbotantes de una iglesia en la que habría más arbotantes para aguantar el edificio principal que en todo el resto. Salvo que evidentemente si el edificio principal se hunde, el conjunto de los arbotantes se desequilibra y todo cae, como en un juego de dominó.

La inextinguible sed de liquidez de los Estados

A las *subprimes* se añade el aumento de la deuda pública. Los Estados no han logrado reducir el gasto público, devolver los índices de la presión fiscal al 25 %, una idea que todos tenían en la cabeza desde la revolución neoliberal. No sólo no lo han logrado sino que desde 1975 la deuda pública no ha dejado nunca de aumentar. Y cuando no es la deuda pública es el montante de los impuestos. Y cuando no es el montante de los impuestos directos sobre la renta, es el montante de las retenciones fiscales o el montante de los impuestos locales. Muchos Estados han puesto en práctica ese pequeño juego que consiste en disminuir los impuestos directos sobre la renta y acogotar a las empresas con el denominado «impuesto profesional» (como en Francia), aumentando vertiginosamente los impuestos indirectos (en Francia el IVA constituye una parte esencial de los ingresos del Estado). En el caso de Alemania, son las finanzas de las administraciones locales las que se han convertido en el «agujero negro» del déficit, el cual ha sido colmado con un incremento vertiginoso de los impuestos locales. No hay que olvidar que la presión fiscal está constituida por la suma de los impuestos directos e indirectos, locales, federales o centrales. Por más que el discurso oficial evoque la reducción de impuestos, ¡toda bajada de la fiscalidad en el nivel central se compensa siempre con un aumento a nivel local!

En la actualidad los Estados están sobreendeudados (a excepción de China) porque tienen una fenomenal necesidad de financiación. He citado la cifra de veintinueve billones que, como por casualidad, correspondía más o menos a la capitalización de los *hedge funds* en vísperas de la crisis. Así pues, estos Estados, que tienen estas necesidades colosales, toman crédito emitiendo bonos del Tesoro. En general, emiten dos tipos de bonos, una parte a corto plazo que el Tesoro gestiona día a día, y la otra a

largo plazo. Cabe decir que en otros tiempos, en la época de la bancarización, el Estado y el Tesoro público tenían su propio circuito bancario. Así, en el caso de Francia, se acordaban algunos privilegios con el Crédit Agricole, con Correos y con las cajas de ahorro que eran los únicos establecimientos que distribuían tasas bonificadas, es decir, crédito a tipos de interés menos elevados, ya que el Estado compensaba la diferencia. En contrapartida, los establecimientos cumplían una función fundamental: el Tesoro telefoneaba cuando necesitaba dinero para pagar a sus funcionarios, hacer frente a una catástrofe o para su liquidez cotidiana. El Crédit Agricole era un anexo del Tesoro francés.

A medida que se desarrollaba el proceso de internacionalización, con grupos financieros que entraban en el capital de los bancos, este circuito de los Estados nacionales se distendió. En Bruselas, la Comisión Europea rechazó que algunos bancos tuvieran acceso a un crédito privilegiado mientras otros no. Y esto continuó hasta que la Comisión eliminó las cajas de ahorro (con el fin del monopolio de la cuenta de ahorro *Livret A).*

Así pues, el Estado perdió su circuito privilegiado. ¿Cómo lo compensó? Emitiendo bonos del Tesoro a corto y medio plazo en el mercado internacional de capitales. Comenzó muy pronto. En Francia, el primero en emitirlos fue Raymond Barre. El gobierno Barre llegó en 1976 con el propósito de paliar una inflación galopante, desatada por Jacques Chirac, que había abierto las compuertas del gasto público para reaccionar frente a la crisis petrolera (proponía una indemnización del 100 %, incluso del 110 % para los desempleados). Valéry Giscard d'Estaing se distanció de Chirac por este enorme crecimiento del gasto público. En ese momento, buscó crédito, pero a escala internacional. Utilizó el buen nombre de Francia para pedir prestado, y exigió a las grandes empresas francesas como EDF, que

antes sacaban dinero de las arcas del Estado para sus ampliaciones de capital, que hicieran lo mismo. En la época, era esencialmente en Nueva York, Tokio y las primeras petromonarquías. Como vemos, los más golosos son los Estados y las grandes empresas.

La carrera por la liquidez y la locura especulativa

Los bancos y los establecimientos financieros se dan cuenta de las escalas colosales de las necesidades de financiación que tienen los Estados, pero también las grandes multinacionales, y no tardan en comprender todo el beneficio que pueden sacar. Porque la firma de los grandes Estados vale oro. Con agencias en todos los lugares del mundo y activos emitidos en todas las monedas, estos grandes bancos pueden jugar en todos las paquetes de sus carteras y limitar los riesgos de cambio. Igualmente toman participaciones en empresas y maximizan su valor en Bolsa, a fin de poder valorizar su cartera. Si tienes un 1 % de la BNP en cartera, sigues las fluctuaciones de su valor todos los días, de manera que puedes revender su participación al precio más alto o deshacerte de la misma para comprar otra empresa. El Estado francés no hizo otra cosa cuando en 1986 comenzó a vender todo lo que había recuperado en 1981 con las nacionalizaciones.

Los accionistas quieren hacer lo mismo, consideran evidentemente el dividendo obtenido o, a falta del mismo, el valor de sus títulos cuando los revenden durante la jornada. De este modo, se ven obligados a fijar una tasa de rentabilidad extremadamente elevada, que está por supuesto en función del tipo de interés general y de la comisión bancaria, pero también de lo que pueden aportar estas inversiones en todos estos novedosos productos que invaden la Bolsa. El conjunto lleva a la famosa

regla del 14 o el 15 % de rentabilidad, que se convierte en el tipo de base que exige un inversor para colocar sus capitales, ya sea un jeque árabe, un pequeño inversor nacional o un respetable fondo de pensiones estadounidense o japonés. Esto supone nada menos que un 10 % más con respecto a la rentabilidad de una colocación en las cajas de ahorro. Pero esto no basta. Nos encontramos realmente frente a la inversión de base. En la actividad bancaria, los operadores que están en las finanzas y en los bancos añaden hasta diez puntos más. Es decir, que la tasa de rentabilidad correcta de un banco se situará entre el 19 y el 20 % al año para los menos exitosos, y el 24 % para los mejores. Ahora bien, la actividad de estos bancos genera una demanda loca de dinero. Los bancos necesitan prestarse mutuamente dinero para compartir unos riesgos cada vez más considerables. Se meten en montajes inverosímiles. Todos piden prestado capital. De golpe, generan un enmarañamiento increíble, pero sobre todo tienen necesidad de liquidez. Esto es, el mercado interbancario no supone la simple compensación de depósitos. Como hemos descrito al principio, todo esto conduce a una situación en la que cuando un banco presta a un industrial, a un Estado o a un particular, no tiene dinero alguno, ya que lo ha comprometido en otro lado. ¿Qué hace? Lo busca en el mercado de los capitales inmediatos, concretamente en la retahíla de establecimientos financieros que han florecido, en primer lugar en los fondos de pensiones, que tienen liquidez y comienzan a prestarles. Llegamos así a los *hedge funds*. Los fondos de pensiones quieren un 15 % por sus inversiones a largo plazo y un 25 % por sus inversiones a corto plazo. ¿Quién hace la conexión? Los *hedge funds* o los fondos especulativos. ¿Cómo? Los *hedge funds* quieren, por su parte, el 40 %. Dicho así, el coste del crédito para los bancos, por parte de estos establecimientos financieros, comienza a ser colosal.

El Estado paga en el mercado a corto plazo mucho más, que en el mercado a largo plazo, entre el 8 y el 12 % o incluso el 15 %. Los bancos privados de segundo nivel pagan todavía más. Y cuando sumamos varios bancos, suma en la que cada uno toma su comisión, el total sube aún más. A esto se añade que los *hedge funds* prestan dinero a los Estados. Les prestan a tipos cada vez más elevados, están en condiciones de garantizar grandes carteras privadas que ponen capitales o bancos, tipo BNP o Société Générale, que necesitan enormes masas de liquidez para jugar en los parqués. Porque en las salas de contratación, donde las comisiones son pequeñas, para ganar hay que poner mucho dinero. Si jugamos con diferenciales del 0,5 % entre arbitrajes de productos financieros, evidentemente esto sólo interesa si se es capaz de colocar varios miles de millones sobre la mesa. Y estos miles de millones, o los tenemos, y arriesgamos ese dinero, o, y ésta es la gran astucia, ¡jugamos y hacemos crecer el dinero que todavía no tenemos! Y con este dinero que tenemos virtualmente o que hemos pedido prestado, reembolsamos las deudas. De este modo, un determinado número de *hedge funds* o de inversores privados, como Warren Buffet, garantizan una rentabilidad vertiginosa a sus propios capitales o a las fortunas que colocan dinero en ellos. Así es como estas grandes fortunas ponen cada vez más dinero en los *hedge funds*. Hay que tener en cuenta que estos fondos prestados a los fondos especulativos son seguros. En general, estos organismos devuelven a toca teja a su clientela. Los casos Madoff son accidentes posibles pero marginales.

Especulación, legalidad, Madoff

Retomemos el orden: las especulaciones con los cambios no dejan traza, son totalmente legales y no plantean problema alguno. Consideremos, por lo tanto, las especulaciones sobre los productos derivados. Para especular

sobre los productos derivados, hay que tomar posiciones, comprometer dinero. Para que esto aporte mucho dinero hay que comprometer muchos fondos; es lo que sucedió con el asunto Kerviel en la Société Générale. Y es lo que había pasado con Barings cuando Nick Leeson llevó a la quiebra a esta institución financiera nacida en 1762. De hecho, pasa con todos los bancos; regularmente se descubren excesos. Lo vimos con la Caisse d'Epargne después de la Société Générale en la primavera de 2009. Es lo propio de las salas de contratación. Mientras sigan recurriendo a los *hedge funds* seguirá siendo una práctica corriente. Así, cuantos más capitales inmediatos, de rápido reembolso, se tomen prestado, para llevar a cabo operaciones que reporten grandes beneficios, más se verán tentados a realizar arriesgadas tomas de posición, incluso a cuenta de la salud de los bancos. Se trata de un régimen de especulación general, en el que se considera todo, y en el que se toman también posiciones equilibradas. Es decir, se toma un cierto número de posiciones apostando a la caída de la libra esterlina, mientras se toman también posiciones contrarias que harán ganar tanto al alza como a la baja de la divisa. Con el petróleo, ocurre lo mismo. Un agente como Warren Buffet acumuló siete mil millones de dólares en el último trimestre de 2008 al tomar posiciones sobre el descenso general de la Bolsa, ¡con lo que agudizó las tendencias bajistas! Cuanto más se acentúen estos fenómenos, y haya más gente inquieta, se podrán tomar mejores posiciones y más rentables serán.

Es cierto que a veces nos encontramos cerca de la estafa. Lo hemos visto con Madoff. Pero hay que tener en cuenta otro factor. Lo que cuenta en el parqué es la velocidad de reacción. Cuando hay buenos negocios, sabemos que hay que ser activos. A medida que pasa el tiempo, la información circula, se pasan soplos, la situación se parece a la de una apuesta a cuatro o tres caballos favoritos, no se gana gran cosa. Hace falta actuar siempre con anticipación.

Además, con el desarrollo de las órdenes electrónicas, asistimos a una Bolsa mundial que no cierra jamás. En un mercado mundializado, podemos dar órdenes y retirarnos en todo momento. Esta posibilidad de retirarse inmediatamente permite el desarrollo de especuladores relámpago.[1] Es lo que pasa en las salas de contratación. La especulación toma posiciones todos los días, todos los días hay ganancias, todos los días hay pérdidas. Cuando entramos en esta lógica, estamos acorralados, obligados a especular de manera cotidiana. Quien piense que va a entrar en la marisma financiera para hacer un gran golpe e irse se asemeja a los jugadores que se sientan en la mesa del casino creyendo que van a hacer saltar la banca. Comienzan ganando un poco y en lugar de irse enseguida y abandonar la mesa como ganadores, se quedan para acabar perdiendo la camisa.

Especulación y cálculos

De todas maneras, todos aquéllos que se ocupan del dinero y de la ingeniería financiera operan en la extensión del cálculo de probabilidades, con componentes de los productos cada vez más sofisticados y con tasas de probabilidades combinadas. Fundamentalmente es de esto de lo que se trata. Efectivamente, hay una parte de juego de azar sobre la técnica estricta del tiro, combinado con decisiones sobre las variables retenidas que cambian muy rápido. Pero la gente persiste en el juego porque las posibilidades de beneficios a corto plazo son enormes, y cada vez se ofrecen más posibilidades de retirada rápida de los fondos. En otra época existía una regla de prudencia en los intercambios a largo plazo (el «largo-placismo») que

1 En la actualidad se producen órdenes de venta y de compra que operan automáticamente en unas pocas milésimas de segundo gracias a ordenadores muy potentes. El agente de bolsa se da cuenta de las posiciones que ha tomado después de haberlo hecho.

hacía que el compromiso de colocación de acciones en una empresa fuera para quince, veinte o treinta años. No se quedaban seis meses, como hoy en día. Pero ahora se debe considerar que esto ocurre con todas las carteras, incluso para los fondos de pensiones que también tienen sus propios mercados y que, del mismo modo, hacen la mayoría de sus colocaciones a corto plazo. Así pues, todo el mundo juega. No se puede dejar de jugar en este casino cuando las exigencias de ganancias sobrepasan totalmente lo que puede dar el beneficio industrial. Por lo tanto, todo el mundo especula. Nadie puede dejar de especular cuando se enfrenta a la liquidez, a la incertidumbre. El pequeño especulador ultraprudente se contenta con una cuenta de ahorro de la Caisse d'Epargne al 4 % en 2008, y al 1,5 % en 2010, a cambio de la posibilidad de retirar inmediatamente el dinero de su cuenta. Tiene todas las papeletas de que la inflación le desplume. Pero quien tiene un poco de fortuna no puede guardar su dinero en líquido. Quien posee acciones, participaciones, incluso obligaciones a largo plazo, percibe bien las variaciones de las cotizaciones y su complejidad. Si no se ocupa de su patrimonio y lo deja en manos de los bancos comerciales clásicos, se arriesga a que lo desplumen. Porque los gestores de grandes patrimonios solo se interesan por la clientela que les permite hacer volteretas, abandonando a los pequeños y medianos depositantes, digan lo que digan, naturalmente.

Así pues todo el mundo especula, y quienes gestionan cierta liquidez deben velar porque su capital no se erosione. Los Estados también especulan, y se lanzan demasiado alegremente a este tipo de riesgos; sin olvidar a las administraciones locales, que tienen fuertes necesidades de financiación y recurren al préstamo. Los bancos a los que se dirigen les han incitado a contratar nuevos préstamos a tipos variables para desprenderse de préstamos a tipos fijos, y juegan al máximo sobre las variaciones cambiarias. Les han empujado a no reembolsar de manera inmediata

y a colocar su dinero líquido (créditos e ingresos fiscales) en los mercados antes que en la Caisse des Dépôts, que otorga un miserable interés del 4 al 6 % —¡miserable para los banqueros porque para la administración es beneficioso, pues así la Caisse des Dépôts puede financiar el alquiler de vivienda social! Así es como todo el mundo se lanza a la especulación y, por supuesto, los primeros los bancos.

¿Por qué el Estado se la juega con la deuda?

Pero, ¿cómo juega el Estado con los productos derivados? ¿Por medio de qué instituciones? En principio, entre los grandes bancos centrales, existen acuerdos de *swap* (mecanismo de seguro cruzado contra el riesgo). Luego viene la gestión, con frecuencia opaca, por parte de los Estados, de diferentes tipos de préstamo, de los diferentes tipos de productos que emiten. Es decir, los Estados tienen también financieros en el Tesoro que emiten bonos con acuerdos particulares. Estos técnicos de las finanzas son la cara pública de las salas de negociación y de los agentes de bolsa. Una de las técnicas de refinanciación de la deuda del Estado es la titulización, como hemos visto.

En cuanto a los bancos, hacen lo mismo. De este modo, las actividades clásicas de Societé Générale, uno de los bancos, junto con el BNP, más implicados en el comercio de productos financieros derivados, representan menos de la mitad de sus beneficios y del dividendo que distribuye a sus accionistas. Sus operaciones de parqué, es decir, su actividad específicamente orientada hacia la especulación del mercado financiero, le aportan más de la mitad de sus beneficios netos. ¡Su agente de bolsa Kerviel podía jactarse de haber aportado en 2007, él solito, la mitad de lo que la Société Générale había ganado! Y si no lo hace él, lo harán los demás agentes de bolsa. A título indicativo, cuando las autoridades alemanas que supervisan la Bolsa

de Frankfurt, se dieron cuenta de que el banco francés había tomado, por intermediación de uno de sus agentes, posiciones sorprendentes, enviaron una carta el 1 de septiembre; la respuesta que recibieron de Société Générale fue que todo iba bien. ¡El parqué es para el banco, si no el corazón de su oficio, sí al menos el corazón de sus beneficios! Es por eso por lo que nadie puede creerse realmente que la jerarquía de Kerviel no haya estado ampliamente al corriente de sus arriesgadísimas actividades. Pero como sucede con los espías, si se les protegía cuando tenían éxito, en el fracaso nadie les conoce. Daniel Bouton, su presidente, debía haber dimitido desde el descubrimiento de las pérdidas provocadas por Kerviel, lo que por otro lado había pedido el gobierno. La respuesta del banco sobre la cuestión de fondo fue la siguiente: «¡Que el Estado no nos moleste mucho, porque somos nosotros quienes le financiamos!». No nos asombremos demasiado de las dificultades de los grandes tesoreros, incluido del FMI, para «meter en cintura» a los nuevos *fermiers généraux*[2] con una regulación más «moral». Estos últimos les sostienen mucho más de lo que ya lo hacían *antes* de la crisis de 2007-2009. Desde entonces, ha sido necesario reflotar el sistema financiero en su conjunto. No solo por la dimensión de algunos establecimientos *(too big to fail)*, sino sobre todo porque la deuda de los Estados es demasiado grande para que ignoremos las finanzas, como luego veremos.

2 Véase nota siete de la «Introducción».

3. Polinización, capitalismo cognitivo y nueva economía de producción

Vilipendiar las finanzas como sospechosas de alejarnos para siempre de lo «real» se ha convertido en un lugar común. Sin embargo resulta extraño ver cómo los más virulentos apóstoles del «retorno a lo real», los santos fundamentales de la economía material, «la que no miente», se apartan completamente de la realidad dando la espalda a cualquier intento de comprender el significado de la monstruosa anomalía de unas finanzas de mercado que llevan prosperando desde hace ya cuarenta años. ¿Qué es esto si no un largo plazo que compete a la historia y ya no a los economistas, por lo general demasiado enfrascados en sus asuntos? ¿Qué significa entonces esta orgía de liquidez, esta especulación, este desencadenamiento de los «espíritus animales»[1]?

Cabe pensar que estoy exagerando. Desde 2007 la cuestión del «cómo», tan cara a Augusto Comte, no ha dejado de ser ampliamente suscitada desde una miríada de

[1] George A. Akerlof y Robert J. Shiller, *Animal Spirits: How Human Psychology Drives the Economy and Why It Matters for Global Capitalism*, Princeton University Press, 2009 [ed. cast.: *Animal spirits: cómo influye la psicología humana en la economía*, Barcelona, Ediciones Gestión 2000, 2009].

explicaciones diversas. En la izquierda, poco innovadora, encontramos las explicaciones sistémicas o «estructurales»: lo que lleva al caos es la propia naturaleza del capitalismo. ¿El poder analítico y dinámico de este tipo de explicación? Muy débil, habida cuenta de que a partir de este razonamiento ¡ni siquiera es posible comprender por qué este sistema sigue funcionando pese a los numerosos concilios dedicados a su crisis y hundimiento definitivo! En la derecha, del lado donde no se pone globalmente en tela de juicio al capitalismo, se han desarrollado los recientes análisis explicativos acerca de los espíritus animales, la avidez y la irracionalidad humanas. Los economistas, que en tiempos de vacas gordas solían hacer alarde de un cinismo sin parangón, han descubierto ahora las virtudes de la moral o las de la pulsión psicoanalítica de muerte. Es tiempo de arrepentimientos, de retiros en la severidad de los monasterios, incluso para los peces gordos de las finanzas mundiales como Alan Greenspan.[2] Flota en el mundo de las finanzas, de puertas para afuera se entiende (ya que de puertas para adentro se han preservado discretamente algunos deleites), el mismo perfume que Madame de Maintenon impuso al final del reinado de Luis XIV. ¿El poder explicativo y predictivo de tales predicadores para uso del común de los mortales (mientras el *business as usual* se mantiene en las bodegas o en los paraísos fiscales)? Aún menor que el «ya os lo advertimos» de los maldicientes de izquierdas.

Porque una de dos, o bien el mundo es un crío (siempre el mismo) haciendo pompas, una serie de pompas formándose sin parar y estallando sin dejar más rastro que el de una leve onda en la superficie del agua, y este neoaforismo heraclíteo resulta insoportablemente fútil frente a la miseria del mundo; o bien la misma realidad

2 Véase la comparecencia de Alan Greenspan en el Congreso estadounidense el 24 de octubre de 2008 (en http://www.nytimes.com/2008/10/24/business/economy/24panel.html).

no se baña nunca dos veces en el mismo río y esta lección de moral se vuelve francamente obscena cuando sabemos que tales predicadores poseen la eficacia del dedo que oculta la luna.

Tomarse en serio las finanzas no significa ni negarlas ni exorcizarlas como si fueran el demonio. En ninguno de los dos casos se quiere ver que las finanzas no son más que el significante de un significado de transformaciones, únicas constituyentes de la trama de lo real. Con Lacan aprendimos que la locura sólo se descodifica prestando mucha atención al significante. El delirio de las finanzas de mercado no se descodifica en el pobrísimo significado de las motivaciones malvadas del banquero plutócrata o en la libido de posesión eterna del hombre desde su expulsión del Paraíso.

La única forma de comprender las finanzas es como síntoma de unas transformaciones que las superan. Examinemos pues estas nuevas transformaciones. Las vamos a declinar en el plano de la financiarización, no sin antes exponer la más importante de ellas. La del paso de *una economía de intercambio y producción a una economía de polinización y contribución*. No es que la contribución y la polinización no hayan existido desde los albores de la actividad humana, sino que debemos considerar que de marginales o subordinadas estas dos características han pasado a ser hoy centrales y hegemónicas para la riqueza y extracción de valor. Limitémonos, según la costumbre de la economía política del siglo XVIII, es decir, sin entrar en controversias metafísicas, a entender por riqueza las cosas necesarias para la vida y los medios de procurárselas. Admitamos, incluso, que la escasez absoluta o relativa forma parte de la idea que nos hacemos de riqueza y del camino que nos lleva a ella.

Mientras nos hallábamos (o imaginábamos hallarnos) en un mundo simple, o complejo pero susceptible de resolverse en partes simples,[3] la producción se definía como transformación de partes de la materia *(res extensa)* a partir de componentes ensamblados gracias a máquinas y fuentes de energía. El intercambio y división del trabajo destinados a esta forma de producción aparecían como la característica propiamente humana de la actividad. Desde este punto de vista, existe una continuidad desde la revolución neolítica (paso de la caza y la recolección a la agricultura) a la revolución industrial. La naturaleza está imbuida del proyecto prometeico de transformación del mundo. El desarrollo del conocimiento nos ha conducido, o reconducido si tenemos en cuenta los saberes de las sociedades tradicionales, a las puertas de la complejidad, una complejidad irreductible a lo complicado o a lo simple.

¿Cómo aprehender la actividad humana en un mundo natural y espiritual donde ambos, naturaleza y espíritu, son complejos? Dirijamos a este fin nuestra mirada hacia la imagen de un animal que ha frecuentado la economía política desde sus comienzos: la abeja. Y preguntémonos: ¿qué hace la abeja?

La metáfora de la polinización

Examinemos la colmena. Las abejas se dedican principalmente a la producción de miel. El enjambre de abejas es una fábrica viva que produce miel y polen concentrado para alimentar a las larvas. La producción de cera que les permite fabricar los alveolos es la actividad de las abejas que más se acerca a la producción de un *output* a partir de un *input*, es decir, de ingredientes naturales. Pero no

3 Como se representa la ciencia a partir del Renacimiento y de Descartes, en la sexta de las *Reglas para la dirección del espíritu*.

cabe olvidar la otra tarea infatigable de las abejas: la polinización, es decir, el transporte durante su recolección de polen de las células reproductivas de unas plantas a otras. Esta operación constituye, en el fondo, una condición primordial de la reproducción de lo vivo. Las abejas no producen lo vivo en cuanto tal, pero crean y contribuyen poderosamente a las condiciones de su reproducción. Facilitan su reproducción. Producen miel pero también biosfera, vida.

Existen otros insectos polinizadores, como los abejorros, pero estos últimos no «producen» directamente un *output* vendible. El viento es también un polinizador, el más sencillo, en particular para las gramíneas y en la reproducción de la cadena de vida vegetal, especialmente en materia de granos. Los pájaros desempeñan asimismo un gran papel. La polinización sólo es un ejemplo de la simbiosis compleja que preside una multitud de contribuciones no basadas en el intercambio mercantil. Así también, otras especies, como el escarabajo y las hormigas — las hormigas, esas pequeñas bestias incomprendidas, son más útiles por su acción de aireación del suelo y de escarbamiento de los desechos vegetales que por su actividad frenética de ahorro para el invierno y de cría de pulgones que tanto ha inspirado a los fabulistas de la economía política tradicional— asumen un papel fundamental en el mantenimiento de la biomasa.

La polinización de las abejas desempeña un papel fundamental en prácticamente el 80 % de la producción de frutas y legumbres. También desempeña un papel importante en la reproducción de las plantas silvestres. Si la abeja poliniza podemos recoger su miel. Pensemos en los osos: éstos descubren los enjambres de abejas y se apropian de las colmenas, devoran sus larvas, los panales de miel, los panales de cera, se atiborran y destruyen totalmente los enjambres. Tras su paso es preciso que otros

enjambres se reproduzcan. Si tomamos a las abejas como imagen de los hombres, el succionador de plusvalía absoluta, el capitalista absoluto, sería el oso.

El apicultor, sin embargo, genera plusvalía relativa. Deja que la abeja se reproduzca. Le deja lo necesario para su propia reproducción y la de sus larvas, limitándose a extraer el excedente. Y en pos de este último se vale de astucias para que la colmena produzca más. Es el nivel 1 de la explotación. *Labor improbus omnia vicit* [El trabajo ímprobo vence todas las dificultades], dice Virgilio en sus *Geórgicas*. Pero con la explotación que denominaremos de nivel 2, la de la capacidad cognitiva y viva,[4] la de la polinización, se opera una transformación decisiva. No tiene sentido hablar de una plusvalía de la polinización atribuible a una abeja concreta. La abeja poliniza pero en la polinización es absurdo achacar un papel a una abeja aislada. Si la polinización se produce es porque esta operación es repetida por miles de ejemplares, ya que en cada colmena hay veinte o treinta mil abejas. Si sólo hubiera una abeja cabría decir que la polinización sería próxima a cero. Decir que la abeja es explotada de forma individual carece, por lo tanto, de sentido. Lo que se explota es su capacidad polinizadora. Volvamos, pues, a los humanos y tratemos de ver qué significa, en su caso, polinizar. Toca decir, en primer lugar, que este trabajo puede ser un *by product*, esto es, que podemos polinizar sin tener siquiera conciencia de ello. Tomemos el ejemplo de lo descubierto en los colectivos obreros en contraste con la explotación del individuo como tal. En un famoso texto llamado *Counter Planning*[5] se ha verificado, por ejemplo, que si los

4 La vida de un organismo vivo en un medioambiente complejo implica una actividad cognitiva. La propia construcción de la percepción, de la captación de informaciones, remite a un conocimiento situado que no obedece ni a una lógica de la representación ni a una lógica simbólica.

5 Bill Watson, «Counter Planning in the shop floor», *Radical America*, mayo-junio 1971 (en http://www.geocities.com/cordobakaf/counter.html).

obreros fueran concebidos como individuos ejecutores de un plan de conjunto previsto por los ingenieros, la fábrica no funcionaría. Porque hasta el trabajo más manual que quepa imaginar comporta una adaptación, una contextualización y, sobre todo, en la medida en que se efectúa entre varios, una dosis de cooperación.

Por consiguiente, incluso unos trabajadores manuales que sólo realizan un trabajo elemental, a menudo consiguen hacer grandes cosas, sobre todo si son bastantes y en particular cuando el trabajo de veinte personas juntas es más importante que la suma de veinte contribuciones individuales separadas. Pensemos en el ejemplo siguiente: hace falta mover una roca. Es posible hacerlo entre veinte personas pero no entre diecinueve. No debemos pensar, sin embargo, que quien aporta la solución es la vigésima persona. En realidad, de lo que nos damos cuenta es, fundamentalmente, de que el aumento de la productividad, el producto excedente obtenido por veinte personas en vez de por diecinueve, no se reduce a la suma de los veinte, sino que está ligado a la cooperación entre la gente hasta e incluso cuando esta cooperación adopta la forma del rechazo obrero, del sabotaje o de la huelga frente al absurdo o la injusticia flagrante de la norma. Esta operación constituye un inmaterial. Es compleja y tan importante que en seguida nos percatamos de la necesidad de una persona que asegure una coordinación: el director de orquesta.

Desde este punto de vista, en lo simple hay, por lo tanto, cooperación y coordinación humanas, con tanteos, con aprendizaje. Se trata ya de una forma de polinización. Algo que la economía material no deja de tener en cuenta en la retribución del jefe de equipo o de la jerarquía. Con la salvedad de que, en general, la jerarquía subordina pero no coopera. Organiza la cooperación obligatoria. No organiza, en cambio, la cooperación espontánea. En el caso de los obreros que llevan a cabo el plan pensado

por los ingenieros y vigilado por los capataces, nos damos cuenta de la intervención necesaria, en la ejecución, de una reinterpretación de la regla por parte de los obreros. Las iniciativas permiten que la norma o regla se encarne en cada situación particular. Existe un gran parecido con el trabajo de la inteligencia situacional. *A contrario*, un ordenador que aplica una ley no falla como un juez. Su ejecución de las órdenes tendrá algo de mecánico y mientras algunas veces nos dirá «no tengo información suficiente, no puedo decidir», otras decidirá de forma aberrante.

Volviendo al *Counter Planning*, éste nos ha revelado que una ejecución literal por parte de los obreros de los planes de producción previstos por las oficinas de métodos de los ingenieros desembocaría en una catástrofe. Un ejemplo típico es la huelga de celo, cuando los empleados aplican al pie de la letra un reglamento y la situación se vuelve totalmente ingobernable. Sencillamente porque en la acción humana es preciso ser al mismo tiempo suficientemente global, dejando ciertos márgenes de acción y de incertidumbre. Si quisiéramos preverlo todo, sería necesario un contrato contingente completo, es decir, un imposible. Habría que escribirlo todo. Si no estamos obligados a escribirlo todo es porque el cerebro es capaz de responder a una lógica imprecisa, a una lógica de incertidumbre aun en los casos que son muy deterministas en los resultados. El juez interpreta la ley y sin este trabajo de interpretación susceptible de modificarla o de alterar su sentido no sería posible una comprensión duradera de la norma. Es, por lo tanto, la diferencia entre el tratamiento al pie de la letra y el tratamiento de la unidad significante/significado lo que, en efecto, nos hace ocuparnos de los significados y posibilita en todo momento la desaparición del significante. El conocimiento de una lengua permite interpretar una falta de datos. Éste es el trabajo de la inteligencia.

Volvamos a la polinización. Esta inmaterialidad, esta contextualización de la acción humana estaba ya presente incluso en la actividad más material y clásica del capitalismo industrial. La memoria mecánica del ordenador sólo es capaz de repetir: cuando se introduce un cambio se trata de un cambio con sensores preprogramados y, en consecuencia, reducido a una simple alternativa ya preparada, como en los juegos de rol o en los juegos electrónicos. Todo el campo ha sido balizado con respuestas predeterminadas que aparecen cada vez que se pone el cursor en alguna parte, cada vez que se juega. Cuanta más actividad intelectual tengamos, cuanta más actividad se haga relacionada con los símbolos, el código, la lengua, mayor será ese margen de interpretación. Estamos ante un primer ejemplo de polinización.

Este sistema de producción cognitiva ha existido siempre, también en la fábrica. El rechazo es, paradójicamente, el terreno donde la clase obrera pone de manifiesto su actividad colectiva. La pereza obrera revela que en un dispositivo capitalista de máquinas, la economía del esfuerzo se convierte en un factor de desarrollo. Un buen ejemplo de esto aparece en el primer capítulo de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, quien se da cuenta de que, combinada con su ingenio, la pereza de los niños encargados de vigilar los telares les inspira un auténtico invento. Al no querer moverse para ir a levantar las válvulas en los diferentes estadios del telar, los niños confeccionan una varilla larga a la que atan unos trozos de cordel y con la que se pueden abrir todas las válvulas simultáneamente. Esta invención es el origen del desarrollo del telar mediante un sistema automatizado que terminará sustituyendo a los propios niños. Es el origen, asimismo, de las primeras válvulas, de los pistones mecánicos. Por consiguiente, la resistencia individual o colectiva de los niños a un ritmo de trabajo genera una mejora del sistema de máquinas.

De forma que un hecho que desde un punto de vista estrictamente individual tiene un impacto negativo sobre la productividad puede incitar en ciertas ocasiones a una productividad mayor, habida cuenta de que el capitalista aumenta el dispositivo de vigilancia para controlar sus fugas y, de resultas, perfecciona sus máquinas.

Otro ejemplo: el sistema de trabajo taylorista procede de una reflexión de Taylor sobre la ralentización. ¿Qué es la ralentización? Es la forma en la que los obreros que trabajan con máquinas en la gran fábrica resisten a la presión del capataz permitiéndose treguas de autonomía para poder respirar. Taylor se dio cuenta de que los obreros inventaban sencillamente mejoras, atajos productivos que, cuando se les retribuía por pieza, les permitían hacer las mismas piezas pero en menos tiempo del previsto. Él se dedicó entonces a describir las operaciones efectuadas por los obreros, lo cual terminaría invirtiendo la costumbre de preestablecer un plan de producción y de imponerlo a los obreros. Con Taylor se observa la ejecución del plan por parte de los obreros para deducir los gestos verdaderamente interesantes en términos de ergonomía. Un método mucho más rápido que confiar esta tarea a los ingenieros.

Al percatarse de todo esto Taylor introduce el cronómetro y roba el tiempo de autonomía de los obreros cambiando las normas de producción. Ésta es la razón por la que, en la cadena de montaje, los dos personajes más detestados por los obreros son los trabajadores que fijan las cadencias de producción: el cronometrador y el regulador. En su análisis de la transformación de las plantaciones de algodón en los estados del sur de Estados Unidos durante los años 1830-1860, Edward Baptist demostró que los capataces presionaban a los esclavos para que alcanzaran una cuota de producción en fardos de algodón, so pena de ser azotados. Ahora bien, quienes cumplían con esa cuota en peso terminaban recibiendo una sutil mezcla

de alicientes materiales y de latigazos destinada a incentivar un aumento aún mayor de la producción. Los récords obtenidos servían, además, para establecer una nueva norma exigible a toda la brigada. Como hemos visto anteriormente, la resistencia colectiva de los obreros es un factor de invención. También se trata, por lo tanto, de una forma de polinización.

Lo que revela esta capacidad de invención obrera es el carácter superfluo de la jerarquía, toma forma entonces un poder obrero, un poder colectivo que va a hacer muy complicada la relación de subordinación prevista para el trabajo asalariado. Una primera forma de polinización, sin duda rudimentaria y más tolerada que magnificada, existe ya, de entrada, en el capitalismo industrial. Cabría decir que tanto el socialismo como el comunismo nacieron de la toma de conciencia de ese carácter colectivo del trabajo.

Pero desde el momento en que evolucionamos en el marco de un capitalismo cognitivo digital que ha ido conquistando algunas de las tareas efectuadas por el cerebro mecanizándolas, convirtiéndolas en datos objetivables, infinitamente repetibles e informáticamente calculables, salen a la luz cada vez más cosas que antes permanecían ocultas, cuando el ordenador no había separado todavía lo digital codificable de lo no codificable. Desde entonces se comprende que lo codificable no tiene demasiado valor, ya que es posible repetirlo por un coste marginal o nulo. Y que, como siempre va a poder repetirse de forma idéntica, tenderá a desvalorizarse, exactamente como sucede en la industria donde lo mecanizado empieza desvalorizándose y termina por no generar valor. *A contrario,* lo que va a producir valor es justamente el trabajo obrero en lo que tiene de no mecanizable, de no «maquínico». En el caso del trabajo intelectual y la producción de conocimiento hay algo que pone cada vez más de manifiesto el papel fundamental de la inteligencia. Se trata de la

comprensión del medio ambiente. ¿Por qué cabría decir que estamos ante algo de extrema importancia y similar a la polinización de las abejas?

En primer lugar, a causa de la importancia de las tareas complejas que dependen de una capacidad contextualizadora. Observemos, por otro lado, que la abeja es indispensable para la reproducción mecánica de lo vivo: unas tareas un tanto complejas, que no estaban previstas en cuanto directamente efectuadas por lo vivo, se unen según una combinación muy complicada de forma que sólo una simiente entre mil cumplirá su objetivo. Este proceso determinado estadísticamente está asimismo gobernado por un azar imprevisible a nivel del individuo. Ya hemos subrayado el papel modelo de la abeja en la operación vital de la producción de lo vivo. Es un operador de la producción de lo vivo. Este papel polinizador reaparece en la comprensión humana de lo complejo donde, en lugar del polen, encontramos todos los elementos inmateriales: la confianza, la cooperación voluntaria, la movilización de los afectos que determina la capacidad cerebral y, sobre todo, el trabajo en red, la cooperación en red que adopta la forma de la contribución. ¿Qué hace la abeja? Crea red, localiza los lugares polinizables y vuelve en busca de sus congéneres para indicarles donde se puede libar. Se sabe, incluso, que mediante unas señales químicas (una suerte de lenguaje químico que también poseen las hormigas), la abeja es capaz de indicar a sus congéneres la variedad de las plantas y los diferentes tipos de pólenes y jugos que pueden encontrar.

Esta actividad rizomática es exactamente lo que se produce cuando los seres humanos resuelven un problema sumando sus fuerzas cognitivas en red. Es lo que denominamos lazo social, mantenimiento de los vínculos, sociabilidad, lenguaje, principios todos ellos sostenedores de posibilidades de cooperación y que, más allá de una

cooperación estrictamente mecánica, permiten alcanzar lo que Durkheim llama solidaridad *orgánica* de una sociedad. Esto significa que, habida cuenta de que el cerebro es algo muy diferente de una pieza mecánica, van a ser tomados en consideración elementos como los afectos globales del cuerpo, la confluencia y combinación de los diferentes sentidos que son sensores múltiples. Es como si el cerebro o el cuerpo humano, con tan sólo una trigésimo sexta parte del olfato del perro, una quincuagésima parte de la vista del búho, una centésima parte del tacto de la abeja o de la libélula, suplieran tales desventajas mediante la combinación de todos esos elementos. Sabemos que unas zonas cerebrales extremadamente desarrolladas permiten a los animales procesar información procedente de un sensor; pero también sabemos que los lóbulos cerebrales superiores combinan esas funciones primitivas del cerebro (la atracción, la repulsión, el miedo, la angustia, la retirada, etc.) con funciones mucho más complejas que sintetizan, estructuran y cooperan de forma voluntaria. De tal suerte que el afecto o los deseos no son simplemente guiados de forma instintiva como, por ejemplo, el instinto sexual de reproducción. Se trata de operaciones en extremo complejas en las que los humanos no sólo gestionan informaciones sobre un entorno en red, dinámico y en movimiento, sino que también fabrican red y, en especial, red cognitiva, que es la actividad viva por excelencia y de la que la sociedad humana constituye el ejemplo más terminado que existe sobre la Tierra. Esto es polinización.

Para poder entender en qué medida la metáfora de la polinización es sólo una ilustración particular de un fenómeno generalizado que denominaremos economía contributiva de producción de conocimiento y de vida en general, tomemos otro ejemplo distinto al de las abejas: el del coral. El coral no poliniza pero es un elemento clave en la vida de los océanos por diferentes razones. En vida, el coral crea una estructura calcárea que, sumándose

a otras, forma los arrecifes de coral, los cuales le sobreviven para constituir el nicho de la vida, el caldo vital donde eclosionan la flora y fauna marinas. Pero estos corales desempeñan además un papel regulador en los océanos mediante la creación de islas y, por lo tanto, de redes, con todo lo que esto implica en materia de interacciones. Al igual que las abejas, los corales se revelan muy receptivos a las condiciones del medioambiente. Las abejas son unos indicadores de polución extremadamente sensibles. Ésta es la razón por la que ahora las están reintroduciendo en las ciudades. Y los corales, igualmente sensibles a la contaminación, interrumpen inmediatamente su crecimiento e incluso menguan cuando el medioambiente se degrada.[6]

Coralización y polinización son dos ejemplos que ilustran hasta qué punto hacer redes es un elemento fundamental para la creación de los recursos naturales y de los recursos vivos, para el mantenimiento de las condiciones medioambientales. Sabemos que sin las abejas moriríamos, que la biosfera perecería. Suele atribuirse a Einstein una profecía —de la que nunca se ha hallado rastro alguno— según la cual la humanidad no sobreviviría cuatro años a la desaparición de las abejas. Esta profecía es, sin embargo, plausible, ya que *La vida de las abejas* de Maeterlinck, que conoció un número impresionante de reediciones, es exactamente contemporánea a la publicación de la teoría de la relatividad. Sea como fuere, sabemos perfectamente que desde los cinco millones de años que llevan existiendo, las abejas constituyen un eslabón totalmente indispensable en la reproducción de la vida así como en su creciente complejidad.

6 Al igual que se reforesta por encima del nivel del mar, se invita a los turistas a patrocinar plantaciones de coral joven en algunas islas del Pacífico y del Océano Índico.

En el principio fue la revolución digital

Si la financiarización de la economía es una vieja tendencia que se confunde con el nacimiento de un corazón estratégico del capitalismo, la emergencia de la digitalización la amplía profundamente.

La digitalización adquiere muy rápidamente su propia lógica económica y su desarrollo específico. Hace estallar la desmaterialización de la economía mediante su papel esencial en el nuevo desarrollo de la financiarización, la valorización de los capitales y la instantaneidad de su circulación. El recadero de los Rothschild ha sido sustituido por una red informática y la información en tiempo real, el modelo soñado por Walras: un mercado casi perfecto, sin costes de entrada.[7] Un mercado instantáneo, global, donde todo funciona mediante un sistema de subastas y del que uno puede retirarse en todo momento. Un mercado, por último, abierto 24 horas, ya que cuando el mercado de Nueva York cierra, el de Hong Kong abre, de forma que los capitales no permanecen dormidos. El capital puede fructificar en cualquier momento pero sólo a condición de moverse: si no lo hace quedará sometido a las tasas de cambio, a las variaciones de las tasas de interés y a la economía clásica. Nacen así los parqués, que pasan a convertirse en los centros nerviosos de un beneficio que los accionistas reciben servido en dividendos o en la progresión de la capitalización en Bolsa de sus activos.

7 En el caso de una empresa individual, evidentemente, porque a nivel macroeconómico hacen falta unas potentes inversiones en equipamientos institucionales (sobre todo jurídicos). Respecto al balance económico global de la entrada en Bolsa de una empresa, éste es tan contrastado que estamos asistiendo a un movimiento de retirada de ese mercado, que los defensores de las *private equities* juzgan demasiado «democrático», demasiado expuesto a OPAs.

Una vez realizadas las reformas institucionales pertinentes, la herramienta informática, la información en tiempo real y la red pueden cubrir la desvinculación con una moneda material, como el oro, a condición de que las tasas de interés y las tasas de cambio fluctúen, favoreciendo un mercado de capitales a escala planetaria. Un mercado que, al prestar servicios inesperados a todo el mundo, a las empresas nacionales, a las multinacionales, a los Estados, a las familias y a los fondos de pensiones, será ampliamente recompensado. De este modo, el sistema saca provecho de la burbuja. Pero no de una burbuja de Internet ni de una burbuja inmobiliaria, sino de *una burbuja de las propias finanzas*, porque estas últimas se han inmiscuido en todo gracias a su capacidad para «fluidificarse», para intervenir en cualquier momento de forma que todo dinero en *cash* que surja y se acumule no permanezca 24 horas parado ¡esquivando de esta suerte el riesgo de no transformarse en más dinero! Así se crea este sistema donde la financiarización se convierte en los vasos sanguíneos del cuerpo económico.

Finanzas y lucha de clases

Las finanzas traducen asimismo una realidad muy interesante, que aparece en los análisis de la crisis de 1857 extraordinariamente desarrollados por Lapo Berti y Sergio Bologna en la revista italiana *Primo Maggio*. Ambos investigadores subrayan que Marx analizaba el apetito de las finanzas[8] por obtener beneficios no directamente extraídos de los obreros fabriles. Marx veía ahí una suerte de huida de las dificultades suscitadas en la relación social de explotación del hombre. Es mucho más fácil ganar dinero (y es ahí donde el beneficio se convierte

8 Véanse los artículos de Marx en el *Herald Tribune* durante la gran crisis de 1857-1858, cuando estaba escribiendo los *Grundrisse*, esbozo de *El Capital*.

en renta) a través de las transacciones financieras comerciales y de los servicios prestados por los tipos financieros, que ganarlo vendiendo mercancías en un mercado mundial que cambia todo el tiempo, con unos obreros en continuo estado de sublevación o siempre demasiado exigentes. El fetichismo del dinero y de las finanzas disimula el lado sórdido de la explotación.

Las finanzas son el arte de esquivar las relaciones de clase. Son el atajo que permite ganar dinero sin confrontarse con la sociedad aquí y ahora, con la desigualdad distributiva y sus luchas, en suma, con la lucha de clases. Son una forma elegante de poner entre paréntesis o de cortocircuitar las luchas sociales. Y efectivamente, para alegría de los iniciadores de unas finanzas todopoderosas, la lucha de clases, tan presente entre 1955 y 1975, desaparece. Sólo reaparecerá en forma de pobreza a raíz de la crisis financiera y como resultado de la misma. En la crisis actual hemos de admitir que son los deudores pobres quienes han arrastrado a las finanzas a su declive. Es como si los pobres, durante mucho tiempo excluidos del reino de los ricos pero convidados a su mesa, se hubieran tomado al pie de la letra las promesas de acceso a la riqueza empujando así al sistema capitalista a una situación inimaginable para él. ¡De haberla podido imaginar jamás habrían prestado dinero a los pobres! Estamos ante una completa inversión respecto a los escándalos financieros de finales del siglo XIX.

Durante la crisis de Panamá, los pequeños ahorradores que habían confiado sus ahorros a empresas industriales, a Ferdinand de Lesseps cuya Compañía de Panamá quebró, se encontraron de repente en la ruina. En 2007 fueron, por el contrario, los pequeños deudores quienes provocaron la caída de las altas finanzas. Llamemos a esto la vuelta de la lucha de clases. Cuando los ahorradores chinos anuncian a través de su Estado, sentado hoy junto

a Japón sobre una de las mayores reservas de divisas, su intención de devaluar el yuan (amenaza que, afirman, llevarán a cabo si Estados Unidos deja caer el dólar demasiado bajo) para mantener los intercambios, su anuncio significa el cierre ineluctable de la industria automovilística estadounidense en un plazo fijo. Porque, envejecida, esta última necesita un plazo de quince años para reestructurarse. Se encuentra en la misma situación en la que se hallaba la siderurgia europea en la década de 1970, sacudida por el crecimiento industrial de Corea y Japón.

Es preciso decir que en la actualidad todo el ciclo del automóvil se ve afectado y que no estamos sólo ante una crisis material. No se trata únicamente de que los 4x4 se vendan mal debido al encarecimiento de la gasolina durante 2008. La posterior disminución del precio del petróleo tendría que haber relanzado las ventas de coches de cualquier modelo. Pero no ha sido así en absoluto, el verdadero problema concierne tanto a Ford como a General Motors, Peugeot, Renault, y a todos los fabricantes en general. Las actividades más rentables de estas firmas materiales son precisamente sus actividades inmateriales, es decir, el crédito. Son sus sociedades de crédito y de *leasing* las que ofrecen a sus clientes la posibilidad de pagar a crédito y las que obtienen beneficios gracias a los intereses de esos préstamos. Estos son los sectores heridos de muerte por la crisis financiera. El veloz y vertiginoso declive de las industrias automovilísticas está ligado al grado de implicación de la financiarización en el acto de consumo del automóvil. Algo normal cuando la compra y mantenimiento de un vehículo siguen representando una proporción creciente del presupuesto familiar en los países desarrollados y ahora también en cierto número de países emergentes. Las letras de un coche pueden suponer entre un 25 y un 30 % del salario durante un plazo de tres años. En las familias de hoy en día el capítulo «vehículo» sigue inmediatamente al de adquisición de vivienda.

Hasta los ganaderos de cerdos de China, probablemente aconsejados por sus banqueros, se han transformado en especuladores internacionales: en enero de 2010 se constató que, en vez de modernizar sus instalaciones, éstos habían consagrado el importe de sus préstamos a la compra de cobre, especulando (con extraordinario tino) sobre un alza disparada del curso de dicho metal. Queríamos agricultores capitalistas ¡pues ahí los tenemos! ¡Lástima de rosas y de cerdos!

Bolsa, ¿para qué?

En el dispositivo especulativo actual, que favorece la formación de burbujas, la Bolsa desempeña un papel principal, como en los tiempos del Segundo Imperio cuando Joseph Proudhon describía el comportamiento del especulador bursátil perfecto.[9] ¿Cuál es su función? ¿Acaso puede asumir la financiación de las empresas ahora abandonada por los bancos?

¡Falso! El 90 % de las inversiones productivas realizadas por las empresas durante estos diez o quince últimos años han procedido de sus propios fondos. ¿Por qué recurren entonces a una cartera de inversiones? ¡Porque así es como han estado ganando dinero durante los últimos años, así es como han aumentado el beneficio repartido entre los accionistas! Si tomamos, por ejemplo, el caso de Renault, el dividendo proporcionado a los accionistas no se corresponde simplemente con el beneficio obtenido por la fabricación de coches: su parte principal proviene de sus actividades crediticias. Lo mismo ocurre en el caso de los bancos. Sus ganancias no proceden fundamentalmente de la remuneración originada por sus actividades de

9 Pierre-Joseph Proudhon, *Manuel du spéculateur à la Bourse. Une anthologie*, Alfortville, Ère, colección «Chercheurs d'ère», 2009.

servicios y las cuentas de su clientela; sus beneficios son el resultado de operaciones especulativas para las cuales han recurrido a préstamos de dinero en los mercados financieros. El dinero utilizado en estas operaciones no es el de sus depósitos. Las empresas actúan de la misma forma: compran títulos, realizan inversiones patrimoniales, constituyen carteras de inversión. Y esta práctica se generaliza. Para aumentar los ingresos de su tercera edad y su pensión, el jubilado coloca sus fondos en productos derivados, en fondos especulativos, en fondos de pensiones. Las empresas actúan de la misma forma debido al descenso de hecho del beneficio industrial, al igual que la banca, que abandona su papel de banca de depósitos para convertirse en una banca de negocios e inversiones: así es como funciona el sistema.

De esta suerte, la empresa Carrefour obtiene más beneficios de la colocación de su tesorería que de las ventas. Dispone de una liquidez considerable entre el momento en que recibe el dinero de sus clientes y el momento en que paga a sus proveedores. En este plazo de tres meses, teóricamente reducido a cuarenta y cinco días, la empresa coloca sus fondos en operaciones financieras y en mercados de valores para conseguir ganancias sustanciosas que se revelan más interesantes que las obtenidas ahogando en no poca medida a los pequeños productores. Es evidente que la denominada economía material está ya completamente financiarizada, de ahí el papel preeminente de la banca y del circuito financiero en general. La economía está completamente penetrada por la posibilidad de aumentar las ganancias de este modo. ¿Cómo interpretar esta constatación? La explicación que nos viene inmediatamente a la cabeza es que los beneficios extraídos de la explotación tradicional de una industria, que fabrica productos, son, en general, bajos y se han degradado lenta pero inexorablemente. La financiarización de la economía sería, por lo tanto, una reacción contra ese descenso, sobre

todo en un momento en que los detentadores de capitales no piden simplemente su valorización a largo plazo, sino que reclaman su valorización inmediata y una distribución de dividendos cada vez mayor. La informática contribuye a acelerar unos procesos que ya estaban presentes en la vieja indiferencia del comerciante que, siempre y cuando hubiera mercado, no se preocupaba del valor de uso; indiferencia señalada por Marx y punto de partida de su análisis de la mercancía en el primer capítulo del Libro I del Capital. Abstracción del valor de cambio respecto al carácter concreto y determinado. Pero la informática no se va a encontrar sólo con esa vieja tendencia del capitalismo, sino también con el crecimiento de lo inmaterial.

En la producción clásica, del automóvil por ejemplo, lo inmaterial forma una parte cada vez mayor del valor del producto. Pero también estamos asistiendo a la reproducción de ese mismo fenómeno en el valor de la empresa, lo que se traduce en un crecimiento súbito y desmesurado de su valor en Bolsa y en una posterior, e igualmente desproporcionada, caída.

Goodwill, fair value, stock options

Con la hipertrofia de lo inmaterial, los economistas se percatan de la existencia de una distorsión considerable entre el valor de la empresa *in the books*, esto es, su valor contable, y el valor de su capitalización en Bolsa. Esta distorsión es objeto de transacciones y de enloquecidas especulaciones bursátiles y financieras en torno al denominado *goodwill*. Ahora bien, este *goodwill* viene y va, es inestable. Por ejemplo, durante la crisis de las empresas de Internet (las puntocom [*dotcom*]) en el año 2000, la empresa Vivendi Universal se benefició durante cierto tiempo de un *goodwill* asombroso. Este crecimiento desmesurado de su capitalización le permitió conseguir préstamos y comprar un

número considerable de *startups,* las cuales cotizan a su vez en la Bolsa de valores tecnológicos (el Nasdaq), para percatarse posteriormente de que lo que había comprado eran bienes relacionales, agendas de direcciones y carteras de clientes, cuya realidad se revelaría muy decepcionante. Estas situaciones suscitaron un problema de fondo y acarrearon un gran debate a escala mundial sobre las normas de contabilidad. De 1990 a 2004, se constata de forma permanente que el valor de mercado de las empresas es muy superior a su valor contable: es entonces cuando los propios principios de la contabilidad se ponen en tela de juicio. En esta discusión van a enfrentarse *grosso modo* dos líneas. Por un lado, los defensores de la contabilidad clásica de las empresas, de tipo patrimonial, para quienes esta contabilidad es el verdadero referente, no siendo el resto más que especulación financiera que debería ignorarse. Éstos estiman que las empresas están muy sobrevaloradas en Bolsa y que el sistema corre el riesgo de hundirse. Por otro están los defensores del *goodwill,* quienes extienden el valor de las empresas a los activos inmateriales tradicionalmente poco considerados en la contabilidad clásica como, por ejemplo, la reputación, la confianza, la cartera de clientes, la cartera de proveedores o el conjunto de relaciones susceptibles de acelerar las transacciones y de efectuarlas en mejores condiciones.

Ahora bien, ese valor financiero no es sólo una especulación vacía y siempre a punto de desvanecerse, sino una especulación ligada a la existencia de una verdadera riqueza que debería, en consecuencia, pasar a formar parte de los libros de cuentas. Esta contabilidad de los activos inmateriales, y del *savoir faire* en particular, se ha desarrollado en Estados Unidos en torno al concepto de *fair value*[10] y ha favorecido el principio de las *stock options*, las cuales

10 *Fair value* es el valor justo, el justo precio, el que se aplica en las transacciones comerciales, por oposición al precio de la convención contable sobre la base del precio histórico de adquisición.

han permitido, por ejemplo, que una parte de los asalariados, los conocidos como *creative class*, obtengan mejores retribuciones que antes. Lo que hace la *stock option* es vincular al individuo con los intereses del capital. El individuo se convierte en un *shareholder*, en un accionista. Se trata, sobre todo, de una forma de fidelizar a la empresa a determinados asalariados considerados poseedores de capital intelectual, despertando su interés por el precio futuro de la empresa, ya que el sistema de las *stock options* permite al interesado poner sus acciones a un precio fijado de partida e independiente del valor futuro de la empresa. En el caso de una empresa cuyo valor en Bolsa crece de forma regular, ésta es, evidentemente, una forma de incitar a los asalariados, a los dirigentes, a la parte estimada como la más importante de la empresa, a permanecer en ella y a tomar parte en el aumento duradero de su valor.

Esta escuela de la *stock option* y del *fair value* ha ido ganando una importancia crucial a medida que la economía inmaterial se ha ido desarrollando, hasta el punto de que la contabilidad no anglosajona, la europea continental, ha empezado a modificarse suavemente con las NIIF.[11] Estamos asistiendo pues a una revisión de los estándares internacionales de contabilidad en un sentido más orientado hacia el concepto anglosajón, así, por ejemplo, la evaluación de los activos de una empresa en términos contables, *in the books*, está dejando de hacerse al coste de adquisición histórica para hacerse al coste de reemplazo actual, esto es, al valor actual. De esta suerte, una empresa con un capital relativamente modesto que distribuye beneficios y salarios relativamente bajos pero se valoriza por unas patentes de aplicación prometedoras verá apreciarse su valor bursátil.

11 Normas Internacionales de Información Financiera o IFRS (*International Financial Reporting Standards*): es la norma contable armonizada a escala internacional que permite la cotización bursátil de cualquier empresa del planeta.

Ateniéndose a los libros de contabilidad tradicionales, a una empresa como ésta no le resultará fácil conseguir préstamos u obtener dinero de forma destacable si quiere mantener las ratios clásicas. Por el contrario, en cuanto se le permite evaluar sus patentes,[12] evaluar activos inmateriales extremadamente caros, su acceso a las herramientas financieras queda abierto. Otro aspecto relevante: hasta ese momento las *stock options* no se incluían en el pasivo de la empresa. Ahora bien, cuando una empresa paga unos salarios, éstos se cuentan como costes, como gastos colocados en su pasivo; la empresa no puede considerarlos una inversión y no representan, por lo tanto, capital. Pero cuando se estima que el capital esencial ya no es el material sino el intelectual, entonces la marca del capital intelectual son evidentemente los salarios. Pero no el salario del jardinero o el de quien aprieta los pernos, sino los salarios del equipo dirigente y del trabajo inmaterial comprado fuera de la empresa en forma de patentes, marcas o *software*, cuyos derechos de autor han sido pagados. Un trabajo que, obviamente, no se incluye en los activos de una contabilidad clásica. Para esta última se trata de costes de producción. Éste es el problema de la *startup* que apenas dispone de equipamiento o de patrimonio y funciona, sobre todo, con materia gris y, por lo tanto, con salarios. En general su contabilidad es catastrófica ya que al principio sólo acumula pérdidas. Ahora bien, con el sistema de las *stock options* en vez de pagar a la gente salarios elevados poniendo a la empresa al borde de la quiebra, su retribución se difiere. Además, las *stock options* no se contabilizan como costes, sino como inversiones.

12 Las patentes (cuyo registro y mantenimiento cuestan dinero) son tenidas en cuenta por la vieja contabilidad cuando han sido objeto de una aplicación industrial y aportado *royalties*; pero en su estadio de simple posibilidad de proyectos futuros aún no aplicadas, son los accionistas y la Bolsa quienes determinan su precio.

Stock options y *creative class*

Para una parte de los asalariados de las empresas, el salario ha pasado a un segundo plano ya que las *stock options* que reciben les prometen ganancias cien, mil veces superiores, en un determinado plazo de tiempo. Se convierten así en jugadores aficionados de Bolsa, habida cuenta de que, en lo sucesivo, querrán elevar al máximo el valor de sus acciones. Estamos ante uno de los factores de pérdida de sentido de la relación salarial para una proporción que comprende entre el 5 y el 10 % de la población, la que resulta beneficiada. En los establecimientos financieros esta proporción es claramente superior. Esto es lo que explica la tenaz resistencia de los bancos a aceptar limitaciones en las primas. Toda la política salarial se ve trastocada, ya que lejos de atañer a una ínfima minoría, estos cambios implican a la mitad de los efectivos de los departamentos que desempeñan el papel de banca de negocios. Unos departamentos que, en los establecimientos mixtos con un componente importante de actividades de depósito, representan, como ya vimos, la parte esencial de los beneficios totales.

Según Bill Gates, en la industria de desarrollo de *software*, las *stock options* han permitido fidelizar a los asalariados a sus empresas. Según sus palabras, durante el desarrollo de los grandes programas como Word 95, Microsoft tenía una tasa de *turn over* muy elevada. La duración media de un desarrollador en la empresa no superaba los seis meses. No es difícil imaginar lo que una rotación de mano de obra de esta magnitud supone en términos de *bugs*, el principal problema del *software* propietario. Gracias a las *stock options,* Microsoft logró retener a los asalariados durante una media de dos años en el periodo de alza del valor de sus acciones. El pago de *stock options* funcionó como medida de fidelización de la mano de obra en un periodo de expansión. Pero las *stock options* también tuvieron otro efecto. Mientras las acciones suben,

todo va bien. Pero por una u otra razón, la empresa puede hundirse antes de que el asalariado haya echado mano de sus *stock options*. ¿Qué puede hacer en ese caso? Posee unas opciones preferentes de compra que no valen gran cosa si las vende. No tiene, por lo tanto, más alternativa que permanecer en la empresa, habida cuenta de que no puede irse y conservar sus *stock options* fuera de ella. Esto prueba que no es plenamente un *shareholder*, un tenedor de participaciones, un propietario.

Muchos cuadros se ven hoy acorralados porque una parte sustanciosa de sus ingresos corresponde a un salario diferido. La empresa gana siempre, cuando las acciones se disparan y también cuando caen estrepitosamente. Este tipo de dispositivo retiene al asalariado (mánagers, capital intelectual) en la empresa y le obliga a tomar parte en sus resultados futuros, tanto en los periodos de alza como en los de bajada. Así pues, el resultado es siempre el mismo: ¡el asalariado queda atrapado en las redes de la firma en momentos en los que podría estar vivamente interesado en irse a otra parte!

En los periodos de expansión, el asalariado se adhiere a los objetivos de crecimiento de la capitalización bursátil de la empresa. Pero su objetivo ha dejado de ser la mejora del rendimiento técnico de esta última para fijarse en sus resultados financieros dependientes de los índices bursátiles. Porque el valor de su curso en Bolsa es lo que determina su salario. Estamos ante una notable perversión: la fidelización de la gente y su retención en la empresa es una vieja práctica del paternalismo destinada a mejorar conjuntamente la productividad, la calidad de la producción y las condiciones de trabajo de la mano de obra. Pero los beneficios de las mejoras se quedan ahora en manos de los accionistas. Es como si el régimen de las *stock options* marcara la sustitución del mánager por los accionistas en la gobernanza específica de los asalariados.

Algo que recuerda más al mercadeo de mano de obra y al pago en especie. Ahora bien, estas prácticas están prohibidas por el código laboral porque en éstas el asalariado deja de serlo. ¡Se trata de una suerte de retorno al trabajo dependiente, al trabajo semi-servil! El siervo o el aparcero no podían abandonar al propietario al que estaban ligados si no querían perder todos los frutos de su trabajo.

Sin embargo, tras el escándalo provocado por la quiebra de la empresa Enron en el año 2002, la ley Sarbanes-Oxley introdujo un correctivo fundamental en Estados Unidos. A partir de la misma, las *stock options* dejaron de poder inscribirse como capital. Se consideran salario y deben deducirse, en consecuencia, del capital de la empresa. ¡Esto lo cambia todo! Algunos liberales han visto en esta ley el fin del espíritu de empresa estadounidense, su «europeización». Pero Europa estaba haciendo precisamente lo contrario, desarrollando las *stock options* todo lo que podía. Francia es el país del mundo con mejor régimen fiscal para las *stock options*.

Google, un modelo económico en una producción de polinización

¿Qué valor se atribuye al capital humano que proviene de la experiencia en la empresa? ¿Qué valor se otorga a la confianza que en una empresa depositan su banquero, la Bolsa, los poderes públicos, las autoridades locales, sus clientes? Se trata de activos inmateriales. ¿Cómo se evalúan? Se trata de un terrible problema, en particular cuando se tocan las cuestiones del conocimiento, las patentes, la propiedad intelectual.

Es una cuestión de fondo estructural. Cuanto más inmaterial se hace la economía más se parece a la industria de Hollywood. El sistema es, en consecuencia, inestable y en su seno el ejercicio de los derechos de propiedad se revela

difícil. Tan difícil como utilizar la vieja táctica de la patente, la marca y los derechos de autor para percibir dinero y construir modelos económicos. Hoy nos hemos dado cuenta de que el modelo más eficiente, desde el punto de vista económico, se asienta en el secreto. Se llama Google. El secreto del éxito económico de Google no descansa ni en una patente, ni en derechos de autor, ni en una marca, sino en la combinación entre el secreto del algoritmo y la gratuidad, en la invención de una prestación gratuita que hace que, gracias a los algoritmos del *data mining*[13] [minería de datos], sus usuarios se revelen como proveedores de información que será vendida a otros actores económicos.

Google funciona como modelo porque junto a las diecinueve mil personas que trabajan en Mountain View, la sede californiana de la sociedad, están los quince millones de personas que hacen clic por segundo y trabajan sin ser sus empleados. Nadie podía haber imaginado que al utilizar los servicios del motor de búsqueda quince millones de personas trabajarían gratuitamente[14] para él. Personas que producen información, que producen red, la creación de una red que tiene un coste. ¡Los publicistas saben lo que cuesta comprar el producto red en la actualidad! El valor de esta actividad de fabricación de red se puede comparar al del trabajo de polinización de las abejas. El valor de mercado de su miel y de la cera de sus alveolos es entre trescientas cincuenta y mil veces inferior al de la polinización efectuada.[15] Google consigue extraer un

13 El *data mining* es la ingeniería informática que extrae en tiempo real la información de las bases de datos digitales y del conjunto de usos de Internet.

14 Véase Yann Moulier Boutang y Antoine Rebiscoul, «Peut-on faire l'économie de Google», *Multitudes*, núm. 36, verano 2009 (en http://multitudes.samizdat.net/-MAJEURE-google-et-au-delà).

15 En 2005 valoré, a partir de estudios ya disponibles en Estados Unidos, el producto mercantil anual de los apicultores profesionales (esto es, de tan sólo una parte del total de los apicultores) en 100

beneficio comercial de la polinización humana. Esta empresa inventa así un nuevo modelo económico de valorización indirecta de los bienes inmateriales e inscribe en la realidad el dominio del capitalismo cognitivo sobre el capitalismo de mercado directo, ese que sólo sabe razonar a partir de los conceptos mercantiles de *input* y *output*.

Vemos, por consiguiente, que la base de este capitalismo inmaterial, cognitivo, es inestable. Inestable porque empieza por desestabilizar el contrato de trabajo clásico, esto es, el trabajo asalariado. Inestable también porque las evaluaciones financieras no se someten a unas reglas fijas, a un acuerdo. Dicha inestabilidad genera un tanteo especulativo. Ésta es la razón por la que las finanzas de mercado están estrechamente vinculadas a la transformación de la economía industrial de producción de *output* en una economía de contribución y de polinización. Pero la transformación de la economía no se conforma

---

millones de dólares, mientras que en el caso de la producción de frutos y legumbres dependientes en un 80 % de su valor, teníamos 28,5 mil millones por 0,8, es decir, 22,8, y otros 12,2 mil millones como mínimo para el resto (cereales, plantas silvestres, en definitiva, la diversidad). La relación era de 1 a 350. Basándose en la compilación de resultados de las investigaciones más recientes, el libro de Bernard Duran, *Les abeilles, la planète et le citoyen. Comprendre le déclin des pollinisateurs, agir pour la biodiversité* (Éditions de l'Échiquier, 2010) propone los elementos siguientes (pp. 18-19): un tercio de la producción agrícola mundial depende de las abejas, esto es, 792 mil millones en 2009. En cuanto al valor directo de la polinización, Jean-Michel Salles y Bernard Vaissière lo evalúan en 153 mil millones de dólares por año (http://banquedumiel.org/article-monde.html). Pero se trata de una estimación que sólo tiene en cuenta la disminución de frutas, legumbres y productos oleaginosos en un año, obviando completamente tanto los efectos acumulados a lo largo de los años como la reducción de la biodiversidad de la naturaleza. Una parte nada despreciable de la producción de miel (enjambres silvestres, colmenas de aficionados) no se comercializa. El valor de la polinización en el conjunto del valor total de la producción agrícola es importante (alrededor de un tercio y mucho más a largo plazo) pero más importante aún es que el valor de la polinización y el de la producción de miel corresponden a dos escalas diferentes (de la unidad a la centena).

con hacernos pasar del polen financiero (el maná, que se decía antaño) a la polinización. También nos invita a remontar de la polinización a las abejas y, por ende, al trabajador cognitivo.

De la miel a la polinización

La idea de la transformación del uso de la fuerza de trabajo y de su consumo en un producto exclusivamente apropiable por el capitalista, por el empleador, está siendo cuestionada, reformateada y desplazada hacia nuevas fronteras, de una parte, por la tecnología digital y, de otra, por una tendencia hacia los intangibles o lo inmaterial. Lo intangible o lo inmaterial son elementos sencillos de comprender que se hallan incorporados en algunos productos. Por ejemplo, la calidad de las relaciones sociales en la empresa contribuye a reducir los desechos, a reducir el sabotaje, a mejorar la calidad, la trazabilidad de los productos. Por el contrario, los suicidios en Orange afectan al capital de reputación de la empresa. También están la calidad de la red de vendedores, del servicio postventa, del mantenimiento, etc. Y la cosa puede estirarse mucho más hasta llegar al sistema utilizado para reconvertir más rápidamente en tiempo útil la información, de forma que el consumo proporcione en tiempo real indicaciones para la producción y la regulación de la producción con el menor stock posible: todo el envite del *just in time*. Así pues, la informática ha cambiado profundamente las cosas al permitir la localización y la trazabilidad de esas redes.

Dotcom y desilusiones

Tras la crisis de las *dotcom*, este elemento explica la enorme contrariedad de las empresas de comunicación que habían malinterpretado las posibilidades de la informática, especialmente la de codificar lo que hasta ahora no había sido codificable, esto es, los intangibles, las redes. Hemos visto muchas empresas, grandes empresas, comprar *startups* o *spin off* a precios muy elevados. Estas últimas no tenían ningún valor desde el punto de vista de los activos capitalistas, muy poco desde el punto de vista del capital inmovilizado y menos todavía desde el de los beneficios producidos. Su único valor era el de la red que portaban. Lo que se compraba eran ficheros informáticos absolutamente similares a las fichas manuales de la clientela de un médico. Ahora bien, estos ficheros se revelaron en extremo decepcionantes por la sencilla razón de que dichas redes ¡sólo tenían valor por y para aquellos que poseían el arte de usarlas! Los asalariados comprendieron entonces el valor de su capital intelectual. Entendieron que su verdadero recurso intangible residía en la contextualización del conocimiento de las redes, pues sin ella estas últimas no dejan de ser unos elementos puramente formales. Porque el verdadero saber hacer de las redes no es independiente del actor que las usa, del actor que las cuida, de la misma forma que un cazador cuida los caminos por los que suele pasar.

Pensemos, por ejemplo, en ese actor que ha ido haciéndose toda una agenda de direcciones con los nombres de personalidades influyentes —directores de cine, de teatro, agentes, organizadores de giras— y dispone de los números de sus móviles personales y no de esos números de teléfono filtrados por algunos secretarios. Estos números no son datos intercambiables. Son datos perfectamente idiosincráticos. Si yo soy ese actor y consigo el número de móvil de tal o cual persona importante es sólo por lo que

soy. El dato depende de unas relaciones precisas y el número no puede ser utilizado por cualquiera. Esto significa que incluso si alguien se apropia de mi agenda, ésta sólo le servirá si yo le presento, previamente y a este efecto, a cada una de esas personas. Este ejemplo ilustra perfectamente que la contextualización es la comprehensión de los recursos relacionales; que evidentemente éstos no son independientes del actor; que son difícilmente apropiables de forma anónima, difícilmente transferibles. En este sentido, el soporte (fichero con los números de teléfono) no vale gran cosa. Lo que vale es mi relación con quien ha hecho ese soporte. ¿Qué valor tiene la biblioteca de un gran escritor cuando éste la dona[16] a un organismo público?

Digitalización y contextualización

Lo esencial es la dimensión de contextualización de la información digital. Esta información que codifica la red no es el elemento que tiene valor. En otras palabras, el fichero como simple fichero o el *software* genérico vale, en efecto, muy poco. Lo que tiene valor es la adaptación del *software* general a una situación particular, lo que se denomina *progiciel*, esto es, la capacidad de contextualizar, de saber hacer uso de la cosa, es decir, el conocimiento y no la información. No es la simple capacidad de almacenar y recordar la información, de hacer cálculos de aplicación

16 Recientemente la colección de arte negro de André Breton se dispersó en las subastas en perjuicio de aquéllos que pensaban, con razón, que la reducción de esta colección a un número finito de piezas repartidas entre diferentes coleccionistas suponía la pérdida irreversible del valor propio de la colección del propio Breton, para quien era importante que estas piezas permanecieran juntas y conservaran su singular combinación. Brancusi pensaba algo parecido cuando exigió y obtuvo del Centro Pompidou que las esculturas de su taller no salieran del marco donde habían sido creadas. Incluso en materia de patrimonio cabe observar la existencia de elementos inmateriales más sutiles que la suma de los objetos y los muros que lo componen.

coyunturales, sino la capacidad de condensarla, de agregarla de una forma original e inteligente, en definitiva, de elevarla a símbolo. Dicho de otra forma, es preciso que a los elementos que componen la información en sí misma vengan a añadirse otros elementos no codificables que permitan la propia cognición, tanto el aprendizaje como la interpretación, la transmisión, la creación o la innovación. Para quien la proporciona, la información suele ser un conocimiento codificado, digital, pero descontextualizada no sirve de mucho. En la medida en que está codificada, la información pierde mucho valor. Lo que vale, desde el punto de vista de la inteligencia que la va a recibir, es la posibilidad de interpretarla, de utilizarla apropiadamente. Lo que cuenta, por lo tanto, son los conocimientos que abren la posibilidad de hacer las cosas que aún no éramos capaces de hacer. En particular, lo que permite que otra persona se apropie de esos conocimientos informáticos de forma inteligente y aprenda a usarlos. No se trata de copiar una receta sino, justamente, de aplicar de forma contextualizada, inteligente, unos conocimientos. Paradójicamente, la digitalización permite, en el fondo, la automatización, la codificación de unos conocimientos intelectuales que se reducen a información, a bases de datos o a programas, para permitir la ejecución de tareas repetitivas a gran escala.

A gran escala, la digitalización revela el valor crucial de lo que denominaremos *inmateriales 2*. Si por *inmateriales 1* entendemos aquello que en los conocimientos procede de lo codificable, los *inmateriales 2* aluden a todo lo que en el conocimiento o en los servicios inmateriales no es codificable ni repetible, sino singular en cada momento, esto es, el halo que rodea los conocimientos, aquello que permite aprenderlos, aplicarlos, hacer un uso inteligente de los mismos; en otras palabras, inteligencia cognitiva como actividad o proceso, mucho más que cognición como producto o resultado. A diferencia de las teorías clásicas del

signo y la información, los teóricos de la cognición han demostrado hasta qué punto el aprendizaje, el conocimiento innovador, moviliza precisamente unos recursos inmateriales siempre implícitos.

A veces son implícitos en el sentido de no explicitables a través de los medios técnicos disponibles; otras no son explicitables por definición. Es decir, lo explicitable puede ser catastrófico. Ikujiro Nonaka e Hirotaka Takeuchi lo han demostrado en el ámbito, actualmente muy desarrollado del *Knowledge Management:*[17] en un buen número de casos, los procedimientos de explicitación no funcionan. A menudo el procedimiento de interiorización de reglas y normas lleva a resultados mucho mejores porque, una vez interiorizadas, los asalariados van a adaptarlas, a realizar una lectura interpretativa mucho más innovadora, mucho más adecuada a la particularidad de cada situación. Así pues, si se quiere una aplicación del espíritu de la regla, y no de su letra, será necesario, precisamente, quedarse a nivel de la regla y ser, en consecuencia, fiel al espíritu y no a la letra; será necesario, precisamente, quedarse en la regla general que subsume globalmente pero no desciende a lo particular. Explicitarlo todo puede conducir a la catástrofe. Ejemplos de ello son la cortesía, el arte de la evocación, el erotismo, el arte del compromiso, el rechazo —en pintura— de la obra muy acabada; se trata, precisamente, de lo que le queda a la inteligencia frente a la explicitación integral de un programa informático, donde la totalidad de lo que se hace está explicitada, preprogramada y es totalmente legible, pero sólo ejecutable con un ligero margen de variación y una capacidad cuasi nula de innovación.

17 Ikujiro Nonaka, Hirotaka Tekeuchi y Marc Ingham, *La connaissance créatrice, la dynamique de l'entreprise apprenante*, Bruselas, De Boeck, 1997.

Nunca disponemos de toda la información necesaria para captar el elemento en su singularidad y esto tanto porque carecemos de la potencia de cálculo para hacerlo como porque sale caro, ya sea en tiempo de cálculo, en tiempo de información o en el tiempo que se dedica a ello. Trabajamos, por lo tanto, en un marco de racionalidad limitada. Y donde la inteligencia se expresa, justamente, en contextos de racionalidad limitada, ya sea en forma de la toma de decisiones colectivas, en forma de inteligencia de un sólo cerebro o, en particular, en forma de inteligencia en red. Por consiguiente, estos elementos explican que al lado de los *inmateriales 1* —elementos codificables, eventualmente mercantilizables en forma de informaciones (bases de datos, programas informáticos) o traducibles en procesos pilotados por ordenador—, esté la actividad de «proyectuación», esto es, la aplicación específica a un caso, el aprendizaje o la transmisión del «saber gestionar» [*knowledge management*], los usos para hacer cosas que aún no sabemos hacer; todas ellas actividades que no son reducibles a unos bienes «mercantilizables» de entrada. La digitalización lleva a cabo la incorporación de una parte del trabajo intelectual e inmaterial en los procedimientos de trabajo codificados pero al mismo tiempo revela, como contrapunto, el valor superior de esos *inmateriales 2*; el hecho de que el empleador no pueda apropiarse digitalmente de estos últimos reabre un espacio de negociación y de poder a favor del asalariado.

Esto es lo que el sociólogo Olivier Godechot,[18] estudioso de las salas de contratación de las entidades financieras, ha demostrado a propósito del poder de negociación

18 Olivier Godechot, Paul Lagneau-Ymonet, «D'un rapport salarial favorable à un autre. Les professionnels de la Bourse 1970-2000», en Patrice Baubeau, Chantal Cossalter, Catherine Omnès, *Le Salariat bancaire: enjeux sociaux et pratiques de gestion*, París, Presses de l'université Paris Ouest-Nanterre, 2009, pp. 193-224.

de los *traders* frente al de los PDG[19] de los grupos financieros. Godechot verificó este poder en la sala de reuniones de un gran banco donde un equipo de *traders* logró negociar, amenazando con abandonar la entidad, unas primas extremadamente elevadas, gracias a que estos últimos eran depositarios de un saber absolutamente distinto de los algoritmos que manejaban. Los algoritmos y el sofisticadísimo equipo que los rodeaba y que cabe incorporar como capital (*hardware* y *software*) tienen el contrapeso de un verdadero saber hacer situacional. Este saber hacer es, en primer lugar, colectivo, porque los *traders* trabajan de forma colectiva más allá del perímetro del parqué financiero y de su empresa, y está asimismo ligado a un conocimiento empírico de los buenos interlocutores, de los buenos canales y de las buenas inversiones, así como a la invención constante de nuevos conocimientos, nuevos productos, nuevas relaciones. Parece obvio, por lo tanto, que estos asalariados particulares se defiendan como tenedores, en tanto lo son, de un capital intelectual. Se trata, además, de un capital intelectual del que la empresa no puede apropiarse; peor aún, de un saber que corre el riesgo de perderse con la marcha de estos asalariados. La capitalización del saber por parte de la empresa se halla en un nivel aún más elevado. Estos asalariados del trabajo inmaterial tienen un capital de *inmateriales 2*: su trabajo no es sólo cualificado sino que contiene tantos elementos que únicamente son dominables de forma individual, tal competencia cerebral —*su* biblioteca, su cerebro biblioteca cabría decir retomando la expresión de Borges—, que se pueden permitir no estar atados a la empresa. Están completamente fuera de la empresa, en la misma medida en que llevan su saber incorporado.

La intelectualización de la producción, la progresión de los *inmateriales 2*, hace que numerosos asalariados ocupen una posición que pone en crisis la apropiación

19 Presidente y director general de una empresa [N. de la T.].

clásica de la relación salarial. De ahí la invención de cierto número de técnicas destinadas a retener a estos asalariados —ahorro salarial, ciertamente, pero sobre todo *stock options*— que, como vimos anteriormente, permiten constatar que la empresa los considera como un recurso y que, aun sin derecho de propiedad sobre ellos, necesita mantenerlos dentro de su perímetro.

Hemos puesto el ejemplo de los *traders* y de las profesiones relacionadas con el mundo financiero pero cabría evocar a los consultores, a los publicistas, a quienes logran expresar cosas que los estrategas de las empresas son incapaces de sintetizar.[20] Porque la actividad cerebral más potente reside en una capacidad de síntesis que no es lo analítico elevado al cubo o a una potencia exponencial, como clásicamente ocurre con los ordenadores, sino que es, precisamente, una capacidad sintética *a priori* de producir una cosa distinta del contenido analítico de una solución preprogramada. En otras palabras, el cerebro hace cosas que al ordenador le cuesta mucho llevar a cabo y los programas de inteligencia artificial tienen que adaptar el funcionamiento del ordenador a la modelización cerebral.

Cualificación y competencia

Una de las actividades aparentemente banal y, sin embargo, fundamental es lo que ahora se conoce como lo relacional en la acción colectiva. Pero, ¿cómo apreciarla? Se trata de una noción actualmente central en las entrevistas

20 A través de una larga experiencia en el DESS «Politique d'emploi et développement social de l'entreprise», dirigido por Renaud Sainsaulieu en el Instituto de Estudios Políticos, el autor de estas líneas ha podido apreciar el papel de los consultores de empresa en este ámbito gracias a Geneviève Dahan-Seltzer, Gérard Galienne, Bernard Eme y Jean-François Chanlat. Gracias, asimismo, a Antoine Rebiscoul, a quien este análisis de la publicidad debe mucho.

de trabajo. Plantea enormes problemas de evaluación. Ahora bien, se trata, efectivamente, de lo que hemos visto presentarse bajo el concepto de competencia o de empleabilidad, que han terminado destronando al de cualificación.[21] No se trata del nivel de conocimientos que usted haya alcanzado, sino de su grado de autonomía, es decir, del saber ser, del saber hacer, del saber sin más. La aplicación de los conocimientos, la capacidad de llevar adelante proyectos, habida cuenta de que ahora todo se organiza por proyectos, éste es el quid de la cuestión. Lo relacional forma parte de la competencia del individuo.[22] Lo que se busca ya no es el buen uso de su competencia, de sus brazos o de una parte de su cerebro, sino su empresarialidad. Este programa de desarrollo de la autonomía y de las capacidades de respuesta del asalariado plantea serios problemas al derecho laboral y no es probablemente ajeno a una nueva forma de sufrimiento en el trabajo. Porque el derecho laboral se constituyó frente al código de comercio como un freno contra el ardor del empleador por apropiarse del individuo en su totalidad, de su cuerpo y de su alma, de su inteligencia, para retener al trabajador bajo las órdenes de su empleador y en el lugar de trabajo. Se constituyó, en definitiva, contra todo lo que había llevado a la invención de la esclavitud moderna.[23] Ésta es la razón por la que el derecho laboral terminó limitando de forma estricta el poder asimétrico del empleador —asimétrico en la medida

21 Aludiremos a las obras escritas por Philippe Zarifian sobre este tema: *Compétences et stratégies d'entreprise. Les démarches compétences à l'épreuve de la strategie de grandes entreprises*, París, Liaisons, 2005, y *Le travail et la compétence: entre puissance et contrôle*, París, PUF, colección «Le travail humain», 2009.

22 Idea ampliamente desarrollada por Luc Boltanski y Ève Chiapello en *El nuevo espíritu del capitalismo*, París, Gallimard, 1999 [ed. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal. Cuestiones Antagonismo, 2002].

23 Véase nuestro *De l'esclavage au salariat*, París, PUF, 1998 [ed. cast.: *De la esclavitud al trabajo asalariado: economía histórica del trabajo asalariado embridado*, Madrid, Akal. Cuestiones Antagonismo, 2006].

en que el trabajador asalariado no tiene equivalente—, al plantear como norma fundamental que el empleador nunca podría ser, salvo de forma delictiva, propietario del trabajador y sólo podría apropiarse de su fuerza de trabajo o de su capacidad en los estrechos límites de un cometido concreto. Pero lo que es fácil de definir en el caso del trabajo físico, el de un peón agrícola por ejemplo, se vuelve mucho más complejo en el de una actividad que moviliza todo el cerebro. Así pues, el empleador está enormemente tentado a inmiscuirse en la cabeza de su empleado para hacerlo más responsable de la buena marcha de su negocio.

Esto es lo que les sucede a los cuadros, a los ingenieros, a los agentes comerciales, lo que los lleva a la locura o al suicidio.[24] Porque la vieja regla de unas tareas estrictamente definidas y de un horario preciso ha pasado a la historia. Desaparece rápidamente en la medida en que lo que se empieza a confiar a la gente son proyectos. A esto se le llama autonomía. El proyecto se lleva a cabo sin límites de horario, se lo lleva uno a casa, etc. Hoy ya no se contrata a las personas por su empleabilidad sino por su competencia, esto es, no se contrata a quien sea inventivo sino a quien sea directivo, a quien tenga una personalidad atractiva. Todo esto forma un todo indisociable que provoca un aumento exponencial de la tensión nerviosa. Se plantea entonces el problema de su evaluación y de su generalización. Lo que antes se pedía a los cuadros superiores hoy se pide a niveles de jerarquía cada vez más bajos. Quienes se suicidan en France Telecom son los ingenieros, no los cuadros financieros. Los *traders* no se suicidan demasiado aunque sí son grandes consumidores de todo tipo de psicotrópicos.

24 Christophe Dejours, *Souffrance en France: la banalisation de l'injustice sociale*, París, Points-Essais, 2009.

El trabajo de cuidados

Otro ejemplo: el trabajo de cuidados,[25] que cabría definir como el hecho de ocuparse del *care*, esto es, de singularizar la prestación de servicios mucho más allá de la clásica *customization*. Cada cliente ha de ser considerado como una persona singular, sobre todo en determinadas circunstancias, allí donde hay problemas de dignidad humana pendientes de reinstaurarse en una organización del trabajo totalmente deshumanizada; en otras palabras, no se cuida igual a un enfermo terminal que a un joven paciente sometido a un simple tratamiento quirúrgico. Todos estos elementos constituyen singularizaciones de situaciones. El tratamiento del dolor, tan poco tenido en cuenta en la administración codificada de los cuidados, proporciona un buen ejemplo. Actuar ajustándose al protocolo o aplicando procedimientos estandarizados no es sólo insuficiente, sino que tiende más bien a desembocar en situaciones intolerables. No existen reglas generales a aplicar: existe una regla general pero es preciso «renegociar» su aplicación en cada situación concreta.

Estos elementos se convierten en valiosos porque el valor se crea mucho más en la prestación de servicios que en los elementos materiales, a los que nadie presta la más mínima atención. Pensemos en los hoteles de súper lujo. Para rentabilizar las enormes inversiones realizadas es preciso que sus clientes estén contentos. Ahora bien, este tipo de detalles son precisamente los que pueden determinar la pérdida de un cliente que se deja dos mil dólares por noche en una *suite*. La causa de su pérdida no puede

25 El autor usa el término de *caritariat* que define como neologismo procedente de *care*. Aquí hemos preferido recurrir a la expresión «trabajo de cuidados»: nos parece que refleja con más claridad la cualidad del trabajo a la que se refiere, a partir de la traducción ya acuñada de la voz inglesa *care* por la castellana *cuidado* [N. de la T.].

ser la prestación, pues ésta es técnicamente la misma en todos los establecimientos de lujo. Un establecimiento se distingue de los demás si es capaz, precisamente, de destacar por la competencia de su personal. Pero esta competencia no proviene de un nivel de cualificación proporcionado por una escuela de hostelería, sino de un saber hacer. De resultas, los empleados se percatan de que lo que fundamentalmente están vendiendo no es su tiempo de trabajo, sino un servicio singularizado, contextualizado, creativo, para el que han de disponer de márgenes de maniobra y de posibilidades de innovación. Evidentemente, esta ideología general del *care* viene modulada. No se corresponde demasiado con la realidad de un buen número de empleos cuyo primer objetivo dice ser el servicio a los clientes. Cuanto más se desciende en la jerarquía, de una forma más ridícula se trata esta cuestión, sobrecodificando y sobrehumillando a un personal constreñido a despachar sonrisas y amabilidad cuando ciertas normas draconianas de rentabilidad las prohiben entre bastidores. Esto no es óbice para que la toma de conciencia de ser poseedor de una competencia, de una singularidad, suscite estrategias frente a la empresa por parte de los trabajadores cualificados, tanto más cuanto que a diferencia de la descualificación industrial, la descualificación digital de las tareas revela crudamente que, a menos que se los acose moralmente, la empresa no puede apropiarse de lo que son los trabajadores.

Esta vuelta al valor humano plantea un serio problema a los empleadores —es algo muy difícil de evaluar— así como riesgos de arbitrariedad para los empleados —una intromisión intolerable del empleador que se salta todas las trabas tradicionales, los pretiles del código laboral, en tanto el capitalismo cognitivo aspira a apropiarse del cerebro.

La invasión de lo cognitivo

La invasión de lo cognitivo en la organización productiva de la sociedad es una cuestión crucial. Por eso usamos el término «capitalismo cognitivo». Pero el capitalismo cognitivo o la sociedad del conocimiento no alude a un sector ligado a la producción de conocimientos, esto es, a la investigación, a algunas industrias *high tech*, etc. Acabamos de ver que la financiarización ha penetrado el conjunto de la economía, que la economía más inmaterial está atravesada de parte a parte por las finanzas. Pues bien, la penetración de lo cognitivo en la economía, incluso de la economía más material, es aún más fuerte que su financiarización. Porque igual que en el dominio de la complejidad, de la interacción de las externalidades múltiples, la única forma de ver claro es acentuar lo cognitivo, lo relacional y la producción de soluciones inteligentes. Por otra parte, en un sistema gobernado por la búsqueda del máximo beneficio, de la mayor rentabilidad de los capitales invertidos, lo cognitivo se impone de forma creciente ya que es donde se puede materializar el máximo valor.

A medida que la digitalización va transformando todo en información, a medida que se apropia de toda la producción, de la circulación, del consumo,[26] todo va reduciéndose a bancos de datos, a programas informáticos, a máquinas que funcionan, todas por igual, mediante sistemas de explotación. La reducción a la codificación digital desemboca en la desvalorización de lo que no sea

26 Véanse los análisis de Bernard Stiegler, quien habla de hiperconsumismo pero también, y ésta es una noción muy interesante, de *proletarización* generalizada en la economía del conocimiento mediante la expulsión de los saberes de los cerebros y la desposesión de los individuos de las capacidades, destacadas por el filósofo Gilbert Simondon, de individuación por identificación con el conocimiento y no con sus efectuaciones parciales y desarticuladas. Véase *Bernard Stiegler. Pour une nouvelle critique de l'économie politique*, París, Galilée, 2009.

inteligencia y de lo que no constituya implícitamente inmateriales. Lo esencial del valor se desplaza, por lo tanto, hacia la producción de nuevos conocimientos, hacia la producción de lo vivo en tanto complejo, lo cual conduce, en consecuencia, a una profundización de esta carrera hacia los metadatos, hacia los metaniveles, habida cuenta de que lo valorizado son los *inmateriales 2* o intangibles de segundo nivel, ligados a la singularización de las cosas, a su halo cognitivo, es decir, el conocimiento implícito.

Esta orientación aparece en los programas de investigación de la Universidad de la Singularidad,[27] fuertemente patrocinada por Google y la NASA, instalada en California y que persigue la modelización y codificación informática de las operaciones cerebrales de aprehensiones sintéticas, es decir, precisamente las que singularizan; las que implican a sus actores e inventan. La singularidad es entonces la transformación cualitativa ligada a la acumulación de progreso científico que nos hace bascular hacia un nuevo universo en ruptura con el universo que ya conocemos y que habitualmente nos conformamos con extrapolar. Estos programas retoman los proyectos de «inteligencia artificial», cuyo propósito no consistía en reducir el cerebro a un ordenador que funciona bien, sino en simular por ordenador el funcionamiento cerebral mediante diferentes técnicas y, entre ellas, el examen de las reacciones químicas vinculadas a la excitación neuronal. Este proyecto de inteligencia artificial ha permitido ciertamente incorporar en programas informáticos procesos cerebrales de tratamiento y clasificación de la información, al igual que ha logrado codificar, repetir con seguridad, operaciones sintéticas bastante complejas del cerebro.

27 Véase http://singularityu.org/

Sin embargo, cuando se habla, por ejemplo, de que el ordenador aprende soluciones, lo que se quiere decir es que nos situamos en una capacidad memorística de la máquina informática de tal magnitud que todas las experiencias pasadas pueden ser repetidas, escudriñadas y analizadas: esto es lo que ocurre cuando el Deep Blue, el ordenador de IBM, juega contra los mejores ajedrecistas del mundo. Esto sucede esencialmente gracias a una sutil modelización de las situaciones (partidas) pasadas y a su copresencia inmediata en los circuitos cerebrales informáticos (algo evidentemente imposible en el cerebro humano), que permiten al ordenador imaginar un abanico de respuestas a situaciones concretas. Y en su juego contra el ajedrecista humano, la respuesta del ajedrecista artificial, que llamamos «inteligente», reside, conforme a las palabras de Herbert Simon,[28] en esa capacidad de memorización ilimitada, de elevadísima potencia de tratamiento que aventaja a la solución informática frente a nueve de cada diez cerebros humanos.

En este estadio es preciso retener que la extensión de la codificación digital a las funciones cerebrales es particularmente intrusiva tanto en la esfera privada y emotiva del individuo como en los afectos colectivos que se desarrollan en las redes sociales. La explotación de las informaciones proporcionadas en tiempo real abre espacios a la explotación a secas así como a mecanismos de dominación que suponen un verdadero desafío para una política pública contemporánea. Al mismo tiempo, lejos de atarnos de forma unívoca, la invasión de lo cognitivo codificado revela los recursos de la inteligencia cuando actúa en un entorno complejo y su carácter irreductible a la complejidad.

28 Véase *Models of bounded rationality: Behavioral Economics and Business Organisation* (vol. 1 y 2), Boston, The MIT Press, 1982.

Capitalismo cognitivo y crisis financiera

Antes de la crisis, ya en el año 2002, se había llegado a la idea de que el capitalismo cognitivo era inestable por razones estructurales. Inestable, en primer lugar, porque la tecnología digital crea problemas fundamentales en la producción de conocimientos destinados a fabricar bienes que se asemejen a bienes públicos. Recordemos que los bienes públicos son completamente particulares: no son divisibles, como la luz del faro que no se puede repartir ni hacerse exclusivamente visible para quienes la hubieran pagado; no generan rivalidad, esto es, el disfrute de un servicio público por una persona no priva del mismo a los demás usuarios; no son transferibles, es decir, alienables por un particular que no los devuelva. Codificar bienes públicos para convertirlos en mercancía es siempre, por lo tanto, una tarea ardua e incluso, probablemente, suponga una contradicción fundamental. Esto explica el enfrentamiento, hoy permanente, en torno a los derechos de propiedad intelectual. Ahora bien, al capitalismo le resulta muy difícil funcionar sin derechos de propiedad y sin derechos de apropiación privativa. He aquí, por consiguiente, un primer factor de inestabilidad de cuyo crecimiento hemos sido testigos: el caso Napster, que se inició en 1999, alimenta desde hace diez años una crisis ininterrumpida de los derechos de propiedad; tenemos las leyes de 2002, la circular europea de 2004 sobre los derechos de propiedad, las tentativas de reglamentar Internet y las descargas denominadas «gratuitas». Y la batalla continúa.

Estamos, por lo tanto, ante una crisis evidente tanto de las patentes como de los derechos de autor e incluso de las marcas, habida cuenta de que la tecnología digital acentúa las posibilidades de pillaje de marcas e imágenes. Ésta es la primera forma de inestabilidad, inherente, además, a la economía digital. Aunque sea muy cara de producir, una

vez inscrita en un soporte informático —y a diferencia de lo que ocurre con los soportes analógicos tipo periódico, libro, CD o disco— la información digitalizada se vuelve muy fácil de copiar y de reproducir. Su coste marginal tiende a cero. Es decir, el coste suplementario de un ejemplar será prácticamente nulo. Esto implica un problema permanente de mercantilización.

Estamos ante una primera contradicción del capitalismo cognitivo: la revolución digital que le ha permitido codificar muchas cosas y que, aparentemente, también hacía posible la transformación en mercancía de bienes aún no mercantilizados (pensemos, sobre todo, en la educación) dificulta, en la práctica, la mercantilización.

El segundo factor grave de inestabilidad es la dificultad de acumular capital intelectual en forma de trabajo cognitivo en las empresas, la dificultad de atarlo a las empresas o de atarlo mediante el régimen del trabajo asalariado, que no es, al fin y al cabo, más que una modalidad histórica y no necesariamente eterna de la actividad dependiente. Asistimos, por lo tanto, a una crisis del trabajo asalariado. El principal vector de subordinación del trabajador asalariado era la privación de su herramienta de trabajo y la necesidad, en el fondo, de una gran cantidad de capital para producir cualquier bien o servicio. Un cirujano que trabaja en un hospital necesita, para producir, una dosis considerable de capital fijo. Posee, es cierto, un capital intelectual extraordinario pero este capital está totalmente ligado a un utillaje que pertenece al Estado o a una clínica privada.

Por lo tanto, independientemente de su grado de cualificación previo, el asalariado estaba, en general, fuertemente ligado a su empleador y su subordinación quedaba asegurada por una creciente acumulación de máquinas, de toda suerte de equipamientos. Pensemos, por ejemplo,

en un desarrollador informático. Éste desarrolla unas líneas de código, que son la fuente actual de la mayor parte de los productos y que permiten que funcione el conjunto de bienes materiales, bienes inmateriales y servicios. Y para hacerlo sólo necesita una red informática (el pago de una conexión a Internet con línea telefónica ADSL) y su ordenador portátil, que vale entre seiscientos y dos mil quinientos euros, como máximo. El capital necesario se ha contraído considerablemente y el desarrollador asalariado tiene la sensación de producir un bien exactamente igual que un artesano cuando producía una mesa o una vasija cerámica. Se encuentra, por lo tanto, en condiciones de reivindicar su cualidad de productor, lo que socava los cimientos del edificio salarial. Ésta es la razón por la que las leyes que rigen la propiedad del *software* han previsto que los programas escritos por un asalariado en el marco de su cometido laboral pertenezcan a la empresa. Es decir, los derechos de autor corresponden a Microsoft y no a sus desarrolladores de Redmond.

Un número creciente de desarrolladores estima, sin embargo, que a título individual o colectivo, como en los equipos de desarrolladores de *software* libre, su trabajo pone en tela de juicio el derecho de propiedad intelectual de la empresa. Para empezar, porque el producto de su elaboración es un bien colectivo que debería ser libre. Ésta es la posición defendida por Richard Stallman, para quien este bien no debería pagarse nunca como propiedad intelectual aunque los gastos de producción materiales (como los soportes de los ficheros) no lo hagan forzosamente gratuito. Se trata de un cuestionamiento tanto del modelo económico asentado sobre la venta de un producto por el que los desarrolladores reciben su remuneración, como del hecho de que los productos elaborados por estos últimos puedan ser apropiados y explotados por una empresa.

En segundo lugar, estos desarrolladores ponen en tela de juicio su estatuto de asalariados, en el sentido de que un asalariado no es propietario de lo que produce. El propietario de ese producto es, por definición, quien adelanta las condiciones de trabajo y paga los salarios, y quien, por esa razón, se convierte en propietario del fruto del trabajo de los asalariados. Ahora bien, los desarrolladores tienden cada vez más a reivindicar derechos de propiedad sobre su trabajo. Tanto más cuanto que, como hemos explicado anteriormente y en especial en Microsoft, para retenerlos en la empresa y subordinarlos a la relación salarial reciben *stock options*. Lo cual equivale a decir que, en el fondo, están siendo reconocidos como co-participantes del capital, como coproductores de las condiciones de producción. ¿Y esto qué significa? Que como la digitalización pone de manifiesto de forma cada vez más flagrante, se está ocultando el hecho de que el capital intelectual y, en consecuencia, el cerebro del trabajador, se han convertido en el capital fundamental.

El uso de la fuerza de trabajo podía incorporarse a la máquina pero el uso del cerebro, el producto del cerebro, constituye lo digital. Por consiguiente, cuando el uso de la fuerza de trabajo coincide con el uso del cerebro, multitareas, multifunciones, etc., estamos ante una verdadera crisis del sistema salarial. El régimen salarial sigue vigente pero más bien entendido como una garantía de ingreso, como la remuneración de un asalariado que cede la propiedad del producto a la empresa. Esta tendencia ha sido también acentuada por el hecho de que, desde que se reconoce que la patente no se aplica al *software* aunque compete a los derechos de autor, el desarrollador asalariado de Microsoft se pregunta por qué no es retribuido en relación al resultado económico de su trabajo, sino en función del tiempo de trabajo. Esto explica el florecimiento de las *spin off* y de las *startups* de la era informática. Los informáticos se han puesto a trabajar por cuenta propia, a

desarrollar de forma autónoma sus productos y a venderlos como si fueran artesanos, desconfiando de las firmas multinacionales que antaño les pagaban a destajo en tanto asalariados.

Inestabilidad constitutiva del valor de los bienes digitales

Tercer elemento: los bienes de la información pueden presentarse simultáneamente como productos muy caros, a causa sobre todo de su coste de producción, y como productos de valor cero debido a su estatus de bienes públicos.[29] Esto pone en tela de juicio el conjunto del sistema de precios y, por ende, los de los bienes digitales producidos por las industrias culturales. En lo sucesivo, cada vez más empresas tendrán un valor situado entre el infinito y cero. La tentación de las empresas a ceder es, en consecuencia, importante, como ponen de manifiesto el irresistible ascenso del *hard discount* y la invasión de la gratuidad, tan exasperantes para muchos economistas pese a todo incapaces de relacionar esta epidemia con la transformación real de la economía mediante la desmaterialización digital. Se trata, evidentemente, de conquistar una posición monopolística mayor. En consecuencia, la industria digital, las industrias culturales se encuentran, lo quieran o no, implicadas en una doble configuración donde deben evolucionar: por un lado, un dominio de acceso público mucho más amplio que el de las muestras publicitarias gratuitas; por otro, unas zonas cada más monopolísticas,

29 Esta idea ha sido desarrollada por los economistas estadounidenses J. Bradford y A. Michael Froomkin, «Speculative microeconomics for Tomorow's Economy», *First Monday*, vol. 5, núm. 2, febrero 2000 (http://131.193.153.231/www/issues/issue5_2/delong/); y por Philippe Aigrain, *Cause commune, l'information entre bien commun et propiété*, París, Fayard, 2005.

con monstruos como Murdoch o TF1 que, a escala francesa, ha llegado a controlar hasta el 40 % de la audiencia y el 60 % del mercado publicitario.

Esto constituye un factor de inestabilidad suplementario (cabría hablar de un funcionamiento en forma de *burbujas de creaciones*). En efecto, los mecanismos clásicos de la competencia, supuestamente susceptibles, pese a su rudeza, de permitir la emergencia de nuevos talentos y de nuevas empresas, son eliminados de raíz habida cuenta de que los canales de difusión están controlados de forma cada vez más severa por la gran industria cultural. Las *majors* aspiran a acaparar el mercado absolutamente, aunque no siempre logren evitar el impacto de algunas derrotas catastróficas frente a la digitalización. Ayer obligadas a capitular ante Apple y su iPod y hoy ante su iPhone, mañana tendrán que hacerlo ante su iPad, su tableta consola/televisión/ordenador. Aunque el modelo económico de la firma de Cupertino siga siendo propietario, es también lo suficientemente inteligente como para comprender la necesidad de una plataforma de acceso gratuito como única base de venta posible de sus productos. Las *majors* se han enfrentado y vencido desde el punto de vista jurídico a Napster, Grokster, Gnutella y Kazaa, pero han tenido que ceder ante iTunes y pronto se verán obligadas a hacerlo ante Google. Es decir, han preferido rebajar enormemente sus pretensiones, aun a riesgo de tener que aceptar la venta por piezas de fragmentos musicales, y lo han hecho a un precio del que primero no habían querido ni oír hablar. Cuando iTunes, que controla el mercado, dijo estar dispuesta a difundir los títulos sin derechos, las *majors* tuvieron que aceptar sus reglas del juego.

Y esto no es más que el principio: nos dirigimos hacia la sustitución del catálogo limitado por el catálogo digital infinito. Todas las *majors* que han montado sus sitios como portales exclusivos y de pago han fracasado. Desde

el punto de vista del funcionamiento del mercado, las políticas tradicionales de precios están siendo superadas por la explosión, en vigor en el transporte y la alimentación, del modelo *low cost*. Es decir, se proponen unos precios muy bajos para el producto porque el objetivo es sacar dinero de los abonos contratados o de los productos consumibles (lectores, periféricos, accesorios o productos derivados sin más[30]). ¡Esto explica que la impresora termine costando menos que el cartucho de tinta! Ésta es, asimismo, la política de las compañías telefónicas, que han renunciado a cobrar el *hardware* (el teléfono) y lo compensan mediante los contratos con abonos de cuota de servicio y su duración.

Un sistema inestable a partir de ahora

También asistimos a una brutal contracción del ciclo de vida de los productos. Lo hemos visto con los aparatos de televisión: hicieron falta veinte años para que el conjunto de las familias se equipara con los televisores en blanco y negro mientras que al televisor en color le han bastado siete años. Y si pensamos en las nuevas invenciones como el móvil, su difusión ha sido fulminante. La contracción

30 Estos productos derivados no tienen nada que ver con los productos financieros que hemos analizado. En materia de propiedad intelectual, los productos derivados, cubiertos por derechos emparentados con los derechos de autor, permiten rentabilizar numerosas actividades. Los clubes de fútbol ya no ganan el dinero necesario para su funcionamiento a través de la venta en taquilla en los estadios, sino gracias a la venta de los derechos de retransmisión o a las *royalties* inscritas en las camisetas adquiridas por los hinchas. *Star Wars* recaudó más dinero de la venta de figurillas que de la venta en taquilla. Si la Fox hubiera imaginado algo así para su *Cleopatra*, película de costes faraónicos, podría habérselas ingeniado para que no pasara a formar parte de su columna de pérdidas. Estos productos derivados ponen de manifiesto, no obstante, la importancia adquirida por la interacción y la interdependencia, habida cuenta de que los nuevos modelos económicos se apoyan cada vez más en la explotación de esta propiedad.

del ciclo de vida de los productos resulta problemática porque la innovación permanente hace más inestables a las empresas. Antaño el control tecnológico de las empresas estaba garantizado por unas patentes que duraban veinte años, lo cual ha sido remplazado por innovaciones que funcionan durante tres años, el ciclo de la informática. Esto conlleva un ciclo de vida del producto mucho más corto y explica que el ritmo de innovación se haya vuelto crucial y muy desestabilizador. Algunos factores están relacionados con cuestiones supuestamente resueltas por la teoría de la competencia. Otros son nuevos y conciernen al impacto de lo digital sobre la aplicación de los derechos de propiedad intelectual y, en particular, de las patentes. Patentar un producto durante quince años ha dejado de tener sentido en el ámbito de la informática donde los sistemas de explotación y las capacidades de memoria cambian en tres años. Y esto no es más que el principio ya que la Ley de Moore, que prevé *grosso modo* una duplicación de las capacidades de tratamiento y de memoria de los ordenadores cada año y medio —¡un aumento considerable!—, se lleva verificando desde hace ya treinta años. Por otra parte, el paso de la era de silicio a la del almacenamiento infra-atómico traerá consigo capacidades de memoria similares a las de las neuronas cerebrales. Por consiguiente, dispondremos de ordenadores capaces de almacenar tantas conexiones e informaciones como un fragmento de cerebro humano, algo absolutamente revolucionario.

En consecuencia, todos estos elementos de progreso tecnológico acelerado hacen del sistema clásico de las patentes, de los derechos de autor, del secreto, algo extremadamente aleatorio y muy arriesgado. Pensemos en la firma más capitalizada del mundo, es decir, Google, asentada en trescientos mil ordenadores, cifra que ciertamente representa una batería de capital fijo considerable, y doce mil asalariados, pero fundada sobre todo en el secreto

celosamente guardado de su algoritmo. Imaginemos que ese secreto se desvela. Trescientos mil ordenadores es mucho pero nada insuperable al precio actual de los ordenadores y teniendo en cuenta las transformaciones que van a experimentar desde el punto de vista de su capacidad. Esto pone de manifiesto la fragilidad de Google respecto a su personal y la necesidad de la firma de Mountain View de mantener un potente consenso respecto a su misión civilizadora.

El secreto, la patente, los derechos de autor e, incluso, las marcas, se han vuelto sorprendentemente frágiles. Cabe estimar además que el sistema global de la propiedad intelectual es particularmente vulnerable por no haber sabido llegar a un compromiso. Las verdaderas figuras productivas, los verdaderos actores son el cognitariado, los trabajadores del cuidado —lo que Richard Florida denomina la *creative class*. Ésta sólo es explotada en el nivel 2 *(inmateriales 2*) y se la suele dejar tranquila en el nivel 1 por los servicios prestados en el 2. Es decir, que aún no tiene que preocuparse por saber qué cenará por la noche. Se trata de la gente que trabaja en los estudios de arquitectura, en los medios de comunicación. Lo que se explota en la *creative class* es su capacidad de innovación: no se trata de la explotación habitual de la fuerza de trabajo en el sentido marxista. Pero la falta de reconocimiento del papel productivo de esta clase, en relación con la vieja economía, hace que el conjunto de los derechos sociales, del sistema de protección, de la representación de los asalariados en la empresa, etc., no haya encontrado aún un terreno de compromiso real. Cabe estimar que este compromiso estará ligado a la abolición de las constricciones del trabajo clásico todavía vigentes en el sistema de trabajo asalariado.

Hasta 2007, las crisis financieras recurrentes fueron la expresión de estos desequilibrios. La crisis financiera del verano de 2007 inscribe en el orden del día no sólo la idea de una extensión del capitalismo cognitivo y de su regulación, sino también las contradicciones existentes entre el capitalismo cognitivo y todo lo no cognitivo. La elección de Obama, y el cierre del paréntesis G. W. Bush, partidario de un complejo militar-petrolífero, permite la recuperación de un proyecto de especialización estadounidense en lo cognitivo que, por otra parte, ya había sido iniciado por Clinton. Las contradicciones globales que afectan al sistema aparecen de forma más clara. Una parte del capitalismo cognitivo suponía que el trabajo material terminaría siendo ampliamente deslocalizado en China, en la India. Pero este sistema tampoco es viable por razones esta vez relacionadas con la ecología. En primer lugar, porque los países del Sur no quieren limitarse a desempeñar el papel de fábricas del mundo. Aunque así lo quisieran, la agitación social de sus propios obreros les disuadiría de esa idea. Además, los países del Sur quieren adquirir las tecnologías más recientes y no tienen ganas ni de quedar relegados al papel de fábricas de bajo coste y débil valor añadido, ni de hacer las veces de papelera medioambiental de los países del Norte. El lazo inextricable creado entre China y Estados Unidos, que el historiador estadounidense Niall Ferguson ha denominado *Chimérica*, hace inviable la posibilidad de reequilibrar el sistema mediante una gran crisis que lo purgaría reduciendo el excedente comercial chino y los déficit estadounidenses. Porque la caída de Estados Unidos arrastraría inmediatamente a China. Todas estas tendencias plenamente vigentes desde la década de 1990 se han acentuado en la primera década del siglo XXI. Lo cual nos llevaría a concluir que la inestabilidad del sistema mundial es un elemento estructural ligado a la sólida interdependencia entre el punto más avanzado del capitalismo mundial, que sigue siendo Estados Unidos debido a su liderazgo en materia de capitalismo cognitivo, y China,

el taller del mundo. A esta interdependencia se suman las contradicciones internas del propio capitalismo cognitivo distintas de su ya conflictiva relación con el capitalismo industrial. Sólo un nuevo compromiso institucional en materia de relaciones laborales y, por ende, una mutación genética del sistema de trabajo asalariado, sería capaz de desanudar esta crisis que persistirá de ahora en adelante en el corazón de las reactivaciones del crecimiento. Tras haber recorrido la crisis financiera en todas sus dimensiones, ha llegado la hora de preguntarnos si «la salida del capitalismo ha comenzado»,[31] tal y como anunciaba André Gorz en uno de sus últimos escritos pocos meses antes del verano de 2007.

31 «La cuestión de la salida del capitalismo nunca ha sido más actual. Se plantea hoy en unos términos y con una urgencia de una radicalidad nueva. Debido a su propio desarrollo, el capitalismo ha llegado a un límite tanto interno como externo que es incapaz de superar y que lo ha convertido en un sistema que sobrevive gracias a subterfugios destinados a esquivar la crisis de sus categorías fundamentales: el trabajo, el valor, el capital», André Gorz (2007). Texto publicado en la revista Ecorev (http://ecorev.org/spip.php?article641).

4. ¿Estamos saliendo del capitalismo?

Así como el capitalismo industrial nos libró y liberó del capitalismo esclavista —aunque para ello haya hecho falta todo un siglo de sobresaltos—, el capitalismo cognitivo comporta un aspecto liberador, emancipador, respecto al modelo capitalista precedente. El capitalismo cognitivo es, en última instancia, el sepulturero del capitalismo industrial: hace palpable la posibilidad de un mundo donde el trabajo asalariado, el régimen laboral más extendido, deje de ser la norma y donde la apropiación privativa de la riqueza deje de ser el alfa y el omega de la vida económica y social. Y lo más importante, debido a la intensidad de las contradicciones que ha reproducido a escala global, el capitalismo cognitivo también apunta algunas pistas de salida del capitalismo *a secas*. A mediados de la década de 2000, en una época marcada por un fuerte crecimiento, podíamos no tener conciencia de ello y conformarnos con esperar que el capitalismo cognitivo suplantara lo más rápidamente posible la lógica del capitalismo industrial.

Los últimos desarrollos de la fortísima crisis financiera alimentada por las contradicciones del nuevo capitalismo emergente —en particular, por la ausencia de un compromiso social y político estabilizador así como por la

intensidad de una crisis ecológica aún más profunda—, han provocado la reaparición en el horizonte de algo que había desaparecido totalmente: la posibilidad de una *bifurcación histórica* del capitalismo. En este sentido, nos encontramos con pocos marxistas en una situación increíblemente marxista. Porque la posibilidad de esta bifurcación permite volver a imaginar una transformación social radical, ya sea en forma de un nuevo New Deal sin guerra o en la de un proceso mucho más caótico.

La reapertura de lo posible

Con la caída del Muro de Berlín y el aplastamiento de la primavera de Pekín nos sumimos en la idea de que el capitalismo de mercado era el horizonte insuperable de la humanidad. El hundimiento de la RDA y la desagregación (o, simplemente, la descolonización) de la URSS hirió, por primera vez de gravedad, al socialismo real: las banderillas de esta larga corrida comenzaron a ser clavadas con las revueltas polaca, alemana y húngara, pero la estocada final llegó, sin duda, con la transición comunista china al capitalismo. El triunfo *a posteriori* de la socialdemocracia europea a la Anthony Giddens o a la Tony Blair (que pudieron decir tranquilamente con Eduard Bernstein, «¡El objetivo final no es nada, el movimiento lo es todo»!) no duró demasiado. El mensaje de la «vieja casa», como decía Léon Blum (los partidos socialdemócratas que rechazaron las veintiuna condiciones de la III Internacional Comunista), había perdido, evidentemente, su signo distintivo. El comunismo de Estado hacía buena pareja, y en términos envidiables, con el capitalismo de mercado, mientras la izquierda democrática atemperaba el mercado globalizado aún peor de lo que, en su aurora, Bismarck había moderado la gran empresa capitalista.

En el fondo podemos sentirnos bastante cerca de André Gorz. Retomando la provocadora pero fecundísima idea de los grandes reformistas revolucionarios (los que parieron transformaciones fundamentales, transformaciones que hicieron habitable la sociedad pese al mercado y al capitalismo), éste decía que la salida del capitalismo ya había comenzado. Y tenía razón porque los grandes acontecimientos históricos no siempre se presentan ante nosotros a bombo y platillo o con una vanidosa tarjeta de visita en la mano.

Algunos lanzan hoy, haciendo gala de un involuntario sentido del humor, un llamamiento a «salvar el capitalismo»; otros acostumbran a proyectar su «abolición». Lo que antes se relegaba al ámbito de la amable utopía surge ahora, por lo tanto, como un posible. Un posible absolutamente distinto de aquel socialismo que muriera mucho antes de nacer el partido de mismo nombre. ¿La cuestión consiste entonces, como ha dicho Bernard-Henri Lévy cogiendo, aunque muy tarde, el toro por los cuernos, en inventar una nueva esperanza de transformación sobre la triple base del antifascismo, el antirracismo y el antitotalitarismo? ¿O acaso no convendría abandonar esta santa trinidad, al igual que la República y la Nación, pero sin escupirles encima? Sencillamente, ésta ha dejado de servirnos en la búsqueda de innovaciones políticas y económicas y, sin ellas, el pensamiento de izquierdas queda reducido a nostalgia literaria. ¿No habrá llegado ya la hora de despertar al pensamiento radical o revolucionario de su largo sueño dogmático?

Cabe pensar que lo que vuelve a presentarse es la posibilidad de llevar a cabo nuevas experiencias, aún demasiado imprecisas en la década de 1990; pero desde entonces ha llovido mucho, veinte años de neoliberalismo y una media de una crisis financiera cada tres años.

Tomemos el ejemplo del *social business* de Mohamad Yunus, que ha recibido numerosas críticas, no todas carentes de sentido.[1] Algo parecido sucedía en tiempos de Marx y tras las grandes revoluciones de 1848 con las críticas dirigidas a las experiencias de comunismo o socialismo utópicos como las comunidades de Owen. En aquella época se dijo que estas experiencias eran el árbol que no dejaba ver el bosque del capitalismo. O peor aún, que desempeñaban el papel de exploradores militares de la mercantilización capitalista, de la misma forma que los misioneros siempre habían precedido a los cañones del colonialismo. Éste es uno de los reproches que hoy recibe la economía social y solidaria. Se la acusa de ayudar al capitalismo a localizar los sectores más jugosos así como de amortiguar la desesperación social. El *social business* también puede verse, en los casos de India o Bangladesh, como un microcapitalismo privado floreciente y como un elemento regulador del capitalismo en general. Un poco como el sector público ha regulado el capitalismo desde 1880 hasta nuestros días y le ha dado así la posibilidad de sobrevivir. El capitalismo ha conseguido sobrevivir a la socialización de la producción y al hecho de que Francia, por ejemplo, o Alemania, dediquen respectivamente el 31 y el 30 % de sus PIB al gasto social. La economía social y solidaria, el modelo social del *social business* tiene, por lo tanto, sus límites. A estas críticas se suma una objeción relativa a su factibilidad: la crisis financiera ha acarreado la pérdida severa de un buen tercio del valor de los activos financieros detentados por los diferentes fondos (de pensiones, especulativos, de seguros). Los tiempos de la prosperidad fácil para los mercados y del crédito ilimitado para los Estados han quedado atrás. Una separación más estricta entre las actividades de depósito de los bancos que recogen los

---

1 Para un balance equilibrado del microcrédito, véase el último libro de Esther Duflo, *Lutter contre la pauvreté*, tomo 1, *Le développement humain*, y tomo 2, *La politique de l'économie*, París, Le Seuil/Collège de France, colección «La République des idées», 2010.

ahorros y las actividades especulativas de los bancos de inversión, la caza y captura de depósitos para restablecer la liquidez bancaria está secando los márgenes que permitieron el desarrollo del microcrédito y el crecimiento en paralelo de la burbuja financiera.

¿Reforma radical o revolución?

¿Economía solidaria, microcréditos, zonas liberadas de la moneda central (sistemas de economía local) no serían más que simples «falsos gastos de la producción capitalista»? La experimentación no es en absoluto suficiente; peor aún, induce a error. Los revolucionarios meten el dedo en la llaga de la debilidad de las experimentaciones para inferir la necesidad de romper el sistema operando una ruptura radical. Este viejísimo argumento, tan viejo como la I Internacional, ha encontrado una nueva juventud con los teóricos del decrecimiento duradero como François Partant[2] —fallecido en 1987 pero de influencia decisiva— o Serge Latouche.[3] Más allá de la definición de crecimiento, la ecología es realmente portadora de esta idea de ruptura radical —radical en el sentido de ir a la raíz, puesto que preconiza una verdadera ruptura con el modelo productivista—: no sólo no producimos biosfera, sino que aún estamos muy lejos de haber aprendido a dejar de destruirla y, sobre todo, de saber cómo trasladar esta exigencia al corazón de la actividad económica. Más vale, por lo tanto, abstenerse de actuar o producir cuando dicha producción destruye las condiciones de posibilidad de toda producción y vida futuras. No convirtamos el principio de precaución en una metafísica absurda de la pusilanimidad, sino en el principio indispensable para

2 François Partant, *La Fin du développement*, París, Maspero/La Découverte, 1982.

3 Serge Latouche, *Le Pari de la décroissance*, París, Fayard, 2006.

el tratamiento de todo lo complejo.[4] Ya sean ecologistas o revolucionarios de corte clásico, los teóricos de la ruptura hablan de la necesidad de abolir el capitalismo.

Esta bella evidencia choca, sin embargo, con un obstáculo importante. Subestima la capacidad de recuperación del capitalismo. El capitalismo ha presentado históricamente dicha facultad y nada permite decir que la haya perdido. El autor del *Manifiesto comunista* ya observó esta capacidad de supervivencia al interesarse, al final de sus días, por el desarrollo de las sociedades por acciones. El comunismo de la insurrección de la Comuna engendró el Estado bismarckiano, la III República de los derechos sociales y una transformación de la forma jurídica dominante de la empresa. Antes de convertirse en el formidable trampolín para el nacimiento de las multinacionales y los gigantescos monopolios que levantaron sus capitales sobre el ahorro popular durante el medio siglo siguiente (1871-1914), las sociedades por acciones disolvieron la noción de propiedad individual para transformarla en una propiedad *de sociedades* que se presentaba como propiedad *de la sociedad*. Al institucionalizar dicha propiedad, esta forma de empresa inscribía en la realidad, lo quisiera o no, pero en general de mala gana, una perspectiva irreversible de socialización de la producción. El capitalismo de mercado formó entonces un híbrido con el Estado y la sociedad civil que confirmó todos los miedos que Marx había albergado respecto a la democracia representativa, más emparentada con el elogio de la propiedad burguesa de John Locke que con los movimientos de los *niveladores*

4 Aplicar el principio de precaución donde corresponde el simple cálculo de riesgo, demostrar la inanidad en ese caso (el de la gripe H1N1 y la brillante aplicación de este principio a la simple probabilidad de extensión fulminante de una epidemia) para contestar la inscripción de ese principio en la Constitución sólo es fruto de la deshonestidad intelectual inspirada por los grupos de presión más desaconsejables del mercantilismo especulativo.

o los partidarios del reparto de bienes de la Revolución Inglesa de 1644 a 1660. ¿Acaso el capitalismo habría buscado esa conquista metódica de un cimiento social para protegerse de las sacudidas revolucionarias, particularmente frecuentes e imprevisibles en Francia?

Sin ninguna duda. Hoy existe un número suficiente de personas, cuyos ingresos dependen de las inversiones financieras, como para que la amenaza de cerrar la Bolsa o de prohibir ciertos tipos de establecimientos financieros como los fondos de pensiones o los fondos especulativos mediante una regulación de los tipos de interés, las operaciones y las tasas que las afectan, pudiera acabar enfrentando a una estrechísima minoría (10 %) con la aplastante mayoría de la población. Casi la mitad de la población del Centro se ha convertido en propietaria aunque el resto no lo sea. Con estas diferentes formas de propiedad y de renta nos vemos cerca de los repartos a los que nos han acostumbrado las democracias representativas: un 40 % frente a un 45 % y un margen de indecisos que lo son no sólo por dudar, sino por encontrarse en una situación material incierta.

Dejemos de lado la cuestión de la propiedad de la vivienda habitual y centrémonos en una forma de propiedad mucho más «comprometedora» respecto al sistema capitalista, esto es, la propiedad de unos activos que sólo tienen valor en la medida en que valorizan capital y contribuyen a la regla del 15 % de rendimiento mínimo anual. Esta división juega a escala interna pero también se declina a escala internacional. Sirvan de ejemplo los famosos fondos de pensiones tan aborrecidos en Europa continental. Los principales gigantes de las finanzas, como los fondos de los funcionarios japoneses, de los californianos o de los noruegos, financian la protección social de categorías que no se benefician del sistema de reparto para vivir su tercera edad (excepto algunos importes ridículamente bajos). Ahora bien, estos fondos de pensiones

(¡estadounidenses pero no sólo!) poseen participaciones determinantes de la propiedad de grandes empresas del CAC 40 francés y de la mayor parte del corazón industrial mundial. No obstante, la increíble exigencia de obtener un 15 % de rentabilidad en las inversiones, que asfixia a los obreros y empleados de las firmas prósperas, no sólo traduce el gusto por el lucro de sus dirigentes. Los adinerados rentistas sólo logran justificar salarios y primas que representan cinco mil años de SMI respaldándose en una renta más difícil de cuestionar: la de las jubilaciones de las clases medias del Centro. Ahora bien, ¿qué les importa a estas últimas que dos mil millones de seres humanos dispongan de dos veces menos dólares al día que las vacas o las ovejas subvencionadas, y eso en regiones muy poco apropiadas para el pastoreo y el cultivo alimentario, y cuyos bosques tropicales, fauna y flora se destruyen sistemáticamente? Como tampoco cabe esperar de unos obreros industriales igualmente enfrentados a los problemas de la jubilación y, sobre todo, del empleo, que tengan un sentimiento internacionalista ilimitado, parece evidente que la cuestión de las alianzas de clase, de las capas sociales, o como las queramos llamar, se vuelve un asunto espinoso. Los vituperios de Lenin contra la aristocracia obrera parecen notablemente moderados a la luz de lo revelado por la verdadera estructura de la renta a escala planetaria. Y es, sobre todo, en este plano en el que los teóricos de la ruptura subestiman las facultades de resistencia y adaptación del capitalismo, que ha sabido construir de forma metódica y renovar de manera cotidiana sus apoyos «populares» pudientes.

Dichos críticos radicales también subestiman el capitalismo cognitivo que, como hemos explicado anteriormente, se ha desplazado ya del «sector 1» de la producción clásica de miel al «sector 2» de la polinización. Sencillamente porque, en términos de riqueza económica posible, ahí hay mucho más dinero por hacer. Pero también porque

es ahí donde se forman las olas sobre las que el capitalismo surfea ganándose los favores de las nuevas clases productivas que crearán su Saint-Simon. Ahora bien, quien dice nuevas posibilidades de riqueza y, por ende, de valor económico apropiable, dice también nuevos márgenes de compromiso y, entre ellos, la capacidad de cooptar nuevas elites. Por ambas razones, tocar a muerto por el capitalismo en general parece un tanto precipitado.

¿Estamos entonces condenados a hundirnos en una siniestrosis cínica y realista? En absoluto, en la medida en que los defensores de una ruptura radical se enfrenten con la inteligencia del capitalismo, el capitalismo se enfrentará, en lo sucesivo, con la inteligencia a secas. No con la honestidad, ni con la grandeza moral, ni con la delicadeza ética. No, con la inteligencia. El capitalismo industrial no tuvo demasiadas preocupaciones mientras su único rival fue la grandeza de espíritu. Adversarios más tenaces fueron los modelos socialista y comunista que rivalizaron con él en el plano de la racionalidad global de la industrialización, de la coordinación, alternativa al mercado, de enormes unidades, al pretender disputarle la comprehensión de la realidad. Un capitalismo asentado en la captación de la polinización, de la interacción compleja, se apoya en gran medida en el libre despliegue de la actividad humana inteligente. Éste es el terreno donde el capitalismo se enfrenta con un límite interno. Y jugar con ese límite, desmultiplicarlo, abre la posibilidad de inventar una nueva política inteligente. El camino es largo.

La supervivencia de las abejas y el devenir abeja de la economía política

¿Qué enseñanzas cabe extraer del periplo recién recorrido entre la crisis financiera de ayer y la crisis presupuestaria de hoy, las transformaciones productivas ya emprendidas

en el seno de un mundo complejo y la transformación ecológica total que se está produciendo ante nosotros? Una polinización que reviste una forma cognitiva para los humanos, una polinización ecológica para el conjunto de lo vivo del que los humanos también forman parte. Puede resultar un tanto extraña esta idea de promover un devenir abeja de los humanos, en vez de un devenir hormiga o cigarra, y una polinización en la noosfera, cuando la abeja real está peligrosamente amenazada en la biosfera. Pero ahí está, sin duda, la conquista de una forma de civilización muy superior a la grosería insondable y a la mediocridad humana de las dos anteriores realizaciones históricas del capitalismo. La paradoja quiere que esta transformación de la actividad humana sea también la condición de una mayor eficacia en un mundo de abundancia infinita de recursos mentales y de creciente escasez de recursos naturales. En un mundo complejo, esta eficacia productiva es algo al mismo tiempo necesario e ineluctable. Sin duda ofrece al capitalismo la posibilidad de disfrutar de una tercera vida, probablemente menos brillante, más subalterna y más limitada, como en los tiempos de su primera vida mercantilista cuando aún no había emprendido su plan de dominio total sobre el espacio, la naturaleza, la memoria, la vida y, finalmente, la empatía y la interacción, llevando a cabo una intrusión sin precedentes de la que la película *Minority Report* da una idea mucho más ajustada que *1984* de George Orwell. Pero esto exige una humildad y una sabiduría que no suele abundar entre los financieros. Y menos aún entre los poderosos. Ahora bien, el poder conquistado por las finanzas internacionales de mercado, este santo entre los santos del capitalismo, es de tal magnitud que recuerda al de la Iglesia del siglo XII. A los políticos, ya fueran reyes, emperadores o republicanos, les costó varios siglos reducir el poder eclesiástico. Pero hoy, como sucediera en 1789 con las bodas entre la nobleza de toga y el dinero, los políticos y la alta administración del Estado forman un matrimonio tan bien

avenido con las altas finanzas, que la tarea de desenmarañar el poder del Estado del lucro, eso que suele llamarse interés económico general o los «negocios», alcanza la dimensión de los trabajos de Hércules y, más precisamente, del trabajo de limpieza de los establos de Augias.

Ahora bien, la polinización digital y la economía de contribución implican una descentralización e, incluso, un descentramiento del poder, algo que nunca fue plato de gusto de los césares. En su estado actual, la economía política lleva casi un siglo acostumbrada a ejercer de sirvienta de César y de Craso. Su servilismo le impide descodificar la situación y proponer nuevos modelos creativos.

Por consiguiente, la economía política tradicional no es el único obstáculo al advenimiento de una economía de polinización y de contribución. Lo construido desde el Renacimiento bajo el nombre de política no siente una atracción espontánea por la polinización. Pero, ¿cuáles son las implicaciones prácticas de una política de polinización?

Una prioridad: asegurar la polinización de las abejas

Las matemáticas financieras utilizadas en las salas de negociación de los grandes bancos recurren a la modelización empleada por el francés Bachelier para dar cuenta del movimiento browniano de los átomos: así lo señalaba, muy crítico, Benoît Mandelbrot.[5] Recientemente se ha descubierto que el movimiento del polen en el aire presenta las mismas características. Esto traduce perfectamente la extraña *performance* de las finanzas de mercado, que se

5 «Benoît Mandelbrot: "Il était inévitable que des choses très graves se produisent"», *Le Monde*, 17 de octubre de 2009; disponible en http://www.lemonde.fr/economie/article/2009/10/17/benoit-mandelbrot-il-etait-inevitable-que-des-choses-tres-graves-se-produisent_1255238_3234.html.

mantienen al acecho sobre la verdadera actividad de las abejas, su dedicación al polen, que los financieros huelen en el aire, entendiendo intuitivamente, más allá de toda la sofisticación de sus modelos,[6] que para captar el valor no es preciso sumar los beneficios actualizados,[7] sino seguir las huellas del polen. Aun sin comprender del todo la polinización, las finanzas se pegan a su rastro y dejan totalmente de lado a las abejas. Es decir, el carácter antisocial de las finanzas de mercado no procede simplemente de la codicia (como se grita a los cuatro vientos como si se hubiera redescubierto la rueda, cuando las cartas están echadas desde el episodio bíblico del becerro de oro), sino de un error teórico profundo: el malentendido respecto a las fuentes reales de la formación de la riqueza. Las finanzas entienden mejor que los «productores» industriales que la riqueza no se forma únicamente en la empresa, sino prioritariamente en la circulación. Pero consideran esta última como una circulación de productos financieros basada en la confianza. De forma más radical, el error teórico de las finanzas (que explica su desenvoltura al modo del Antiguo Régimen respecto a la actividad y al trabajo) reside en considerar el papel de las externalidades positivas en

6 Revelemos el secreto de estos nuevos agoreros incapaces de mirarse entre sí sin esbozar una sonrisa: como los valores a alcanzar antes de que el modelo cambie ya están dados, para saber qué valores conviene introducir se procede por retropolación. En otras palabras, además del conocimiento pomposamente codificado en los algoritmos, el conocimiento implícito, que va desde la lectura de la prensa especializada al trato con los George Soros de turno, pasando por el tráfico de información privilegiada, suele ser, junto a la velocidad de transmisión de las órdenes de compra o venta, el elemento crucial que marca la diferencia. El emperador matemático está completamente desnudo. O como diría Montaigne, «en el más alto de los tronos del mundo seguimos sentados sobre nuestros propios culos».

7 Como señala Antoine Rebiscoul, ahí reside la diferencia entre el oficio del contable, que tiene en cuenta el contenido de los libros *(in the book)*, y el del financiero, que trata de evaluar el valor futuro.

un solo sentido, el de su cosecha, despreocupándose totalmente de su producción. Las finanzas de mercado se han situado perfectamente en el terreno de la verdadera riqueza (la polinización humana y no la miel o la cera de los hombres) pero se encuentran todavía en el estadio paleolítico. Sólo saben recoger, cazar, aprovechar las «oportunidades», como bien traduce su vocabulario, y finalmente lanzarse a una actividad predadora del medioambiente vivo de la noosfera. A semejanza de los conquistadores que descubrieron América, las finanzas tampoco han comprendido que las externalidades se producen; viven de una renta que tenderá a reducirse a medida que vayan devorando el fruto de la actividad de polinización humana sin preocuparse de cuidarla (algo que al menos han comprendido los apicultores).

La producción mediante polinización humana supone la instalación o preservación de las colmenas. Supone la existencia de barbechos multiflorales donde los enjambres puedan acceder a una alimentación diversificada. En la naturaleza es preciso contribuir a la supervivencia de las abejas librándolas de los Regent, de los Gaucho y de los Cruiser, de todos esos contaminantes químicos que las matan, disminuyendo los abonos no biológicos que están sepultando la biomasa. Cada día descubrimos que la alimentación industrial impone nuevos y más estrictos estudios y controles sobre las consecuencias a largo plazo de las moléculas químicas presentes en los OGM o en los plásticos. Los Gaucho, Regent o Cruiser de la polinización humana se llaman jerarquía maníaca, acoso físico y moral a través de la precarización, estrés por los resultados, modo de retribución en función del rendimiento, coerción sobre la mano de obra asalariada improductiva y eliminación de la protección social destinada al disciplinamiento.

La polinización sólo funciona en sociedades opulentas donde las necesidades humanas fundamentales como comer, dormir o guarecerse del frío, están cubiertas pero donde el hombre tiene otras necesidades que satisfacer: necesidades sexuales, culturales, necesidad de una crianza familiar, de recibir amor, de estar conectado a una red. De lo contrario, el ser humano deja de ser sociable para convertirse en una bestia bastante más salvaje que los animales, que sólo matan para comer. Pierde el respeto a la vida. Deja de interesarse por la colaboración espontánea y sólo obedece a la constricción. Se deshumaniza. Las sectas de diverso pelaje y los campos de concentración del siglo XX han sabido sacar el máximo partido de esto. Por su parte, la polinización supone sociedades *civilizadas* pero no sociedades disciplinadas.[8] Las abejas que viven en buenas condiciones medioambientales y con pocos predadores a su alrededor polinizan correctamente. La introducción de abejas asesinas dificulta y puede llegar a impedir la polinización. De la misma forma, la angustia por los resultados o por el rendimiento falsea el funcionamiento de la sociedad. Las abejas salvajes, por ejemplo, producen bastante menos miel y son menos polinizadoras porque los osos, los insectos nocivos y los parásitos amenazan sus enjambres. Son, por lo tanto, más frágiles. Lo mismo sucede con todo lo relacionado con la actividad cognitiva, siendo la vida, por lo demás, la actividad cognitiva por excelencia. En efecto, la vida puede definirse como el aprendizaje y conocimiento del entorno y la conquista de una capacidad de reacción inteligente en el medioambiente. La teoría darwinista plantea así la idea de una evolución que no sería concebible sin una innovación permanente,

---

8 «La pollinisation, elle, suppose donc des sociétés *policées* et pas de sociétés de police»: la versión francesa recurre a un juego de palabras —intraducible al castellano— basado en el lexema compartido por el participio *policée* y el sustantivo *police*, etimológicamente asociado a los sentidos de administración, regulación, civilización y disciplina [N. de la T.].

sin una aportación de respuestas a las transformaciones del medioambiente y la reproducción de la vida. La supervivencia es el fruto de una respuesta de adaptación, de transformación, en un entorno complejo caracterizado por el advenimiento de nuevos acontecimientos. No sería exacto describir este mundo vivo como el reino de la ley del más fuerte. La tesis de Darwin nada tiene que ver, por otra parte, con esa idea. Lo que rige es la ley de la respuesta colectiva más inteligente. Y en el caso del bípedo sin plumas más bien mal dotado físicamente, es decir, nuestro caso, lo que ha permitido la evolución de las condiciones de supervivencia en común ha sido el crecimiento del cerebro. La polinización humana a través de la noosfera que ésta contribuye a consolidar y a extender no está sólo relacionada con el lazo social, tema ampliamente abordado por los sociólogos de la ciudad, sino que es indispensable para la inteligencia colectiva o conectada.

Economía de contribución y polinización

La polinización es, por consiguiente, una forma de acción en un medio interactivo que contribuye a la generación de formas duraderas de existencia. Una interacción no tiene por qué ser necesariamente buena; también puede ponerse al servicio de causas nefastas. La diseminación, el intercambio múltiple son diferentes de la polinización. Las avispas realizan un trabajo útil cuando limpian toda suerte de carroña de una forma mucho más minuciosa que los pájaros o los mamíferos carroñeros. Al poner sus huevos, las moscas activan la descomposición de organismos muertos. Pero ni unas ni otras han contribuido nunca, directamente, a la reproducción del conjunto de la biosfera. La intensificación de los intercambios, la movilidad nómada, son condiciones necesarias pero no suficientes de la polinización. Una economía de intercambio (como la economía financiera que ha desarrollado el intercambio

en un nivel de intensidad nunca visto en la historia de la humanidad) puede operar al servicio del reciclaje de dinero negro, de la corrupción o de la especulación descarada, aunque esta última arruine a cientos de millones de personas. Es librecambista de burdel en el sentido más originario de la palabra, pero no contributiva. No participa directamente en nada relacionado con la generación de vida humana, cultural, social y biosférica. Es más bien tanatocrática. La defensa de esta economía del intercambio múltiple generalizado afirma ciertamente que en tanto productora de dinero, es decir, de un bien susceptible de usarse para cualquier cosa, también puede generar cosas útiles financiando causas humanitarias, científicas, artísticas o ecológicas. El dinero no tiene olor. En principio, también podría ser contributivo, indirectamente. De esta suerte, y al igual que otras muchas, la Fundación Bill Gates financia causas «nobles» que compensarían la renta adquirida por Microsoft desde hace treinta años en nombre de la propiedad intelectual. El problema es que si miramos de dónde sale el dinero que esta fundación dedica cada año a las buenas causas, nos damos cuenta de que procede de los intereses devengados por los capitales invertidos en los mercados financieros a partir de la dotación inicial y, por lo tanto, en el 90 % de los casos, de los *hedge funds* más especulativos. Aprovechemos para añadir que las prestigiosas universidades estadounidenses que tratamos de imitar con cuarenta años de retraso hacen lo mismo. Aquí estarían los límites del buen uso de un dinero adquirido a través de la renta, combustible para alimentar el motor insaciable de la especulación financiera menos escrupulosa. Así pues, no es extraño comprobar que la «generosa» acción del programa de vacunación de la Fundación Bill y Melinda Gates en África, financiado tal y como ya sabemos, conduzca a compras sistemáticas de medicamentos propietarios en detrimento de los medicamentos genéricos.

Cartografía de las economías

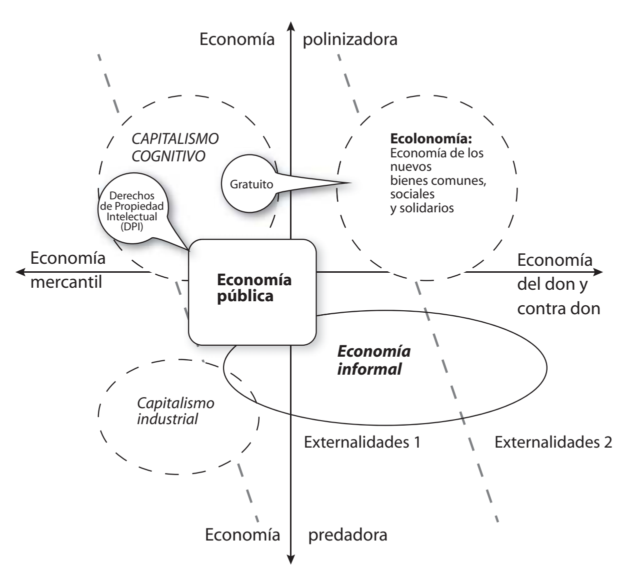
Es preciso favorecer la polinización contributiva directa sin excluir, de entrada, la polinización basada en los intercambios realizados en los mercados financieros y, por lo tanto, indirecta. La financiación por parte de fundaciones privadas cuyo éxito reposa en la inversión de su capital en actividades útiles tanto para la biosfera como para la noosfera no es algo que deba rechazarse de forma sistemática. Pero es preciso examinarlas antes de ponerles la etiqueta de polinizadoras (es decir, de útiles para un sistema complejo[9]). ¿A qué criterios deberíamos recurrir? Es necesario preguntarse si la suma de los efectos negativos mercantiles y no mercantiles generados por la especulación financiera es inferior a la de los efectos positivos mercantiles y no mercantiles que genera. El intercambio mercantil y el intercambio no mercantil (la economía del don y del contra don) no agotan todas las categorías de la polinización o de la contribución. Cabría representar el conjunto del campo económico debatiéndose entre dos polos opuestos: en el eje horizontal colocamos la economía de intercambio y en el vertical, la economía de contribución.

En el eje horizontal del intercambio, que obedece al principio de una medida basada en la equivalencia, se declinan tres modalidades: la del intercambio mercantil y, por lo tanto, monetario de mercado, la del intercambio no mercantil pero regulado como cuasi mercantil, como, por ejemplo, los servicios públicos y, por último, la del intercambio no mercantil basado en un patrón de medida puramente simbólico (reputación, valor, confianza).

9 En estructuras simples, el criterio de utilidad es fácil de establecer. En un sistema complejo, antes de calificar una acción o un agente cualquiera como útiles o nocivos es preciso ser capaz de proceder a un análisis global. En un mercado globalizado, los intercambios son complejos. Razonar en términos de utilidad (¡viva la especulación!) o de inutilidad (¡abajo las finanzas!) es cada vez menos pertinente.

El eje vertical de la contribución no obedece al principio del intercambio de valores equivalentes. Se basa en lo que, en la medida en que queda fuera del precio, es inconmensurable. Pero se declina en función de modalidades polinizadoras o predadoras (véase diagrama explicativo).

En este espacio polarizado en torno a dos ejes podemos distinguir cuatro cuadrantes. El capitalismo cognitivo ocupa principalmente el cuadrante superior izquierdo, entre el mercantil (izquierda) y la economía contributiva polinizadora (mitad superior). En el cuadrante superior derecho se encuentra la economía de contribución polinizadora del tipo *peer to peer* o *ecolonómica*, que significa ecológica (ecolo) y normativa (nomia). Comprende la economía social y solidaria y los sistemas de intercambios locales sin moneda.



La economía pública ocupa una posición más central, a caballo entre los cuatro cuadrantes, aunque hoy siga estando claramente más hacia la izquierda que hacia la derecha. Este tropismo hacia la izquierda se ve reforzado por la privatización y la codificación patrimonial de los derechos de propiedad intelectual.

El cuadrante inferior izquierdo está ocupado por el capitalismo industrial predador y mercantil. El cuadrante inferior derecho comprende la economía informal que se desborda del mismo y se asienta en la economía comunitaria apoyada, a su vez, en el don y el contra don y que, aun siendo contributiva, suele revelarse como predadora de los entornos naturales que ocupa.

La última dimensión de este esquema es el estriado de este espacio de cuatro cuadrantes mediante la división ternaria en tres bandas de 45º orientadas del cuadrante inferior derecho al cuadrante superior izquierdo. A la izquierda del esquema y de la primera línea discontinua, se encuentra la zona puramente mercantil; a la derecha de la segunda línea discontinua, paralela a la primera, se encuentra la zona de las *externalidades 2* (no codificables); entre estas dos líneas paralelas se halla la zona de las *externalidades 1* (codificables). La economía pública, situada en el centro de nuestro esquema, se encuentra en esta banda. La economía del capitalismo industrial se encuentra casi completamente en la banda mercantil. El capitalismo cognitivo se halla, por el contrario, partido por esa banda. La parte que queda en la banda central corresponde a lo que éste ha desarrollado: espacios de gratuidad que le permiten atraer la actividad contributiva y polinizadora y recodificarla indirectamente como mercancía por medio de la propiedad intelectual o de la captación digital de la interactividad en las redes (Google). La *ecolonomía (beeseconomics*, apieconomía) está a caballo entre las *externalidades 1* (codificables en la economía pública o el capitalismo cognitivo) y la ecología.

La economía del don y del contra don, aún dominada por los intercambios de equivalentes en comunidades asentadas sobre bienes comunes, es mejor gestora de los sistemas complejos de la biosfera y de la noosfera que la economía pública tradicional, que ha estado dominada por el capitalismo industrial y ahora tiende a encauzar las *externalidades 2* como *externalidades 1* para codificarlas en derechos de propiedad intelectual.

Por lo tanto, para favorecer la polinización humana es necesario hacer que la economía pública evolucione en dirección al cuadrante superior derecho de nuestro gráfico: que progrese de una economía pública a una economía de los bienes comunes. Atrapada en el tropismo del capitalismo cognitivo, la dirección hacia el cuadrante superior izquierdo constituye una mala opción.

Desarrollar actividades en el ámbito del *care*

La otra gran vertiente de la polinización son las actividades del *care*. Es decir, el cuidado de lo que concurre en el mantenimiento de lo vivo. Lo vivo es superior a lo mecánico, que es seco; el cerebro húmedo está vivo a diferencia de lo mecánico, muerto y deshidratado. Ahora bien, el mantenimiento del cerebro, de la vida, exige muchos cuidados. No es casualidad que el bebé humano nazca incompleto, que requiera una crianza cuanto más prolongada mejor y que el aprendizaje sea algo esencial en su crecimiento. Al nacer, el cerebro no está terminado. Las conexiones neuronales siguen estableciéndose y desarrollándose. El aprendizaje, con sus fuertes márgenes de realización o de variación, desempeña un papel fundamental. Las formas primitivas de vida, que desde el punto de vista instintivo pueden ser extremadamente sofisticadas pero en ningún caso inteligentes, tienen en el ser humano unas posibilidades de evolución mucho más limitadas.

El *care*, medioambiente de la vida cerebral, es una cosa compleja y de un orden aparentemente diferente de lo cognitivo: el *care* es del orden de lo afectivo. Pero el afecto interfiere poderosamente en el pleno desarrollo de las capacidades cognitivas. Aunque sólo sea porque lo cognitivo moviliza la actividad perceptiva y nuestras percepciones están estrechamente ligadas a nuestros afectos. El *care* moviliza el sistema nervioso central pero no sólo las partes «nobles», sino también aquellas que compartimos con los animales, capaces, también ellos, de dispensar un cuidado singularizado a su progenitura e incluso, en ciertos casos, de comportamientos altruistas.[10] La importancia de lo afectivo puede verificarse *a contrario* en alguien que no haya sido nunca amado o que haya sido criado en condiciones dramáticas, como los niños salvajes. La capa más primitiva de nuestro cerebro, reguladora de nuestras emociones, puede quedar traumatizada e incluso llegar a paralizarse después de sufrir, por ejemplo, un bombardeo. Así pues, la parte afectiva más desarrollada del cerebro es terriblemente dependiente del *care*, del contexto afectivo, del contexto simbólico, semiológico, cultural. El cerebro es uno de los órganos más complejos que existen, lo cual significa que las interdependencias entre percepciones, afectos y pensamientos son múltiples.

Tanto si hablamos de biosfera como de noosfera, la partida siempre se juega en un medioambiente complejo: en el primer caso, de cara a conservar un equilibrio frágil, la preservación de la biodiversidad constituye la mejor oportunidad para hacer frente a una mutación de las condiciones de existencia de todo lo vivo y, por lo tanto, de lo humano; en el segundo caso, se trata de preservar las condiciones de la sociedad y de la cultura al objeto de perennizar las lenguas, la educación, la transmisión

10 Dominique Lestel, *L'Animalité: essai sur l'statut de l'humain*, París, Hatier, 1996; *Les Origines animales de la culture*, París, Flammarion, 2001.

de valores y la creatividad social. La atención prestada a las actividades del *care* hoy existentes es ampliamente mejorable; su desarrollo, allí donde se encuentran en un estadio balbuciente, se revela así como la segunda prioridad de una economía contributiva y polinizadora. Cabe plantear, por supuesto, que estamos hablando de principios generales, demasiado generales quizá para conectarlos con el mundo tremendamente repugnante que asalta a miles de millones de seres humanos. Tratemos ahora de inscribir un nuevo interés político por una economía de polinización en la crisis que hemos estado analizando.

¿Qué escenarios, qué soluciones?

Si pensamos que lo más duro de la crisis ha quedado atrás, que el capitalismo ha recuperado sus posiciones, que aplicará unos correctivos y que, por lo tanto, todo va a ir mejor o, según la sensibilidad desde la que se mire, todo irá un poco menos mal, las respuestas son bastante sencillas. Nos dirigiríamos en este caso hacia un capitalismo más regulado: menos mercado desenfrenado, más reglamentación. Ningún cambio estructural fundamental, tan sólo un progreso lento hacia una economía un poco más verde, un poco más social, un poco más cognitiva. Y todo ello a un ritmo mucho más lento de lo que cabría imaginar. Es un escenario donde Obama patina mucho, duda. Europa no tiene ningún papel de liderazgo y, pusilánime como es, se enreda en contradicciones cada vez mayores tratando de salvar los muebles: Tratado de Lisboa, el BCE tal y como es, la Política Agraria Común, etc. Asistimos a una gestión confederal donde cada Estado-nación se apaña con su propia crisis, así como a tentativas difusas de coordinación global que, tras un primer momento, harán brotar las grandes oposiciones entre Europa y Estados Unidos: oposiciones de intereses en Oriente Medio, en el Sur, así como en la lucha antiterrorista. Es un escenario donde

las tensiones intraeuropeas son fuertes, dominadas por los egoísmos del «sálvese quien pueda». En este escenario, la crisis de las hipotecas *subprime* y de las entidades bancarias ha quedado atrás. La economía se halla aún sometida a fuertes turbulencias. Las finanzas —«¡malditas sean!», como nunca se olvida decir cada vez que se alude a ellas— son el origen de estas perturbaciones. Las bases de la economía son sanas, si bien presentan, es cierto, algunos pequeños problemas ecológicos. La inundación ha terminado y con el descenso de las aguas todo volverá a su cauce.

Éste es, supuestamente, el escenario «realista», cínico y superior. La primavera de 2010 tiene en su haber, admitámoslo, las dificultades de Obama con su Congreso, la crisis de las finanzas públicas griegas, de las portuguesas, y los titulares de prensa. En tiempos del imperio francés, los cartieristas decían: *La Corrèze no paiera pas pour le Zambèze* [Corrèze no pagará por Zimbabue].[11] En nuestros días oímos al contribuyente alemán negándose a pagar a las cigarras griegas o a los Estados británico e irlandés rechazando costear de sus bolsillos, es decir, de los bolsillos de sus contribuyentes, de cuatro a cinco mil millones de euros para paliar la quiebra islandesa. Los islandeses, por su parte, se acaban de negar por referéndum a añadir doce mil euros por cabeza a su ya abultada deuda.

Éste es, por desgracia, el escenario que comparten todos los conservadores, en particular, los gobiernos europeos más nacionalistas, más clásicos; también es el punto de vista de la industria tradicional más vinculada a las infraestructuras materiales.

11 En la década de 1850, el periodista de la revista *Paris Match* Raymond Cartier (de cuyo nombre proviene el movimiento) quiso expresar con esta frase que era más importante sostener la economía interna (Corrèze es un departamento francés) que arruinarse con los gastos del imperio colonial (Zimbabue no formaba parte del imperio francés, pero el autor recurre al término para redondear su rima) [N. de la T.].

Pero también cabe pensar que este escenario no se hará nunca realidad porque, paradójicamente, la crisis no ha sido en absoluto superada. Desde el punto de vista financiero aún no se ha apurado la copa hasta el último poso. La debacle financiera continuará, pasando simplemente de su forma financiera a una forma presupuestaria; en su punto de mira aparecerán algunos Estados en cuasi bancarrota y otros obligados a intervenir masivamente para salvar a los primeros. Basta pensar en la estructura de cobertura de riesgos recién creada por las autoridades irlandesas para acoger la friolera de 81 mil millones de créditos tóxicos detentados por los bancos y ampliamente ligados al sector inmobiliario. Evitada a escala global, la poción del rigor financiero reaparece a escala local con sus efectos depresivos.

El paro seguirá aumentando. Estados Unidos está haciendo todo lo posible para aumentar su crecimiento pero todos los indicadores señalan que éste no se reactivará de forma escandalosa ni independientemente de inyecciones masivas. La tradición europea no está tan volcada como la estadounidense en la exigencia del pleno empleo, sino mucho más marcada, en Alemania, por la moneda y en Francia, por la protección social. Europa no va a tener tantos miramientos como Estados Unidos en materia de empleo. Ya hemos visto la reacción de las empresas europeas, que pese a una ralentización económica mucho menos brutal que la estadounidense se han dedicado a «perder grasa». Esta reacción también se debe a que están más globalizadas: las empresas del CAC 40 francés emplean ya la mitad de sus efectivos y realizan más del 50 % de su cifra de negocios fuera del Hexágono, aunque la parte de las industrias deslocalizadas en la Europa integrada corrija la importancia de la deslocalización.

Los Estados van a tener que seguir interviniendo en la economía. Ayer para salvar a los bancos. Hoy para hacer de bomberos de sus vecinos y no ser arrastrados en su caída. Tales intervenciones absorberán recursos sustanciales. Pero esto no será suficiente si el Estado no interviene sobre el conjunto de la economía, sobre su naturaleza misma, estimulando fuertemente la economía futura. Dos premios Nobel estadounidenses han elaborado un informe en el que señalan que el futuro del empleo en Estados Unidos pasa por un salto a la economía cognitiva, a las industrias punta digitales y del conocimiento. Ahora bien, teniendo en cuenta el mal estado de las industrias y su dependencia del crédito, para seguir esta recomendación no basta con establecer constricciones simples, reglamentarias, con decir a las industrias «hala, venga, el recreo ha terminado: ahora toca hacer». La conminación de Nicolas Sarkozy a los empresarios para que dejen de deslocalizar, ilustra perfectamente el renacimiento de un dirigismo verbal y de una condena de la «espontaneidad» de los mercados globalizados. Para hacer creíble la vía de la reindustrialización como llave de algún tipo de recuperación del empleo haría falta la inversión de grandes sumas de dinero en la reconstrucción completa de una industria ecológica en su conjunto. Estados Unidos ha puesto setecientos mil millones de dólares en la caja. Francia ha puesto oficialmente dieciséis mil millones de euros (doce, en realidad), en una Unión Europea que no ha superado los cien mil millones de euros. En cuanto al préstamo para la modernización de cien mil millones solicitado por Henri Guaino, éste terminó reducido a veintiséis.

Ahora bien, si se pretende llevar a cabo esa superación de la contaminante industria material clásica orientándose hacia una industria material no contaminante y, por lo tanto, hacia una industria de lo inmaterial mucho más fuerte todavía, el Estado tiene que invertir mucho dinero en educación, en investigación, en calidad de las infraestructuras,

en transportes, en movilidad. Y, evidentemente, si se hace reaccionar a las personas, el Estado deberá también invertir en flexiseguridad, esto es, en poner mucho dinero en la caja de la protección social.

Todo esto implica la realización de enormes gastos simultáneos por parte de unos Estados ya muy endeudados. Obtener préstamos suplementarios, sobre todo en un contexto de desconfianza de los inversores privados que no ven nada claro hacia dónde se dirigen la política y la economía globales, no parece una tarea fácil. Estados Unidos ha recuperado el control de su situación porque cuenta, gracias a Obama, con una posible estabilidad política. Pero el resto del mundo presenta una situación más que incierta. Europa teme un «Mayo del '68» general del precariado, a China le asustan las revueltas, Rusia está en la situación que está y el Sur se ve afectado por una severa recesión de crecimiento, al igual que México, Nigeria, Sudáfrica e India, esa inestable democracia que linda con un Pakistán sumido a medias en una guerra civil. Es bastante más que plausible que los inversores mundiales no tengan confianza en los proyectos a largo plazo y se refugien en esa vieja conocida, la especulación con las paridades monetarias respectivas del dólar, el euro, el yuan y la libra, deseosos de recuperar un poco de salud tras un periodo de pérdidas elevadas. Este mecanismo se puso ya en marcha especulando con el descenso del euro durante la crisis griega, cuando fuimos testigos de la reaparición de los *hedge funds* como si fueran nuestros nuevos malditos *fermiers généraux*.

El paso a una economía verde suscita una problemática totalmente distinta: la de la rentabilidad en términos privados. Los inversores podrían elegir entre, por un lado, unas perspectivas de confianza en el futuro con un proyecto mucho más coherente para el planeta, mucho más racional, mucho más humano pero con una rentabilidad

muy débil y, por otro, las industrias que han estado funcionando hasta ahora, rentables pero en vías de desmoronamiento, en las que ya no creen ni ellos mismos y a las cuales no van a volver, del mismo modo que no van a regresar a las formas clásicas de las finanzas. Existe, por lo tanto, un serio riesgo de asistir al desencadenamiento de fenómenos de pánico y de ver a una capa de financieros lanzándose a surfear sobre esas olas para recuperar una salud duramente vapuleada. Tampoco está muy clara la forma en la que los Estados podrían salir de la crisis reactivando una nueva mecánica económica sin aumentar de manera intolerable la presión fiscal dentro del estado actual de la economía política de las riquezas —de lo que la gente aún sigue considerando riquezas. No sería posible llevar adelante todas estas reformas sin operar un expolio de la riqueza privada, esto es, sin nivelar una parte de la riqueza privada tanto por la vía del impago, a semejanza del modelo islandés, como por medio de la devaluación monetaria o, de forma más fácil, subiendo los niveles de inflación. Olivier Blanchard, economista jefe del FMI, preconiza un nivel medio de inflación de un 4 %, lo que implica grandes problemas relacionados con la libertad de capitales, cuya circulación y fugas son mucho más importantes que antaño. Y, en cualquier caso, ¿sería posible hacer todo esto sin lanzarse a una emisión monetaria destinada deliberadamente a devaluar la moneda?

En otras palabras, se plantean tres problemas: en primer lugar, reactivar la economía sobre una base completamente nueva, con una industria verde, una economía mucho más cognitiva que la actual, lo que implicaría una reevaluación total de sus funciones en la sociedad y supondría, por lo tanto, una transformación considerable; una economía más social, más solidaria. En segundo lugar, abordar en términos sociales, ya que por el momento no vamos a conseguir hacerlo en términos económicos, el fin de la economía material clásica. En tercer lugar,

cuadrar la financiación de todo esto. ¿Es posible realizar este programa recurriendo a una burbuja especulativa verde, es decir, de acuerdo a la idea de que las finanzas pueden reciclarse creando una burbuja verde con la que atraer las inversiones privadas? Los inversores privados recuperarían la confianza, invertirían su dinero y se les garantizaría unos rendimientos altos. El problema es que no está claro que el ámbito de lo ecológico produzca rendimientos altos. Se trata del terreno de los rendimientos seguros, modestos, a largo plazo, lo cual no es poco. Cabría imaginar una intervención selectiva de las ayudas públicas sobre tipos crediticios que bonificaran las tasas para las industrias verdes y gravaran fuertemente las inversiones nocivas o neutras desde el punto de vista medioambiental. Esta medida implicaría una estricta coordinación a nivel de los grandes bloques (Europa, Japón, Estados Unidos, China, India, Brasil, México, Nigeria y Sudáfrica).

Estos dos grandes escenarios —el de la lenta transformación amenazada por explosiones y guerras y el del cambio brutal aparejado a un considerable despliegue de medios en estos tiempos de vacas flacas— disponen, en realidad, de unos márgenes de ejecución prácticamente nulos si permanecemos en las categorías de acción y pensamiento de la economía política clásica. ¿Estamos en una situación desesperada? Al contrario, el *impasse* de las soluciones de la vieja economía constituye el mejor acicate para salir del paso. Se nos podría objetar que el enfermo no se cura rompiendo el termómetro. Pero no se trata de eso, sino del diagnóstico de la naturaleza de la fiebre y de los remedios adecuados.

¿El final del túnel?

En realidad, en el plano fiscal y en el plano de los recursos, de las riquezas, por ejemplo, no se tienen en cuenta otras formas de contabilidad, nuevas maneras de medir el valor de la empresa, de medir el valor añadido y, por lo tanto, de ajustar un sistema de imposiciones fiscales capaz de renovar completamente los términos del reparto fiscal y de liberar unas posibilidades de inversión y financiación mucho más audaces. Si admitimos que la riqueza se encuentra actualmente del lado del fortalecimiento de los mecanismos polinizadores, estabilizadores de los sistemas complejos de la biosfera por un lado y de la polinización de la noosfera por el otro, entonces es preciso cambiar las formas de medida de la riqueza. Esto nos brinda una posibilidad de salir del capitalismo desde arriba.

Podemos decidir, en efecto, que la riqueza ha dejado de corresponderse con las referencias tomadas a mediados del siglo XVIII. Volvamos al ejemplo del microcrédito de Yunus. Éste basa su funcionamiento en el desarrollo del *social business*, que se caracteriza por una gestión cauta del capital invertido (la regla es no perder capital) en vez de por una gestión especulativa (maximización del beneficio financiero extraíble al final de un ciclo productivo). Consideremos que el capital existente, fruto al fin y al cabo de quinientos años de acumulación y de explotación con Dios sabe cuánta sangre, sudor y lágrimas vertidos por el camino, no debe ser despilfarrado, esto es, gastado como puro ingreso. Conviene, por lo tanto, gestionarlo de una forma extremadamente prudente, con inversiones fuertes a largo plazo que conserven el capital, *grosso modo*, que lo renueven, sin el objetivo de aumentarlo mediante la búsqueda del máximo beneficio.

Sin embargo, para que un sistema así funcione, un sistema que corresponde de hecho al modelo de las mutualidades, de las cooperativas de la fase de estabilización social del capitalismo industrial, es preciso cambiar totalmente la función del capital; es la idea que Yunus explicita con el término *social business*. La variable que se busca maximizar deja de ser el argumento de la función: lo que se maximiza ya no es el beneficio, sino el objetivo social. ¿Qué les dice Yunus a sus socios de los *social business*, incluso cuando a este propósito discute con Danone? Los inversores no perderán su capital y la empresa funcionará —éstos son los mismos fines de la economía clásica— pero el objetivo a maximizar es la salud de los niños. En el plan diseñado en cooperación con Danone se produce un yogur bastante económico para el consumo infantil. Pero este yogur se diferencia del yogur clásico en que su objetivo es ser un instrumento destinado a reequilibrar la alimentación infantil en ciertas zonas, en especial en India o Bangladesh, donde los niños están muy mal alimentados; estos yogures contienen, así, vitaminas y elementos que los convierten en productos altamente nutritivos, cualidad que, con la moda de lo desnatado, han perdido en buena medida en los países sobrealimentados.

Apliquemos ahora el mismo razonamiento a objetivos ecológicos de escala macroeconómica. Cabe plantear la hipótesis de que alcanzar un nivel de desarrollo sostenible maximiza la esperanza de vida de la humanidad en cuanto tal en una biosfera duradera y, por lo tanto, el bienestar de nuestros descendientes. Este objetivo debe pasar a formar parte del argumento de la función y el beneficio tendrá que dejar de ser el primer motor de funcionamiento de la empresa. A partir de ahí empezamos a salir del capitalismo y lo hacemos, sorprendentemente, manteniendo un mecanismo que no excluye necesariamente el mercado. Lo cual significa que las cosas no se hacen exclusivamente mediante una planificación estatal.

El capitalismo parece haber quemado su último cartucho. Esto no significa que haya perdido su plasticidad. Siempre puede buscar una tercera vía. De hecho ha comenzado a hacerlo con lo que he denominado capitalismo cognitivo, tratando de preservar el principio del beneficio, de continuar haciendo del beneficio el elemento dominante en un sistema donde el capitalismo cognitivo se alimenta del capitalismo industrial del mismo modo que el capitalismo industrial devoró en su día el capitalismo mercantilista para renacer de sus propias cenizas. Esta hipótesis no está excluida. Es el envite de la próxima batalla.

La primera vía sería la siguiente: imponer unos principios constituyentes, unos reguladores nuevos que introdujesen nuevas finalidades en el argumento de la función de la empresa. Con la importante reserva de que no se trataría de maximizar, porque cuando nos enfrentamos con lo complejo no se puede maximizar, no se puede optimizar. Se pueden encontrar soluciones consistentes decretando nuevas reglas. Pero introducir una actividad comercial compatible con un desarrollo sostenible que preserve el principio del beneficio como indicador director no deja de ser, en todo caso, la vía de mantenimiento del capitalismo.

Ahora bien, esta vía parece comprometida porque implica no enfrentarse con la cuestión de la rentabilidad. En la actualidad, la liquidez, las inversiones, pertenecen al ámbito de la rentabilidad. ¿El mercado chino? ¡Maravilloso! ¿El mercado indio? ¡Archimaravilloso! Siete mil millones de consumidores, ¿a qué capitalista no se le caería la baba ante esta perspectiva? Salvo que la perspectiva fuera la de un desarrollo sostenible, con la obligación de hacer inversiones masivas y a muy largo plazo. Entonces la rentabilidad se hace tan débil que cabe la posibilidad de que en un momento dado los capitalistas privados digan «no, nosotros así no funcionamos, nos declaramos en huelga

de inversiones, dejamos de invertir»; que las *private equities* digan «nosotras nos encerramos en nuestra torre de marfil, en nuestros paraísos fiscales, en nuestras Islas Caimán, nosotras tenemos dinero y seguiremos invirtiéndolo donde sea más rentable, seguiremos jugando e, incluso, ganando dinero». ¡En el momento álgido de la crisis fuimos testigos de las enormes ganancias que obtuvieron algunos financieros jugando a la baja en los mercados! La cosa continuó con las ganancias obtenidas por la JP Morgan durante el verano de 2009 en unos mercados donde potentes algoritmos y considerables medios informáticos permitieron jugar con algunas centésimas de segundo de adelanto sobre los demás operadores. Y hoy seguimos en las mismas con el papel de Goldman Sachs en la crisis de la deuda griega.

Al introducir en la ecuación las variables de poder y la voluntad de los actores de perseverar en su ser, el juego se convierte en un enfrentamiento de poder contra poder. La crisis puede acelerarse creando una contrarreacción masiva, con la hipótesis de una guerra: salir del paso destruyendo los miles de millones de personas que sea necesario para que la urgencia de la solución ecológica desaparezca. Es la solución malthusiana. La catástrofe ecológica se resuelve por medio de la guerra. Éste puede ser el punto de vista de las clases dominantes que nunca se han dejado arrinconar con facilidad. Es una lección de la historia. Digamos que la lección de la historia de las revoluciones. Los revolucionarios no están del todo equivocados cuando dicen que no se trata de una cena de gala. Que no se trata de algo que se haga en buena compañía. Llega un momento en que todos los golpes están permitidos y, sobre todo, los golpes no democráticos: es el pan nuestro de cada día.

La otra vía es la del reformismo. La transformación no se impondría brutalmente desde arriba. Los modos de desarrollo duradero, las nuevas normas, se introducirían de

forma progresiva, constituyente y experimental. Así actúa Obama cuando dice que la industria estadounidense debe centrarse en sus propios vehículos, en vez de esperar y decir: «Me pondré a ello si los demás también lo hacen». Cuenta, es cierto, con los medios para llevarlo a cabo. Ha decidido que en 2020 no haya coches que emitan más de 120 microgramos por kilómetro y consuman más de 7 litros de combustible cada cien kilómetros, medida que no deja de ser una constricción de tipo soviético, de tipo planificación, para los fabricantes de automóviles. Se trata de una verdadera constricción exógena.

Es también el medio de refundar una industria automovilística sobre nuevas bases. Los chinos por su parte ya anunciaron que a partir de 2014 no querrían más coches contaminantes debido al monstruoso aumento de los problemas de contaminación en unas aglomeraciones gigantescas. Advirtieron a la India que no dejarían exportar a China el famoso Tata, un coche demasiado contaminante. Toda una paradoja: los dos países más librecambistas, más capitalistas, *Chimérica*, coinciden en dar a la industria automovilística unas indicaciones de planificación cuasi estaliniana, ¡y no una planificación indicativa, sino completamente imperativa!

Ahora bien, se trata de unas constricciones extremadamente fuertes y, sobre todo, de una traba al sacro santo principio del Tratado Mundial de Comercio. La introducción de un marco ecológico en la libre circulación de bienes es algo totalmente nuevo. También lo sería, por otra parte, introducir unas reglas de respeto a las normas sociales. Si en Europa se anunciara la aplicación de semejantes normas ecológicas, la mitad de los productores denunciaría a gritos su estrangulamiento. El vals ya ha comenzado. Ante las primeras dificultades de los agricultores franceses, más dependientes de la organización de los mercados que de la naturaleza de la producción —que se ha revelado

bastante flexible y capaz de generar productos bio en un tiempo récord—, el Estado se ha apresurado a pedir un relajamiento de las constricciones medioambientales, sobre todo respecto a Bretaña, literalmente envenenada por las algas verdes generadas por los nitratos.

En cuanto a las economías energéticas, Europa ha hecho mejor los deberes que los estadounidenses pero sin resultados demasiado brillantes en el plano ecológico. Sin embargo, la industria europea dispone de medios para hacerlo mejor, en la medida en que es la segunda industria mundial del automóvil y que, además, la industria japonesa ya se ha puesto parcialmente a ello.

En todo caso, ¿puede la introducción de este tipo de elementos hacer que el criterio del beneficio se vuelva progresivamente subalterno? Y en ese caso, ¿por qué otro criterio podría ser remplazado? No por un beneficio siempre creciente, sino por una nueva regla de gestión financiera que consistiera en no perder capitales. Pienso en la construcción de un beneficio social que, aplicando la adecuada contabilidad ecológica o cognitiva, haga ver que la aparente desacumulación que manifiesta, constituye en realidad una verdadera acumulación de externalidades positivas. En cuanto se empiecen a tener en cuenta las externalidades, ciertas actividades cuya tasa de rentabilidad parecía muy débil, se revelarán, en el plano de la rentabilidad ecológica y de la rentabilidad cognitiva, considerablemente rentables, mientras que otras actividades anteriormente tenidas por rentables se revelarán, por el contrario, destructivas. Durante los últimos treinta años, China ha protagonizado un crecimiento del 9 ó el 10 %. La contabilidad ecológica nos dice que la suma de sus destrucciones puede evaluarse en un 6 % de su PIB. China ha experimentado, por lo tanto, entre un 3 y un 4 % de crecimiento neto: esto, además de relativizar el «milagro chino», constituye una auténtica preocupación para las

propias autoridades de este país, que conocen la imposibilidad de continuar con el mismo ritmo de destrucción de sus recursos naturales, ya bastante mermados. A escala mundial, la situación es aún peor: atendiendo a la huella que generamos en términos globales, nuestro consumo está por encima de nuestras capacidades de regeneración del planeta. Destruimos y no regeneramos biosfera (biodiversidad, bosques tropicales, tierras cultivables, capas freáticas, recursos haliéuticos, sin contar el estado de los océanos sobre los que no sabemos demasiado). Destruimos a un ritmo desenfrenado. En consecuencia, es realmente necesario comenzar a introducir este criterio del beneficio social en la contabilidad de la riqueza, de la base de la riqueza económica.

En este plano, estamos haciendo progresos. En lo sucesivo, para obtener el PIB neto real se medirá el PIB destruido. Se produce un doble movimiento bastante complicado. Por un lado, existen riquezas creadas no contabilizadas —el PIB es, por ende, más elevado—, por otro, el PIB comercial que manejamos incluye riquezas comerciales que lo aumentan automáticamente y de manera tramposa. En otras palabras, si soy un ganadero de cerdos bretón y en vez de criar mil cerdos en una hectárea crío cuatro mil, termino produciendo un exceso fatal de purín del que soy incapaz de deshacerme. Sin embargo, todo me anima a llevar a cabo este aumento de la producción: la debilidad de mis ingresos, el banco que me ha concedido un préstamo y quiere prestarme más y el Estado, para quien dicho aumento significa exportaciones, empleo y recaudación fiscal —recuérdese que la ley del agua propuesta por Dominique Voynet, que preveía la aplicación del principio de quien contamina paga y que habría obligado a construir un centro de depuración del agua vertida en la tierra, fue sepultada por los sindicatos del *agrobusiness.* En consecuencia, expando mi purín por los campos en una densidad tan grande que incluso desciende

la capa freática. Una vez contaminada la capa freática, Veolia Environnement o Suez, que bombean el agua, se ven obligadas a poner a punto unos procedimientos especiales para sustraerle el nitrato. Objetivamente, cuanto más contamino más aumento el PIB. Pero no es una buena solución a largo plazo. La solución técnica de Veolia es absurda porque se «desnitratiza» el agua de forma artificial pero la capa freática sigue estando igualmente contaminada de nitratos. Incluso cada vez más contaminada de nitratos; ahora bien, para descontaminar la capa freática hacen falta entre ochenta y cien años. Sin contar, lo cual es aún peor, que existen muchos lugares donde no sabemos cómo tienen lugar estos procesos. Lo mismo ocurre con los ríos subterráneos: se producen contaminaciones químicas que repercuten en capas provenientes de tiempos extremadamente lejanos. Es preciso, por ende, empezar a contar estos daños colaterales. Es preciso que se corrija mi cálculo sobre las ganancias suplementarias alcanzadas mediante la triplicación de mis ventas anuales de cerdos, aplicando un precio real del cerdo que comprenda el cálculo del coste de restauración de la capa freática a su estado original. Esta operación exige realizar cálculos complejos. Pero la industria de la descontaminación es hoy lo suficientemente sofisticada, sobre todo en materia industrial, para permitir el cálculo de los costes de la contaminación. Aunque este cálculo tampoco es la panacea pues hay umbrales por encima de los cuales la idea de poder restaurar el medioambiente deviene ilusoria. Es posible evitar que un medioambiente ligeramente maltratado empeore. Pero en el caso de un medioambiente totalmente degradado, la suma que debería dedicarse a devolverle su estado de salud está prácticamente fuera de nuestro alcance.

Operar un equilibrio global entre externalidades negativas y positivas se ha convertido hoy en un asunto de importancia capital. El problema es qué le sucede al iceberg bajo el nivel del mar. Es cierto que nuestra economía

comercial se pasea por la superficie, hemos logrado medir ciertos fenómenos acaecidos a ese nivel, pero también lo es que no sabemos lo que pasa por debajo. O más exactamente, intuimos que están pasando cosas bastante feas y que la balanza global entre externalidades positivas y negativas es preocupante. Pongamos un ejemplo que no nos lleve, como siempre, al catastrofismo. Calculemos la degradación por captación de carbono de los bosques primarios, la destrucción de las denominadas *rainforest*, esto es, de las selvas tropicales húmedas que reciben miles de litros de precipitaciones anuales. Indonesia, Brasil y otros países destruyen cotidianamente las selvas ecuatoriales. Cabe medir lo que esto significa en términos de déficit de captura de carbono. Cabe medir lo que esto significa en términos de degradación de los suelos, de lavado de los suelos lateríticos. Cabe incluso demostrar, por ejemplo, las ganancias obtenidas por Brasil a partir de la ganadería y las exportaciones, al precio de la desaparición del Mato Grosso que remata el trabajo de destrucción del bosque atlántico en los estados de Río y de Sao Paolo con el cultivo de la caña, de café y de pastos para el ganado. La selva se destruye poco a poco transformándose primero en matorral, luego en sabana y finalmente en una inmensa estepa; esto es lo que, al parecer, sucedió en Mongolia —al igual que en los demás países al norte de China— cuya transformación está mucho más relacionada con la actividad humana que con la desertización natural. Todo esto nos da un balance de externalidades dramático. Sin embargo, recientemente se ha observado que con la intensificación del éxodo rural ¡los resultados se transforman! Sobre todo en los países de Centroamérica, muy afectados por una deforestación ligada a la presión de una población que roturaba la selva para hacer pequeños cafetales y cacaotales, pero que, con la excesiva disminución de sus ingresos, ha terminado yéndose en masa a las ciudades. Pues bien, en estas regiones la selva vuelve a ganar terreno a gran velocidad, en treinta años. Aún no es, ciertamente,

la misma selva. No es el bosque primario original. Tiene muchas menos variedades de especies. Pero vuelve a crecer. Vuelve a constituir un hábitat salvaje. Y si el fuego no lo impide puede convertirse rápidamente en una selva de especies variadas, completamente distinta de esos catastróficos bosques de eucaliptos plantados para la fabricación de pasta de papel y que se incendian por millares de hectáreas, como sucede en Australia.

Ecologistas alemanes y estadounidenses han calculado que el momento del año a partir del cual la humanidad comienza a destruir capital terrestre en vez de reproducirlo adviene cada vez más temprano: cada año, a partir del cuarto o quinto mes, entramos en un periodo de destrucción neta. Esto significa que tiramos de un stock que no se volverá a renovar. Es igualmente evidente que la contabilidad es en extremo tosca y que en los países del Sur todo el mundo se burla de ella. Todos los países con bajas densidades de población son muy negligentes en relación con este problema. Los problemas ecológicos se presentan en los centros urbanos y en las zonas densamente pobladas porque si en estos lugares nadie se ocupa de la polución, la morbilidad crece rápidamente. En Holanda y Alemania la sensibilidad ecológica es mayor que en Francia porque la degradación química de sus suelos está más avanzada, pero también porque nuestra población rural estima que hay suficiente espacio y es menos sensible a estos problemas. Más allá de su belleza plástica, las fotografías aéreas de Yann Arthus-Bertrand reflejan muy claramente los estragos de la ocupación humana. Paradójicamente, salvo en caso de haberse ejercido una fuerte presión, la agricultura ha sido menos devastadora en las zonas de gran densidad poblacional.

En el sur de España, por ejemplo, se está generando un problema muy serio: la sobreexplotación de los suelos. En todo el mundo, la gestión de las tierras arables va a

ser, de ahora en adelante, un problema infinitamente más importante que el de la productividad de los cultivos mediante la introducción masiva de OGM preconizada por los productores de semillas. La gestión de las tierras arables es una cuestión infinitamente más peligrosa. Dicho esto, es preciso reconocer que la gestión ecológica de los suelos no es fácil cuando existe una gran presión demográfica que transforma el sistema de cultivos, tal y como ha demostrado Esther Boserup. ¿Cómo llevar a cabo una política respetuosa con el medioambiente en materia de ocupación de los suelos con una población creciente con necesidad de calentarse? Se nos olvida mencionar que la población del Tercer Mundo no dispone de calefacción de gas o de fuel y mucho menos de electricidad. ¿Con qué se calienta? ¿Con qué construye? Se calienta talando sus bosques y así se provee de buena parte de los materiales de construcción. Destrucción de los bosques, sobrepastoreo, destrucción de las tierras arables: éstos son los verdaderos problemas. Se trataría de incluir todas estas cosas en la balanza de una contabilidad científica, al igual que se está haciendo con la cuestión del calentamiento climático. Tenemos, de nuevo, una gigantesca tarea por delante. Y por ahí nos toca buscar las nuevas luces en vez de seguir repitiendo las burradas (retrospectivamente, cabe calificarlas así) de aquel hombre triunfante que se situó en el centro del universo y de la biosfera terrestre.

Gravar todas las transacciones financieras

A una representación más precisa y racional del conjunto de los funcionamientos económicos o ecolonómicos corresponde asimismo un reajuste completo de la noción de riqueza y, por lo tanto, de valor (la relación en sentido inverso no funciona, ya no) y, por consiguiente, de producción y de reparto. Sería absurdo conservar el edificio de la economía política clásica en una economía de polinización. Absurdo,

por ende, limitarse a las recaudaciones de la redistribución de un producto ampliamente superado, porque está, a la vez, peligrosamente sobrestimado y totalmente por debajo de las posibilidades de la riqueza real. Los impuestos y el reparto han de adaptarse a la economía actual, compleja y profundamente transformada. La base imponible ha de ser muy amplia y su recaudación indolora. Las formas impositivas actuales a través de la cotización social, del impuesto sobre el patrimonio y del impuesto sobre los ingresos afectan a unas formas de producción de riqueza que se han vuelto secundarias, tanto en relación con otras formas de producción de riqueza mediante la especulación y la rapacidad capitalista, como respecto a la riqueza ecológica y a la polinización que constituye la forma de producción de riqueza relativa a la invención de nuevos conocimientos. ¿Cómo gravar la riqueza inmaterial? ¿Habría que gravarla en relación a su producto monetario? Sería una estupidez ya que buena parte de esa riqueza es invisible en el PIB clásico. Entonces sólo cabe una posibilidad: hacerlo desde la única ventana que permite entrever el momento de la multiplicación de las transacciones. En otras palabras, la riqueza de las abejas no se ve en la miel que producen: se ve en las cosechas del agricultor, pero también en su circulación, en la intensidad de sus ires y venires entre el campo y la colmena. ¿Y cuál es el rastro de esta circulación? Los sensores RFID (*Radio Frequency Identification*) implantados en las abejas nos dan hoy una idea detallada de la actividad de una colonia de veinte mil individuos. El rastro de la polinización humana en la actividad económica se ve, por su parte, a través del número de transacciones que las personas efectúan. La multiplicidad de las transacciones monetarias proporciona ya una pequeña estimación: el consumo, los intercambios, los viajes.

Al estar bancarizada, toda la economía pasa por las tarjetas de crédito o las transacciones. Sería bastante sencillo gravar con un impuesto (un porcentaje muy bajo, del

orden del 0,5 al 1 %) todas las transacciones en cualquier momento y de forma proporcional (sin carácter progresivo). En la Bolsa se efectúan siete mil millones de transacciones al día. Gravar todas las transacciones financieras permitiría recaudar en tiempo real y a través de una administración seriamente reducida, sumas equivalentes al presupuesto actual y al presupuesto social de la nación. En este sistema pagaría todo el mundo. Tanto el ciudadano consumidor medio como el opulento que usa una tarjeta de crédito negra, sin su nombre, con un simple chip, para pagar un coche de doscientos cincuenta mil euros o un collar de perlas. Aunque para este último dicho porcentaje represente una contribución miserable en relación a sus posibles.

Una tasa impuesta a todas las transacciones financieras tendría asimismo la enorme ventaja de controlar todos los flujos financieros. ¿Y qué pasaría con el *cash?* Las transacciones en *cash* también estarían gravadas por este dispositivo porque, ¿de dónde sacan hoy las personas su dinero? De los cajeros.

La justificación de este sistema que deja atrás los argumentos de los impuestos progresivos, redistributivos, directos o indirectos (todo se recauda en origen), es que hemos pasado a una economía donde los fundamentos de la verdadera riqueza ya no están, efectivamente, en la producción de miel o en el producto comercial. La producción de riqueza es la polinización a la vez ecológica, intelectual y humana. Una práctica impositiva correcta consistiría en gravar de manera indolora la verdadera riqueza. Por lo tanto, a partir del momento en que el centro de interés de la economía política se desplaza hacia la nueva naturaleza de la riqueza (hacia la polinización, la coralización, la *red-etización*) y el desinterés por la vieja riqueza procede de su posición marginal desde el punto de vista de la cantidad de dinero que representa, se abre

la posibilidad de dejar de recaudar impuestos sobre la renta de las personas o sobre su producción comercial. Se grabarían todas las transacciones realizadas *entre* los diferentes tipos de agentes económicos. La ventaja es que se recaudaría rápidamente y, al mismo tiempo, se vigilaría a los bancos. El conjunto del sistema financiero se volvería rastreable, ya que estaría obligado a pagar un impuesto por todos sus movimientos y no sólo por algunos saldos netos que permiten escamoteos en operaciones efectuadas entre bastidores.

¿Cómo poner en marcha un sistema fiscal así?

Cabría imaginarlo en Europa. Cabría imaginar, por ejemplo, que fuera la primera tasa federal. La idea de una tasa federal ha germinado, por lo demás, en la Unión Europea. En su búsqueda de nuevos recursos —dado el ridículo techo presupuestario del 1 % del PIB de la Unión—, la Comisión Europea calculó en 1991 que imponiendo una tasa de algunos céntimos de euro a todas las comunicaciones telefónicas a través de móvil, ¡su presupuesto podría multiplicarse fácilmente[12] por tres o por diez según la tasa! Por su parte, Philippe Quéau estimó, en la Unesco, que bastaría con imponer un gravamen de un céntimo de euro a los proveedores de servicios de Internet para reunir inmediatamente el total de la ayuda al Tercer Mundo.

---

12 Alain Lamassoure, miembro de la UMP del Parlamento europeo, propuso imponer una tasa de 0,5 céntimos a los SMS y una de 0,00001 a los correos electrónicos enviados desde la UE. El maná financiero no sería despreciable: el autor pone el ejemplo del último día del año, cuando se enviaron mil millones de mensajes en el territorio de la Unión en un momento en que las tarifas francesas eran aún de 15 céntimos por sms. Con una tasa de medio céntimo, este impuesto de nueva generación habría generado un ingreso de cinco millones de euros para las arcas europeas (véase en http://www.infos-du-net.com/actualite/7069-taxe-sms-e-mail.html).

Con la crisis de 2007-2009, las necesidades de financiación de los Estados europeos se han vuelto considerables. El 12 de septiembre de 2009, dos semanas antes de la cumbre del G20 en Pittsburgh, el *Financial Times*, que no peca precisamente de un amor desbordante por el fisco, abría su portada con los titulares de la propuesta de Peer Steinbrück, ministro de finanzas alemán de la gran coalición, y socialdemócrata más bien de derechas, de imponer una tasa de 0,005 por 100 a todas las transacciones financieras. En el *Journal du dimanche* del 20 de septiembre, Christine Lagarde, ministra de economía y finanzas, también calificaba la tasa Tobin de «buena idea» y Bernard Kouchner volvía poco después con la misma cantinela. La propuesta alemana, rápidamente rechazada por Angela Merkel por electoralista, atañía al conjunto de las transacciones financieras de los bancos, de las compañías de seguros y de los fondos de inversión. Steinbrück veía en ella la única manera de poder terminar con «la dipsomanía de la Bolsa» y consideraba que el coste de la crisis no podía cargarse únicamente sobre las espaldas de los pequeños contribuyentes.

La tasa Tobin, cuyo nombre procede del economista estadounidense, preveía un gravamen muy bajo, de 0,05 al 1 %, sobre todas las transacciones financieras internacionales a escala global. Se suponía que esta medida sería capaz de frenar la volatilidad de los mercados (suposición que ha sido refutada con, probablemente, algún fundamento). Fue adoptada en principio por Francia, puesta fugazmente en práctica por Brasil y a punto de ser aprobada —sólo faltaron seis votos— por el Parlamento europeo. Nadie ha negado nunca los recursos fiscales que podría procurar. En junio de 2008, Dean Baker, un macroeconomista del *Center for Economy and Policy Research* muy escéptico respecto a la posibilidad de llevar a cabo una reforma seria del sistema financiero, escribía en su blog: «Una tasa modesta sobre las transacciones financieras permitiría recaudar con facilidad el equivalente a un punto del PIB,

esto es, 150 mil millones de dólares». Por «modesta» Dean Baker entendía una tasa del 0,25 % sobre el volumen de las transacciones en Bolsa y del 0,02 % sobre los seguros contra el riesgo de impago de los *swap*, una cantidad que no tendría ningún impacto sobre la actividad pero que frenaría las actividades puramente especulativas. Al igual que el ministro alemán, este economista extendía la tasa Tobin a las transacciones internas.[13]

Un diputado europeo solicitó recientemente a la Comisión la realización de un estudio, a favor del cual ya se ha pronunciado Attac, al objeto de imponer un gravamen más amplio que la tasa Tobin a las transacciones financieras internacionales.[14]

Una tasa de este tipo puede ser absolutamente mínima y tener, sin embargo, un rendimiento espectacular. A los republicanos les choca profundamente que se pueda plantear la posibilidad de suprimir el impuesto sobre la

13 Para un punto de vista opuesto a la tasa Tobin, que persiste en sostener la necesidad de gravar los saldos netos en vez de los flujos brutos de riqueza, véase el artículo de Jacques Delpla, del Consejo de análisis económico: «Tobin or not Tobin», en http://www.les-cercles.fr/economie/economie-societe/politique-economique/1248-la-taxe-sur-les-transactions-financieres-s-appelle-la-ttf.

14 «Entre las iniciativas existentes, predomina la aplicación de un impuesto de tasa muy baja (de 0,05 %, por ejemplo), con un contenido más vasto que la tasa Tobin, que comprende todas las transacciones financieras internacionales (incluidos los mercados derivados, etc.) en su ámbito de competencia. Desde este punto de vista, el G20 encargó a John Lipsky, director del FMI, la elaboración de un estudio que sería publicado en abril. En el marco de este estudio, varios miembros de la Comisión (como Joaquín Almunia, el nuevo comisario encargado de la política de competencia) expresaron públicamente su apoyo a este tipo de tasa. Sin embargo, la Comisión no anunció ningún estudio específico en esta materia», Parlamento europeo, «Cuestiones parlamentarias», 15 de diciembre de 2009, E-6292/09. Pregunta escrita planteada por Ramón Jáuregui Atondo (S&D) a la Comisión (véase en http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP/TEXT+WQ+E-2009-6292+0+DOC+XML+V0//FR).

renta y su sustitución por un impuesto estrictamente proporcional a toda circulación monetaria: a su juicio se trata de una idea horrorosamente liberal. Pero todo depende de lo que tengamos en la cabeza. Si pensamos desde las categorías de la economía de la cigarra y la hormiga está claro que no vamos a gravar a la cigarra, que no tiene un duro para comida, sino que vamos a ocuparnos de la hormiga, ver sus reservas y gravarlas. Parece sensato no recaudar impuestos de quien no tiene nada o casi nada. Pero si además gravamos de una forma más que proporcional a los ricos, creamos una situación extraña. Los exentos de cualquier impuesto sobre la renta se consideran irresponsables; los ricos, doblemente responsables. Resultado: una ciudadanía a dos velocidades. Por otra parte, como en este tipo de sistema siempre se termina buscando alguna forma de compensación, al final se hace pagar impuestos al pobre a través de su consumo, algo injusto y claramente antirredistributivo.

El principio de la CSG (contribución social generalizada) no es una estupidez ya que afecta precisamente a los ingresos ligados a las transacciones patrimoniales. ¿Pero es el sistema fiscal más conveniente en una economía verdaderamente polinizadora? Si estamos tratando tanto con cigarras como con hormigas, ¿qué interés podría tener un sistema impositivo progresivo salvo que incluyera un principio ecológico (en los casos en que, por ejemplo, la continuidad del trabajo provocara contaminación o acarreara externalidades negativas en materia de salud o educación)?

El interés de un impuesto sobre las transacciones reside en el hecho de que su progresividad está ligada al número de operaciones efectuadas. Esta forma de gravamen presenta asimismo la ventaja de ser perfectamente compatible con unos imperativos ecológicos de reducción del consumo suntuoso. Incluso los ricos consentirían un gravamen isoproporcional por el que todo el mundo pagara algo cada vez

que pusiera dinero en circulación. Se trata de una norma que podrían consentir tanto un pobre como un rico a condición de que se respetaran los imperativos de desarrollo sostenible y el poder público se dotara de los medios financieros destinados a asegurar una redistribución de los equipamientos necesarios para la vida de la colmena planetaria.

¿Se puede decir que se trata de una idea de derechas porque el principio de redistribución de los ricos hacia los pobres no se traduce en el propio sistema impositivo? Pero si esta modalidad impositiva permite que las finanzas públicas recauden más, que se reduzcan los gastos de percepción y que la nación disponga de sus recursos en tiempo real, en vez de votar un presupuesto de gastos sin saber exactamente la disponibilidad de dinero con la que se cuenta, sobre todo en caso de disminución de la actividad económica, su resultado sería, por el contrario, una política redistributiva en favor de los pobres mucho más sustancial.

La única falla importante se encuentra en las posibles fugas en *cash* que podrían esquivar el gravamen mediante un atesoramiento de los medios de pago en metálico, en oro, por ejemplo. Pero ya no hay blanqueadoras. Si hoy se guarda dinero en forma fiduciaria y no se pone en movimiento de ninguna forma, su valor se erosiona de forma ineluctable. No se impondría ninguna tasa a los capitales que simplemente se mantienen en una cuenta bancaria. Pero estos tampoco pueden dormir eternamente, en cuanto hubiera una transacción, contribuirían.

Incluso las transacciones ilegales terminan pasando tarde o temprano por la máquina de distribuir billetes, por el banco. La única situación que no implica gravamen es, por lo tanto, que la gente decidiera vivir exclusivamente del dinero líquido y gastar menos. Algo que no nos debería disgustar desde el punto de vista de una política ecológica de sobriedad.

La idea de una tasa sobre todas las transacciones financieras, tanto internas como externas, distinta de la denominada tasa Tobin, que se limitaba a los movimientos especulativos externos, fue lanzada en la década de 1930.

René Montgranier, ya fallecido, propuso su cálculo en el año 2000. Ésta es su evaluación. El presupuesto francés se distribuía entonces de la siguiente forma: entradas en la caja del Estado a través del sistema fiscal en ese momento (en miles de millones): IVA, 751; impuesto sobre la renta, 350; impuesto sobre sociedades, 286; tasas sobre los productos petrolíferos, 166; derechos de registro, 141; ingresos fiscales, 191; total. 1,885 billones. Todo esto frente a unos gastos de 2 billones, esto es, con un déficit de 116 mil millones. La idea estaba en la recaudación automática de una tasa de un 1 % de todos los movimientos de fondos (basándonos en unas estimaciones bajas) de los movimientos interbancarios en créditos y débitos, que resultaba en 35.594.356 x 2; de los depósitos en CCP [cuentas corrientes postales], 10.124 millones; y de los reintegros en esas mismas CCP, 9.060 millones; de los movimientos de fondos en los otros organismos financieros aparejados, en los giros postales, en las cajas de ahorros, en las mutuas y en los seguros (que no están calculados pero podrían estarlo). Se establecía un tipo impositivo del 0,25 % para las obligaciones y movimientos financieros internos y externos, total 5.116.501 millones; así como para las sociedades de gestión de los flujos, reflujos y stocks de los productos financieros (en particular, las sociedades de *clearing*), igual a 6.590.001 millones. Esto bastaría para recaudar 3,849 billones, es decir, la cantidad suficiente para poder suprimir todas las demás formas de impuestos directos e indirectos así como para poder gestionar sin déficit tanto el presupuesto del Estado como el presupuesto social de la nación.

Evidentemente, no se debería escapar ninguna transacción. Salvo los pagos en líquido, pero estos son marginales. Y funcionaría un coeficiente multiplicador del gasto. Es decir, cuantos más intermediarios hubiese en una jornada en torno a una suma circulante, más ingresos fiscales generaría esa suma. Lo que se grava es la intensidad de la red. No se grava a los individuos: se grava la intensidad de las relaciones y de los flujos de relaciones. Es lo contrario del IVA: lo que paga es la creación de intermediarios y de red, ya que es la red lo que enriquece. Se hace pagar a la red porque es la red la que es rica y produce riqueza.

Desde cierto punto de vista, este tipo de impuestos podría incitar a las empresas a re-internalizar, incluso en lo relativo a las relaciones con sus filiales, habida cuenta de que los juegos de contabilidad destinados a externalizar beneficios se volverían inútiles y estarían, de todas formas, gravados.

En lo que atañe a la Bolsa y a las transacciones puramente especulativas, se registraría cierta ralentización, cierta detención del frenesí diario de compras y ventas.

Por consiguiente, cuando se grava la red se deja de gravar a las personas. Y se grava de una forma perfectamente igualitaria, ya que cada individuo puede decirse a sí mismo que contribuye a nivel de un 1 % de cada transacción diaria en la recaudación destinada a su colectividad, sea cual fuere. Es decir, se tiene la sensación de participar en la financiación de los equipamientos de una manera homogénea. Y la sensación es compartida por todos los ciudadanos. Porque los ciudadanos, ya gasten mil, cien o diez euros por día, se encuentran en una situación de isoproporcionalidad respecto a la colectividad en razón de su respectiva contribución al bien común. Mientras que, salvo en el caso del IVA que paga todo el mundo pero afecta más duramente a los pobres, en el sistema actual la

mitad de las personas están exentas de pagar el impuesto sobre la renta. Este sistema se creó, obviamente, por la necesidad de encontrar una manera de obtener recursos. Ahora bien, tales divisiones no pueden dejar de considerarse en extremo complicadas y desigualitarias pues crean ciudadanos de primera y de segunda. Han dejado de corresponderse con la nueva visión de la riqueza. Los ciudadanos de primera, los más gravados por el fisco, se han declarado en total rebeldía contra las inversiones públicas. Ante las subidas de impuestos, la gente muy rica reacciona mediante un bloqueo integral. Sin embargo, con un sistema de recaudación que gravara el origen de la riqueza, es decir, la circulación, ¡ni se enterarían de estar pagando impuestos!

Sería mucho más sencillo y mucho más justo. Y no daría lugar a esa suerte de *bloatware*[15] de igualdad republicana, que genera frustraciones terribles o favorece una cultura de la evasión fiscal.

Crear una renta básica

Si hablamos de principios del sistema impositivo, hemos de hablar también de retribución. Si la riqueza es el fruto de la polinización de las abejas y la polinización es prácticamente la actividad humana de estas últimas (el hecho de que hablen, de que tengan lazos sociales), ésta se convierte, en consecuencia, en la actividad creadora de riqueza. Este tipo de actividad tendría que ser, por lo tanto, lo que se debiera retribuir. Éste es el fundamento del pago de una renta mínima de actividad, de una renta básica.

15 En francés el término es *usine à gaz*, es decir, fábrica de gas, una metáfora poco traducible al castellano. Aquí nos hemos decantado por el término inglés original *bloatware*, voz informática para referirse a programas que usan muchos más recursos de los necesarios, generando grandes cantidades de código muerto [N. de la T.].

Para polinizar, la abeja debe gozar de buena salud. Por consiguiente, retribuirla mediante el pago de una renta básica sería tener en cuenta lo que hace simplemente por existir, la producción de riqueza que genera directamente polinizando y no necesariamente produciendo miel. Si partiendo de la base de una renta básica universal sigue habiendo quienes deciden trabajar más, sigue habiendo *workaholics*, es porque hay gustos para todos los colores. La verdadera línea divisoria se dibuja entre la contribución antipolinizadora y la contribución polinizadora. Puesto que siempre habrá cigarras y hormigas, no es obvio en virtud de qué se privaría a las segundas de un ingreso proporcional: es cierto que cabría percibir impuestos pero esta percepción se volvería finalmente inútil si se recibiera a priori todo lo necesario. En virtud de qué, por ejemplo, la abeja «hormiga» no debiera ganar unos puntos suplementarios de paro o de jubilación después de una existencia tan ajetreada y de haber escogido la vida de Aquiles en vez de la de Ulises. Con el correctivo añadido de que, como dice nuestro presidente de la República, cuanto más tiempo hubiera dedicado a trabajar para ganar más, menos tiempo tendría para aprovechar la jubilación. Y es que no está claro en virtud de qué cabría decir a aquéllos que han trabajado mucho, que han sido cuadros, pequeños jefes de empresa, artesanos, autónomos o asalariados, «que lo que habéis ganado, por encima de cierto valor se os nivelará al 80 % porque hay que financiar al resto»: no parece muy lógico. En tanto sistema de igualdad republicana, la progresividad impositiva tuvo antaño su razón de ser pero ya es cosa de otra época. ¿Acaso no es mucho más justo decir que, en realidad, los elementos igualitarios de la actividad humana no dependen del trabajo en cuanto producción de miel, sino del sentido de la contribución? En la sociedad prácticamente todo el mundo contribuye. Lo cual no es óbice para dejar de analizar qué actividades son las más polinizadoras y cuáles menos.

Salir de la crisis

La economía verde va a refundar la industria ocupándose de las nanopartículas, de los productos químicos, de los productos fitosanitarios, de la polución, del reciclaje, reformateando, en definitiva, el conjunto de la economía desde la concepción al reciclaje a largo plazo —un plazo de mil años— de las porquerías fabricadas a espuertas en el ciclo nuclear. La *ecolonomía* es, en primer lugar, un multiplicador de empleos vertiginoso pero también, como vamos a descubrir enseguida, un camino complejo.

Pero si recurrimos a los viejos principios en materia de impuestos y riqueza, a la valoración del PIB y a los objetivos clásicos; y si además añadimos una teoría moral del crédito según la cual «todo esto no está bien, los financieros han permitido demasiada liquidez y es preciso reducirla», entonces, creo, bloqueamos todo y nos dirigimos hacia la catástrofe, en la medida en que los Estados van a acabar atenazados por el doble filo de la crisis.

Dicho esto es preciso comprender que el escenario de salida de la crisis es un escenario complejo, sobre todo si mantenemos los mismos instrumentos de medida, el mismo buen ojo pero, también, el mismo globo ocular, el mismo iris, un iris heredado de cinco siglos de capitalismo y dos de contabilidad clásica. Sumar una revuelta moral, a mi juicio evidente, previsible, creciente y legítima, no cambia en nada la cuestión. Porque la exasperación no produce necesariamente nuevos instrumentos de medida. Sobre todo cuando se provoca a los asalariados con propuestas de reclasamiento social de 450 euros mensuales en Hungría o de 150 euros en Túnez. ¡Provocaciones así son atentados contra el orden público!

Vamos a ser testigos de locuras sociales. Vamos a ver a obreros destrozándolo todo, como los de la Continental de l'Oise, tratando de hacerse oír por unos medios de comunicación que no prestan atención a nada de forma preventiva, por unos medios únicamente interesados en el circo. Pero atención, si una persona que «peta» es un caso psiquiátrico, doscientas personas en la misma situación son, en psicología social, una revuelta incontrolable. Si estas doscientas personas cuelgan a un jefe de empresa en el cadalso o clavan su cabeza en una pica, como le sucedió a la duquesa de Lamballe durante las masacres de 1872, la cosa toma un rumbo revolucionario. Algo de esto ya se ha producido en China, un país con una fuerte tradición insurreccional frente a la corrupción y la ostentación de una desigualdad de dimensiones inimaginables: en 2009, un jefe de empresa que venía a anunciar tranquilamente algunos cientos de despidos fue simple y llanamente lapidado. Francia cuenta asimismo con una vieja tradición de revueltas, es la cultura de Jacquou le Croquant.[16]

Mientras no cambiemos los instrumentos teóricos dominantes de aprehensión y de representación de la riqueza, toda condena del capitalismo y toda posibilidad de abrir experimentalmente una vía de salida estarán destinadas al fracaso. Si no consideramos la revolución ecológica a partir de sus propios instrumentos, sólo seremos capaces de alumbrar veleidades generadoras de esperanzas necesariamente frustradas. Ahí es donde un nuevo New Deal puramente comunicativo en vez de desembocar en algo nuevo,

16 Se refiere a la novela del mismo nombre escrita por Eugène Le Roy en 1899 y llevada al cine en 2007. Cuenta la historia de un joven campesino que acabará por liderar una revuelta en su Perigord natal contra los propietarios y los nobles. El relato se inspira en las revueltas campesinas de la región durante el periodo de la restauración borbónica [N. del E.].

en un sistema estable, estaría abocado a una acentuación de las incoherencias y a un populismo que empieza a asomar la punta de la nariz en Europa.

Frente a los defensores de la ruptura, ya sea de una ruptura de tipo marxista clásico —«abolición de la propiedad privada» para interrumpir el desarrollo capitalista privado—, o bien de las propuestas de los ecologistas radicales —«pausa en el consumo y transformación radical de las costumbres por decreto»—, sería muy conveniente prestar una atención minuciosa a las soluciones planteadas desde el reformismo radical. Estas soluciones parten de lo que el capitalismo cognitivo representa a fin de establecer los trinquetes necesarios en los engranajes, es decir, a fin de impedir cualquier retroceso. Por ejemplo, frente al sistema de trabajo asalariado, ¿qué podría proponer un capitalismo cognitivo desarrollado en el marco de una reglamentación anticrisis? Habida cuenta de que el capitalismo cognitivo está al fin y al cabo constreñido a recurrir constantemente a la polinización, ¿no podría ofrecer la posibilidad de una renta básica?

Ahora bien, éste es un punto decisivo. En efecto, ¿qué pensamos cuando interpretamos la renta básica como una renta secundaria proveniente de la redistribución? Que «no se puede pagar porque, sencillamente, no se crea suficiente riqueza». Pero si la creación de riqueza es la polinización, una polinización que los indicadores actuales no están teniendo en cuenta de forma apropiada, entonces la renta básica no es una renta referida a un individuo en cuanto tal, a sus competencias particulares, sino a sus facultades de polinización y de socialización y, por lo tanto, una renta atribuible a todo el mundo. Se trata de un estabilizador económico potente, mucho más potente que los estabilizadores keynesianos, al mismo tiempo que no se trata de una redistribución del producto obtenido por las empresas sino de una remuneración de la actividad

productiva polinizadora directa que puede aparecer y aparece en forma de un ingreso distribuido y, por ende, de una renta, pero que remunera una producción real. El salario distribuido entre los obreros, que parece emanar del beneficio y de un reparto salario/beneficio en la producción, suele ser, por el contrario, una renta extraída por la empresa de las externalidades negativas, es decir, de la biosfera o de la noosfera y, en consecuencia, una actividad improductiva, rentista y parasitaria. Así pues, invertimos completamente los términos. No es el hecho de cobrar un salario lo que hace de alguien una persona productiva. No es el hecho de ser un asalariado, de estar explotado en el nivel 1, lo que hace a alguien necesariamente productivo; y si la actividad que realiza es, además, destructora de biosfera o de noosfera, estamos, de hecho, ante una persona improductiva. De lo contrario, cabría decir también que un soldado que mata es productivo.

Esto nos lleva ineluctablemente a las siguientes preguntas: ¿en qué consiste un reformismo radical? ¿Cómo se inscriben salidas duraderas del capitalismo en el paisaje institucional? ¿Cómo hacer para consolidar algunos puntos de no retorno alrededor de esas emergencias? Se trata, naturalmente, de algo experimental pero menos de lo que se piensa ya que a menudo sólo consiste en una generalización de cosas ya existentes. Por ejemplo, con la renta básica, con la renta garantizada, no estamos ante una reivindicación que no haya existido nunca, que no esté ya funcionando o que se haya decretado de repente, como cuando se decretaron las 35 horas o, sobre todo, las vacaciones pagadas con el Frente Popular. ¿Por qué? Porque estamos, en realidad, ante algo que ya existe bajo diferentes formas. Tenemos, por ejemplo, el estatuto de la función pública, que es un régimen de trabajo asalariado atenuado. Este estatuto, objeto de una vindicta particularmente furiosa por parte de la patronal privada (adivinen ustedes por qué), no calcula la remuneración de los

asalariados sobre la base de un *output* medido de manera individual, ni siquiera sobre la base de los resultados medibles de un equipo, sino en función de su contribución a la productividad del conjunto de la economía. Además, si examinamos detenidamente los fundamentos económicos del sector público, sostenido por unos funcionarios que aún disfrutan de un empleo de por vida, vemos que descansan en la denominada teoría del crecimiento endógeno. La producción de la calidad de la población (educación, investigación, salud, formación continua, infraestructuras materiales e inmateriales de la sociedad, protección social, seguridad, justicia) es una de las principales fuentes de crecimiento.

El interés por la población viva reclama la producción de población. Lo cual exige, a su vez, una producción conjunta de biosfera y noosfera. En otras palabras: no se puede producir una población de calidad sin producir mercancías, empezando por los productos alimentarios. No se puede producir una población de calidad sin producir noosfera: cultura, interrelación y cooperación entre los cerebros. Y no se puede producir noosfera sin ocuparse del medio donde estos cerebros evolucionan, es decir, de los cuerpos y, más en general, de la biosfera de la que forman parte. Durante mucho tiempo se ha pensado que esta última era inagotable y que no era necesario producirla. Hoy sabemos que no podemos preservar la biosfera después de haberla amenazado directamente sin producir algunas de las nuevas mercancías que compondrán la industria verde. Estas mercancías aluden ciertamente a productos, a procedimientos pero, sobre todo, a procesos mentales, culturales, a equipamientos que permitan producir y organizar la colaboración y la contribución de los usuarios a un consumo inteligente. El modelo productivo se ve así ampliado. El productivismo es sólo un modelo productivo pobre. No se trata de amputarlo, de reducirlo, sino, por el contrario, de enriquecer lo que denominamos producción.

La clase productiva se vería así redefinida, ya que hoy tenemos, efectivamente, clases estériles y clases productivas. Pero estas clases productivas no son ni remuneradas ni reconocidas como tales (y permanecen, a menudo, en la invisibilidad). Estamos asistiendo, además, a la aparición de estratos enteros de clases productivas en un nuevo sentido de la palabra. Un medio para ello es, por ejemplo, la atenuación de la constricción del estatus salarial. La única forma que se ha hallado para hacer trabajar a los artistas o a los investigadores es liberarlos de la constricción salarial. Ya se trate de los pensionistas de la Comedia francesa, del empleo de por vida del que disfruta el 30 % de los japoneses o bien de los funcionarios, y sean cuales sean sus adscripciones territoriales o nacionales, en todas las partes del mundo existe ya una práctica de formas que han superado el estadio experimental. En todas partes encontramos, bajo diversos modos, incluso no reconocidos, garantías de ingreso frente a la pérdida del empleo. Así, por ejemplo, el estatuto de los intermitentes, que no remunera a la gente por la producción efectuada sino por las condiciones que permiten que esa producción exista y se genere. Un profesor es retribuido tanto por la preparación de sus clases como por su realización.

Todos estos elementos pueden explicar, por lo tanto, el envite actual. Si renunciáramos a la regla capitalista de la maximización del beneficio como regla número 1 que gobierna todo; si renunciáramos a una producción pública, limitada a ser una producción del Estado central o de las administraciones locales, pero incapaz de transformarse en una producción común, ¿qué pasaría? ¿Acaso la sociedad sería menos eficaz? ¿Menos feliz? ¿Menos injusta y desigualitaria? ¿Menos apta para abordar el desafío ecológico de forma urgente pero no a golpe de chapuzas y palos de ciego? La respuesta a estas preguntas dependerá, sin duda, de las posiciones materiales y culturales de cada uno. Pero el solo hecho de que tales preguntas puedan

plantearse sin arrancar una carcajada educada ya dice mucho; dibuja algo que supera el simple establecimiento de un capitalismo de régimen cognitivo.

Por supuesto, seguiremos produciendo acero, fabricando máquinas, pero esto se transformará completamente al igual que la agricultura cambió bajo el impacto de la industria —de hecho, hoy hablamos de agroindustria.

Es posible que más allá de un servicio de vehículos comunes como el *Autolib* el coche desaparezca prácticamente de las ciudades, manteniéndose, en cambio, como medio de locomoción fuera de las grandes metrópolis y como medio de motricidad individual. Pero ¿qué tipo de coche? Un automóvil que ya no funcione con gasolina sino con un carburante sustitutivo, un vehículo limpio, ¿seguiría siendo un coche? Quién sabe.

De la misma forma, nadie puede aspirar a la desaparición de los bienes materiales. Pero estos representarán progresivamente una parte cada vez más reducida del valor y del presupuesto de las personas. Así está sucediendo: los bienes de tipo material están perdiendo el lugar hegemónico que detentaban desde 1800. Los bienes materiales que aún siguen teniendo un lugar destacado son, en cambio, los bienes high-tech. De esta suerte, el coche sólo podrá seguir ocupando un lugar predominante durante cierto tiempo en la medida en que se convierta en un bien altamente high-tech. Pero una vez digerido y limitado a una parte insignificante del presupuesto familiar, este bien acabará siendo completamente desplazado del corazón del consumo.

Por lo tanto, el capitalismo cognitivo no implica en absoluto —como tampoco, por otra parte, la ecología y la industria verde— la desaparición de los productos materiales. Pero estos productos van a experimentar una

transformación considerable. Y su valor también descenderá, habida cuenta de que se dejará de pagar el producto material para comenzar a costear los procedimientos de uso. Así, por ejemplo, los abonos de transporte en coche o en avión, o los abonos de transporte en general. Cabe imaginar la existencia de compañías cuyo servicio consista en escoger, por razones medioambientales, de tiempo, etc., el mejor medio de transporte para la persona usuaria. Estas compañías se encargarían de transportar a esta persona desde un punto A a un punto B en el menor tiempo posible y dentro de las condiciones determinadas por la reglamentación. Avión, barco, autobús, vehículo particular, colectivo, etc.: el usuario podría desentenderse completamente de decidir el medio de transporte finalmente utilizado. Este desarrollo de servicios generaría unas transformaciones bastante radicales. Se trata, sin embargo, de un desarrollo que no ha dejado de crecer pese a las profecías reaccionarias e ilusorias que hablan de una vuelta a la industria, al igual que en tiempos del Mariscal Pétain se hablaba de una vuelta a la «tierra, que no miente».

La industrialización no es la panacea. Tampoco la tierra. Por otra parte sería necesario definir previamente qué se entiende por industrialización. Si ésta se confunde con la preservación del patrimonio, empezamos mal. El ejemplo del desengaño francés con la industria informática pone de manifiesto la confusión, demasiado habitual, entre industria y máquinas. Es una lástima que pese a cierta apariencia modernista (revestida de colbertismo y de jacobinismo voluntarista) no encontremos en nuestros gobernantes franceses más que el viejo y cansado *software* de la economía material y patrimonial nostálgica de los grandes aviones y trenes y de la *bombinette*[17] sesentera. En esa misma época, otro gran proyecto, el Plan Calcul, llevado

17 Éste es el término, cargado de ironía, con el que los franceses aluden a la bomba de hidrógeno de fabricación nacional [N. de la T.].

a cabo por la empresa Bull, acabó asimismo en fiasco. En cuanto a los verdaderos inventores del microordenador,[18] el Micral N creado en 1972 por François Gernelle y André Truong Trong Thi en R2E, una pequeña sociedad posteriormente adquirida por Bull, éstos tuvieron, desgraciadamente, que conformarse con el papel de grandes inspiradores del Altair 8800 de MITS, concebido por Bill Gates y Paul Allen. El fracaso francés en la informática industrial es una vieja historia. El mal francés tiene un nombre sencillo: una organización hiperjerárquica e indiferente, tanto en las empresas como en el Estado o en las universidades (perdón, en las Grandes Escuelas), a la innovación ascendente cuya importancia crucial demostró Eric von Hippel del MIT. La polinización multiplicada, descentralizada, permitiría una emergencia de innovaciones y de creatividad mucho mayor.

18 Henri Lilen, *La Saga du micro-ordinateur. Une invention française*, París, Vuibert, 2003.

Conclusión.
Salir del capitalismo, superar el Estado

A partir del momento en que nos planteamos que la sociedad humana no está únicamente regida por la cuestión de la acumulación indefinida de riquezas, abandonamos el capitalismo, lo apagamos progresivamente; y esto a la vez por su fracaso en la dirección global del planeta, como porque genera relaciones sociales insostenibles en el propio seno de la empresa.

La otra cuestión es evidentemente la extinción del mercado. La extinción del mercado se ha confundido muchas veces con la extinción del capitalismo y de resultas hemos terminado encontrándonos con un capitalismo de Estado. Así pues, también se trata del Estado. ¿Cuál es su papel en la sociedad, en su organización? Si nos limitamos a apuntar al mercado, en el punto de mira sólo aparecen capitalistas privados. Pero no nos engañemos: el Estado es, con mucho, el más formidable acumulador de capital. Y de un capital que no sólo acumula en pos de beneficio, sino y, sobre todo, en busca de poder. Porque en su seno, al igual que en el del gigante empresarial con quien mantiene una relación de connivencia, se realiza una acumulación de poder por el poder que pretende hacerse pasar por una acumulación de beneficio por el beneficio.

Se trata de otra forma de funcionamiento. Sabemos que hay gente que acumula dinero para hacer dinero, los capitalistas en el sentido estricto en que Marx lo entendía («acumulad, acumulad, ésa es la ley y los profetas»); pero también sabemos de muchas instituciones que sustituyen la acumulación de beneficio por la acumulación de poder. En su análisis de la burocracia, William Baumol ha demostrado, por ejemplo, que lo que los dirigentes maximizan en una burocracia, ya se trate de la burocracia soviética o de un gigante transnacional, no tiene relación alguna ni con el mercado directo, ni con la utopía de Léon Walras de una miríada de pequeños productores en la que ninguno alcanza el tamaño suficiente para poder influir sobre los precios. Lo que maximizan los dirigentes de las grandes multinacionales del CAC 40, estén o no directamente ligadas al Estado, es su poder o, más exactamente, *un* poder que trasciende a los individuos que les sirven y del que éstos son incluso capaces de prescindir si se les gratifica mediante sustanciosos y demenciales emolumentos. Por consiguiente, la acumulación de dinero para obtener poder o la acumulación de máquinas para controlar a un número creciente de personas sobre las que ejercer poder es otro de los engranajes fundamentales del sistema del capitalismo histórico.

Una cuestión asimismo en tela de juicio. Pensemos en los faraónicos proyectos de los Estados, tan bien analizados por Karl Wittfogel[1] respecto al despotismo hidráulico asiático: en un momento dado los Estados llevan a cabo grandes trabajos aunque no precisamente impulsados por un designio de interés general. Favorecen, por ejemplo, la construcción de inmensas presas con efectos desastrosos sobre su entorno. Pero éstos prefieren esta solución a la de

1 Karl August Wittfogel (1957), *Le Despotisme asiatique: une étude comparative du pouvoir total*, París, Minuit, 1977 [ed. cast.: *Despotismo oriental: estudio comparativo del poder totalitario*, Barcelona, Ediciones Guadarrama, 1966].

una multiplicidad de presas pequeñas y gestionadas por la gente, ya que esa gestión daría poder a la población. Cabe pensar, por lo tanto, que toda crítica del capitalismo que no sea al mismo tiempo y en primer lugar una crítica al Estado está condenada a llevarnos al socialismo despótico y carece, en consecuencia, de interés. El Estado no es el buen demiurgo y no nos ha preservado en absoluto de una gestión demencial de la ecología y del planeta. Como tampoco nos ha preservado de la crisis financiera: al contrario, ha participado en ella. Los Estados han desempeñado un papel protagonista en la organización de la financiarización de la economía y de la globalización. No han sido superados por los acontecimientos. En buena medida, han sido los organizadores de este «gran desorden».

Es así que para los Estados, la catástrofe significa la apertura de una fase en la que, como decía Lenin, los que gobiernan ya no quieren gobernar, los que quieren dar órdenes ya no logran hacerlo y los que obedecen ya no quieren obedecer. Añadamos a la caracterización de Lenin que la considerable extensión de la investigación científica tanto en los laboratorios privados como en los públicos hace hoy cada día más difícil la cooptación y la compra de su conciencia por parte de las elites.

En la actualidad, los Estados huyen también de la crisis monetaria y financiera porque saben que significa la catástrofe. Pero si los Estados vieran que nos enfrentamos al aumento del desorden, es decir, si hubiera movimientos sociales fuertes, potentes y de violencia creciente, dejarían de andarse con remilgos con los capitalistas. Los capitalistas vivirían una escisión entre quienes pretendieran salvar los muebles adaptándose al nuevo orden de cosas y quienes prefirieran conservar íntegramente el viejo sistema que les hizo ricos. Llegamos así, en efecto, a lo que podría suceder, incluso en los regímenes democráticos: no hace falta una dictadura para que intervenga, si hablamos

con propiedad, el equivalente no de una nacionalización de los medios de producción, sino de un simple y llano expolio del sacro santo derecho privado. Es una de las posibles soluciones y si el Estado necesitara recurrir a ella para sobrevivir no dudaría ni un segundo en hacerlo.

Por otra parte, todavía estamos en un sistema donde el Estado lo decide todo. Es, sin embargo, difícil confiar en la lucidez estatal en materia de reglamentación ecológica o de Internet. Resulta evidente el enorme retraso del Estado respecto a los tejidos asociativos surgidos en torno a las cuestiones ecológicas, a las políticas del *agrobusiness,* a las relaciones Norte-Sur. Sabemos que las ONGs son la punta de lanza de estas organizaciones que a menudo desempeñan el papel antaño asignado a los partidos políticos. Las ONGs son los nuevos partidos políticos. Éstas son quienes toman la palabra para hablar de lo que sucede en África, a quince mil kilómetros de aquí. Éstas son las que visibilizan en nuestra sociedad los problemas de las sociedades del Sur. Éstas son, asimismo, las que primero han reaccionado ante las cuestiones ecológicas.

Para renovar, por lo tanto, las cosas, van a ser necesarias nuevas reglas. En este momento, la empresa soberana, omnipotente, se está haciendo más frágil, está dejando de ser un poder intocable en la nación, un poder que dicta sus leyes y sólo da cuenta de sus resultados en el mercado bursátil. Estamos empezando a hacernos la siguiente pregunta: ¿cuál es la utilidad social de la empresa más allá de dar trabajo a cualquiera para fabricar cualquier cosa a condición de un salario? Porque la mentalidad productivista también es la que describe la utilidad de la empresa como el único medio de crear riqueza y de proporcionar empleo. ¿Quién puede imaginar algo mejor? El caso es que las empresas destruyen tanta riqueza como crean. No es, ciertamente, el caso de todas las empresas, pero cuando se crean empleos que destruyen la biosfera o comprometen

la noosfera de forma dramática cabe plantearse cuál es la utilidad de la empresa. Y la respuesta es ninguna. Razonar así es salir del capitalismo en el sentido de una norma que se aplica plenamente. Y a mi juicio se trata de una postura más realista que las declaraciones estruendosas e ideológicas de ruptura, asentadas en un socialismo igualmente trasnochado.

Sabemos que las nacionalizaciones no solucionan nada. Las empresas nacionalizadas que contaminan el medio ambiente y que a menudo se comportan todavía peor que las multinacionales son legión. Pensemos en nuestras empresas nacionalizadas. Cuando EDF construye presas en Brasil o arrebata a Veolia la red de distribución de Río, su comportamiento es peor que el de las peores multinacionales estadounidenses. Siempre cabe la posibilidad de sermonear a las multinacionales diciéndoles lo deleznables que son. Pero las multinacionales francesas en las que el Estado está implicado son aún peores.

Debemos tener esto en mente. ¿Cuáles son los posibles escenarios? Podemos ir tirando, haciendo chapuzas, limitándonos a algunas mejoras cosméticas, a algunos *liftings* con una pizca de medioambiente por aquí y una pizca de cognitivo por allá, pero sin cambiar nada. Éste es el esquema negativo que acabará por terminar mal y puede llevar a la guerra. Pero también podemos cerrar un *deal*, un acuerdo, con el capitalismo cognitivo, habida cuenta de que el capitalismo cognitivo es, digamos, compatible con una salida del capitalismo. Es soluble en una salida experimental, ingeniosa, concertada, global. Global porque después de los camaradas Stalin y Mao es difícil creer en esta experiencia en un solo país. Se saldría del capitalismo, de la explotación capitalista del planeta si, por ejemplo, todos los Estados del mundo, hasta los más capitalistas, decidieran, pese a todas las tentaciones, que la Antártida sólo se pueda explotar científicamente. Entramos así en

un nuevo principio de organización. Pensemos en el *social business* de Yunus. Si buscamos auténticas transiciones, ésta es una, sobre todo para los países del Sur. Se trata de algo completamente distinto de la vía china de desarrollo desbocado a modo de un mercado manchesteriano regulado por el Estado. Esto no significa que Yunus no haya tenido que pelear para conseguir que el Estado terminara reconociéndolo como entidad bancaria, cuando los otros bancos se oponían a esta medida susceptible de arrebatarles depósitos. No cabe pensar, por lo tanto, que todo esto pueda hacerse prescindiendo del Estado; no cabe ser tan ingenuos como para suponer que la postura estatal va a ser neutral. Pero, al menos, es preciso desarmar al Estado, desarmarlo en el sentido militar y hacer que se incline hacia la intervención que queremos hacer. El principio de una racionalidad ecológica incluida en el cálculo económico es una de las salidas ideales del sistema. Al principio algunos especuladores podrán sacar localmente algún beneficio —del lado de una burbuja inmediata—, pero a escala global sabemos que las inversiones ecológicas serán tan caras que su perspectiva de beneficio sólo podrá ser a muy largo plazo y de forma colectiva, beneficiando a nuestros bisnietos y a la parte más amplia posible del planeta con objetivos democráticos. Abandonamos así los objetivos capitalistas de beneficio a corto plazo que las grandes firmas se encargan de consolidar en forma de un patrimonio intocable en tanto propiedad privada; por lo demás, esta última no es la forma de apropiación más inteligente que los hombres hayan inventado a lo largo de la historia.

La intensidad de la crisis ecológica unida a la crisis de las finanzas públicas y a la crisis monetaria, que hace que el suelo se siga tambaleando bajo nuestros pies, permite vislumbrar una transformación sistémica. Pocas veces se ha visto anunciar un cambio de tal magnitud en la entrada de una gala de beneficencia para pobres.